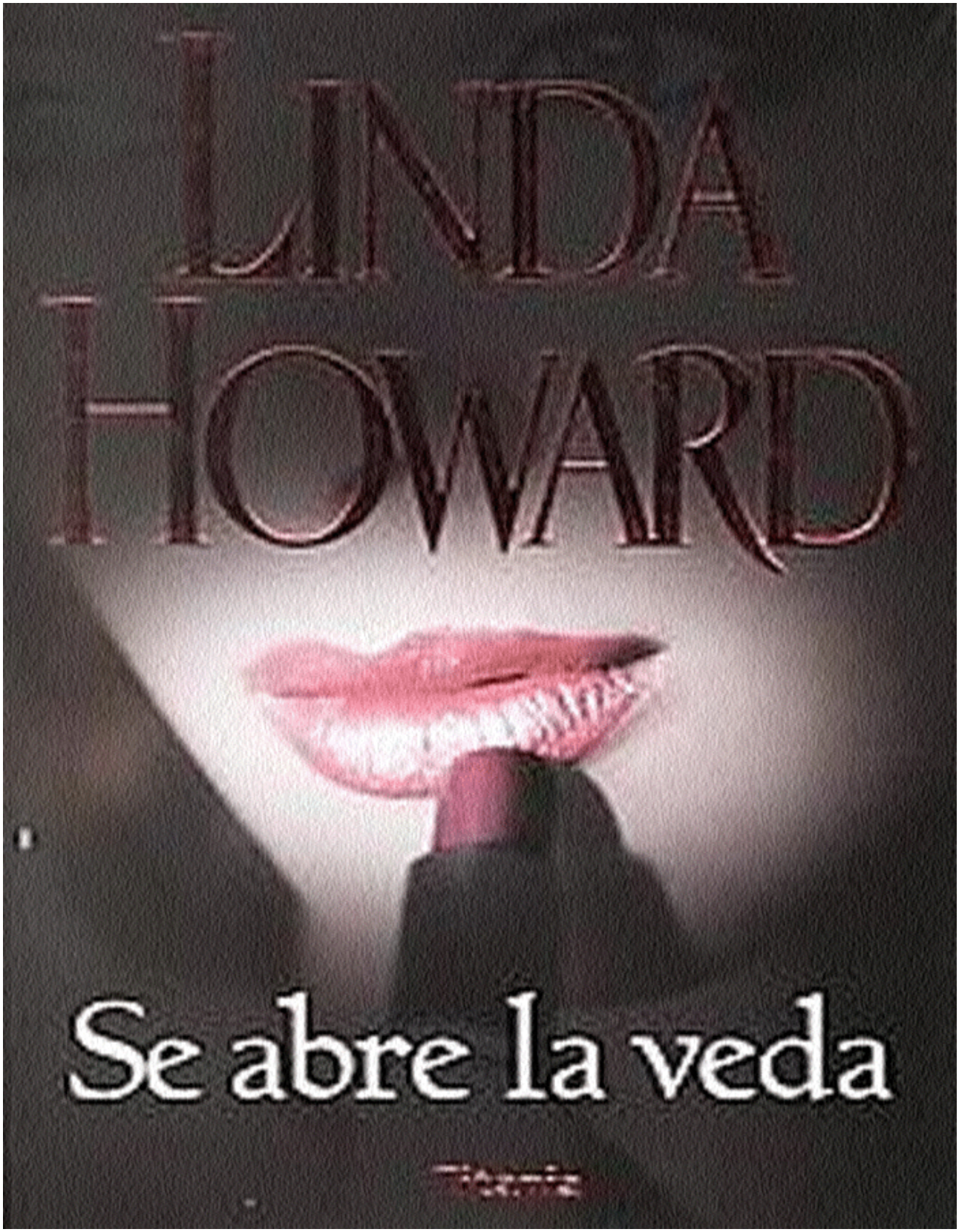
SE ABRE LA VEDA
LINDA HOWARD



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

PROLOGO

Carmela aferró con nerviosismo la bolsa de arpillera que contenía el otro vestido, un poco de agua y el pequeño paquete de comida que había logrado guardar para el viaje hacia el norte, al otro lado de la frontera. Orlando le había dicho que no podrían detenerse a comer, a beber ni a hacer ninguna otra cosa, hasta que llegasen a Los Ángeles. Estaba encerrada en la parte trasera de un camión viejo que no dejaba de balancearse y botar y que la lanzaba de un lado para otro cuando no conseguía afianzarse en un rincón y apuntalarse con los brazos y las piernas dentro de aquel pequeño espacio. Además, el constante traqueteo hacía que le fuera imposible dormir porque en cuanto se relajaba acababa arrojándola contra el áspero suelo de madera del vehículo..

Carmela estaba aterrorizada, pero decidida. Enrique había cruzado dos años antes, y le había dicho que mandaría a buscarla. Pero, en vez de eso, se casó con una norteamericana para que no lo deportaran, v ella se quedó con sus sueños y el orgullo destrozados. En México ya no le quedaba nada, y si Enrique había podido casarse con una estadounidense, ella también podía hacerlo. Y además, con uno que fuera rico. Era muy guapa, todo el mundo lo decía. Cuando se casara con su rico norteamericano, buscaría a Enrique y le daría en las narices, y él lamentaría haberle mentido y traicionado.

Tenía grandes aspiraciones, pero allí metida, rebotando en la parte trasera de aquel camión que rodaba a toda prisa por un firme desigual, se.sentía muy pequeña. Oía chirriar el metal cuando Orando cambiaba de marcha, y una leve exclamación de dolor cuando una de las otras chicas se golpeaba contra un lado del camión. Había otras tres, todas jóvenes como ella, todas deseosas de encontrar algo mejor de lo que habían dejado en México. No se habían dicho sus nombres, no habían hablado gran cosa; estaban demasiado preocupadas por el peligro que suponía lo que estaban haciendo, emocionadas y tristes a un tiempo: tristes por lo que dejaban atrás, emocionadas ante la perspectiva de mejorar de vida. Cualquier cosa sería mejor que nada, y nada era lo que ahora tenía.

Pensó en su madre, que llevaba siete meses muerta, agotada tras una vida entera de trabajo duro y de criar hijos. «Jamás dejes que Enrique te toque entre las piernas», la había aleccionado una y otra vez. «Hasta que seas su esposa. Si se lo permites, no se casará contigo y tú te quedarás con un bebé mientras él se busca otra muchacha bonita.» Pues bien, ella no había permitido a Enrique que la tocara entre las piernas, y de todas formas él se había buscado otra muchacha, aunque, al menos, no la había dejado con un bebé.

Sin embargo, entendía lo que su madre le había querido decir: No seas como yo. Su madre quería que tuviera más de lo que había tenido ella. No quería que se hiciera vieja antes de tiempo, cargada para siempre con un hijo en brazos y otro en el vientre, muerta antes de cumplir los cuarenta.

Ahora ella tenía diecisiete años. A esa edad, su madre ya tenía dos hijos pequeños. Enrique nunca había comprendido la insistencia de Carmela en permanecer virgen; había alternado entre la furia y el gesto mohíno por su

persistente negativa a permitirle que le hiciera el amor. Tal vez la mujer con la que se había casado le había dejado hacerlo. Si eso era lo único que quería, entonces es que nunca la amó, reflexionó Carmela. ¡De buena se había librado! ¡De ningún modo iba a malgastar su vida llorando por un... un imbécil!

Intentó mantener alto el ánimo diciéndose a sí misma que en Estados Unidos todo sería mejor; todo el mundo decía que en los Ángeles había más puestos de trabajo que personas, que todo el mundo tenía coche y televisión. A lo mejor se dedicaba al cine y se hacía famosa. Todos decían que era guapa, así que existía alguna posibilidad. Sin embargo, lo cierto en que tenía diecisiete años, que se encontraba sola, y que tenía mucho miedo.

Una de las otras chicas dijo algo pero su voz se vio ahogada por el ruido del motor, aunque percibió la tensión en el tono. En aquel. momento, Carmela comprendió que las otras tres estaban tan asustadas como ella. Así que, después de todo, no estaba sola; eran igual que ella, muy poca cosa, aunque inmediatamente se infundió coraje.

Agarrándose para protegerse del traqueteo del camión que saltaba bache tras bache, logró moverse sobre el piso de madera hasta situarse lo bastante cerca para poder oír lo que había dicho la chica. Ya era de día, *y* por las grietas se filtraba suficiente luz para distinguir los rostros de las otras.

¿Qué ocurre? - preguntó.

La chica se retorció las manos en la gastada tela de su falda. Tengo que aliviarme - contestó en un tono cargado de vergüenza.

-Estamos todas igual - replicó Carmela, comprensiva. Ella misma tenia la vejiga tan llena que le dolía. La había ignorado todo lo que le había sido posible, pues no quería hacer algo que sabía que con el tiempo se vería obligada a hacer. Las lágrimas rodaron por las mejillas de la chica.

No puedo más.

Carmela miró a su alrededor, pero las otras dos parecían tan desvalidas como aquella joven.

-Entonces tendremos que hacer lo que hay que hacer - dijo, pues parecía ser la única capaz de tomar una decisión - . Designaremos un rincón... ése de ahí. - Señaló el rincón trasero derecho - . Hay una grieta, de modo que servirá de desagüe. Ahí nos aliviaremos todas.

La chica se secó la cara.

¿Y lo otro?

Espero que nos detengamos antes.

Ahora que el sol estaba alto, el calor en el interior del camión empezaría a aumentar poco a poco. Era verano; si Orlando no se detenía y les permitía salir, hasta podrían morirse de calor. Le había dicho que no pararía hasta llegar a su destino, así que seguramente llegarían pronto a Los Ángeles. Y como sólo le había pagado la mitad de la tarifa, si se moría, él no podría cobrar la otra mitad. Normalmente todo el mundo tenía que pagar el total antes de que el «coyote» los llevase al otro lado de la frontera, pero como era tan guapa, dijo Orlando, con ella haría una excepción.

Entonces advirtió que las otras chicas también eran guapas, así que a lo mejor Orlando también había hecho una excepción con ellas. Aliviarse supuso un esfuerzo en grupo a causa del traqueteo del camión, pero

Carmela lo organizó todo. Por turnos, ella la última, cada una se agachó en cuclillas en el rincón mientras las demás se apiñaban a su alrededor para sostenerla. Por fin, exhaustas pero sintiéndose mucho mejor, se dejaron caer en el suelo del camión y descansaron.

Bruscamente, con un último bote, el vehículo comenzó a rodar suavemente, ella comprendió que se encontraban en una autopista. ¡Una autopista! Seguro que ya estaban muy cerca de Los Ángeles.

Pero las horas de la mañana iban pasando lentamente y el calor en el interior del camión se fue volviendo asfixiante. Carmela procuraba respirar normalmente, pero las otras chicas estaban jadeando, como si el hecho de inhalar más aire las ayudara a refrescarse. Pero como el aire estaba caliente, no *parecía,* lógico. Por lo menos, a juzgar por cómo sudaban, no tendrían que aliviarse de nuevo demasiado pronto.

Se aguantó todo lo que pudo, porque no tenía ni idea de cuánto camino les quedaba por recorrer, pero al final la sed se le hizo insoportable, y sacó la pequeña botella de agua que llevaba en la bolsa.

-Tengo agua -dijo-. No es mucha, así que tendremos que repartirla. -Miró fijamente a cada una de ellas-. Si bebéis más de un sorbo antes de pasar la botella, os daré una bofetada. Y además tiene que ser un sorbo pequeño.

Ante aquella mirada siniestra, cada chica bebió obedientemente un pequeño sorbo y pasó la botella. Por alguna razón, al organizarías en la operación de aliviarse, Carmela había adquirido el estatus de líder, y aunque no era muy alta, poseía una fuerza de voluntad que todas reconocieron. Cuando la botella le llegó a ella, bebió su correspondiente sorbo y volvió a pasarla. Entonces, una vez que todas hubieron bebido dos sorbos, Carmela puso el tapón y volvió a guardar la botella en su bolsa.

-Ya sé que no es gran cosa -dijo-, pero no tengo mucha agua, y hemos de hacerla durar.

Sólo había agua suficiente para que cada una de ellas bebiera otros dos sorbos. Eso no era mucho, sobre todo cuando a cada hora que pasaba perdían más de eso sudando, pero tal vez bastara para mantenerlas con vida. «¿Por qué no habrían pensado las otras chicas en traerse comida y agua?», pensó irritada, pero se obligó a no irritarse. Tal vez fuera porque no tenían nada que traer consigo. Por pobre que fuera ella, siempre había personas que tenían aún menos. Debía ser amable, tanto de hechos como de pensamientos.

El camión empezó a aminorar la velocidad, como se notó por el cambio en el ruido del motor. Se miraron unas a otras con los ojos brillantes de esperanza.

Entonces salió de la autopista y se detuvo. El motor no se apagó, pero oyeron la portezuela cerrarse de un golpe cuando se apeó Orlando. Carmela se apresuró a agarrar su bolso y se puso de pie; como él había dicho que no se detendrían para nada hasta llegar a Los Ángeles, seguramente habían llegado. Sin embargo, excepto el ronroneo del motor del camión, no oyó nada más.

Luego le llegó el sonido de una cadena al golpetear, y en aquel momento se levantó el portón trasero del camión dejando entrar la luz cegadora del sol y una bocanada de aire caliente y fresco a la vez. Orlando apareció tan sólo como una forma negra silueteada contra la luz blanca. Protegiéndose los

ojos, las chicas se apelotonaron en la parte trasera del vehículo y empezaron a bajar con dificultad.

A medida que sus ojos se fueron acostumbrando al brillo del sol, Carmela miró alrededor, esperando... No sabía exactamente lo que había esperado, pero sí al menos una ciudad grande. Sin embargo, allí no había nada más que cielo, sol y arbustos, y algunos parches de terreno arenoso y gris. Con los ojos muy abiertos, le dirigió a Orlando una mirada interrogadora.

-Fin del trayecto -anunció-. En el camión hace demasiado calor, os moriríais. Mi amigo os llevará durante el resto del camino. Su camión tiene aire acondicionado.

¡Aire acondicionado! En la aldea de Carmela había algunas personas que tenían coche, pero ninguna de ellas tenía aire acondicionado. El viejo Vásquez había señalado con orgullo los mandos del salpicadero de su automóvil que en otro tiempo habían hecho salir aire frío por las rejillas de ventilación, pero que ya no funcionaban, y ella nunca había disfrutado de ello. Pero sí sabía lo que era. ¡Iba a viajar en un camión con aire acondicionado! El viejo Vásquez se pondría de lo más celoso si se enterara.

De detrás del camión surgió un hombre alto y delgado vestido con vaqueros y una camisa de cuadros. Llevaba cuatro botellas de agua, que entregó a las chicas para que bebieran. El agua estaba fría, y las botellas húmedas por la condensación. Ellas, sedientas, se tragaron el agua a borbotones mientras el hombre conversaba con Orlando en inglés, lengua que no hablaba ninguna de ellas.

-Éste es Mitchell -dijo Orlando por fin-. Debéis hacer lo que él os diga. Habla un poco vuestro idioma, lo suficiente para que entendáis lo que os diga. Si le desobedecéis, los policías americanos os encontrarán y os meterán en la cárcel, y no saldréis jamás. ¿Entendido?

Todas asintieron solemnemente. A continuación las apremiaron para que subieran a la gran autocaravana blanca de Mitchell. Allí había dos sacos de dormir tirados en el suelo y una banqueta pequeña que tenía un agujero en la parte superior y que al examinarla resultó ser un retrete. No había espacio para estar de pie; tenían que permanecer sentadas o tumbadas, pero después de pasar una noche sin dormir, eso no les importó. El aire frío y la música, dos cosas que resultaban increíblemente relajantes, se esparcieron por el remolque a través de la ventanilla trasera de la cabina. Tras extender los dos sacos de dormir para poder tumbarse todas, las cuatro muchachas no tardaron en dormirse.

No se había imaginado que Los Ángeles estuviera tan lejos, pensó Carmela dos días más tarde. Estaba cansada de ir en aquella autocaravana, de no poder ponerse de pie ni moverse con libertad. Los estiramientos mantenían sus músculos lo más flexibles posible, pero lo que deseaba realmente era caminar. Siempre había sido una joven activa, y aquella limitación, aunque necesaria, la enloquecía.

Les daban de comer con regularidad, y también agua para beber. Sin embargo, no habían podido lavarse, y todas olían realmente mal. En ocasiones, Mitchell se detenía en una zona desierta y levantaba la puerta trasera de la caravana para dejar salir el aire, pero la ventilación nunca era completa y en cualquier caso no duraba lo suficiente. Mirando por la ventanilla trasera de la cabina, Carmela había observado cómo el desierto vacío iba dando paso a llanas praderas. Luego, paulatinamente, aparecieron

áreas de bosque y por fin, el último día, vio montañas; montañas verdes, exuberantes, interminables. Había zonas de pastos salpicadas de ganado, bonitos valles, ríos de color verde oscuro. El aire se notaba denso y húmedo, perfumado con el aroma de miles de variedades distintas de árboles y flores. ¡Y coches! Había más coches de los que había visto en toda su vida. Habían pasado por una ciudad que le había parecido enorme, pero cuando le preguntó a Mitchell si aquello era Los Ángeles, él contestó que no, que se llamaba Memphis. Todavía faltaba mucho para que llegaran a su destino.

«¡Estados Unidos debe ser enorme si llevamos ya varios días viajando y todavía falta tanto para Los Ángeles!», pensó Carmela.

Sin embargo, la noche del segundo día, por fin se detuvieron. Cuando Mitchell abrió la puerta de la caravana y las dejó salir, las muchachas apenas podían andar, después de haber pasado tanto tiempo enjauladas. Aparcó delante de una gran autocaravana; Carmela miró a su alrededor buscando algo que indicara una ciudad, pero aún parecían estar lejos de algo así. Las estrellas brillaban en lo alto, y la noche bullía de vida con el gorjeo de los insectos y el ulular de las aves. Mitchell abrió la puerta de la autocaravana e introdujo en ella a las chicas, que suspiraron al ver aquel lujo. El interior estaba amueblado, había una cocina de lo más asombroso con electrodomésticos que no tenían ni idea de cómo funcionaban, y un cuarto de baño que ni siquiera en sus sueños habían visto. Les dijo que se bañaran y les entregó a cada una un vestido ligero y suelto que se ponía por la cabeza. Los vestidos eran para ellas.

Estaban asombradas por tanta amabilidad, y emocionadas con sus vestidos nuevos. Carmela acarició la tela con la mano, suave y ligera. Su vestido era blanco con un estampado de florecillas rojas, y le pareció precioso.

Se bañaron con el agua que salía de un grifo de la pared, y usaron un jabón que olía a perfume. Había un jabón especial para el pelo, un jabón líquido que hacía montones de espuma. ¡Y también cepillos de dientes! Para cuando Carmela salió del baño, después de haber esperado la última porque las demás parecían estar al límite de sus fuerzas, estaba más limpia de lo que había estado jamás en su vida. Se sentía tan extasiada por el placer del jabón que se bañó y se lavó el pelo dos veces. A esas alturas, del grifo dejó de salir agua caliente, sólo salía fría, pero no le importó. Era maravilloso sentirse limpia de nuevo.

Estaba descalza, y no tenía ropa interior que ponerse porque estaba toda muy sucia, pero se puso su vestido nuevo y limpio y se retorció el pelo húmedo en un moño en la nuca. Al mirarse en el espejo, vio una muchacha bonita de piel morena y lisa, luminosos ojos castaños y una boca plena y roja, muy diferente de la desastrada criatura que se había reflejado antes en él.

Las otras chicas ya estaban durmiendo en el dormitorio, acurrucadas bajo las mantas, con la piel de gallina en los brazos de tan frío que era el aire. Fue al cuarto de estar a despedirse de Mitchell para darle las gracias por todo lo que había hecho por ellas. La televisión estaba encendida, y él miraba un partido de béisbol. Levantó la vista y le sonrió, indicándole dos vasos llenos de hielo y de un líquido oscuro, sobre la mesa que estaba junto a él.

-Te he preparado algo de beber -dijo, o eso fue lo que Carmela creyó que dijo, porque su español no era muy bueno. Él tomó su vaso y bebió un sorbo-. Coca-Cola.

¡ Ah, eso sí lo entendió! Cogió el vaso que él le señalaba y bebió la cola fría, dulce y picante. Le encantó sentir cómo le bajaba por la garganta. Mitchell le indicó que se sentara, y así lo hizo, pero en el otro extremo del sofá como le había enseñado su madre. Estaba muy cansada, pero se sentaría unos minutos por cortesía, y a decir verdad se sentía muy agradecida con él. Era un hombre agradable, pensó, y tenía unos ojos de color castaño tiernos y ligeramente tristes.

Él le dio unos cuantos frutos secos salados, y de pronto a ella le vinieron mucho de gusto, como si su cuerpo necesitase reponer la sal que había perdido durante la primera parte del viaje. Luego necesitó más Coca-Cola, y Mitchell se levantó y le preparó otra. Resultaba extraño que un hombre le trajera cosas a ella, pero a lo mejor era así como funcionaba todo en Estados Unidos. A lo mejor eran los hombres los que atendían a las mujeres. En tal caso, ¡lo único que lamentaba era no haber venido antes!

El cansancio aumentaba por momentos. Bostezó, y se excusó por haberlo hecho, pero Mitchell se limitó a reír y a decir que no pasaba nada. No podía mantener abiertos los ojos ni la cabeza erguida. En varias ocasiones se le cayó hacia delante y ella la levantó otra vez de golpe, sin embargo los músculos de su cuello ya no querían funcionar, y en lugar de alzar la cabeza sintió que se iba deslizando hacia un lado. Entonces vio a Mitchell que la ayudaba a tumbarse, le apoyaba la cabeza en el cojín y le extendía las piernas. Todavía le estaba tocando las piernas, pensó Carmela vagamente, e intentó decirle que se detuviera, pero su lengua no era capaz de articular palabra. Y Mitchell la estaba tocando entre las piernas, donde jamás había dejado que la tocara nadie.

No, pensó.

Entonces le sobrevino la oscuridad, y ya no pensó nada más.

CAPÍTULO 1

-¡ Daisy! ¡El desayuno está listo!

La voz de su madre rebotó ululando escaleras arriba, exactamente con la misma entonación que cuando ella estaba en primer curso y había que convencerla con mimos para que se levantara de la cama.

Pero en vez de levantarse, Daisy Ann Minor continuó tumbada en la cama, escuchando el monótono repiqueteo de la lluvia en el tejado y el goteo del agua que resbalaba de los aleros. Era la mañana de su treinta y cuatro cumpleaños y no tenía ganas de levantarse. Pesaba sobre ella un estado de ánimo aburrido y tristón como la lluvia. Tenía treinta y cuatro años, y aquel día no parecía que fuera a ocurrir nada de especial, nada que suscitara precisamente grandes emociones.

La lluvia ni siquiera era una tormenta, cosa que a ella le gustaba, con toda aquella espectacularidad y aquellos efectos especiales. No, era sólo lluvia, monótona y mísera. Aquel día gris era un claro reflejo de cómo se sentía. Allí tendida en la cama, observando cómo las gotas de lluvia se deslizaban por la ventana de su dormitorio, la inevitable realidad de su cumpleaños descendió sobre ella igual que una manta húmeda, pesada y pegajosa. Había sido una buena chica durante toda su vida, y ¿de qué le había servido? De nada.

Había que afrontar los hechos, y no eran precisamente halagüeños.

Tenía treinta y cuatro años, nunca se había casado, nunca se había comprometido. Nunca había tenido un romance, ni siquiera uno corriente. Sólo una breve aventura en la universidad, y porque todo el mundo la tenía y ella no deseaba ser precisamente la nota discordante, pero ni siquiera se había podido calificar de relación. Vivía con su madre y su tía, ambas viudas. La última vez que había salido con un chico había sido el 13 de septiembre de 1993, con el sobrino de la mejor amiga de su tía Joella, Wally, y eso porque él llevaba sin salir con una chica desde 1988 por lo menos. Vaya cita apasionada había sido aquélla, un caso perdido saliendo por caridad con una persona que daba lástima. Por suerte, el chico ni siquiera intentó besarla. Había sido la noche más aburrida de toda su vida.

Aburrida. Aquella palabra caló en lo más hondo de su ser con inesperada fuerza. Si hubiera que elegir una palabra para describirla a ella, experimentó la desoladora sensación de que sería precisamente esa. Vestía de forma modesta... y aburrida. Su peinado era aburrido, su rostro era aburrido, su vida entera era aburrida. Era una bibliotecaria solterona de treinta y cuatro años, que vivía en un pueblo y a la que apenas habían besado, y a juzgar por toda la acción que veía, parecía que tuviera incluso ochenta y cuatro.

Daisy pasó la mirada de la ventana al techo, demasiado deprimida para levantarse y bajar al piso de abajo, donde su madre y tía Joella le desearían feliz cumpleaños y ella tendría que sonreír y fingir sentirse complacida. Sabía que tenía que levantarse; tenía que estar en el trabajo a las nueve. Pero es que no encontraba el ánimo para hacerlo, todavía no.

La noche anterior, como todas las noches, había dejado preparada la ropa que iba a ponerse ese día. No necesitaba echar un vistazo a la silla para imaginarse la falda azul marino, que le llegaba unos centímetros por debajo de la rodilla, demasiado larga y demasiado corta a la vez para ser moderna o favorecedora, ni la blusa blanca de manga corta. Difícilmente habría podido escoger un atuendo menos excitante ni aun proponiéndoselo, pero no tenía nada que proponerse: su armario estaba repleto de ropa como aquélla.

De pronto se sintió humillada por su falta de estilo. Una mujer debería por lo menos lucir un aspecto un poco más exultante el día de su cumpleaños, ¿no? Tendría que salir de compras, porque el calificativo de «exultante» no podía aplicarse a ninguna pieza de todo su guardarropa. Ni siquiera podía maquillarse de una manera especial, porque el único maquillaje que tenía era una sola barra de labios de un color casi invisible denominado «Natural». Y la mayoría de las veces no se molestaba en aplicársela. ¿Para qué? Una mujer que no necesitaba depilarse las piernas desde luego no necesitaba pintarse los labios. ¿Cómo demonios había llegado a aquella triste situación?

Con el ceño fruncido, se incorporó en la cama y miró directamente hacia el espejo del vestidor que había al otro extremo de la habitación. Le colgaba el pelo sobre la cara, pardusco, lacio y liso como una tabla, y se lo echó hacia atrás para tener una visión más despejada de la perdedora que se reflejaba en él.

No le gustó lo que vio. Parecía una masa informe, sentada allí con aquel pijama azul de felpa de una talla demasiado grande para ella. Su madre se lo había regalado por Navidad, y habría herido sus sentimientos si lo hubiera cambiado por otra cosa. En retrospectiva, los sentimientos heridos eran los suyos, por ser el tipo de mujer al que alguien regalaría un pijama de felpa. ¡De felpa, por el amor de Dios! Decía mucho el hecho de que fuera una mujer que llevara pijamas de felpa. Nada de camisones sexy de Victoria's Secret, no señor; a ésta regálale felpa.

¿Y por qué no? Tenía un pelo insulso, un rostro insulso, y ella misma era insulsa.

La verdad ineludible es que era una mujer aburrida, que tenía treinta y cuatro años y que su reloj biológico continuaba avanzando. No, no sólo avanzaba, en realidad era una cuenta atrás, como una nave espacial a punto de ser lanzada: diez, nueve, ocho...

Tenía un buen problema.

Lo único que había deseado en la vida era... una vida. Una vida normal, tradicional. Deseaba un marido, un bebé, una casa propia. Deseaba SEXO. Sexo apasionado, sudoroso, con gemidos, revolcarse desnuda a media tarde. Deseaba que sus pechos valieran para algo más que para dar de comer a los fabricantes de sujetadores. Tenía unos pechos bonitos, se dijo: firmes, altos, con una copa bonita, y ella era la única que lo sabía porque nadie más los había visto jamás para poder apreciarlos. Muy triste.

Pero más triste aún era que no iba a tener ninguna de las cosas que deseaba. Las bibliotecarias sosas, anodinas, aburridas y solteronas no tenían muchas posibilidades de que alguien admirase ni apreciase sus pechos. Simplemente se haría mayor, cada vez más sosa y más aburrida; los pechos se le caerían, y con el tiempo se moriría sin haberse sentado a horcajadas sobre un hombre desnudo a media tarde... a no ser que sucediese algo drástico, algo como un milagro.

Se dejó caer de nuevo sobre las almohadas y contempló el techo una vez más. ¿ Un milagro ? Aquello era como esperar que le cayera un rayo encima.

Aguardó expectante, pero no hubo ningún estruendo, ningún fogonazo cegador. Era evidente que no iba a llegarle ayuda de lo alto. La desesperación le encogió el estómago. De acuerdo, así que dependía de ella. Al fin y al cabo, Dios ayuda a quienes se ayudan a sí mismos. Era ella la que tendría que hacer algo, pero ¿qué?

La desesperación provocó la inspiración, que llegó en forma de revelación:

Tenía que dejar de ser una buena chica.

El estómago le dio un vuelco y el corazón empezó a latirle con fuerza. Comenzó a respirar rápidamente. Dios no podía tener en mente tal idea cuando decidió dejar aquel asunto en sus manos. No sólo era una idea totalmente impropia de Dios, sino que... no sabía cómo ponerla en práctica. Llevaba toda la vida siendo una buena chica; tenía las reglas y los preceptos grabados en su ADN. ¿Dejar de ser una buena chica? Era una idea demencial. La lógica le decía que si ya no iba a ser una buena chica, tendría que ser una mala, y eso no iba con ella. Las chicas malas fumaban, bebían, bailaban en bares y dormían por ahí. A lo mejor conseguía llevar bien lo del baile, la idea le gustaba más o menos, pero lo de fumar quedaba descartado, no le gustaba cómo sabía el alcohol, y en cuanto a lo de dormir por ahí... Ni hablar. Aquello sería una monumental estupidez.

Pero... ¡Pero las chicas malas se llevan a todos los hombres!, protestó su subconsciente, acicateado por la urgencia de su imparable reloj interno.

-No a todos los hombres -dijo en voz alta. Conocía a muchas chicas buenas que habían conseguido casarse y tener hijos: de hecho, todas sus amigas, y también su hermana pequeña Beth. Podía hacerse. Por desgracia, al parecer ellas se habían quedado con todos los hombres que se sentían atraídos por las buenas chicas.

Así pues, ¿qué quedaba?, Hombres que se sentían atraídos por las chicas malas.

La sensación que le oprimía el estómago se convirtió en un claro malestar. ¿Deseaba ella un hombre al que le gustaran las chicas malas?

¡Sí!, gimieron sus hormonas, ajenas al sentido común. Aquí lo que había era un imperativo biológico, y ya no importaba nada más.

Sin embargo, ella era una mujer pensante. Definitivamente, no quería un hombre que pasara más tiempo en bares y tugurios que en el trabajo o en casa. No quería un hombre que durmiera con cualquier furcia de carretera que se le cruzara por delante.

Pero un hombre con experiencia... Bueno, aquello era otra cosa, Un hombre con experiencia tenía algo especial, una expresión en los ojos, una seguridad en su manera de andar, que hacía que se le pusiera el vello de punta sólo de pensar que pudiera llegar a tener un hombre así para ella sólita. Tal vez fuera un tipo normal con una vida normal, pero aun así podía tener aquella chispa ligeramente malévola en los ojos, ¿no?

Sí, claro que sí. Y aquél era precisamente el tipo de hombre que ella quería, y se negaba a creer que no hubiera ahí fuera uno esperándola.

Se incorporó una vez más para contemplar a la mujer reflejada en el espejo. Si quería encontrar aquello que deseaba, tendría que pasar a la acción. Tenía que hacer algo. El tiempo se le escurría muy deprisa.

Está bien, ser una chica mala quedaba descartado. Pero ¿y si diera la impresión de ser una chica mala? ¿O al menos una chica divertida? Sí, eso sonaba mejor: una chica divertida. Una que riera y se divirtiera, que coqueteara, bailara y llevara minifalda.

Eso sí podía hacerlo. Quizá. Gran interrogante.

-¡Daisy! -canturreó su madre de nuevo desde el piso de abajo. Aquella vez su voz llevaba un tono que indicaba que sabía algo que no sabía Daisy, como si por lo más remoto a ella hubiera podido olvidársele que era su cumpleaños-. ¡Vas a llegar tarde!

Daisy jamás había llegado tarde al trabajo en toda su vida. Lanzó un suspiro. Una persona normal con una vida normal llegaría tarde al menos una vez al año, ¿no? Su intachable historial en la biblioteca era precisamente un indicador más de que era un caso perdido.

-¡Ya estoy levantada! -contestó a gritos, lo cual no era del todo mentira. Al menos estaba incorporada en la cama, aunque no tuviera los pies en el suelo.

La masa informe del espejo atrajo su mirada, y ella le devolvió una expresión enfurecida.

-No pienso volver a ponerme pijamas de felpa -juró. De acuerdo, no era un juramento tan melodramático como el de Escarlata 0'Hara, pero lo dijo igual de en serio.

¿Y cómo se lo haría una para ser una chica mala? -No, una chica divertida, era importante distinguirla-, se preguntó mientras se quitaba el odioso pijama de felpa y hacía una bola con él para arrojarlo con aire desafiador a la papelera. Titubeó unos instantes... ¿Qué iba a ponerse para dormir aquella noche?... Pero se obligó a sí misma a dejar el pijama ahí. Al pensar en las otras prendas de dormir que tenía -algodón para el verano y franela para el invierno-, se le ocurrió la loca idea de dormir desnuda la noche siguiente. Sintió que la recorría un leve escalofrío. Aquello era lo que haría una chica divertida, ¿no? Y no tenía nada de malo dormir desnuda. Nunca había oído al reverendo Bridges decir nada acerca de lo que uno debía ponerse o no ponerse para dormir. No tenía que ducharse, ya que era una de esas personas que se bañaban por la noche. El mundo, pensó, estaba dividido en dos grupos; los que se duchaban por la noche y los que se duchaban por la mañana. El. segundo grupo probablemente se enorgullecía de empezar el día fresco y chispeante. A ella, por otro lado, no le gustaba mucho la idea de meterse bajo las sábanas ya sucias del día anterior por la acumulación de polvo, gérmenes y células muertas. La única solución era cambiar las sábanas todos los días, y aunque estaba segura de que había algunas personas lo bastante obsesivas para hacer semejante cosa, ella no era una de ellas. Le bastaba cambiar las sábanas una vez por semana, lo cual significaba que tenía que estar limpia al meterse en la cama. Además, el hecho de ducharse por la noche ahorraba tiempo por la mañana. «Como si tuviera prisa alguna vez», pensó con melancolía. Contempló el espejo del baño, el cual le confirmó lo que había visto en el espejo del vestidor. Su pelo era anodino y sin forma, carente de estilo. Estaba sano, pero lacio, sin cuerpo. Se acercó un largo mechón delante de los ojos para estudiarlo. El color no era castaño dorado ni rojizo, ni siquiera un bonito castaño oscuro; era simplemente castaño, como si estuviera cubierto de barro. A lo mejor había algo que pudiera aplicarse para proporcionarle un poco de flexibilidad, de atractivo. Dios sabía que existían trillones de frascos, tubos y aerosoles

en la sección de salud y belleza del Wal-Mart de la autopista, pero eso quedaba a veinticuatro kilómetros y ella lo único que solía comprar era un bote de champú en el súper del barrio. De todos modos, no tenía ni idea del efecto que producían los productos contenidos en aquellos trillones de frascos.

Pero podría enterarse, ¿no? Era bibliotecaría, por el amor de Dios. Era una magnífica investigadora. Los secretos del mundo eran como un libro abierto para quienes sabían dónde y cómo buscar. ¿Qué dificultad podrían plantearle unos productos capilares?

De acuerdo. El pelo era lo primero en su lista de mejoras. Daisy regresó al dormitorio y sacó un bolígrafo y un cuaderno de su bolso. Escribió el número uno al principio de la página y al lado apuntó:

PELO. Debajo de eso garabateó rápidamente MAQUILLAJE, y debajo de eso ROPA.

«Perfecto», pensó con satisfacción. Ahora tenía el borrador para confeccionar una chica divertida.

Volvió al cuarto de baño, se lavó rápidamente la cara y acto seguido hizo algo que no había hecho nunca. Abrió el tarro de crema Oil of Olay que le había regalado tía Joella en su último cumpleaños y se hidrató el rostro. Tal vez no le serviría de nada, pero la sensación resultó agradable. Y cuando hubo terminado, pensó que su cutis lucía un aspecto más liso y un poco más luminoso. Por supuesto, una cosa engrasada parecía más lisa, y tanto masajear debía de haberle enrojecido un poco la piel, pero por alguna parte había que empezar.

Y ahora, ¿qué?

Nada, ahí estaba la cosa. No tenía nada más que hacer, ni más ungüentos ni ninguno de aquellos misteriosos y sensuales cuadraditos de color ni aquellos lápices oscuros con que otras mujeres se perfilaban los ojos y se ensombrecían los párpados. Podía pintarse los labios, pero ¿para qué molestarse? La barra tenía prácticamente el mismo color que sus labios; la única forma de distinguir si los llevaba pintados era pasándose la lengua por ellos y viendo a qué sabían. La barra sabía ligeramente a chicle, igual que cuando estaba en el instituto...

-¡Oh, Dios! -gimió en voz alta.

¡No había cambiado de color de barra de labios desde el instituto!

-Eres patética -le dijo a su imagen en el espejo, y esa vez habló en tono enfadado. No iba a bastar con realizar cambios cosméticos. Tenía que hacer algo drástico.

Dos cajas de alegre envoltorio descansaban sobre la mesa de la cocina cuando Daisy fue al piso de abajo. Su madre le había preparado su desayuno favorito, tortitas con nueces; junto al plato había una humeante taza de café, aguardándola a ella, lo cual quería decir que había esperado hasta oírla bajar para servirlo. Se le llenaron los ojos de lágrimas cuando se quedó mirando a su madre y su tía; realmente eran dos de las personas más encantadoras del mundo, y las quería de verdad.

-¡Feliz cumpleaños! -replicaron al unísono con una gran sonrisa.

-Gracias -contestó Daisy esforzándose por sonreír. A instancias de ellas, tomó asiento en el lugar de costumbre y se apresuró a abrir las cajas. Dios, por favor, que no sea más felpa, rogó en silencio mientras desplegaba el papel blanco que envolvía el regalo de su madre. Casi le daba miedo mirar,

miedo de no poder controlar la expresión de su cara si se trataba efectivamente de felpa... o franela. Lo uno era casi tan malo como lo otro.

Era... Bueno, no era felpa. Se le escapó el alivio en forma de una leve exclamación ahogada. Sacó la prenda de la caja y la sostuvo en alto.

-Es un albornoz -dijo su madre, como si ella no pudiera verlo.

-Yo... Es muy bonito -contestó Daisy al tiempo que volvían a llenársele los ojos de lágrimas porque de verdad era bonito, más bonito de lo que había esperado. Sólo era algodón, pero tenía un agradable tono rosado, con un toque de encaje alrededor del cuello y en las mangas.

-Pensé que necesitabas algo bonito -dijo su madre entrelazando las manos.

-Ahora éste -dijo tía Joella al tiempo que empujaba la otra caja hacia ella-. Date prisa, o se te enfriarán las tortitas.

-Gracias, mamá -contestó mientras abría obedientemente la otra caja y miraba el contenido. Allí tampoco había nada de felpa. Tocó la tela acariciando con las yemas de los dedos su textura fresca y lisa.

-Seda auténtica -dijo tía Joella con orgullo al tiempo que ella desdoblaba totalmente la combinación-. Como la que vi que llevaba Marilyn Monroe en una película.

La combinación parecía una prenda de 1940, modesta y sexy a la vez, la típica prenda que las jóvenes atrevidas llevaban como vestido de fiesta en la actualidad. Daisy se imaginó a sí misma sentada ante el tocador cepillándose el pelo y llevando puesta tan sólo aquella elegante combinación; entonces un hombre alto se acercaba por detrás y posaba una mano en su hombro desnudo. Ella ladeaba la cabeza y le sonreía, y él movía lentamente la mano bajo la seda y le tocaba el seno al tiempo que se inclinaba para besarla...

-Bueno, ¿qué te parece? -preguntó tía Joella, sacando a Daisy de su fantasía.

-Es preciosa -respondió, y una de las lágrimas que había reprimido hasta entonces se escapó y le resbaló por la mejilla-. Las dos sois encantadoras...

-No tanto -la interrumpió tía Joella, frunciendo el ceño al ver rodar la lágrima-. ¿Por qué lloras?

-¿Ocurre algo? -le preguntó su madre al tiempo que le cogía la mano.

Daisy aspiró con fuerza.

-Nada grave. Es sólo que... me he dado cuenta de una cosa. La tía Jo, que era más aguda que un clavo, le dirigió una mirada con los ojos entornados.

-Huy, me parece que eso te ha dolido.

-Jo. -La madre de Daisy lanzó una mirada admonitoria a su hermana y tomó las manos de su hija entre las suyas-. Cuéntanos qué ocurre, cariño.

Daisy respiró hondo, tanto para reunir valor como para controlar el llanto.

-Quiero casarme.

Las dos hermanas parpadearon y se miraron la una a la otra y después a ella.

-Bueno, eso es maravilloso -dijo su madre-. ¿Con quién?

-Ése es el problema -replicó Daisy-. Que nadie quiere casarse conmigo.

Entonces dejó de funcionar lo de respirar hondo, y tuvo que esconder el rostro entre las manos para ocultar cómo goteaban sus insurrectos conductos lacrimales.

Se hizo un breve silencio, y Daisy supo que ambas estaban mirándose la una a la otra de nuevo, comunicándose con la mente, como lo hacen las hermanas.

Su madre se aclaró la garganta:

-No estoy muy segura de haberlo entendido. ¿Hay alguien en particular a quien te estás refiriendo?

Bendita fuera su madre, era una profesora de inglés hasta la médula. Era la única persona que Daisy conocía que usaba bien los pronombres, excepto, claro está, ella misma. Hasta cuando estaba alterada, su gramática continuaba siendo perfecta.

Daisy negó con la cabeza y se enjugó las lágrimas para poder encararse con ellas otra vez.

-No, no estoy sufriendo por un amor no correspondido. Pero quiero casarme y tener hijos antes de que me haga demasiado vieja, y la única manera de que suceda eso es haciendo unos cuantos cambios importantes.

-¿Qué clase de cambios importantes? -preguntó tía Jo con cautela.

-¡Mírame! -Daisy se señaló a sí misma de la cabeza a los pies-. Soy aburrida e insulsa. ¿Quién va a querer mirarme dos veces? Ni siquiera mostró interés el pobre Wally Herndon. Tengo que hacer unos cuantos cambios importantes en mi persona. -Aspiró profundamente-. Necesito renovarme un poco. Necesito conseguir que me miren los hombres. Necesito ir a sitios en los que pueda conocer hombres solteros, como bailes y locales nocturnos. -Hizo una pausa, esperando alguna objeción, pero sólo encontró silencio. Volvió a aspirar profundamente y soltó lo más gordo-: Necesito un sitio para mí donde vivir. Entonces aguardó.

Otro intercambio de miradas entre hermanas. Aquel momento comenzó a estirarse, igual que los nervios de Daisy. ¿ Qué iba a hacer si ellas empezaban a ponerle objeciones? ¿Podría mantenerse firme?

El problema era que las quería y deseaba que fueran felices; no quería alterarlas ni que se avergonzasen de ella.

En ese momento las dos se volvieron hacia Daisy con idénticas sonrisas de oreja a oreja.

-Bueno, ya era hora -dijo tía Jo.

-Te ayudaremos -añadió su madre sonriendo.

CAPITULO 2

Daisy condujo de camino al trabajo con el piloto automático. Por suerte, no había señales de stop de las que preocuparse, y sólo encontró un semáforo: el que permitía que transcurriera la vida en una población pequeña. Vivía a sólo cinco manzanas de la biblioteca y, para cuidar del medio ambiente, a menudo iba a trabajar a pie si hacía buen tiempo, pero todavía estaba lloviendo a mares y de todos modos en verano el calor siempre conseguía apoderarse de su consciencia.

Su cerebro bullía de planes, y antes de guardar el bolso en el último cajón de su mesa, sacó la hoja de papel en la que había garabateado las tareas que necesitaba emprender, para estudiarlas de nuevo. Su madre y tía Jo se mostraron entusiasmadas, agregaron ideas suyas, y tras pensarlo detenidamente todas estuvieron de acuerdo en que antes de nada debería ponerse manos a la obra con los puntos más importantes. Daisy tenía una cuenta bancaria saneada, gracias a que vivía con su madre y con tía Jo y a que compartía los gastos con ellas. No es que la compra del supermercado y los gastos del agua y la luz fueran muy grandes, y además aquella vieja casa hacía mucho tiempo que ya estaba pagada. Su coche era un Ford de ocho años, financiado a tres años, de modo que llevaba cinco sin ni siquiera tener que pagarlo. El salario de la bibliotecaria de un pueblo pequeño no era gran cosa, aunque ella fuera la directora de la biblioteca, un título muy rimbombante que en realidad no significaba nada, dado que el alcalde era de hecho quien contrataba y despedía a los empleados, así que lo único que ella tenía que hacer era decidir qué libros adquiría la biblioteca con su nada impresionante presupuesto, y ahí se acababa todo. Pero cuando en el banco se mete todos los años por lo menos la mitad, en ocasiones más, de un sueldo incluso poco impresionante, eso va sumando. Si hasta había invertido en Bolsa, después de investigar detenidamente en Internet qué empresas elegir, y le había ido muy bien, aunque fuera ella misma quien lo dijera. No era que Warren Buffett tuviera motivos para estar celoso, pero Daisy estaba orgullosa de su capitalito.

En resumen, que no le costaría mucho vivir sola. Sin embargo, no había muchas viviendas en alquiler en Hilisboro, Alabama, aunque siempre podía trasladarse a otra población más grande, Scottsboro o Fort Payne, pero no quería alejarse. Su hermana ya se había mudado a Huntsville, y aunque en realidad eso no quedaba tan lejos, aproximadamente a una hora en coche, seguía sin ser lo mismo que vivir en la misma localidad. Además, Temple Notan, el alcalde, estaba verdaderamente obsesionado en contratar sólo a ciudadanos de Hilisboro para cargos municipales, una política que Daisy aprobaba. Difícilmente podía pedirle que hiciera una excepción en su caso. Simplemente, tendría que buscar un lugar donde vivir allí mismo.

Hilisboro sólo tenía un periódico semanal de corta tirada que salía los viernes, pero ella aún tenía en su mesa la edición de la semana anterior. La abrió por la sección de anuncios -una página- y escrutó rápidamente las columnas. Se fijó en que habían encontrado un gato calicó en Vine Street y en que la señora Washburn estaba buscando una persona que la ayudase a cuidar de su suegro, que tenía noventa y ocho años y le gustaba desnudarse

en los momentos más inopinados, como por ejemplo cuando estaba rodeado de gente. Alquileres, alquileres... Dio con la pequeña sección y rápidamente se puso a repasarla. Había ocho anuncios, más de los que esperaba.

Había una dirección que le resultó familiar, y desechó ese alquiler inmediatamente; se trataba de una habitación en el piso de arriba de la casa de Beulah Wilson, y todo el mundo sabía que Beulah invadía la intimidad de sus inquilinos cuando se le antojaba, registraba las habitaciones como si fuera un perro entrenado para olfatear toneladas de cocaína y luego cotilleaba con sus viejas compinches sobre lo que había encontrado. Así fue como todo el pueblo se enteró de que la señorita Mavis Dixon tenía una caja llena de revistas *Play-gili,* aunque la susodicha señorita le resultaba tan odiosa y antipática a todo el mundo que la gente coincidió en que las páginas centrales de la revista eran lo más cerca que iba a estar nunca de unos genitales masculinos.

De ninguna manera se iría a vivir a la casa de Beulah Wiison.

Y aquello reducía las posibilidades a siete.

-Vine Street -musitó, leyendo el anuncio siguiente. Seguramente se trataba del pequeño apartamento que tenían los Simmons encima del garaje. Hum, no estaría nada mal. Seguramente el alquiler sería muy razonable, el barrio era bueno y disfrutaría de intimidad, porque Edith Simmons era una viuda que sufría artritis aguda en las rodillas y de ningún modo podría subir las escaleras para fisgonear. Todo el mundo sabía que tenía a una persona contratada para limpiar la casa porque ella ni siquiera podía agacharse.

Daisy rodeó el anuncio con un círculo y pasó a leer los demás rápidamente. Había dos pisos vacíos en Forrest Hills, yendo por la autopista, pero el alquiler era alto y los pisos feos. Ahí estaban, aunque sólo los tendría en cuenta si la señora Simmons ya hubiera alquilado el apartamento del garaje. También había una casa en una tal Lassiter Avenue, pero la dirección no le resultó conocida. Giró en su silla para buscar Lassiter Avenue en el mapa municipal, e inmediatamente desechó el anuncio porque estaba en la zona más conflintiva del pueblo. No sabía exactamente hasta qué punto era conflictiva, y se imaginó que Hilisboro también tendría su correspondiente cuota de delincuencia.

Por lo demás, los anuncios que quedaban eran poco apetecibles:

Un lado de un dúplex, que siempre estaba disponible, porque en el otro lado vivía aquella gentuza de la familia Farris y nadie soportaba los gritos y las blasfemias durante mucho tiempo, y otra casa que también se encontraba demasiado lejos, casi en Fort Payne. El último anuncio correspondía a una caravana, situada asimismo en la parte mala del pueblo.

Se apresuró a marcar el número de la señora Simmons con la esperanza de que el apartamento siguiera vacío, ya que el periódico era de hace cuatro días.

El teléfono sonó y sonó; la señora Simmons necesitaría tiempo para llegar hasta él, de modo que se armó de paciencia. Varney, su hijo, le había regalado un teléfono inalámbrico para que pudiera llevárselo a todas partes y así no tuviera que desplazarse a ningún sitio para atenderlo, pero ella estaba anclada en sus costumbres y consideraba una molestia cargar con aquel aparato todo el día, de modo que se le cayó por accidente en el inodoro del baño, y ahí quedó la cosa. Después volvió a usar el teléfono fijo, y Varney comprendió que no sería sensato comprarle otro inalámbrico para que acabase ahogado.

-Diga.

La voz de la señora Simmons temblaba tanto como sus rodillas.

-Hola, señora Simmons. Soy Daisy Minor. ¿Cómo está?

-Muy bien, querida. La lluvia hace que me duelan los huesos, pero nos hace falta, así que no debo quejarme. ¿Cómo están tu madre y tu tía Joella?

-Muy bien, gracias. Ocupadas enlatando tomates del jardín.

-Yo ya no hago conservas -dijo la señora Simmons con su voz quebradiza-. El año pasado, Timmie (Timmie era la mujer de Varney) me trajo peras e hicimos peras en conserva, pero ni siquiera me molesto en tener un huerto. Mis viejas rodillas no están para muchos trotes.

-Podría pensar en operarse para que le implanten otras nuevas -le sugirió Daisy. Sintió el impulso de probar, por respeto, aunque sabía que Varney y Timmie llevaban años sugiriéndole lo mismo, sin éxito alguno.

-Verás, Mertis Bainbridge se operó, y dijo que jamás volvería a pasar por eso. No le ha dado más que problemas.

Mertis Bainbridge era una hipocondríaca, además de una quejica para todo. Si le regalasen un coche, se quejaría de tener que comprar gasolina. Daisy se abstuvo de señalar ese detalle, porque Mertis era una de las mejores amigas de la señora Simmons.

-No todo el mundo es igual -dijo diplomáticamente-. Usted es mucho más fuerte que Mertis, puede que le diera mejor resultado.

A la señora Simmons le gustaba que le dijeran lo fuerte que era, para poder soportar aquel dolor.

-Bueno, me lo pensaré.

No iba a hacer semejante cosa, pero Daisy había satisfecho los requisitos sociales; pasó al propósito de su llamada.

-El motivo por el que la llamo es para preguntarle por el apartamento de su garaje. ¿Lo ha alquilado ya?

-Todavía no, querida. ¿Conoces a alguien a quien pueda interesarle?

-Me interesa a mí. ¿Le vendría bien que fuera por ahí a la hora del almuerzo a verlo?

-Bueno, supongo que sí. Deja que lo consulte con tu madre. Ya volveré a llamarte. Estás en el trabajo, ¿verdad?

Daisy parpadeó. ¿Había oído lo que había oído?

-¿Perdón? -dijo en tono cortés-. ¿Para qué necesita consultarlo con mi madre?

-Pues para saber si ella está de acuerdo, naturalmente. No podría permitir que alquilases mi apartamento sin su permiso. Aquellas palabras fueron como una bofetada en la cara.

-¿Su permiso? -dijo con voz ahogada-. Tengo treinta y cuatro años. No necesito permiso para vivir donde yo quiera.

-A lo mejor has discutido con ella, querida, pero yo no podría herir así los sentimientos de Evelyn.

-No hemos discutido -protestó Daisy. Se le había formado un nudo en la garganta que apenas le permitía hablar. Dios, ¿es que todo el pueblo la consideraba tan inútil que no podía hacer nada sin el permiso de su madre? ¡Con razón nunca tenía citas con hombres! La humillación se mezcló con la rabia al ver que la señora Simmons ni siquiera pensaba que la hubiera

insultado-. Pensándolo mejor, señora Simmons, no creo que me convenga el apartamento. Lamento haberla molestado.

Era un gesto de mala educación, pero colgó el teléfono sin la despedida de costumbre. Probablemente, la señora Simmons les contaría a todas sus amigas lo brusca que había sido Daisy y que estaba enfadada con su madre, pero no pudo evitarlo. Además, puede que la señora Simmons no fisgoneara el interior del apartamento, pero desde luego que vigilaría todas sus idas y venidas y se sentiría obligada a informar de ellas a su madre. No es que tuviera la intención de hacer nada malo, pero aun con todo...

Sintió la humillación arder en su interior. ¿Era así como la veían todos sus amigos y conocidos? Siempre se había considerado inteligente, responsable e independiente, ¡pero estaba claro que la señora Simmons, que la conocía de toda la vida, no lo veía del mismo modo!

El paso que estaba dando llegaba con retraso, con mucho retraso. Debería haberlo dado diez años antes. Por aquel entonces le habría resultado fácil cambiar su imagen. Ahora tenía la sensación de necesitar una ley del Congreso -¡y un permiso firmado de su madre!- para cambiar la imagen que la gente tenía de ella.

Tal vez terminase siendo mejor no vivir en el apartamento de la señora Simmons, después de todo. Estaría fuera de la casa de su madre, pero todavía «bajo supervisión». Si quería cambiar su imagen, tendría que dar la impresión de gozar de completa libertad.

Aquellos pisos feos le iban pareciendo mejores por minutos.

Marcó el número que figuraba en el anuncio. Una vez más, el teléfono sonó y sonó. Se preguntó si el encargado también tendría artritis en las rodillas.

-Diga.

Era una voz de hombre, soñolienta.

-Lo siento, ¿lo he despertado?

Daisy miró el reloj que tenía encima de la mesa; las nueve y diez. ¿Qué encargado era, para estar todavía en la cama?

-No se preocupe.

-Llamo por el anuncio del alquiler...

-Lo siento. Ayer se alquiló el último.

Y el hombre colgó.

Maldición.

Frustrada, se quedó mirando el periódico. Le quedaba la casa de Lassiter Avenue, el dúplex en que vivían los Farris y la caravana situada en la parte problemática del pueblo. El dúplex era impensable.

Ya no podía echarse atrás, de lo contrario jamás podría volver a mirarse al espejo. Tenía que continuar hasta el final. A lo mejor la caravana o la vivienda de Lassiter Avenue no estaban demasiado mal. No le importaba que el barrio fuera pobre, siempre que no resultara peligroso, con traficantes de droga acechando en cada esquina y disparos silbando en medio de la noche.

Estaba bastante segura de que si hubiera habido disparos silbando por Hilisboro, de día o de noche, se habría enterado.

La discreta campanilla que colgaba encima de la puerta sonó al entrar una persona en la biblioteca. Daisy se levantó y se alisó la falda, aunque no

por ello mejoró su aspecto. Era la única que trabajaba hasta el mediodía, porque rara vez venían visitantes por la mañana. La mayor parte de la actividad tenía lugar por la tarde, cuando ya había terminado el colegio, aunque por supuesto en verano cambiaba la pauta. La mayoría de la gente seguía viniendo a primeras horas de la tarde, quizá porque durante las mañanas, relativamente frescas, estaba demasiado ocupada en otros menesteres. A las doce llegaba Kendra Owens y trabajaba hasta la hora de cerrar, las nueve, y además Shannon Ivey hacía media jornada de cinco a nueve, de modo que Kendra nunca se quedaba sola de noche. La única que permanecía largo tiempo sola era ella, pero suponía que era porque sobre su persona pesaba una mayor responsabilidad.

-¿Hay alguien? -tronó una voz grave antes de que Daisy pudiera salir de su pequeño despacho situado detrás del mostrador.

Se plantó en dos pasos fuera, un poco violentada por el hecho de que la gente gritara en el interior de una biblioteca, aunque en aquel momento no hubiera otras personas presentes. Al ver quién era el recién llegado, frenó brevemente y a continuación dijo en tono resuelto:

-Claro que sí. No hay necesidad de gritar.

Al otro lado del arañado mostrador de madera, con aire de impaciencia, se hallaba el jefe de policía Jack Russo. Daisy lo conocía de vista, pero nunca había hablado con él y deseaba no tener que hacerlo ahora. Francamente, no tenía muy buena opinión del jefe que había escogido el alcalde Nolan. Aquel hombre tenía algo que la ponía nerviosa, pero no sabía exactamente qué. ¿Por qué no había podido escoger el alcalde a una persona de allí, alguien que ya formara parte de la policía? Russo era un forastero, y a juzgar por lo que ella había visto en las reuniones municipales, no tenía reparo alguno en abusar de su autoridad. Era fácil detestar a un matón.

-Si hubiera alguien a la vista, no habría gritado -replicó en tono tajante.

-Si no hubiera alguien aquí, la puerta no estaría abierta -contestó ella en el mismo tono tajante.

Empate.

Físicamente, Russo era un hombre apuesto, si a una le gustaban los tíos cachas de cuello grueso y hombros anchos y oblicuos. Daisy no era tan tonta como para suponer de forma automática que todo tipo atlético era también idiota; aun así, éste nunca le había llamado la atención. Tenía que haber algo narcisista en un hombre que trabajaba lo suficiente para conservar aquellos músculos, ¿no? No sabía qué edad tenía; su rostro carecía de arrugas excepto por unas patas de gallo que le salían alrededor de los ojos, pero su cabello corto, aunque en su mayoría oscuro por la parte de arriba, mostraba ya algunas canas. En cualquier caso, era demasiado viejo para dedicar horas a levantar pesas. Tampoco prestaba atención a la masculina arrogancia de su mirada, ni a aquellos labios carnosos que siempre parecían estar a punto de sonreír burlonamente. ¿Quién se creía que era, Elvis? Además, era un yanqui -había sido policía en Chicago o en Nueva York, Daisy había oído ambas cosas- de modales bruscos y rudos. Si hubiera tenido que luchar por obtener el cargo, tal como hizo el sheriff del condado, jamás habría sido elegido.

Daisy reprimió un suspiro. Formaba parte de una minoría en lo referente a su opinión de aquel tipo. El alcalde Nolan lo apreciaba, el ayuntamiento lo apreciaba, y, según lo que había oído por ahí, la mayoría de las mujeres solteras opinaban que era el no va más. Así que tal vez estuviera

equivocada en aquel sentimiento instintivo de repulsión que experimentaba hacia él. Tal vez. Se recordó a sí misma que era propio de personas amables tener una mente abierta, pero aun así se alegraba de que el mostrador estuviera entre ella y él.

-¿En qué puedo servirle? -preguntó en su mejor tono de bibliotecaria, práctico y amistoso a la vez. Trabajar para el público era toda una ciencia, sobre todo en una biblioteca. Había que animar a la gente, porque, naturalmente, uno quería que leyesen, pero al mismo tiempo era necesario inculcar un sentido de respeto hacia el lugar y hacia los demás clientes.

-Quiero apuntarme a la biblioteca virtual. No podía haber dicho ninguna otra cosa mejor que aquélla para provocar una sonrisa radiante en el rostro de Daisy. Su valor subió automáticamente varios puntos. Ella estaba orgullosa, y con razón, de la biblioteca virtual de aquel estado. Alabama era el primero del país en aquella cuestión. Cualquier ciudadano del estado podía registrarse en la biblioteca que quisiera y gozar de acceso desde su casa por la red a miles de periódicos, revistas, artículos, enciclopedias, material de investigación, publicaciones médicas y cosas así. Algunas de las categorías iban dirigidas a niños dependiendo de su edad, para trabajar en el colegio y ayudarlos en los deberes, o como interés general. Había otros estados que disponían de bibliotecas virtuales, pero la de Alabama era con mucho la más extensa de todas.

-Le encantará -dijo con entusiasmo al tiempo que levantaba la tapa abatible que le permitía abandonar la seguridad del mostrador-. Venga conmigo.

Lo condujo a la sección de libros de consulta, donde se encontraba el ordenador zumbando silenciosamente, siempre preparado. Tomó asiento en la silla que había ante la pantalla y le indicó a Russo con un gesto que cogiera otra. Él acercó una y la situó demasiado cerca de la de Daisy antes de acomodar su corpachón en ella. Inmediatamente se reclinó hacia atrás y levantó una larga pierna para apoyar el tobillo izquierdo en la rodilla derecha. Era la postura automática de un macho dominante, la de un hombre acostumbrado a dominar físicamente el espacio que lo rodeaba.

Daisy frunció el ceño y restó mentalmente los puntos que acababa de concederle. ¿Acaso no sabía que no debía apabullar a la gente? Separó su silla un par de centímetros y apuntó «malos modales» en la columna del «debe» de aquel tipo.

Le pidió la información necesaria, la introdujo en el sistema y le entregó su contraseña. Durante todo ese tiempo fue consciente de que él todavía estaba demasiado cerca; miró varias veces aquel musculoso muslo que tenía justo al lado. Si se apartaba un poco más, no podría alcanzar el teclado. Irritada, porque él tenía que saber que estaba invadiendo su espacio personal -los policías de las ciudades grandes estudiaban cosas así, ¿no?-, le lanzó una mirada de exasperación y a punto estuvo de saltar en su asiento, porque él la estaba mirando fijamente, y tampoco intentaba ocultarlo.

Daisy sintió un rubor que le quemaba la cara. Normalmente habría terminado lo más pronto posible y se habría escabullido a la seguridad de su despacho, pero aquél era un día nuevo, un punto de inflexión en su vida, y decidió que no le apetecía dejarse intimidar. Ya había sido maleducada con la señora Simmons, de modo que ¿por qué no serlo también con el jefe de policía?

-Está usted mirándome -le espetó-. ¿Tengo monos en la cara, o es que le parezco una delincuente peligrosa?

-Ninguna de las dos cosas -contestó Russo-. Los agentes de la ley miran fijamente a las personas, forma parte del trabajo.

Oh. Quizá tuviera razón. Aplacó un poco su indignación, pero sólo un poco.

-Pues deje de hacerlo de todos modos -le ordenó-. Es de mala educación, y me está poniendo nerviosa.

-Discúlpeme. -Pero seguía sin quitarle el ojo de encima; probablemente no reaccionaba bien a las órdenes. Tenía unos ojos de un inusual verde grisáceo, más verde que gris, un tanto discordantes con su piel olivácea. Por supuesto, Daisy no era precisamente la más indicada para hacer comentarios sobre los ojos raros de otras personas, ya que ella tenía cada uno de diferente color.

-.No es mi intención incomodarla, señorita... Daisy, ¿verdad? -Sus labios carnosos se curvaron en una sonrisa torcida-. ¿Puedo llevarla a alguna parte?

El rostro de Daisy pasó de sonrojado a ponerse directamente del color del tomate. Desde que salió la película *Paseando a la señorita Daisy,* eran incontables las personas que encontraban gracioso hacerle aquel ofrecimiento. Pero no se rió. Le apuntó dos marcas más en la columna del «debe», porque reírse del nombre de una persona era de mala educación y merecía varios puntos negativos de más.

-No, gracias -dijo en un tono gélido para que Russo no dejase de advertir que a ella no le resultaba tan gracioso. Se levantó y le entregó su tarjeta de plástico con la contraseña escrita en ella, y sin decir nada más regresó rápidamente al mostrador y bajó la tapa que la separaría de él. Tras aquella barricada, se encaró con el policía desde el otro lado.

-Perdone -dijo él, y era la segunda vez que pedía disculpas en otros tantos minutos. El problema era que Daisy no creía que lo dijera en serio ninguna de las veces. Russo se apoyó en el mostrador y jugueteó con la tarjeta de plástico entre sus largos dedos-. Supongo que esto se lo hacen muy a menudo, ¿verdad?

-Muy a menudo -dijo ella como un eco, manteniendo el tono glacial ártico.

Él flexionó los hombros, como si estuviera acomodándose la camisa, pero Daisy había leído artículos de revistas acerca del lenguaje corporal y pensó que a lo mejor estaba intentando impresionarla con su físico. Si era así, no lo había conseguido.

Al cabo de unos largos instantes en los que Daisy guardó un tenaz silencio, negándose a reconocer ni aceptar las excusas del policía, éste volvió a encogerse de hombros y se irguió. Tamborileó con la tarjeta de plástico sobre el mostrador. «Dios santo, ¿qué clase de señal sería aquélla?; trató de recordar si tamborilear significaba algo en el lenguaje corporal» y dijo:

-Gracias por su ayuda.

Maldición, ahora tenía que contestarle.

-De nada -musitó mientras lo veía marcharse. Estaba bastante segura de haber oído una risita.

¡Maldito yanqui! Pero ¿qué estaba haciendo en aquel pueblo? Si era un poli de una ciudad grande, un pez gordo, ¿por qué no trabajaba en una ciudad grande? ¿Qué hacía allí, en Hilisboro, una población con nueve mil habitantes y pico, escondida en las montañas del norte de Alabama? A lo mejor era un policía corrupto y lo habían pillado. A lo mejor había cometido un error terrible de cálculo y disparado a un inocente desarmado. Imaginaba que era capaz de toda clase de cosas por las que podían haberlo despedido.

Bueno, no pensaba perder más tiempo preocupándose por él. Mirando las cosas en su sentido más amplio, los clientes maleducados no tenían importancia. Trató de recobrar la compostura mentalmente. Era una mujer que tenía una misión, y aquel día no pensaba regresar a casa hasta haber encontrado un sitio donde vivir.

Suspiró al recordar las opciones que le quedaban. Si cumplía aquella promesa, cabía la posibilidad de que aquella noche tuviera que dormir dentro del coche.

CAPÍTULO 3

Al alcalde Temple Nolan le encantaba su pueblo. Hilisboro era insólitamente compacto para ser una población del sur, donde la tierra era barata y fértil, y resultaba fácil expansionarse. Pero Hilisboro, por el contrario, nunca se había extendido en exceso, por lo que permanecía en su mayor parte acurrucado en un pequeño valle, rodeado por las estribaciones de los montes Apalaches. Hasta le gustaba el camino por el que se llegaba a la población: la carretera principal, jalonada de cedros, ascendía tortuosamente por la colina, luego describía una curva y de pronto aparecía ante los ojos de aquel pueblo, que más parecía de Nueva Inglaterra que del soleado sur.

Había pináculos de iglesias blancas perforando el cielo, grandes nogales y robles con sus enormes copas verdes desplegadas, jardines cuajados de flores; diablos, incluso tenían una plaza del pueblo. No había palacio de justicia, porque Hilisboro no era la capital del estado, pero sí una plaza. Tenía una extensión de sólo cuatro mil metros cuadrados, y la habían construido en forma de parquecito con parterres de flores muy cuidados y bancos para sentarse, además del consabido cañón que databa de la guerra entre estados, con una pila de balas oxidadas junto a su base. Eran bastantes los ciudadanos que de hecho utilizaban el parquecito, de modo que el alcalde opinaba que el coste había sido justificado.

El ayuntamiento, un edificio de dos plantas de ladrillos amarillos, se encontraba a un lado de la plaza, flanqueado por el departamento de policía y la biblioteca municipal, de columnas blancas, el primero gobernado por el Jefe Jack Russo, un yanqui áspero y duro que mantenía el pueblo del alcalde limpio como una patena, y el segundo por la señorita Daisy Minor, una vieja solterona apergaminada donde las hubiera. No es que fuera tan vieja, pero sí que estaba apergaminada. Era uno de los personajes favoritos del alcalde de un pueblo pequeño lleno de personajes, porque Daisy representaba claramente un estereotipo.

Había diversas tiendas que daban a la plaza, como la tintorería, la ferretería, un comercio de ropa, varias tiendas de antigüedades, la de ultramarinos, una tienda de chucherías y otra de bricolage. Hilisboro no tenía tiendas de moda, pero sus habitantes podían adquirir todo lo que necesitaban para sobrevivir y disfrutar de la vida sin salir de allí. Contaba con el habitual surtido de establecimientos de comida rápida, pero ninguno de ellos se encontraba en la plaza; estaban todos en la carretera que iba a Fort Payne. El único restaurante que había en la plaza era el Coffee Cup, que tenía bastante clientela a la hora del desayuno y del almuerzo, no así durante la cena, por lo que cerraba a las seis.

Era un pueblo tranquilo, como cualquier otra población de poco más de nueve mil habitantes. No había bares ni clubes nocturnos; era un condado abstemio. Si uno quería beber alcohol -legalmente- tenía que irse hasta Scottsboro, que se había separado del resto del condado y votado por permitir el alcohol, o bien a Madison County. Claro que la gente siempre trataba de llevarse alcohol a casa, y el departamento de policía tendía a

mirar a otra parte mientras lo hicieran así. No obstante, tomaba medidas enérgicas contra aquellas personas que pretendían beber y conducir al mismo tiempo, y se mantenía alerta por si algún adolescente intentaba llevarse furtivamente unas cajas de cerveza para alguna fiesta. Y aunque también había gente que fumaba marihuana o tomaba pastillas, Temple Nolan se esforzaba mucho por mantener Hilisboro limpio de drogas.

Aquélla era una de las razones por las que había elegido como jefe de policía a Jack Russo. Russo había trabajado en Chicago y en Nueva York; tenía amplia experiencia en calles y callejones, y sabía qué buscar cuando se trataba de drogas. Aunque sus métodos fueran a veces un tanto bruscos para aquella parte del país... Bueno, había que aceptar los pros y los contras. Lo mejor de Russo era que se trataba de un forastero. Podía llevar a cabo el trabajo, y no estaba metido en aquella red de buenos chicos por la cual se pasaba una cantidad asombrosa de información y de favores. Un favor recibido era un favor debido, y antes de que uno se diese cuenta se hacían cosas que no debían hacerse, y se pasaba información que no debía pasarse. Al contratar a un forastero. Temple había cortado aquello de raíz. Hilisboro debía seguir siendo un lugar pacífico y limpio, tal como a él le gustaba, y el jefe de policía estaba demasiado aislado para enterarse de cosas que no necesitaba saber. Hasta el momento, aquello había funcionado bien.

Temple llevaba nueve años siendo alcalde, precisamente el año anterior había ganado su tercer mandato en el puesto. Tenía sólo cuarenta y cinco años, y era un hombre delgado y apuesto de ojos azules y cabello oscuro y cuidado. Se había criado en Hilisboro, un chico popular que practicó todos los deportes -fútbol americano, baloncesto, béisbol- pero que nunca había destacado en ninguno de ellos. Aquello no había afectado su popularidad ni sus planes. Jamás soñó con alcanzar el éxito en las ligas profesionales de ningún deporte, y el líder estrella no fue el que se casó con la jefa de las animadoras; ese honor había sido para él. Jennifer Whitehead, ágil y rubia, se había convertido en la señora de Temple Nolan en junio, después de sacarse el título universitario en administración de empresas. Al año siguiente se produjo la llegada de Jason, y tres años más tarde nació aquella rubita llamada Paige. Los retratos de su familia parecían de revista, como un folleto de planificación familiar.

Los hijos de Nolan también llevaban la nariz limpia; Jason resultó tener un buen brazo para lanzar, y asistió a la universidad gracias a ello. Pero vivir de las ligas profesionales no era su sueño, como no lo había sido para su padre, por lo que en la actualidad estudiaba en la Facultad de medicina de Carolina del Norte. Paige, de veinte años, también iba a la universidad y estudiaba ciencias y matemáticas; deseaba trabajar en el programa espacial. Eran unos chicos estupendos; gracias a Dios que ninguno de los dos se parecía a su madre.

Sí, Jennifer era la oveja negra de la familia. La buena de Jennifer;

Temple debería haber comprendido que si ya era una chica fácil en el instituto y en la universidad, el matrimonio no iba a cambiarla. Sabía que se había metido en la cama casi con todo el mundo. Si sus dos hijos no se parecieran tanto a él, les habría hecho la prueba del ADN.

Pero al principio Jennifer intentó por lo menos limitarse a la cama de él; Temple no creía que hubiera empezado a serle infiel de manera sistemática hasta que Paige cumplió los dos años.

Su carrera política probablemente soportaría la conmoción que supondría divorciarse de ella, pero no tenía intención alguna de hacerlo. Por un lado, los chicos adoraban a su madre y él no quería causarles daño; por el otro, Jennifer tenía sus ventajas. Estaba seguro de que ella le había hecho ganar unos cuantos votos solidarios -cosas como «el pobre Nolan hace lo que puede para mantener la familia unida»-, y además, si él necesitaba cerrar un trato o devolver un favor, Jennifer estaba siempre dispuesta a quitarse las bragas y meterse en la cama.

Por supuesto, eso significaba que él tema que acudir a otra parte para aliviarse. De ningún modo pensaba volver a meter su polla en Jennifer, después de la gentuza con la que se había revolcado. Podría haber iniciado una relación con cualquiera de las mujeres disponibles que había en el pueblo -y también con algunas que se suponía que no lo estaban- de haber sentido esa inclinación, pero un hombre sensato nunca ensuciaba su propio nido. No, lo mejor era aliviar sus ansias fuera del pueblo, y según parecía, nunca había tenido problemas para encontrar una mujer cuando la necesitaba.

Su número privado, que se distinguía de las otras líneas de la oficina por su distintivo tono, empezó a sonar. Después de mirar primero hacia la puerta para cerciorarse de que estaba cerrada, Temple atendió la llamada.

-¿Sí? -Nunca decía su nombre, por si acaso, sobre todo por el teléfono móvil, pero aquella costumbre también se le había contagiado con los teléfonos fijos.

-Tenemos un pequeño problema con el envío -dijo una voz que reconoció.

-¿Va a haber retraso en la salida ? . .. -Sí. Quizá desees ocuparte de esto tú mismo.

Temple maldijo para sus adentros; tenía programado un partido de golf, si es que aquella maldita lluvia cesaba alguna vez. Y ahora tendría que ir en automóvil casi hasta Huntsville. Pero Glenn Sykes era un hombre capaz; no habría dicho que tenía que supervisar personalmente aquel problema si no se tratara de algo serio.

-Me tomaré un buen rato para comer -dijo brevemente.

-Ven al granero -dijo Sykes-. Te estaré esperando. Los dos hombres colgaron, y Temple devolvió el auricular a su horquilla lentamente. Siempre que no se hubiera ido al garete una escapada, todo iría bien, y si eso hubiera sucedido Glenn se lo habría dicho inmediatamente. Pero a veces surgían otros problemas, problemas que había que atajar de inmediato antes de que se complicara la situación.

Tres horas más tarde, de pie en el interior de un viejo y destartalado granero, contempló el problema y maldijo en silencio mientras calculaba la pérdida de beneficios.

-¿Qué ha ocurrido?

-Sobredosis -contestó Glenn Sykes sucintamente. No hacía falta esforzarse mucho para adivinar lo que había pasado, pensó el alcalde con amargura.

-¿GHB?

-Sí.

-Mitchell.

Sykes no le contradijo, y Temple suspiró.

-El señor Mitchell se está convirtiendo en un problema. Aquélla no era la primera vez que Mitchell había drogado a una de las chicas con GHB. Aquel enfermizo hijo de puta las prefería inconscientes para follárselas; Temple suponía que aquello lo hacía sentirse como si estuviera desquitándose de algo. O a lo mejor pensaba que si ellas no se resistían, entonces no era una violación. Fuera cual fuera su razonamiento, era la segunda vez que mataba a una de las chicas con GHB. Una cosa era utilizar la mercancía, pero cuando empezó a tomar parte en los beneficios, la cosa fue más seria.

Sykes lanzó un gruñido.

-Mitchell «ha sido» un problema. Ese jodido idiota causa más problemas de lo que vale.

-Estoy de acuerdo.

-¿Quieres que prepare algo?

-Me temo que tendremos que hacerlo. Las diversiones y los jueguecitos de Mitchell nos están costando dinero.

Sykes se sintió aliviado. No le gustaba trabajar con jodídos aguafiestas, y Mitchell era un aguafiestas de primera categoría. Por otra parte, era un placer trabajar con un hombre como Temple Nolan, que nunca rompía a sudar sino que lo manejaba todo con una frialdad carente de emociones. Sykes señaló el bulto que yacía en el suelo.

-¿Qué quieres que haga con el cadáver? ¿Lo entierro? ¿Ó lo tiro en algún sitio?

Temple reflexionó.

-¿ Cuánto tiempo ha pasado ?

-Casi cuatro horas desde que me enteré.

-Espera otro par de horas para estar seguros, y luego tíralo. La composición química del GHB desaparecía al cabo de seis horas, lo cual hacía que fuera imposible de detectar a menos que se encontrara un cadáver y se le hicieran pruebas dentro de ese margen de tiempo. Después, quizá las autoridades sospecharan del GHB, pero no habría forma de probarlo.

-¿Alguna preferencia en cuanto al lugar?

-No, mientras no guarde relación con nosotros. Sykes se frotó la mandíbula.

-Entonces creo que me la llevaré a Marshall County; cuando la encuentren, pensarán que no es más que otra de esas trabajadoras emigrantes y nadie se molestará mucho en identificarla. -Levantó la vista hacia el tejado de estaño, donde no cesaba de repiquetear la lluvia-. El tiempo nos ayudará; no quedará ninguna huella que rastrear, ni aunque los patanes de Marshall decidieran hacer un esfuerzo.

-Buena idea.

Dejó escapar un suspiro al contemplar aquel pequeño bulto. La muerte no sólo dejaba inmóvil un cuerpo; también lo reducía a un mero bulto, desprovisto de la tensión y la gracia inherente que la fuerza vital aportaba a los músculos. No entendía cómo alguien podía creer que una persona muerta estaba dormida, porque cambiaba totalmente el aspecto del cuerpo. En vida, aquella chica había sido una belleza, con una chispa de inocencia que habría hecho fluir el dinero. Muerta, no era nada.

-Voy a llamar a Phillips para informarlo de lo sucedido y de lo que vamos a hacer en lo que a Mitchell respecta.

Temple no tenía ningunas ganas de hacer aquella llamada,.porque odiaba reconocer que había cometido un error y porque la decisión de contratar a Mitchell había sido suya.

Bueno, era un error que pronto se subsanaría. Aquélla había sido la última chica que Mitchell drogaba con GHB.

CAPITULO 4

Daisy estaba de pie bajo la lluvia, mirando fijamente la pequeña y destartalada casa de Lassiter Avenue que constituía su última esperanza. La pintura blanca se estaba desconchando, los pocos y esqueléticos arbustos que había necesitaban urgentemente una poda, el patio cubierto de hierbajos tenía aspecto de no haber sido segado en todo el verano, y el tejado que caía sobre el porche de entrada se veía hundido. La rejilla de la puerta estaba medio arrancada del marco en un lado, y había una ventana que lucía una gigantesca grieta. En su favor había que decir que el pequeño patio trasero estaba vallado. Daisy se esforzó por encontrar más cosas buenas en aquella casa, pero no halló ninguna. Lo único, es que estaba libre.

-Permítame que busque la llave, y entraremos -dijo la dueña, la señora Phipps, al tiempo que revolvía en su voluminoso bolso. La señora Phipps no alcanzaba el metro y medio de estatura, era casi igual de ancha que de alta, y llevaba el pelo peinado... o quizás es que le crecía así... en enormes bucles blancos que parecían tenues nubes. Subió resoplando a la acera rota y salvó un tramo que había desaparecido del todo.

-No es nada lujosa -advirtió, aunque Daisy se preguntó por qué creía necesario advertirla de nada-. Sólo tiene una salita, una cocina, dos dormitorios y un cuarto de baño, pero E.B. y yo criamos aquí a dos hijos sin ningún problema. Al fallecer E.B., mis hijos me compraron una autocaravana y la pusimos en la parte de atrás de la casa de mi hijo mayor, así tengo alguien cerca por si me pongo enferma o algo. Pero no he querido desprenderme de esta vieja casa. Fue mi hogar durante mucho tiempo. Además, el dinero de la renta ayuda.

El hundido porche de madera pareció ceder un poco más bajo el peso de la señora Phipps; Daisy permaneció detrás de ella, por si necesitaba su ayuda en caso de que se cayera. Pero la señora Phipps alcanzó la puerta sin incidentes y se puso a forcejear con la recalcitrante cerradura. Por fin giró la llave, y dejó escapar un gruñido de satisfacción.

-Ya está. Lo limpié todo después de que se marcharan los últimos inquilinos que estuvieron aquí, así que no tiene que preocuparse por la suciedad ni nada parecido.

La casa, en efecto, estaba limpia, tal como observó Daisy con alivio al entrar. Olía a rancio, claro, pero era porque estaba vacía, no de suciedad.

Las habitaciones eran pequeñas, la cocina apenas lo bastante grande para que cupiera en ella una mesa pequeña y dos sillas, y no logró imaginarse lo abarrotada que habría estado con una familia de cuatro miembros. Los suelos eran todos de linóleo agrietado, pero se podrían tapar con alfombras. El baño también era pequeño, pero en algún momento habían sustituido la bañera por un conjunto de bañera y ducha de fibra de vidrio azul que no hacía juego con el lavabo y el inodoro blancos. Un calentador pequeño sobresalía de la pared.

Daisy paseó en silencio de nuevo por las habitaciones, intentando imaginarlas con lámparas, cortinas y muebles acogedores. Si se quedaba con la casa, tendría que comprar aparatos de aire acondicionado para las

ventanas, alfombras para los suelos, electrodomésticos para la cocina y muebles para el salón. Para el dormitorio ya tenía sus muebles, gracias a Dios, pero a no ser que comprase lo más barato que encontrara, iba a gastarse unos seis mil dólares en volver aquel lugar habitable. Menos mal que no vivía en una parte del país en la que la vida estuviera cara, de lo contrario se estaría enfrentando a un gasto de por lo menos del doble de aquella cantidad. El dinero lo tenía, aquél no era el problema, pero jamás se había gastado una suma tan grande en toda su vida. Sólo de pensar en ello, se le encogió el estómago de pánico.

Podía gastarse aquel dinero, o podía quedarse en casa de su madre y vivir allí hasta que se hiciera vieja y se muriera. Sola.

-Me la quedo -dijo en voz alta, una frase que le sonó extraña y lejana, como si la hubiera pronunciado otra persona.

El regordete rostro rosado de la señora Phipps se iluminó.

-¿De verdad? No pensaba... Es decir, no parecía usted ser de las que... Esta calle era antes decente y agradable, pero el vecindario ha decaído y... -Se quedó sin fuerzas, incapaz de expresar su sorpresa.

Daisy lo comprendió. Tan sólo una semana antes -¡cielo santo, incluso ayer mismo!- ella tampoco se habría imaginado a sí misma viviendo allí.

Tal vez estuviera desesperada, pero no era patética. Se cruzó de brazos y puso su mejor cara de bibliotecaria.

-El porche de la entrada necesita urgentemente una reparación.

Me encargaré yo por usted, sí quiere, siempre que descuente el coste de la reparación de la cuota del alquiler.

La señora Phipps también se cruzó de brazos.

-¿Y por qué iba yo a hacer eso?

-Dejará de cobrar esa parte de la renta en efectivo, cierto, pero a la larga su propiedad tendrá más valor y podrá cobrar un alquiler más alto la próxima vez.

Daisy esperaba que la señora Phipps fuera de las que ven las ventajas a largo plazo, en vez de pensar sólo en el dinero de la renta. No tenía ni idea de cuánto iban a costar las reparaciones, pero el alquiler costaba sólo ciento veinte dólares al mes, de modo que la señora Phipps quizá se pasaría varios meses sin ingresar renta alguna.

-No creo que pueda pasarme sin ese dinero extra durante tanto tiempo -dijo la señora Phipps, titubeante.

Daisy pensó a toda prisa.

-¿Y qué le parece cada dos meses? ¿Le vendría bien así? Yo pago las reparaciones ahora; luego pago renta un mes sí y otro no hasta que recupere mi dinero. O usted paga las reparaciones y aumenta la renta un poco.

La señora Phipps cambió el peso de una pierna a otra.

-No tengo tanto dinero para andar tirándolo. De acuerdo, lo haremos a su manera. Pero lo quiero por escrito. Y también quiero la renta del primer mes; después empezaremos con lo de los meses alternos. Tampoco está incluido ninguno de los gastos de agua y luz.

Por ciento veinte dólares al mes, Daisy no contaba con que estuvieran incluidos. Sonrió abiertamente y le tendió la mano.

-Trato hecho -dijo, y ambas se estrecharon la mano.

-Es más bien pequeña -comentó tía Jo a la mañana siguiente cuando ella y la madre de Daisy inspeccionaron la nueva guarida de la joven.

-Quedará perfecta -replicó Evelyn, tenaz-. Una mano de pintura y unas cortinas bonitas obrarán maravillas. De cualquier modo, no vivirá aquí mucho tiempo, dentro de nada conocerá a alguien especial. Daisy, cariño, si hay algo en el desván que quieras llevarte, no tienes más que cogerlo. -Echó otro vistazo a la casita-. ¿Qué tipo de decoración tienes en mente? -preguntó dubitativa, como si no se le ocurriera nada que mejorase de verdad el aspecto de la casa.

-Cómoda y acogedora -contestó Daisy-. Esto es demasiado pequeño para intentar otra cosa. Ya sabes, sillones sobrecargados con perros afganos tumbados en ellos, esa clase de cosas.

-Hum -dijo tía Jo-. El único perro afgano que he visto no era capaz de quedarse quieto en un sitio a no ser que lo amarrases. Es el perro más tonto del mundo.

Todas rompieron a reír suavemente. El sentido del humor de tía Jo tendía al absurdo, y tanto Daisy como su madre disfrutaban enormemente con aquellas fantasías.

-Sí que vas a necesitar un perro -dijo Evelyn de pronto, mirando alrededor-. O barrotes en las ventanas, y un sistema de alarma.

Los barrotes y el sistema de alarma sumarían otros mil dólares a la montaña de gastos. Daisy dijo:

-Buscaré un perro.

Además, un perro hacía compañía. Nunca había vivido sola, de modo que un perro le ayudaría a suavizar la transición. Sería agradable tener un animal doméstico; habían pasado ocho años -¡Dios santo, cuánto tiempo!- desde que murió de viejo el último animal de compañía de la familia.

-¿Cuándo piensas trasladarte? -inquirió tía Jo.

-No sé. -Dubitativa, Daisy miró a su alrededor-. Hay que dar de alta la luz y el agua, pero eso no llevará mucho tiempo. Tendré que comprar electrodomésticos para la cocina y esperar a que me los traigan, buscar muebles y alfombras, poner cortinas. Y pintar. Está claro que la casa necesita una mano de pintura.

Evelyn respiró hondo.

-Una buena casera habría pintado después de que se fueran los últimos inquilinos.

-La renta es de ciento veinte dólares al mes. Pintar la casa no entraba dentro del trato.

-He oído decir que Buck Latham está aceptando encargos para pintar los fines de semana para ganarse un dinero -dijo tía Jo-. Esta noche lo llamaré para ver si puede venir.

Daisy presintió otro sablazo en su cuenta bancaria.

-De la pintura puedo encargarme yo misma.

-No, no puedes -dijo tía Jo con firmeza-. Estarás bastante ocupada.

-Bueno, sí, pero aun así tendré tiempo…

-No, no lo tendrás. Vas a estar ocupada.

-Lo que Jo quiere decir, querida, es que hemos estado pensando y opinamos que necesitas acudir a un asesor de imagen.

Daisy las miró boquiabierta y seguidamente reprimió una carcajada.

-¿Y dónde se supone que voy a encontrar uno? -No creía que Wal-Mart contara con un asesor de imagen en plantilla-. ¿Y para qué necesito que alguien me diga la imagen que quiero tener? Ya he pensado en eso. Quiero que Wilma me corte el pelo, y que tal vez me dé unos reflejos, y luego me compraré cosméticos...

Tanto Evelyn como Joella movieron la cabeza en un gesto negativo.

-No bastará con eso -dijo tía Jo.

-¿No bastará para qué? Evelyn asumió el mando.

-Querida, si vas a hacer esto, hazlo bien. Sí, puedes cambiar de corte de pelo y maquillarte un poco, pero lo que necesitas es estilo. Necesitas tener presencia, algo que haga que la gente vuelva la cabeza para mirarte. Lo importante es la presentación, y no encontrarás eso en la sección de belleza del supermercado.

-Pero es que tengo que gastarme tanto dinero...

-No mires los centavos y te equivoques en los billetes grandes. ¿Crees que el general Eisenhower habría podido establecer una cabeza de playa en Normandía si hubiera dicho: «Esperad, estamos gastando demasiado dinero, vamos a enviar solamente la mitad de las lanchas»? Durante todos estos años has ahorrado dinero, pero ¿de qué sirve el dinero si uno nunca se lo gasta? Además, no te gastarás todo lo que has ahorrado.

A Daisy se la podía convencer, pero no apisonar. Concedió un instante de reflexión a la propuesta que le hacían.

-Antes quiero probar a mi manera. Luego, si no quedo satisfecha, consultaré a un asesor de imagen.

Como la conocían de toda la vida, tanto su madre como su tía sabían cuándo había tomado una decisión.

-Está bien. Pero no permitas que Wilma te arregle el pelo todavía -la advirtió tía Jo-. El daño podría ser irreparable.

-¡Pero si también te peina a ti! -exclamó Daisy, indignada.

-Cariño, yo no le permito que se me acerque jamás con productos químicos. Las cosas que he visto en esa peluquería harían que se te congelase la sangre en las venas.

Daisy tuvo una visión súbita del aspecto que tendría con una permanente de color verde y decidió que aguardaría antes de pedirle hora a Wilma. A lo mejor debía, efectivamente, ir a una de las otras ciudades cercanas a que le arreglaran el cabello, aunque eso significase hacerse un viajecito todos los meses para conservar el corte, y más dinero aún. Tal vez Wilma fuera mala, pero era barata.

Ahora bien, quizá Wilma fuera barata, pero era mala.

-Acuérdate, Normandía -murmuró.

-Exacto -dijo su madre en tono de satisfacción. Daisy era lo bastante cabezota para detenerse en el supermercado de camino a casa y gastarse una cantidad sorprendente en una pequeña bolsita de maquillaje. El rímel, la sombra de ojos, el colorete, el perfilador de labios y la barra de labios pesaban lo suficiente como para notarlos en el bolso, pero su bolsillo se había aligerado en veinticinco dólares y ni siquiera se había comprado cosméticos de los buenos. Aquel proyecto suyo se estaba convirtiendo en un pozo sin fondo.

También perdió un rato mirando las revistas de belleza, y encontró una que parecía enseñar mejor cómo maquillarse. Cualquiera que supiera leer podía aprender a hacer aquello, pensó con satisfacción, y se fue a casa con su bolsita de chucherías y su manual de instrucciones.

-¿Qué te has comprado? -quiso saber tía Jo en cuanto Daisy entró en casa.

-Sólo lo más básico. -Daisy enumeró el contenido de la bolsa-. No quiero probar con nada complicado, como el perfilador de ojos, antes de cogerle el tranquillo a lo demás. Voy a pintarme con todo esto después de cenar, a ver qué tal me queda.

Como era su cumpleaños, la cena fue una de sus favoritas: rollo de carne picada, puré de patatas y judías verdes. Pero estaba demasiado nerviosa para hacerle justicia al menú; aquel día habían ocurrido muchas cosas y sus nervios no parecían calmarse. Una vez limpia la cocina, su madre y tía Jo se acomodaron ante el televisor para ver *La, Ruleta de la Fortuna-,* y Daisy subió al piso de arriba a transformar su imagen.

Primero estudió la revista de belleza fijándose en la forma correcta de aplicar la sombra de ojos: un tono más suave bajo la ceja, medio en el párpado y más intenso en el ángulo externo. Parecía bastante sencillo. Había diagramas que empleaban los ojos de gacela de Audrey Hepburn a modo de ejemplo. Daisy abrió el pequeño envase y se quedó contemplando las cuatro sombras, de diferentes tonos de marrón. El marrón era muy aburrido; tal vez debería haber elegido el azul o el verde, incluso el morado. Pero si hubiera elegido el azul no habría hecho juego con su ojo verde, y si hubiera elegido el verde no habría hecho juego con su ojo azul. El morado no se lo imaginaba siquiera, así que se conformó con el marrón.

Era como si a lo largo de toda su vida se hubiera conformado con el marrón muchas veces.

Se llevó su pequeño tesoro al cuarto de baño y colocó todos los artículos sobre el lavabo. El aplicador de la sombra de ojos era una minúscula varilla con una esponjita en la punta; lo sacó del envase, lo pasó por la sombra de tono más claro y a continuación se lo extendió por debajo de las cejas como se indicaba en la revista. Observó el resultado en el espejo; bueno, casi no se apreciaba. Experimentó una mezcla de alivio y decepción.

De acuerdo, el paso siguiente consistía en probar con el tono medio. Había dos tonos medios, pero no creía que importase elegir uno u otro. Se aplicó uno de ellos sobre un párpado y el otro sobre el otro párpado, para poder comparar los dos. Al cabo de unos instantes de examen crítico, decidió que no era capaz de distinguir la diferencia entre ambos. Sin embargo, sus ojos tenían más expresión, como un color humo. Ya un poco más emocionada, se aplicó el tono más oscuro en el pliegue del párpado, pero se equivocó en la cantidad y la franja oscura que resultó parecía una especie de marca tribal. Había que difuminar. La revista decía que había que difuminar.

Daisy difuminó con toda su alma, intentando extender aquel polvo oscuro.

Bien, ahora se parecía más a Cleopatra que a Audrey Hepburn. Aun así, la cosa había resultado bastante fácil. Sólo tenía que tomárselo con más calma con el tono oscuro la próxima vez.

Acto seguido le tocó el turno al rímel. El más caro, según la revista, proporcionaba impacto a los ojos. Entusiasmada, hizo girar el cepillito una y otra vez dentro del tubo, y luego empezó a pintarse las pestañas.

El resultado final fue como si un grupo de orugas se le hubiera subido a las pestañas y hubiera muerto allí.

-¡Oh, no! -gimió, mirando fijamente el espejo. ¿En qué se había equivocado? ¡Aquello no guardaba ningún parecido con las modelos de la revista! Sus pestañas salían disparadas hacia fuera en forma de gruesos mazacotes, y cada vez que parpadeaba, las de arriba intentaban pegarse a las de abajo. Después de separarlas por segunda vez, hizo todo lo posible por no parpadear.

Sería de cobardes dejarlo ahora, ¿no? Tenía que llegar hasta el final. El colorete no podía ser tan horrible como la máscara de pestañas.

Pasó el pequeño pincel por el color y seguidamente se lo aplicó con todo cuidado sobre las mejillas.

-Santo cielo -susurró, observando el pequeño envase. ¿ Cómo demonios podía parecer mucho más oscuro en la cara que en la caja? Parecía que el sol le hubiera quemado las mejillas, aunque el sol nunca dejaba aquel tono exacto de rosa intenso sobre la piel.

Inexorable, se aplicó los cosméticos restantes, el perfilador de labios y la barra de labios, pero no sabría decir si el hecho de hacerlo mejoraba o empeoraba la situación. Lo único que sabía era que el resultado final fue espantoso; parecía un cruce de payaso de rodeo americano con algo sacado de una película de miedo.

Decididamente, necesitaba ayuda.

Con gesto serio, fue al piso de abajo, donde todavía continuaba *La Ruleta de la Fortuna.* Evelyn y Jo se la quedaron mirando con los ojos como platos y la boca abierta, silenciosas y estupefactas.

-Dios bendito -exclamó tía Jo por fin.

A Daisy le ardían las mejillas debajo del colorete, lo cual prestaba mayor intensidad al color.

-Tiene que haber algún truco para hacerlo bien.

-No te molestes -rogó su madre, al tiempo que se levantaba y la rodeaba con el brazo para consolarla-. La mayoría de las chicas jóvenes aprenden a base de ensayo y error en la adolescencia. Tú no te tomaste esa molestia, eso es todo.

-No tengo tiempo para aprender a base de ensayo y error. Necesito dominar esto a la perfección, ya.

-Por eso te hemos sugerido lo del asesor de imagen. Piénsalo, cariño; será el método más rápido.

-Beth podría enseñarme -dijo Daisy, inspirada. Su hermana pequeña no iba precisamente pintadísima, pero sí sabía sacar el máximo partido a su imagen. Además, Beth no le cobraría nada.

-Me parece que no -contestó Evelyn con suavidad.

Daisy parpadeó. Grave error. Y mientras luchaba por separar sus pestañas, preguntó:

-¿Y por qué no?

Evelyn titubeó, y después dejó escapar un suspiro.

-Cariño, tú siempre has sido la lista, de modo que Beth acaparó lo de ser guapa como territorio propio. No creo que ella se tome muy bien que tú le pidas que te ayude a ser guapa además de lista. No es que tú no seas guapa -se apresuró a añadir Evelyn, por si acaso hería los sentimientos de su hija-. Lo eres. Lo que pasa es que nunca has aprendido a sacarle partido a tu físico.

La idea de que Beth pudiera sentir el menor atisbo de celos hacia ella le resultó tan extraña que no logró asimilarla.

-Pero si Beth siempre sacaba buenas notas en el colegio. No es tonta. Es lista y guapa, ¿por qué no iba a querer ayudarme?

-Beth no se siente tan inteligente como tú. Acabó el instituto, pero tú tienes un título universitario.

-Ella no fue a la universidad porque se casó con su novio del instituto a los dieciocho años y echó raíces para formar una preciosa familia -señaló Daisy. De hecho, Beth tenía lo que ella misma había deseado siempre-. Ella fue la que decidió no ir.

-Pero uno siempre piensa en lo que dejó atrás -señaló tía Jo, subrayando lo último que estaba pensando Daisy-. Lo que quiere decir Evelyn es que no debes poner a Beth en ese apuro. Si te rechaza se sentirá mal, y si te ayuda será como vestirse de lana en verano: uno se siente a disgusto y le pica todo.

Idea descartada. Por suerte, se le ocurrió otra:

-Supongo que podría ir a unos grandes almacenes de Chatta-nooga o de Huntsville y dejar que me maquillaran allí.

-De hecho -dijo tía Jo-, nosotras hemos pensado en alguien de aquí, de Hilisboro.

-¿Aquí? -Desconcertada, Daisy intentó acordarse de alguien de Hilisboro que aun remotamente pudiera ser considerado un asesor de imagen-. ¿Quién? ¿Ha venido alguien nuevo a la ciudad?

-Pues... no. -La tía Jo se aclaró la garganta-. Hemos pensado que Todd Lawrence lo haría muy bien.

-¿Todd Lawrence? -Daisy las miró boquiabierta-. Tía Jo, el mero hecho de que un hombre sea homosexual no significa que reúna los requisitos para ser asesor de imagen. Además, no sé si Todd está al día de lo que se lleva. Si no es así, me fastidiaría mucho molestarlo preguntándoselo.

Todd Lawrence era varios años mayor que ella, por lo menos se encontraba al principio de la cuarentena, y era un hombre muy digno y reservado. Se había marchado de Hilisboro a los veintipocos y, según su madre viuda, que lo adoraba, le fue bastante bien en Broadway, pero como nunca tenía recortes o artículos de periódico que enseñar donde se mencionase su nombre, todo el mundo pensaba que probablemente fue su visión parcial de madre lo que la llevó a pensar que su hijo tenía tanto éxito. Todd regresó a Hilisboro unos quince años después, para cuidar de su madre durante el último año de vida de ésta, y desde su muerte vivía solo y con discreción en la antigua casa victoriana situada casi a las afueras del pueblo.

-Oh, claro que está al día -repuso Evelyn-. Por el amor de Dios, ha abierto una tienda de antigüedades y decoración en Huntsville. ¿Y cuántos hombres heterosexuales saben qué color es el malva? En Semana Santa, Todd me dijo que el malva me sentaba muy bien; ¿no te acuerdas de que

este año llevaba un vestido de ese color? Y lo dijo delante de varias personas. De modo que sí está al día.

-No sé -dijo tía Jo dubitativa-. Lo del color malva no es prueba suficiente. ¿Y si uno tiene una mujer que lo tiene el día entero mirando muestras de pintura? Ése podría saber cómo es el malva. La verdadera prueba sería el color «bermellón». Pregúntale a Todd por el bermellón.

-¡No pienso preguntarle eso!

-Bueno, aparte de preguntarle directamente si está al día, no sé de qué otro modo vas a enterarte. Daisy se frotó la frente.

-Nos estamos desviando de lo importante. Aunque Todd sea homosexual...

-Lo es -dijeron ambas hermanas con gran seguridad.

-De acuerdo, lo es. ¡Pero eso no significa que entienda algo de maquillaje!

-Ha estado en Broadway, por supuesto que entiende de maquillaje. Toda la gente que trabaja en el mundo del espectáculo entiende de maquillaje, sea homosexual o no. Además, ya lo he llamado -dijo Evelyn.

Daisy soltó un gemido.

-Mira, no te pongas nerviosa -la advirtió su madre-. Ha sido de lo más amable, y me ha dicho que naturalmente que está dispuesto a ayudarte. No tienes más que llamarlo cuando ya te hayas decidido.

-No puedo -dijo Daisy sacudiendo la cabeza en un gesto negativo.

-Mírate otra vez en el espejo -le sugirió tía Jo. De mala gana, Daisy giró la cabeza para mirarse en el espejo situado encima de la chimenea. Lo que vio la hizo contraer el rostro en una mueca de desagrado, y se rindió sin más remordimientos de conciencia.

-Lo llamaré mañana por la mañana.

-Llámalo ahora -la instó Evelyn.

CAPÍTULO 5

Las tripas de Daisy saltaban sin cesar. El hecho de concertar una cita con Todd Lawrence había supuesto una gran tensión para sus nervios, aunque fue tan amable omo había dicho su madre. No sólo seguía preocupada de haberlo ofendido -aunque si lo estaba, lo ocultaba muy bien-, sino que resultaba muy humillante tener que pedir ayuda para algo tan simple como maquillarse un poquito. ¿Qué habría hecho mal? Ya sabía que no era tonta, pero ¿sería tan inepta para aquellas cosas que estaría condenada al fracaso desde el principio? Ya le parecía oír las bromas: ¿Daisy Minor encontrando marido? Ja, ja. Pero si ni siquiera sabe pintarse los ojos.

¿Y de verdad quería un hombre que no supiera ver su verdadera personalidad, tal como era, sino que necesitara una capa de barniz para que se fijara en ella?

Pues... sí. Ya había probado con su «verdadera personalidad» y había conseguido exactamente nada. Cero. Si tenía que darse una capa de barniz para conseguir lo que deseaba -a saber, una familia-, pues se daría una capa tan brillante como fuera preciso.

El hecho de haberse dado cuenta de lo poco atractiva que era casi la dejó paralizada mientras se arreglaba para ir a trabajar. Por una vez no había dejado preparada la ropa la noche anterior, y ahora estaba de pie frente al armario contemplando el surtido de faldas, blusas y vestidos aburridos. Ya no podría soportar ponerse nada de todo aquello ni un día más. Vaciló indecisa hasta que, por primera vez en su vida, corrió el riesgo muy real de llegar tarde al trabajo. Por fin agarró un pantalón negro y se lo puso. Nunca se había puesto pantalones para ir a trabajar, pero eso se debía a su ortopédico estilo, no a ninguna norma impuesta por el ayuntamiento. Aquélla era otra prueba más de su ruptura con su vida anterior, y se le aceleró el corazón en una mezcla de excitación y miedo. Por supuesto, no tenía nada de estilo que ponerse encima del pantalón, solamente sus aburridas blusas blancas de siempre, así que agarró una y se remetió los faldones por dentro de la cinturilla del pantalón, acto seguido se ajustó el cinturón y se calzó unos mocasines.

No se atrevió a mirarse en el espejo para comprobar el resultado, sólo cogió su bolso y echó a correr escaleras abajo.

Tía Jo levantó las cejas al verla, pero no dijo nada.

-¿Y bien? -exigió Daisy, todavía más nerviosa por aquella silenciosa mirada.

Evelyn salió de la cocina y se quedó mirando a su hija.

-No está mal -dijo por fin, asintiendo con la cabeza-. Es diferente. Además, los pantalones dejan ver la forma de tu trasero.

Oh, Dios santo; ahora no podría darle la espalda a nadie en todo el día. Horrorizada, consultó rápidamente su reloj. No había tiempo para cambiarse de ropa.

-¿Por qué has tenido que decir eso? -se quejó. Evelyn sonrió.

-No pasa nada, carino. Si no recuerdo mal, los hombres tienen fijación por los traseros. Acuérdate de contonearte un poco al andar.

-Contonearme, repitió Daisy inexpresiva, todavía incapaz de asimilar que su madre, ¡su madre!, creyera que le convenía enseñar la forma de su trasero.

-Ya sabes, adelante y atrás.

Y para demostrárselo, su madre se paseó por la habitación moviendo las caderas con un suave ritmo que atraía la atención hacia su trasero. Era un movimiento tan asombrosamente sexy que Daisy quedó conmocionada. ¿Su madre? ¿Su intelectual e informal madre?

-Pero no demasiado -aconsejó tía Jo-. De lo contrario, parecerán dos cerdos peleándose por salir de un saco.

Aquello ya fue demasiado. Murmuró una excusa acerca de llegar tarde al trabajo y huyó.

Apenas había introducido la llave en la puerta de entrada de los empleados cuando a su espalda se detuvo un coche blanco del que se apeó el jefe de policía Russo. Puede que no encabezara la lista de las personas a quienes no deseaba ver aquel día, pensó exasperada, pero andaba muy cerca. Procuró arrimarse hacia un lado para que él no pudiera verle el trasero, aunque de todas formas no estaba mirando. Russo fue hacia ella con el ceño fruncido.

-Llega usted tarde.

Daisy consultó su reloj. Pasaban doce segundos de las nueve en punto.

-Es la hora en punto.

-Usted siempre llega media hora antes. Pero hoy no, de modo que llega tarde.

-¿Cómo sabe a qué hora llego yo a trabajar? -preguntó Daisy, sintiéndose ruborizada y acosada. Era la única vez que llegaba casi tarde, y precisamente aquel día había alguien esperándola. Además, Russo estaba demasiado cerca de ella, apabullándola de nuevo con aquel estilo suyo, como si intentara intimidarla con su tamaño. A lo mejor el método le funcionaba, ya que se sentía ruborizada y acosada. Intentó escabullirse y acercarse a la puerta.

-Cuando paso por aquí delante en coche siempre veo las luces de la biblioteca encendidas.

Lo cual quería decir que ella estaba siempre, bueno, casi siempre, en el trabajo antes que él. Daisy a duras penas se abstuvo de sonreír y en vez de eso, haciendo un esfuerzo, adoptó su expresión y su tono de bibliotecaria.

-¿Puedo servirle en algo, jefe Russo?

-Sí -contestó él con aquellas maneras bruscas de yanqui-. Anoche intenté entrar en la biblioteca virtual, pero no se abrió. Usted ha escrito mal la contraseña, o algo así.

«¿Por qué siempre era culpa de la mujer?», se preguntó Daisy al tiempo que elevaba los ojos hacia el cielo mentalmente.

Si no se despliega la página, probablemente tendrá que actualizar su buscador.El policía se la quedó mirando como si ella le hubiera hablado en un idioma extranjero.

-Su buscador -repitió-. ¿Cuántos años tiene su equipo? Él se encogió de hombros.

-Dos o tres.

-¿Lo ha actualizado desde que lo compró? -Ya conocía la respuesta antes incluso de haber formulado la pregunta. La encantaría dejar que él averiguara sólito lo que debía hacer, pero la buena educación y una vida entera siendo servicial le aguijonearon la conciencia. Era bibliotecaria; su deber era ayudarlo con la biblioteca virtual-. ¿Tiene un ordenador de sobremesa, o un portátil? -Apostó por el portátil. Russo era de esos hombres impacientes que seguramente querían poder trasladar el ordenador a donde les resultara más cómodo.

-Un portátil.

Daisy se anotó dos puntos.

-Si me lo trae, le enseñaré cómo actualizarlo. Si es que tiene memoria suficiente, claro,

Que fuera él quien decidiera si se refería a su ordenador o a su cerebro.

A juzgar por el modo en que entornó los ojos, Russo debió de sospechar lo segundo, pero lo dejó pasar.

-Lo tengo en el coche.

Regresó a grandes zancadas hasta el Crown Victoria propiedad del ayuntamiento y sacó el portátil del asiento del pasajero sosteniéndolo con una sola mano sin esfuerzo.

Daisy abrió la entrada de los empleados y se volvió para coger el portátil.

-Puede recogerlo a la hora de comer -dijo. Russo se resistió a entregarle la máquina.

-¿No puede hacerlo ahora?

-Eso pretendo, pero tardaré unos minutos.

-¿ Cuántos minutos ?

Con el alma en los pies, Daisy comprendió que Russo pretendía esperar.

-¿No tiene usted nada que hacer?

Él señaló el mensáfono que colgaba de su cinturón.

-Siempre estoy trabajando. ¿Cuántos minutos? -repitió.

«Maldita electrónica moderna», pensó Daisy resentida. Lo último que deseaba era tenerlo a él encima.

-Depende. -Intentó pensar cuánto tiempo sería ya demasiado-. Entre cuarenta y cinco minutos y una hora.

-Esperaré.

Maldición otra vez. Su único consuelo era que actualizar el buscador no iba a llevarle tanto tiempo, ni mucho menos. Luego el tipo se marcharía.

-Bien. Reúnase conmigo en la puerta principal. Daisy entró y casi le cerró la puerta en las narices al tiempo que él dio un paso adelante. Pero puso la mano enfrente justo a tiempo para impedirlo.

-Entraré por aquí -dijo, mirándola furioso.

Ella cuadró los hombros.

-No puede.

-¿Y por qué no?

Creía que aquello era obvio. Señaló el cartel de la puerta, situado a unos centímetros de la nariz de Russo.

-Ésta es la entrada de empleados. Y usted no lo es.

-Soy un empleado municipal.

-No es empleado de la biblioteca, y eso es lo que cuenta.

-Oiga, señora, ¿qué hay de malo en ello? -preguntó con impaciencia.

Más puntos en el debe. Sus deméritos rivalizaban ya con la puntuación de un partido de la NBA.

-Vaya a la puerta principal.

La expresión tozuda de Daisy debió de surtir efecto por fin. El policía la observó fijamente, como si estuviera estudiando la posibilidad de simplemente abrirse paso por la fuerza, pero, después de mascullar un juramento, giró sobre sus talones y se dirigió como una tromba a la parte delantera del edificio.

Daisy se quedó allí tal cual, con los ojos como platos. Russo había proferido aquella palabra que comenzaba por J. Estaba bastante segura de que era eso lo que había oído. Ya la había oído más veces, por supuesto, hoy en día era imposible ver muchas películas sin oír aquel taco. Y además había ido a la universidad, donde los jóvenes trataban de impresionarse unos a otros empleando todos los tacos que conocían; y hasta la había pronunciado ella misma. Pero Hilisboro era un pueblo sureño, y allí todavía se consideraba de mala educación en un hombre que utilizase semejante lenguaje delante de una mujer. Mujeres a las que no se les movía un pelo cuando oían decir tacos a su marido o su novio en privado ponían cara de escandalizadas a lo Reina Victoria si las oían pronunciar en público. Y decir algo así a una mujer a la que no se conocía bien era una indecencia total, que indicaba una completa falta de educación y respeto.

En eso, un tremendo golpe en la puerta del edificio interrumpió su indignada perorata mental; la bestia había llegado a la entrada principal. Murmurando para sus adentros, corrió por la biblioteca en sombras y acudió a abrir la puerta.

-¿Por qué ha tardado tanto? -le espetó él al tiempo que penetraba en el edificio.

-Me he quedado paralizada en el sitio a causa de su lenguaje -replicó Daisy con frialdad. Tomó el ordenador portátil y lo llevó hasta el ordenador conectado de la biblioteca encendiendo las luces sobre la marcha.

Él volvió a mascullar algo, pero esa vez, gracias a Dios, Daisy no logró distinguir lo que decía. Pero no tuvo tanta suerte con la siguiente frase.

-Es usted un poco joven para tener un palo metido por el culo como los vejestorios de este pueblo.

Para mérito suyo, Daisy no se inmutó.

-La educación no tiene nada que ver con la edad, y sí mucho con el modo en que se ha criado uno. -Posó el portátil y rápidamente procedió a enchufarlo a la fuente de alimentación y a la toma del teléfono.

Él tardó un minuto en comprender.

-¿No estará insultando a mi madre? -rugió por fin.

-No sé. ¿Estoy insultándola? ¿ O es que simplemente usted se ha olvidado de lo que ella le enseñó?

-¡Mierda! -exclamó Russo explosivamente, y a continuación respiró hondo-. De acuerdo, lo siento. A veces se me olvida que vivo en Pitufilandia.

Si ellos eran tan aburridos y tan mirados, tal vez él debiera pensar en volver al lugar del que había venido, se dijo Daisy resentida; pero se guardó sus pensamientos para sí antes de que la situación desembocara en una discusión con toda la artillería.

-Disculpa aceptada -se obligó a sí misma a decir, aunque, si se hubiera esforzado de verdad, podría haber empleado un tono más amable. Tomó asiento y entró en conexión, después tecleó la dirección del buscador y aguardó hasta que el sistema encontró la página de inicio y ésta se desplegó. Seguidamente hizo clic en la barra de actualización y dejó que la tecnología se encargara de lo demás.

-¿Eso es todo ? -preguntó Russo, observando el pequeño reloj.

-Eso es todo. Debe hacer esto de vez en cuando, por lo menos cada seis meses.

-A usted se le da bien.

-Desde que pusimos la biblioteca virtual, he tenido que hacerlo muchas veces -repuso Daisy en tono irónico.

El policía se sentó a su lado; demasiado cerca, naturalmente. Ella apartó un poco su silla.

-Sabe manejarse con los ordenadores.

-En realidad, no mucho. Sé hacer esto, pero he tenido que aprenderlo. Sé moverme por la red, sé entrar en un sistema y cargar programas, pero no soy ningún genio de la informática, ni nada parecido.

-El ayuntamiento ni siquiera tiene conexión. Los recibos del agua y las nóminas están informatizados, pero nada más.

Se inclinó hacia delante con los brazos apoyados en las rodillas mientras observaba la pantalla, como si de aquel modo pudiera acelerar el proceso.

-Pero la comisaría sí estará informatizada, ¿no? ¿No están conectados con todas esas redes policiales? Russo gruñó.

-Sí. Una línea, un ordenador.

Parecía disgustado.

-Es que Hílisboro es un pueblo pequeño -señaló Daisy-. No cuenta con un presupuesto muy grande. Por otra parte, nuestro índice de delincuencia es bajo. -Hizo una pausa, insegura de pronto-: ¿Verdad?

-Bastante bajo. Desde que yo estoy aquí, no ha habido un solo asesinato dentro de los límites del pueblo. Sufrimos los típicos atracos y robos en viviendas, conductores borrachos, problemas domésticos. A Daisy le hubiera encantado preguntarle quién tenía problemas domésticos, pero se mordió la lengua. A lo mejor se lo decía, y luego ella se lo contaría a su madre y a tía Jo, y se sentiría culpable por estar cotilleando.

¿Se había acercado aún más Russo? No le había visto hacerlo, pero percibía el calor de su cuerpo, y su olor. ¿Qué tenían los hombres para oler tan distinto de las mujeres? ¿Testosterona? ¿Más vello en el cuerpo? No era un olor desagradable; de hecho, resultaba atractivo. Pero era distinto, como si perteneciera a una especie alienígena. Y desde luego estaba demasiado cerca.

No pudo más.

-Me está agobiando -señaló Daisy muy cortésmente.

Él, sin moverse, bajó la vista; las sillas de ambos estaban separadas por lo menos un par de centímetros.

-No la estoy tocando -replicó él con la misma cortesía.

-No digo que me esté tocando; digo que está demasiado cerca. Él puso los ojos en blanco y lanzó un suspiro, pero apartó su silla otro par de centímetros.

-¿Se trata de otra extraña norma sureña?

-Usted trabaja para hacer cumplir la ley. Se supone que ha estudiado lenguaje corporal. ¿No es así como intimida a los sospechosos, invadiendo su espacio personal?

-No, por lo general para intimidar empleo una nueve milímetros. Así no hay muchas posibilidades de perderse ninguna señal.

Bueno, ¿y aquello no era típico de un macho? Era un hombre típico, fanfarroneando del tamaño de su arma. Apenas pudo abstenerse de poner los ojos en blanco, pero es que él acababa de hacer eso mismo y no quería parecer un mono de repetición.

Un hombre típico... Le vino a la mente la conversación de la noche anterior con su madre y tía Jo, y entonces le hormigueó una idea en el cerebro, pero la desechó. No, no quería entrar en aquella clase de conversación con él. Lo único que quería era que su buscador terminara de actualizarse para que se marchara...

-¿Sabe usted qué color es el malva? -soltó en un impulso. Las palabras salieron de su boca antes de que pudiera frenarlas.

El efecto que causó en Russo fue casi eléctrico. El policía se echó bruscamente hacia atrás y la miró fijamente como si de pronto a ella le hubieran nacido colmillos y tentáculos.

-¿Por qué me lo pregunta? -dijo con cautela.

-Sólo me gustaría saberlo. -Calló un instante-. Y bien, ¿lo sabe?

-¿Qué le hace pensar que debo saberlo?

-Nada. Simplemente le pregunto.

-Parece una de esas pruebas que usan las mujeres para averiguar si un hombre es homosexual o no. Si tanto le interesa, ¿por qué no me lo pregunta directamente?

-No me interesa -repuso Daisy, abrumada por la posibilidad de que él la creyera interesada-. Es que hay una persona que... No importa. -Estaba sonrojándose. Lo sabía; notaba el calor en el rostro. Mantuvo la vista clavada en la pantalla del ordenador, intentando transmitir a la máquina su voluntad de que fuera más deprisa.

Russo se pasó una áspera mano por el cabello corto.

-Rosa -murmuró.

-¿Cómo?

-Rosa. Malva es una palabra graciosa para llamar al color rosa, ¿no? La oí mucho en la época en que mi ex mujer estaba eligiendo cosas para nuestro piso, pero a mí me parecía rosa.

Cielo santo, tía Jo tenía razón en lo del malva; ya no constituía ninguna prueba definitiva. ¿A que resultaba interesante? Estaba deseando contárselo.

-Bermellón -dijo entonces, y a punto estuvo de darse ella misma un cachete. ¿Por qué no lo dejaba de una vez?

-¿Cómo dice?

El policía reaccionó como si jamás hubiera oído aquella palabra.

-Bermellón. ¿Qué color es el bermellón? Esa vez Russo se pasó la mano por la cara.

-Se trata de una pregunta con truco, ¿verdad?

-¿Por qué dice eso?

-Bermellón. ¿Quién diablos es capaz de llamar «bermellón» a un color? Suena a botellón, y nadie querría nada que fuera de color «botellón».

-El bermellón es un color muy bonito -dijo Daisy.

Él la miró con incredulidad.

-Si usted lo dice.

-¿Sabe qué color es o no?

-Diablos, no; no sé qué color es el bermellón -ladró Russo-. Conozco los colores auténticos; conozco el azul, el verde, el rojo, cosas así. Joder, Bermellón. Acaba de inventárselo,

Daisy sonrió.

-En absoluto. Búsquelo en el diccionario. -Señaló la sección de consulta-. Ahí tiene unos cuantos.

Él soltó un resoplido y a continuación se apoyó en su silla y se dirigió a trompicones hacia la sección de consulta. Hojeó un diccionario, pasó el dedo por un par de páginas y leyó brevemente.

-Castaño rojizo -se mofó, sacudiendo la cabeza-. Claro que nunca he visto nada que sea castaño rojizo, pero si lo hubiera visto, puede estar bien segura de que no lo señalaría diciendo: «Eso es de color bermellón».

-¿Y cómo lo llamaría usted? -lo provocó Daisy-. ¿De alguna forma imaginativa de verdad, como «castaño rojizo»? Aunque yo siempre había creído que el bermellón era más bien un rojo púrpura.

-Si dijera castaño rojizo, o incluso rojo púrpura, por lo menos la gente sabría de qué diablos estaba hablando. De todas maneras, ¿de qué sirve un color así? ¿ Quién en su sano juicio entraría en una tienda y pediría al dependiente una camisa bermellón? ¿O un coche bermellón? Me preocupa la gente que se compra coches de color morado, pero ¿bermellón? No me fastidie. El bermellón sirve sólo como prueba para descubrir a un homosexual.

Probablemente así fuera, pero Daisy no estaba dispuesta a admitirlo.

-Ahora usted sí sabe qué color es el bermellón. -No pudo resistirse a hacer aquel comentario-. De ahora de adelante, cuando vea un color castaño que lleve el menor toque de rojo o de púrpura, pensará: Eso es bermellón.

-Dios. -Se llevó los dedos al puente de la nariz-. Me está provocando usted dolor de cabeza -musitó, y luego alzó la vista. Tenía los ojos entornados y su mirada emitía una señal de peligro-. Si le menciona esto a alguien, lo negaré, y luego haré que le echen el guante simplemente por cruzar la calle sin mirar. ¿Lo ha entendido?

-Yo no cruzo la calle sin mirar -contestó Daisy con gesto de triunfo-. Soy tan cumplidora de la ley que podría servir de ejemplo de ciudadana

responsable. Ni siquiera le he permitido entrar por la puerta de empleados, ¿no?

-La gente como usted necesita ir al psicólogo. -Miró la pantalla del ordenador y dejó escapar un suspiro de alivio-. Ya ha terminado. -Consultó su reloj-. Desde luego, no ha tardado cuarenta y cinco minutos. Han sido más bien quince. Así que supongo que en efecto tiene usted una avería, señorita Daisy.

Daisy notó cómo le rechinaban los dientes al oír lo de «señorita Daisy». Si el policía hacía otro chiste más acerca de su nombre, a lo mejor le soltaba una bofetada.

-¿Qué es eso? -preguntó al tiempo que desconectaba a toda prisa el ordenador. Cuanto antes se fuera aquel tipo, mejor. Russo le arrebató el portátil.

-Miente usted de pena -dijo, dejándola sin habla, y salió por la puerta antes de que a ella se le ocurriera una respuesta adecuada.

CAPÍTULO 6

Jack Russo estaba de buen humor cuando salió de la biblioteca. Aquella refriega con la señorita Daisy había sido divertida; ella puso cara de poker, se sonrojó, pero no retrocedió ni un milímetro. Le recordaba mucho a su tía abuela Bessie, con la que había pasado muchos veranos allí mismo, en Hilisboro. La tía Bessie era más estirada y encorsetada que nadie, pero notoriamente tolerante para tener consigo a un chico lleno de energía al menos durante dos meses todos los veranos.

Aunque al principio se le había hecho insoportable eso de estar atascado en provincias -como consideraba antes a Hilisboro-, había llegado a sentir tanto cariño por su tía como por el tiempo que pasaba allí. Sus padres pensaban que sería bueno para él que saliera de Chicago y descubriera que existía otro mundo, y habían acertado.

Al principio lloró de puro aburrimiento; tenía diez años y se encontraba lejos de sus padres y de todos sus amigos, todas sus cosas. La tía Bessie había conseguido tener en total cuatro -¡cuatro!- canales de televisión en su casa, y hacía cosas como tejer punto de cruz todas las tardes, sentada delante del televisor mientras veía sus «series». Los domingos iba dos veces a la iglesia, los lunes lavaba las sábanas, los martes pasaba la mopa, los jueves hacía la compra porque era el día de los cupones dobles. No necesitaba reloj para saber qué hora era; lo único que tenía que hacer era mirar a ver qué estaba haciendo tía Bessie.

Y había pasado mucho calor. Dios, qué calor. La tía Bessie no tenía aire acondicionado; no creía en tonterías semejantes. Tenía un ventilador en la ventana de cada habitación y otro portátil que se llevaba por toda la casa allí donde lo necesitara, y con eso le bastaba. Sus ventanas, cubiertas por rejillas, estaban abiertas para dejar que fluyera el aire por toda la casa.

Pero una vez que superó las lágrimas y el malhumor, fue descubriendo poco a poco lo divertido que era tenderse en la olorosa hierba al ponerse el sol y contemplar las luciérnagas, o mosquitos luminosos, como las llamaba tía Bessie. La ayudaba en el pequeño huerto que atendía cada verano, y allí aprendió a apreciar el sabor de las verduras frescas y el trabajo que costaba llevarlas hasta la mesa. Poco a poco fue conociendo a los chicos del vecindario y pasaba muchas tardes largas y calurosas jugando al béisbol o al fútbol; aprendió a cazar y a pescar, actividades que le enseñó el padre de uno de sus nuevos amigos. Aquellos seis veranos, que comenzaron cuando él tenía diez años y finalizaron cuando tema quince, se convirtieron en la mejor época de su vida.

En cierto modo, nunca lo absorbió la cultura de Hilisboro; como iba sólo en verano, nunca entraba en contacto con otros chicos que no fueran los del barrio. Desde que había regresado al pueblo, conoció sólo a un hombre que se acordaba de él, pero es que habían pasado veinte años desde que dejó de ir a ver a la tía Bessie excepto para una visita relámpago durante las vacaciones, cuando la gente estaba ocupada con su propia familia y él no tenía tiempo de ir a buscar a sus antiguos amigos.

La tía Bessie vivió hasta los noventa y un años, y cuando murió, hacía tres, él se sintió a la vez sorprendido y conmovido de que en su testamento le hubiera dejado a él su vieja casa. Casi inmediatamente tomó la decisión de mudarse de Nueva York a Hilisboro; acababa de divorciarse, y aunque no había dejado de ascender por el escalafón de la policía de aquel estado, se estaba cansando del estrés y el ajetreo de su trabajo. El equipo de Operaciones Especiales era divertido, pero el peligro que llevaba asociado había sido una de las razones de su divorcio. No el motivo principal, pero sí uno de ellos, y en aquel sentido suponía que su ex mujer tenía al menos la mitad de razón. Ser la esposa de un policía era muy duro; ser la esposa de alguien que iba a trabajar sólo cuando la situación era la más peligrosa de todas, requería nervios de acero. Además, tenía treinta y seis años; había empezado a la edad de veintiuno, en Chicago, y después se había trasladado a Nueva York. Ya era hora de marcharse de allí y buscar algo menos agitado.

Hizo un par de viajes a Hilisboro para echar un vistazo a la vieja casa de estilo Victoriano y ver qué reparaciones necesitaba, y al mismo tiempo para tantear un poco la cuestión del trabajo. Y antes de poderse hacer siquiera la idea, ya se estaba entrevistando para el puesto de jefe de policía, y cerrando el trato. Presentó su dimisión -entre risitas, por ir a convertirse en el jefe de una aldea-, hizo el equipaje y se trasladó al sur. Tenía una plantilla de treinta personas a su cargo, lo cual era una nadería en comparación con el tamaño del equipo de policía del que procedía, pero a él le dio la sensación de haber encontrado su sitio.

De acuerdo, nunca pasaba gran cosa, pero le gustaba proteger a su pueblo adoptivo. Demonios, hasta le gustaban las reuniones del ayuntamiento; en la última había disfrutado enormemente, cuando la mitad de los habitantes de aquella población se habían levantado en pie de guerra porque el ayuntamiento había votado instalar semáforos alrededor de la plaza. Era ridículo que un pueblo de nueve mil habitantes tuviera un solo semáforo, pero oyendo hablar a aquella gente, uno podía llegar a pensar que se estaban violando las diez enmiendas de la Declaración de Derechos. SiJack se hubiera salido con la suya, se habrían instalado semáforos por todo el centro del pueblo y en todos los colegios. A Hilisboro se le había parado el reloj -no hablaba en broma cuando lo llamó Pitufilandia-, pero el tráfico empeoraba cada vez más a medida que la gente se dirigía hacia el bonito centro del pueblo, y él no quería que hiciera falta ver a un niño aplastado por un coche para que los ciudadanos despertaran y decidieran que a lo mejor sí que necesitaban más semáforos.

Eva Fay Storie, su secretaria, estaba al teléfono cuando entró en su despacho, pero alzó un dedo para detenerlo y acto seguido le entregó una taza de café y un montoncito de mensajes de color rosa.

-Gracias -dijo él mientras continuaba hacia su despacho sorbiendo el café. No sabía cómo lo hacía Eva Fay, pero llegara cuando llegara a la oficina, ella le tenía preparada una taza de café recién hecho aguardándolo. A lo mejor tenía un micrófono instalado en su plaza de aparcamiento y una alarma que se disparaba debajo de la mesa de ella cada vez que su jefe aparcaba el coche. Uno de esos días aparcaría en la calle sólo para ver si era capaz de zafarse de ella. La había heredado de su predecesor, y ambos estaban satisfechos con el status quo.

Una de las llamadas era de un detective de Marshall County con el que había trabado amistad desde que se mudó a Hilisboro. Jack dejó a un lado los demás mensajes y marcó de inmediato el número apuntado en el papel.

-Petersen.

-¿Qué sucede?

Jack sabía que no tenía necesidad de identificarse. Aun cuando Petersen no tuviera un identificador de llamadas, su acento bastaba para delatarlo.

-Hola, Jack. Escucha, tenemos un cadáver sin identificar en nuestras manos, una mujer joven, probablemente mexicana. La encontraron unos niños anoche.

Jack se reclinó en su sillón. De Hilisboro no faltaba ninguna persona que encajara con aquella descripción; en realidad no tenían mucha población hispana, pero en los últimos meses no se había dado parte en absoluto de ninguna persona desaparecida.

-¿Y?

-Bueno, no tenemos una mierda por donde empezar. La lluvia ha borrado todas las huellas y no existe ninguna causa obvia de la muerte. Ni heridas, ni marcas de estrangulamiento, ni golpes en la cabeza, nada.

-Sobredosis.

-Sí, eso es lo que he pensado yo. Pero lo que me tiene preocupado son los casos de GHB que han aparecido últimamente en Huntsvie, en Birmingham, por todas partes, y cada vez más numerosos.

-¿Crees que la violaron?

-No hay modo de saberlo con certeza hasta que recibamos el informe de la autopsia de Montgomery, pero yo diría que sí. Llevaba puesto un vestido, pero nada de ropa interior. De todas formas, me he acordado de un caso ocurrido en Huntsville hace un par de meses...

-Sí, ya lo recuerdo. Se parecía bastante.

Ambos guardaron silencio. Si un tipo estaba dispuesto a drogar a una mujer con GHB para poder tener relaciones sexuales con ella, era tonto pensar que no lo haría de nuevo. El problema radicaba en que el GHB era muy común y muy fácil de conseguir; pero si era un disolvente de limpieza, por Dios. Y los hombres también lo tomaban como estupefaciente, y hasta los culturistas. Las probabilidades de encontrar a un hombre no eran muchas, porque eran demasiadas las mujeres que se despertaban sin recordar dónde habían pasado la noche, ni con quién, pero cuyos cuerpos mostraban pruebas de actividad sexual. Y para dificultar todavía más la tarea de dar con aquella gentuza, estaba el hecho de que muy pocas mujeres informaban de ello a la policía.

-¿En qué crees que puedo ayudarte? -preguntó por fin, porque Petersen tenía que haberlo llamado por algún motivo, y no sólo para informarlo del caso, ya que él se habría enterado de todas maneras al leer los informes.

-Estaba pensando, ¿has tenido algún caso de GHB en Hilisboro?

-No que yo sepa, pero es que somos abstemios. El GHB se daba la mano con los bares, porque el alcohol disimulaba muy bien su sabor especial. Al no haber bares en Hilisboro, era lógico que no hubiera tenido ningún caso de violación con Ruffies o GHB... aún. Tarde o temprano, algún chico del pueblo moriría a causa de ello, o pillarían a un culturista que lo utilizara, pero

hasta la fecha su pueblecito se había mantenido inmune. Eso no quería decir que en Hilisboro no hubiera nadie que lo usara, sino que habían tenido suerte de que ninguna de aquellas personas hubiera muerto.

-Sigo sin saber adonde quieres ir a parar -dijo.

-¿Tú visitas mucho las zonas de bares? Cuando estás fuera de servicio, claro está.

-Mira, estoy demasiado ocupado y soy demasiado viejo para eso.

-Nunca se es demasiado viejo para eso, amigo; no tienes más que entrar un día y fijarte en todos los que tienen canas. En fin, estaba pensando que eres bastante nuevo en la zona, y que si no te acercas hasta Scottsboro o Madison County para divertirte un poco, no es probable que te conozcan fuera de Hilisboro, ¿no es así? De modo que tal vez podrías darte una vuelta por los clubes y los bares, escuchar lo que se dice, quizá mantener los ojos abiertos por si ves a alguien echar esa mierda en las bebidas de las mujeres. Ir de incógnito, supongo.

-Y estrictamente de manera extraoficial y solo -dijo Jack en tono irónico.

-Mira, tío, es mejor así. Que no sea oficial. Tú eres un hombre soltero con una vida social activa; ¿hay algo más natural? Y si duran te una noche de diversión adviertes algo u oyes algo accidentalmente, bueno, yo creo que hay posibilidades de que tengamos una causa. ¿Qué me dices?

-Que será muy difícil.

-Conforme. Pero, maldita sea, no me gusta encontrarme con cadáveres de chicas jóvenes arrojados por ahí en mi condado. Puedo recurrir a mis fuentes habituales y practicar unas cuantas detenciones por posesión de droga, pero eso no frenará a esos hijos de puta que merodean por los bares. Necesitamos una ventaja, y estoy convencido de que tú eres la mejor baza que tenemos.

-No nos conviene indisponernos con la DEA y tal vez echar a perder una operación que ellos estén llevando a cabo.

-Que se jodan -repuso Petersen alegremente. Jack tuvo que reírse, porque todo aquello era en verdad un bonito montaje. Si en efecto daba con la pista de alguien, sería algo puramente accidental. Qué diablos, no le haría ningún daño pasar un rato en unos cuantos locales. Él era un experto en Operaciones Especiales, no en narcóticos, pero había visto lo suficiente para saber qué buscar.

-¿Quién más estará enterado de esto?

-¿De qué? -preguntó Petersen aquejado de un súbito ataque de amnesia.

-Supongo que tú no podrás indicarme algún que otro local interesante que haya por la zona, ¿verdad?

-No hablo por experiencia personal, como podrás comprender, pero he oído decir que el Hot Wíng de Scottsboro tiene marcha. Podrías echar un vistazo en el Buffalo Club de Madison County, y también en el Sawdust Palace de Huntsville. Si te interesa, puedo hacerme con algunos nombres más.

-Consigúeme una lista -dijo Jack, y colgó.

Se recostó en su sillón y entrecerró los ojos mientras estudiaba el plan en su mente una vez más. No existían normas, porque estaba solo. Diablos, en realidad no existía ningún plan, sólo una misión de las de «mira a ver qué

encuentras». Si se topaba con algo, iba a tener que actuar siguiendo su intuición, pero su entrenamiento le había enseñado a actuar con iniciativa en caso de duda.

Sintió el viejo golpe de adrenalina recorrerle las venas, la tensión de la emoción por lo que se avecinaba. Tal vez echara de menos la ac*ción* más de lo que había imaginado. Aquello no era lo mismo que una situación con rehenes o un compás de espera armado, pero sin duda alguna igual de importante. Estaban violando y en ocasiones matando a mujeres con ayuda de GHB; si él pudiera pillar a un hijo de puta echando algo en la bebida de alguien, con gusto le pondría de cojones contra la pared.

Aquella noche Daisy llamó insegura a la puerta, adornada con una complicada vidriera, de la casa de Todd Lawrence. La puerta en sí misma era una obra de arte, pintada en un tono azul que hacía juego con las persianas, y con los detalles perfilados en un verde oscuro que recordaba a un bosque; dado el número de plantas en macetas que llenaban el amplio porche, aquella analogía no resultaba muy descabellada. La vidriera relucía como si acabaran de limpiarla aquel mismo día con vinagre. La puerta estaba flanqueada por dos lámparas antiguas de bronce que arrojaban una luz suave que daba a la entrada un aspecto acogedor e invitaba a pasar.

A través del cristal vio que se acercaba una figura borrosa; acto seguido se abrió la puerta y apareció Todd Lawrence en persona, sonriente.

-Hola, Daisy, ¿cómo estás? Vamos, pasa. -Dio un paso atrás e hizo un gesto con la mano-. Tengo la sensación de que hace siglos que no te veía. No paso por la biblioteca tanto como debería. Desde que he abierto la tienda en Huntsville, parece que no me queda tiempo libre.

Todd siempre había tenido algo que lo hacía sentirse a uno como si fuera su mejor amigo. El contacto que había tenido Daisy con él era limitado, pero su actitud amable disipó parte del nerviosismo. Era un hombre delgado y pulcro, ataviado con unos pantalones informales de color tostado y una camisa de batista con los puños remangados. Medía aproximadamente uno setenta y ocho, tenía el cabello y los ojos castaños y una sonrisa fácil que hacía que uno sintiera automáticamente deseos de sonreír también.

-Los negocios prósperos tienen esa costumbre -dijo Daisy, siguiéndolo a la salita y tomando asiento en el abultado sofá floral que él le indicó.

-Así es. -Sonrió tristemente-. Paso una gran parte de mi tiempo libre yendo a subastas. Muchas veces no hay más que basura y reproducciones, pero de vez en cuando aparece una *joya* auténtica. La otra noche compré un biombo oriental pintado a mano por menos de cien dólares, y lo vendí al día siguiente por tres mil. Me vino un cliente que estaba buscando justamente una cosa así.

-Hace falta tener buen ojo para saber distinguir entre antigüedades verdaderas y reproducciones -comentó Daisy-. Y años de estudio, supongo.

Todd se encogió de hombros.

-Yo he aprendido aquí y allá. Me gustan los muebles antiguos, de modo que es lógico que preste atención. -Apoyó las manos en las caderas y estudió a Daisy de la cabeza a los pies. Normalmente, un examen así la habría hecho sentirse incómoda, pero Todd tenía un brillo en los ojos que decía: «¿Qué, verdad que es divertido?»-. Así que quieres un cambio, ¿no es así?

-Un cambio total -respondió Daisy con sinceridad-. Estoy que da pena verme, y no sé cómo corregirlo. He comprado cosméticos y he probado a

pintarme, pero tiene que haber un truco o algo así, porque el resultado ha sido horroroso.

Él rompió a reír.

-En realidad, la cosa tiene varios trucos.

-Lo sabía •-murmuró Daisy indignada. ¿Qué les habría costado a los fabricantes indicar en el envase del producto la manera correcta de aplicarlo?

-En su mayor parte, es cuestión de práctica y de aprender a no usar demasiado. -Hizo un gesto con la mano como para desechar la idea-. Maquillarse es fácil; yo puedo enseñarte en menos de una hora. ¿Qué más tienes pensado hacer?

Daisy sintió que le ardía la cara por tener que enumerar sus defectos. Por amor de Dios, ¿acaso no eran evidentes?

-Bueno, el pelo. Estaba pensando en que Wilma me diera unos reflejos…

-¡Dios santo, no! -exclamó Todd horrorizado. Daisy lanzó un suspiro.

-Exactamente la misma reacción que ha tenido mi familia.

-Escúchalas -aconsejó Todd-. Ellas saben de qué están hablando. Wilma no se ha puesto al día de las tendencias ni de los últimos avances en productos químicos. Dudo que haya asistido a un desfile de peinados desde que se sacó la licencia hace cuarenta años.

Hay algunos estilistas buenos en Huntsville y en Chattanooga que no te quemarán el pelo hasta la raíz.

Daisy se estremeció al imaginarse calva. Todd tomó un mechón de cabello en la mano y lo palpó con los dedos.

-El pelo lo tienes sano -dijo-. No se aprecia ningún estilo en particular, pero está sano.

-No tiene cuerpo.

Ya que había empezado, estaba decidida a no dejar pasar ni el menor defecto.

-Eso no es problema. Le vendrá bien un corte, y hoy día hay productos maravillosos que dan más cuerpo al cabello y lo vuelven más manejable. Además, aligerarlo un poco de peso también contribuirá. -La estudió de nuevo-. Olvídate de los reflejos. Yo creo que debes teñirte de rubia.

-¿R-rubia? -articuló Daisy. Ni siquiera se imaginaba a sí misma de rubia. Apenas podía concebir el aspecto que tendría con unos cuantos reflejos en el pelo.

-Nada estridente -dijo Todd-. Diremos al estilista que emplee varios tonos, para que parezca natural.

Para una persona que ni siquiera se había aplicado nunca un tinte de los que desaparecen con el lavado, teñirse el pelo de varios tonos de rubio parecía por lo menos igual de difícil que enviar a un hombre a la luna.

-¿C-cuánto tiempo se tardaría en hacer eso?

-Varias horas, diría yo. Habrá que hacerte un tratamiento doble.

-¿Qué es eso?

-Hay que borrar tu pigmento natural y luego aplicar mechas rubias para sustituirlo.

Bueno, por lo menos aquello tenía sentido. No sabía si alguna vez tendría el valor necesario para hacer algo tan drástico, pero era una opción que debía tomar en cuenta.

-Lo pensaré -dijo dubitativa.

-Piénsalo bien -repuso él-. ¿Qué más? Daisy suspiró.

-La ropa. No tengo el más mínimo estilo para vestir. Todd observó la falda y la blusa que llevaba puestas. Se había quitado el pantalón"nada más llegar a casa porque no podía soportar un minuto más preocupándose por si la gente le miraba o no el trasero.

-En realidad, sí lo tienes -dijo despacio-. Pero, por desgracia, está totalmente equivocado.

Las mejillas de Daisy se pusieron rojas como un tomate, y Todd rompió a reír.

-No te preocupes -le dijo amablemente tendiéndole una mano para ayudarla a ponerse en pie-. Lo que pasa es que nunca has aprendido a sacarte el máximo partido. Tienes un potencial enorme.

-¿De verdad?

-De verdad. -Hizo un movimiento circular con el dedo-. Date la vuelta. Despacio.

Daisy obedeció, tímidamente.

-Tienes buena figura -dijo Todd-. Deberías enseñarla, en vez de ocultarla debajo de esa ropa de señora mayor. Tienes un cutis excelente, dientes bonitos, y también me gustan esos ojos tan raros. Seguro que te has pasado la vida avergonzándote de ellos, ¿a que sí?

Daisy estuvo a punto de encogerse de vergüenza, porque de niña lo había pasado horriblemente mal por tener los ojos de diferente dolor y siempre procuraba mezclarse entre la gente para que nadie se fijara en ellos.

-Por el amor de Dios -dijo Todd-, exhíbelos. Son distintos, especiales. No es como si tuvieras el uno castaño y el otro azul, lo cual te daría un aspecto extraño de verdad, y no sé si será posible genéticamente. Nunca vas a ser una belleza deslumbrante, pero desde luego que puedes resultar pero que muy agradable a todo el que te mire.

-Eso es lo único que quiero en realidad -repuso Daisy-. No creo que pudiera soportar ser deslumbrante.

-Tengo entendido que resulta una carga -dijo él, sonriéndole-. En el baño es donde hay mejor luz, así que ven a mi tocador, si es que te atreves, y comencemos con esa transformación.

Daisy extrajo una bolsita de su bolso.

-He traído los cosméticos.

-A ver qué tenemos aquí. -Todd cogió la bolsita y la abrió. No hizo ningún ruidito de desdén, pero a Daisy le dio la impresión de que se estaba conteniendo-. Valdrá para empezar -dijo él con amable paciencia.

Pasó delante de ella para conducirla al cuarto de baño de su dormitorio, y si Daisy había albergado alguna duda sobre la inclinación sexual de Todd, aquel dormitorio la despejó del todo. Estaba exquisitamente amueblado en estilo Chippendale, con una enorme cama de cuatro pilares envuelta en elegantes colgaduras, y adornado de hermosas plantas artísticamente distribuidas por la habitación. Daisy deseó que su dormitorio fuera la mitad de bonito que aquél.

Dios santo, hasta el cuarto de baño estaba decorado. Todd lo había pintado de verde y blanco, con unos toques de melocotón y azules jaspeados. Cayó en la cuenta de que nunca había estado en el cuarto de baño de un hombre. Se sintió levemente decepcionada al ver un inodoro común, aunque, naturalmente, no había razón para que tuviera un retrete colgando de la pared. Además, no habría hecho juego con la decoración.

-No tengo ninguna -silla, lo siento -dijo Todd sonriendo de nuevo-. Los hombres no se sientan para afeitarse.

Jamás se le había ocurrido pensar en ello, pero Todd tenía razón; afeitarse era una cosa que los hombres no hacían sentados.

-Muy bien, en primer lugar retírate el pelo de la cara. ¿Tienes una diadema o algo?

Daisy negó con la cabeza.

-Entonces peínatelo por detrás de las orejas y retíratelo de la frente.

Daisy hizo lo que él le indicaba. De nuevo experimentó aquella horrible sensación de timidez; notaba los dedos torpes, incapaces de llevar a cabo el sencillo acto de meterse el pelo detrás de las orejas sin dar manotazos. Sospechaba que si tuviera que ir a alguna parte en aquel momento, tropezaría con sus propios pies.

Todd abrió un cajón del mueble del lavabo y sacó una caja que medía unos veinticinco centímetros de largo y doce de ancho. Accionó el cierre, levantó la tapa y al instante se desplegaron varias bandejitas llenas de toda clase de pinceles, barras de labios, y series de colores para los ojos y las mejillas dispuestos en pequeños envases.

-Dios mío -exclamó Daisy-. Tienes más cosméticos que Walmart.

Él se echó a reír.

-Qué va. Pero esta caja me trae recuerdos. Pasé una temporada en Broadway, y allí uno tiene que ponerse varias capas de maquillaje para no parecer un fantasma bajo los focos.

-Suena divertido. Yo no he estado nunca en Nueva York. Nunca he hecho gran cosa.

-Sí que era divertido.

-¿Por qué volviste aquí?

-No me sentía en mi casa -contestó él con sencillez-. Además, mi madre necesitaba que alguien cuidara de ella. Así es como funcionan las cosas: ellos te cuidan a ti cuando eres joven, y luego tú los cuidas a ellos cuando son viejos.

-La familia -dijo Daisy sonriendo, porque ella tenía la suya muy cerca.

-Exacto. Bueno -dijo, adoptando un tono presuroso-, vamos a empezar.

Después de una hora, más o menos, Daisy se contempló extasiada en el espejo. Estaba boquiabierta de asombro. No es que fuera una belleza arrebatadora, pero la mujer que vio en el espejo era atractiva y parecía segura de sí misma, vital. No se confundía con el papel de la pared. Y lo más importante de todo: ¡los hombres se fijarían en ella!

El proceso no había sido doloroso. Primero, Todd insistió en que se depilase las cejas: «No querrás unas cejas como las de Joan Crawford, querida. Ella tenía una sola ceja que medía como siete centímetros de largo, y la llamaba Osear, o algo así.» Pero, gracias a Dios, Todd tampoco quería

que tuviera los ojos de Bette Davis, de modo que Daisy pudo limitar el destrozo a arrancar unos cuantos pelillos sueltos.

A continuación le enseñó paso a paso cómo aplicarse un maquillaje completo y, para alivio suyo, no resultó muy complicado. Lo principal era no usar una cantidad excesiva y tener siempre a mano un pañuelo de papel y un algodón para corregir posibles errores o eliminar el sobrante. Hasta lo del rímel le resultó fácil, una vez que utilizó el pañuelo de papel para absorber los grumos del cepillito antes de pintarse las pestañas.

-Bárbaros -murmuró Daisy observando sus hermosas pestañas negras en el espejo. No se veía un solo grumo.

-¿Cómo dices?

-Los fabricantes de rímel. Son unos bárbaros. ¿Por qué no pueden explicar que hay que limpiar la mayor parte del líquido del cepillo antes de pintarse?

-Cariño, ya tienen bastante de que preocuparse advirtiendo a la gente que no se meta el cepillo en el ojo ni que se lo coma. Supongo que se imaginan que si quieres llevar rímel, ya aprenderás a usarlo.

En fin, ella quería, y aprendió.

-Lo he conseguido -dijo lentamente, contemplándose en el espejo. Su cutis tenía un aspecto liso y luminoso, sus mejillas se veían suavemente sonrojadas, los ojos eran misteriosos y más grandes, los labios carnosos y húmedos. No había sido nada difícil.

-Bueno, cariño, naturalmente que sí. No tiene ningún misterio, sólo hay que practicar y no pasarse con el color. Ahora vamos a pensar en el estilo. ¿Qué te gustaría más: mujer natural, clásica y adinerada o provocativa y sexy?

Todd se quedó de pie en la puerta de su casa y se despidió alegremente de Daisy agitando la mano. No podía dejar de sonreír. Aquélla era la primera vez que pasaba un rato con ella, aunque por supuesto ya sabía quién era, y le había gustado de verdad. Era conmovedoramente ingenua para la edad que tenía, pero tierna, inteligente y sincera, sin una sola gota de hastío en el cuerpo. No tenía ni la menor idea de cómo sacar partido de su físico, pero, gracias a Dios, lo hizo él. Cuando hubiera terminado con ella, causaría sensación.

Fue hasta el teléfono y marcó un número. En cuanto respondieron al otro extremo de la línea, dijo:

-Tengo una candidata. Daisy Minor.

CAPÍTULO 7

Glenn Sykes era un profesional: cuidadoso, prestaba atención a los detalles y no se permitía implicarse emocionalmente. Nunca había pasado ni un solo día en la cárcel; de hecho, como conductor poseía un expediente totalmente limpio, sin una sola multa por exceso de velocidad. Y no es que en su vida no le hubieran puesto una multa, sino que el permiso de conducir que enseñaba iba a nombre de otro, una identidad alternativa que prudentemente se había fabricado hacía ya unos quince años.

Una de las razones por las que tenía éxito era que no llamaba la atención sobre su persona. No hablaba alto, rara vez bebía -y menos cuando estaba trabajando, sólo cuando estaba a solas-, y siempre iba limpio y arreglado, pues tenía la teoría de que las personas cumplidoras de la ley era más probable que vigilaran con ojo de halcón a todo el que fuera por ahí con aspecto sucio y desaliñado, como si de algún modo la suciedad se tradujera en sospecha. Cualquiera que lo viera a él lo clasificaría automáticamente como el típico ciudadano medio con esposa y un par de hijos, y una casa de tres dormitorios en una parcela antigua. No llevaba ningún pendiente, ni cadena ni tatuaje; todas aquellas cosas, por pequeñas que fueran, eran detalles en los que se fijaba la gente. Siempre llevaba su cabello de color arena bastante corto, usaba un reloj de pulsera corriente, de los de mil duros, aun cuando podía permitirse otro mucho mejor, y cuidaba mucho lo que decía. Sabía ir y de hecho iba a todas partes sin atraer indebidamente la atención.

Por eso estaba tan disgustado con Mitchell. La chica muerta no era nadie importante, pero su cadáver, cuando lo encontraran, llamaría la atención. La investigación posterior posiblemente no sería gran cosa, y él había tenido mucho cuidado en cerciorarse de que la policía no tuviera nada por lo que empezar, pero a veces se cometían errores y hasta los policías tenían suerte. Mitchell estaba poniendo en peligro toda la operación, y él no tenía ninguna duda de que si le detuvieran en relación con las muertes de aquellas muchachas, revelaría todos los nombres de que tenía conocimiento en su esfuerzo por llegar a un trato con el fiscal del distrito. La estupidez de Mitchell podía valerles a todos una condena de cárcel.

Lo malo del asunto era que si Mitchell no era capaz de se que le levantase con una mujer consciente, había otras maneras de conseguirlo. El GHB era una mierda; se podía tomar una vez sin que a uno le pasara nada, sólo una laguna en la memoria. Pero a la siguiente, podía destrozarte el cerebro. Había otras drogas que podían servir también; diablos, incluso el alcohol. Pero no, Mitchell tenía que drogarías con GHB, de ese modo él podía irse de rositas y nadie se daría cuenta cuando las chicas no se despertaran.

Así que había que hacerle desaparecer. Aunque el alcalde Nolan no había dicho nada, Sykes ya había decidido que era hora de empezar a moverse, antes de que Mitchell los arrastrase a todos a la cárcel. Pero el alcalde, a pesar de todos aquellos jodidos modales de caballero sureño, era el tipo más frío y despiadado que él había conocido; no fingía ser incapaz de ensuciarse las manos con un asesinato... si bien él no consideraba

exactamente asesinato matar a Mitchell. Era más bien un acto de exterminio, como pisar una cucaracha.

Ahora bien, lo primero que debía hacer era encontrar a aquel cabrón. Con su talento de cucaracha para la supervivencia, seguro que se había escondido bajo tierra y no había aparecido en ninguno de sus antros de costumbre.

Y como sabía que ya estaba asustado, decidió poner en marcha su plan para pasar inadvertido. Aunque habría sido una satisfacción ir simplemente hasta la caravana de aquel hijo de puta y haberle disparado un tiro entre los ojos en cuanto abriera la puerta, una vez más aquel tipo de cosas tendían a llamar la atención. Mitchell tenía vecinos, y la experiencia le decía que los vecinos siempre están mirando por la ventana justo cuando no deben. Además, podía deshacerse de él de formas mucho menos llamativas. Con suerte, hasta podría conseguir que pareciera un accidente.

Mitchell conocía su coche, así que tomó prestado el de un amigo y viajó hasta el barrio donde vivía, si es que se podía llamar barrio a dos caravanas destartaladas y una casa de madera cochambrosa, rodeadas de basura. Los lugares como aquél eran los típicos habitados por mujeres de pelo rizado que vestían camisetas ajustadas y llenas de manchas que dejaban ver los tirantes sucios del sujetador, y por hombres de pelo largo y revuelto, dientes amarillentos y la firme convicción de que la vida los había tratado mal y que les debía algo. Él no miró abiertamente ninguno de aquellos lugares mientras conducía; haciendo uso de su visión periférica buscó la furgoneta azul de Mitchell, pero no estaba. Volvería a dar otra pasada por la noche, para ver si había alguna luz encendida, pero en realidad no esperaba que la cucaracha reapareciese tan pronto.

El hecho de ver cómo vivía Mitchell siempre le recordaba lo cerca que había estado él mismo de acabar así. Si no hubiera sido más listo, si no hubiera tomado decisiones más sensatas, él mismo podría ser Mitchell. En fin, pensarlo daba miedo. Pero él procedía de la misma chusma; sabía exactamente cómo pensaba aquel bastardo, cómo operaba. En su trabajo aquello era una ventaja, pero él no quería volver a vivir de aquel modo. Deseaba más. Diablos, probablemente Mitchell también deseaba más, pero no iba a conseguirlo nunca, porque no dejaba de tomar decisiones estúpidas.

Con un ojo puesto en el futuro, Sykes ahorraba hasta el último dólar que le era posible. Vivía con sencillez, pero con limpieza. No tenía costumbres ni vicios caros. Hasta jugaba un poco en la Bolsa, con valores conservadores que no experimentaban movimientos espectaculares pero que siempre le procuraban alguna ganancia. Un día, cuando tuviera suficiente -aunque no estaba seguro exactamente de cuánto era suficiente-, lo abandonaría todo y se iría a vivir donde no lo conociera nadie, abriría un pequeño negocio y se asentaría como un miembro respetado de la comunidad. Hasta puede que se casara y tuviera un par de chiquillos. Su imaginación no acababa de dar forma del todo a aquella idea, pero de todas maneras era posible.

Por lo tanto, Mitchell no sólo estaba poniendo en peligro su futuro inmediato, sino también todos sus planes. Y aquellos planes eran los que lo habían sacado del cubo de la basura de la casa en que se había criado, los que le habían proporcionado una meta cuando habría sido mucho más fácil simplemente dejarse llevar por la corriente de aquel mar de desechos.

Siempre era más fácil no hacer nada, no preocuparse de limpiar la casa ni de cortar el césped, sino sólo de beberse otro paquete de seis cervezas y fumarse otro porro. Poco importa que no haya comida para los niños en casa; cuando llegue el cheque mensual, antes de nada, lo primero que tienes que hacer es comprar el alcohol y las drogas para ti, antes de que se acabe el dinero. Era fácil. Siempre era más fácil fundirse el dinero que gastarlo en cosas como comida y electricidad. Los tipos duros, los inteligentes como él, sabían que el camino difícil era el que conducía a la libertad. Y fuera como fuese, él no pensaba abandonarlo jamás.

Una vez que acometía un proyecto, Todd Lawrence se convertía en una fuerza imparable. Y Daisy, entre arreglar la casa para trasladarse a vivir a ella y Todd organizando cada minuto que tenía libre, se sentía atrapada en un tornado que se negaba a soltarla. Lo único que le impedía derrumbarse era el cambio visible que observaba en sí misma.

No tenía valor para probar con la imagen de provocativa y sexy, y no tenía ni idea de lo que conllevaba el estilo «clásico y adinerado», de modo que optó por la naturalidad. Eso sí que podría hacerlo, supuso. Sin embargo, Todd tenía otras ideas.

-Creo que debemos intentar el estilo clásico -dijo perezosamente cuando Daisy se presentó el sábado en su casa para salir los dos de compras y hacer una visita a un salón de belleza de Huntsville. Con las manos apoyadas en las caderas, la miró de arriba abajo-. A tu cara le irá mejor ese estilo de peinado.

-¿Las mujeres clásicas tienen un estilo de peinado? -preguntó ella con incredulidad.

-Por supuesto. Sencillo, sobrio, muy bien cortado. Nunca demasiado largo, sólo hasta los hombros, creo. Tengo en mente algo que te va a gustar. Ah, a propósito, hoy también vamos a hacerte agujeros en las orejas.

Daisy se tapó las orejas en un gesto de protección.

-¿Por qué? No creo yo que un cambio total deba implicar derramamiento de sangre.

-Porque los pendientes de pinza son horriblemente incómodos, querida. No te preocupes, no te dolerá.

Daisy miró los lóbulos de las orejas de Todd, con la esperanza de que no estuvieran agujereados y así pudiera negarse con la excusa de que él no sabía de lo que estaba hablando. Pero no hubo suerte; ambos lóbulos lucían unos pequeños orificios. Él sonrió y le acarició una mano.

-Sé valiente -le dijo en tono alegre-. La belleza siempre tiene un precio.

Daisy no creía ser tan valiente como totalmente incapaz de detener aquel tren que había puesto en marcha. Todavía estaba intentando encontrar una razón poderosa para no necesitar que le perforasen ninguna parte del cuerpo cuando Todd la empujó al interior de su coche y partieron en dirección a Huntsville.

La primera parada fue el salón de belleza. Daisy sólo había estado en la peluquería de Wilma, y había una clara diferencia entre una peluquería y un salón. Nada más llegar, le preguntaron qué deseaba tomar. Todo lo contrario de Wilma, que lo único que le había preguntado en toda su vida era si tenía prisa. Iba a pedir un café, pero Todd, con un guiño en los ojos, dijo:

-Vino. Necesita relajarse.

La recepcionista, una imponente mujer de cabello corto de color platino y sonrisa agradable, rió y fue a buscar el vino. Éste le fue servido a Daisy en una copa de vino auténtica, en vez de un vaso de plástico desechable como esperaba. Sin embargo, después de pensarlo un poco mejor, supuso que Todd no llevaría a sus clientes a un salón donde fueran tan torpes como para servir vino en vasos de plástico.

La recepcionista consultó su agenda.

-Enseguida estará Amie con usted. Es nuestra mejor estilista, de modo que puede relajarse y ponerse en sus manos. Cuando haya terminado, tendrá usted un aspecto de un millón de dólares.

-Quisiera hablar con ella un momento antes de irme -dijo Todd, y desapareció por una puerta.

Daisy se atragantó con el vino. ¿Irse? ¿Todd iba a dejarla allí sola? Se le cayó el estómago a los pies. Dios, no iba a ser capaz de hacer aquello sola.

Pero tenía que hacerlo.

Tres horas después, mientras tomaba la tercera copa de vino, se sentía como si la hubieran torturado. Le habían untado en el pelo unos productos químicos que olían fatal, productos que la dejaron de un rubio blanco brillante y le daban el aspecto de una rockera punk aterrorizada por un predicador de televisión. Después de lavar aquel líquido, le aplicaron más productos químicos con lo que parecía una brocha, un mechón cada vez, y cada mechón era envuelto para que no tocase los otros. Se transformó de rockera punk en algo procedente del espacio exterior, lleno de cables para recibir transmisiones vía satélite.

Mientras sucedía todo aquello, le pusieron cera en las cejas -ay- y la mantuvieron muy ocupada haciéndole tanto la manicura como la pedicura. Ahora tenía todas las uñas de la misma longitud, pintadas de un color rosa transparente con las puntas blancas. Sin embargo, las de los pies lucían un malévolo tono rojo. Daisy intentó recordar si alguna vez se había pintado las uñas de los pies; le parecía que no, y aunque lo hubiera hecho, habría escogido aquel tono rosa claro que casi no se notaba. En jamás de los jamases hubiera elegido ella aquel rojo tan llamativo. El efecto resultaba sorprendente... y maravillosamente sexy. Siguió con los pies descalzos en alto, contemplándose las uñas pintadas de rojo, pensando que ahora aquellos pies ya ni siquiera parecían suyos. Lástima que no tuviera sandalias para lucirlos. Tenía unas chancletas, pero no podía llevarlas al trabajo.

Por fin terminó la parte de la tortura. Le quitaron los envoltorios del pelo, se lo lavaron y la depositaron una vez más en el sillón de la estilista. Después de tres copas de vino, ni siquiera hizo una mueca cuando Amie se puso a trabajar con las tijeras, cortando afanosamente aquí y allá. Largos mechones de pelo iban cayendo al suelo. Ella se terminó lo que quedaba del vino y tendió la copa para que le sirvieran mas.

-Oh, creo que ya puedes seguir sin necesidad de refuerzos -dijo Todd en un tono de ligera diversión-. ¿Cuánto vino has bebido ya?

-Ésa era sólo la tercera copa -contestó ella con aire ofendido.

-Querida, espero que hayas desayunado esta mañana.

-Naturalmente. Además, Amie me ha traído un croissant. Tres copas en tres horas no es mucho, ¿no? -Su tono ofendido se trocó en ansiedad-. No estoy achispada, ¿verdad?

-Tal vez un poquito. Gracias -le dijo a Amie en un aparte.

Amie, una mujer alta y delgada que llevaba su cabello negro en un corte a lo chico, le sonrió.

-Ha sido un placer. Merecería dos croissants ver esta clase de transformación de imagen.

Todd se apoyó contra el tocador, tan pulcro como siempre con sus pantalones caqui de costumbre y una camisa azul de seda, y observó cómo Amie utilizaba un cepillo redondo para dar forma al pelo de Daisy a medida que lo secaba. Ella también observaba, aterrorizada porque la próxima vez iba a tener que hacer aquello sola. No parecía complicado, pero tampoco lo había parecido lo del rímel.

Antes, Daisy había exhalado un suspiro de alivio cuando el último lavado reveló cabello que parecía oscuro, aunque se sintió un poco indignada ante el hecho de que tres horas de tortura hubieran tenido un resultado tan nimio. Bueno, incluso el blanco limón demostró por lo menos que algo sí le habían hecho. Pero conforme Amie iba trabajando con el secador, Daisy vio que su cabello se iba tornando cada vez más claro. No era blanco limón, pero sí definitivamente rubio. Se veían brillar hebras de diferentes tonos que captaban la luz en color oro aquí, beige pálido allá.

Cuando Amie terminó, le retiró la capa de los hombros mientras Daisy miraba boquiabierta su imagen en el espejo. Su cabello soso y sin gracia era ya un recuerdo lejano. Aquel pelo era brillante, lleno de cuerpo. Se balanceaba cuando movía la cabeza y luego volvía él solo a su sitio, como si supiera exactamente adonde tenía que ir. El peinado era sencillo, tal como le había prometido Todd; el largo apenas tocaba los hombros, las puntas estaban vueltas hacia dentro, y la parte de arriba caía de forma elegante desde una breve raya a un lado.

Amie parecía sumamente satisfecha de su obra. Todd la abrazó y le plantó un beso en la mejilla.

-Lo has conseguido. Es clásico.

-Tiene un buen cabello -dijo Amie, aceptando el elogio de Todd y besándolo a su vez en la cara-. No tiene mucho cuerpo, pero es bastante fuerte y de cutícula lisa. Con los productos adecuados a la hora de peinarse, no hay motivo para que no consiga este mismo aspecto todos los días.

Menos mal que estaba Todd con ella, porque Daisy se encontraba en trance. Todd se cercioró de que se hiciera con los productos que Amie le recomendó, le recordó que firmara un cheque por los servicios prestados -estaba tan deslumbrada que era capaz de haberse marchado sin más- y, gracias a Dios, conducía él. No sabía si era por el vino o simplemente por la conmoción, pero no estaba segura de que sus pies tocaran el suelo.

Aquello fue muy conveniente, ya que la siguiente parada fue en un gran centro comercial donde le perforaron las orejas. No fue más que un minuto -lo único que sintió fue un pinchazo-, y lo siguiente que supo fue que estaba saliendo de allí con unos discretos pendientes de oro en las orejas.

Durante las cuatro horas siguientes, Todd la hizo descender de nuevo a la tierra. Se probó ropa hasta quedar exhausta, y empezó a entender a qué se refería él con lo de «clásica y adinerada». Los estilos eran sencillos, como una falda beige lisa con una blusa blanca sin mangas, pero el corte era estilizado, la falda le llegaba sólo hasta la rodilla, y el estrecho cinturón atraía la atención hacia su cintura.

-El estilo clásico nunca es «fru-frú» -dijo Todd-. Es estilizado, tradicional y moderado.

Se compró calzado, unas elegantes sandalias que dejaban ver el rojo sexy de las uñas de los pies, y unos zapatos clásicos con un tacón de cinco centímetros, de ante negro.

-Nunca ha de ser blanco, querida -dijo Todd con firmeza-. El blanco es para el calzado informal, no para unos zapatos de salón.

-Pero...

-Nada de peros. Confía en mí.

Como hasta el momento el gusto de Todd había sido infalible, al final Daisy no pudo hacer otra cosa. Y tal vez sus propios gustos tuvieran algo que ver en ello, porque invariablemente sus preferencias eran también las de Todd. Lo que pasaba, sencillamente, era que ella nunca había tenido el valor, o el incentivo, suficiente para hacer nada por su imagen. Se había quedado en lo que le resultaba conocido, lo cómodo, lo fácil. Tener buen aspecto requería mucho trabajo, además de que ella jamás se había considerado guapa ni una mujer con estilo. La guapa siempre había sido Beth, mientras que ella había aceptado su papel de inteligente y estudiosa. Tal vez no pudiera ser guapa sin esfuerzo, como le ocurría a Beth, pero estaba claro que sí era guapa, y ella era la única culpable de que no lo hubiera descubierto hasta ahora.

Ni siquiera intentó llevar la cuenta del dinero que llevaba gastado. Todo aquello era por una buena causa: ella misma. No compró sólo ropa, aunque la mayor parte del dinero se le había ido en eso, sino también perfume y un par de elegantes bolsos, así como unos pendientes que le gustaron. Todd la convenció para que se comprase una pulserita para el tobillo, diciéndole con una expresión malévola en los ojos:

-No hay nada que resulte más sexy, querida.

Por fin emprendieron el regreso a casa. Daisy se sentó en silencio, aún aturdida por toda aquella experiencia. Si existía algo parecido a una guerra cosmética, hoy la había librado. A partir de hoy, su vida cambiaría, y no sólo por el modo en que iban a mirarla otras personas, sino por el modo en que ella misma se miraría. Siempre se había sentido contenta con ser del montón, pues creía que eso era lo que se merecía. Pero ya no. A partir de ahora, con independencia de lo que sucediera en su particular caza del hombre, iba a sacarse el máximo partido por simple amor propio, y nada más.

-Si no te importa que te lo pregunte -dijo Todd al cabo de unos quince kilómetros de silencio mientras Daisy asimilaba los acontecimientos de la jornada-, ¿a qué obedece todo este cambio?

Daisy suspiró y reclinó la cabeza en el asiento. Dejó que se le cerrasen los ojos.

-A mi treinta y cuatro cumpleaños.

-¿De verdad? Yo te hubiera calculado unos veintimuchos. A pesar del cansancio, aquello suscitó una sonrisa en ella.

-¿En serio?

-Te lo juro. Puede que sea por tu piel; no has tomado mucho el sol, ¿a que no?

-No mucho. Me pongo morena, pero también me quemo con facilidad.

Además, siempre había estado a cubierto, con la nariz pegada a un libro.

-Eso está bien. Y tienes un encantador aire de inocencia que te hace parecer más joven.

Daisy abrió los ojos y notó que se le calentaban las mejillas.

-No salgo mucho -confesó-. Ése es otro motivo por el que quería cambiar. Quiero casarme, y, afrontémoslo, con el aspecto que tenía antes nadie se fijaba en mí.

-Pero ahora eso va a cambiar -dijo Todd, y sonrió-. Te lo garantizo. -Calló durante unos instantes y luego prosiguió-: ¿Hay algún hombre en particular que te interese?

Daisy negó con la cabeza y sintió el maravilloso balanceo de su cabello. ¡Santo cielo, era asombroso!

-No. Precisamente voy a salir a mirar. Nunca he ido a un local nocturno, pero supongo que será un buen sido por donde empezar, ¿Conoces tú alguno que esté bien?

Sólo después de haber dicho aquello, cayó en la cuenta de que seguramente los locales que conocía un homosexual no eran los que podían ofrecerle a ella más probabilidades de éxito.

-He oído decir que el Buffalo Club está bien -dijo Todd con naturalidad-. ¿Tú bailas?

-Sé cómo se hace, pero no he practicado gran cosa desde que tomé clases. Bailar es una buena manera de romper el hielo, ¿verdad?

-Muy buena. -Su tono se volvió grave-. ¿Crees que a lo mejor podrías ir esta noche?

-No lo sé. -Había que ser valiente para ir sola a un local nocturno, pensó, y después de aquel día era posible que hubiera agotado todas sus reservas.

Todd la miró y luego volvió a centrar su atención en la carretera.

-A veces, una vez que se empieza, resulta más fácil continuar que pararse y arrancar de nuevo.

Lo cual quería decir que debía salir aquella noche, después de haber hecho el enorme esfuerzo a lo largo de todo el día de cambiar su imagen externa.

-Lo pensaré -dijo. Entonces se le ocurrió una idea-. No sé cómo hay que actuar al modo «clásico y adinerado». ¿Hay algo especial que...

-No -la interrumpió Todd-. No es más que un estilo. No confundas imagen con personalidad. Simplemente sé tú misma, y así no tendrás que preocuparte.

-Ser yo misma no me ha servido para que se fijen en mí -replicó Daisy en tono melancólico. Todd rió.

-Pero ahora sí, cariño. Ahora sí.

CAPITULO 8

-¿ Has dado ya con Mitchell? -preguntó Temple Nolan.

-Aún no. -A Sykes incluso le molestó que el alcalde se lo hubiera preguntado. Si hubiera dado con él, se lo habría dicho, ¿no?-. Supongo que permanecerá escondido una semana o así; pero luego, creerá que no hay problema en que la chica haya muerto, o bien se pondrá nervioso y se imaginará que lo más seguro para él es buscar algo de acción sin acudir a los lugares de costumbre. Lo tengo cubierto. Cuando aparezca, me enteraré a los cinco minutos.

-El señor Phillips no está muy contento. Era un importante comprador para la chica. Ahora se ha buscado otra fuente, y nosotros nos hemos quedado sin el dinero. El señor Phillips quiere a Mitchell muerto.

-Y lo tendrá. Ten paciencia. Pero si me pongo a buscarlo como un loco, él se enterará y saldrá huyendo con un conejo.

-El señor Phillips no está de humor para tener paciencia. Se trataba de mucho dinero.

Sykes se encogió de hombros. Por las vírgenes siempre se exigía un alto precio, pero a veces surgía una demanda especial de alguien dispuesto a pagar mucho dinero. Sykes no comprendía por qué alguien podía pagar tanto por tener relaciones sexuales con una virgen, así que tal vez existiera otro motivo. No creía que tuviera nada que ver con sacrificios rituales, pero había vivido y visto lo suficiente para no descartar nada en el caso de algunas personas. De todos modos, lo que les ocurriera a las chicas una vez entregadas no era de su incumbencia. Eran mercancía, y nada más.

-Como te he dicho, ya aparecerá, y yo lo estaré esperando. -Sykes tuvo que hacer un esfuerzo para que no se le notara la impaciencia en la voz. ¿Cuántas veces tendría que decir aquello? Mitchell estaba casi dominado. Mientras tanto, el negocio continuaba-. Tenemos otro envío programado para el próximo martes por la noche, cinco chicas. Preferiría no llevarlas al lugar de siempre, por si acaso Mitchell ha hablado ya con quien no debe. Ése es otro motivo por el que no quiero presionar demasiado para encontrarlo; si se asusta, es posible que acuda al fiscal del distrito y trate de llegar a un acuerdo, nuestros nombres a cambio de protección. ¿Se te ocurre algún otro sitio donde llevarlas, que se encuentre en la parte segura?

El alcalde se rascó la nuca con el ceño fruncido. El problema era que tenían que buscar un sitio que estuviera lo bastante aislado para que hubiera intimidad, pero no tan aislado como para no esperar algo de tráfico. La gente del campo era muy entrometida. Si veían unos faros de coche donde no debería haberlos, se ponían a investigar... por lo general empuñando como mínimo un rifle del calibre 22. Los vecinos vigilaban a los vecinos. Eso estaba bien sí uno era un vecino, pero era un auténtico grano en el culo cuando intentabas pasar inadvertido. El lugar de retención habitual era una vieja autocaravana situada en un sitio bien apartado al que se llegaba por una carretera sin asfaltar. Cuando no llovía, la carretera en sí constituía un sistema de alarma, ya que cualquier vehículo que se

aproximase levantaba nubes de polvo que se veían mucho antes de llegar a entrar en el campo visual.

-Ya buscaré algo -dijo-. Si no hay más remedio, alquilaré un camión grande.

Ya habían hecho aquello anteriormente, en una redada. Resultaba asombrosa la poca atención que se prestaba a los camiones alquilados. Las chicas no podían ducharse -y Dios sabía que siempre lo necesitaban- igual que en la autocaravana, pero si el cliente tenía que recibir una mercancía que no olía precisamente bien, bueno, aquello no era exactamente un servicio de citas. Pero también era un grano en el culo usar un camión alquilado, porque si lo aparcabas, tarde o temprano aparecía por allí un agente a investigarlo. Así que había que dar unas vueltas por la zona hasta que llegara el momento de que los clientes recogieran a las chicas, y después reunirse con ellos en alguna parte y realizar un intercambio rápido. Un alquiler no era la mejor solución.

Empezó a sonar el mensáfono del alcalde. Lo silenció y observó el número.

-Tengo que irme, pero volveré a llamarte para informarte del lugar elegido. ¡Tú encuentra a Mitchell, por el amor de Dios!

Daisy se detuvo un momento frente a las puertas dobles cerradas del Buffalo Club. Después de pensárselo mucho, había decidido que aquél era el lugar y el momento adecuados para estrenar su nueva imagen e intentar su nuevo plan de caza. Estaba cansada del largo día de compras y de la tortura del maquillaje, pero también era cierto que todavía le duraba la euforia. Cuando llegó a casa después de las compras, no saludó con un grito como tenía por costumbre, sino que entró directamente en la cocina, donde su madre y tía Jo estaban enfrascadas en la tarea de fabricar conservas de melocotón para el invierno. Su madre volvió la cabeza y a continuación se giró del todo, alarmada y exclamando:

-¿Quién es usted? Daisy se echó a reír. Las otras dos lanzaron chillidos de alegría y se arrojaron sobre ella deshaciéndose en elogios sobre el cabello rubio y el elegante corte. Las conservas de melocotón no podían esperar, de modo que mientras continuaban con la tarea ella fue a buscar todas las bolsas que había dejado en el coche y les enseñó lo que se había comprado, que era realmente una cantidad asombrosa.

Cuando se llevó todo a su habitación y empezó a colgar las prendas en el armario, no pudo resistirse a probarse las prendas de nuevo. Y aunque estaba cansada, cuando se puso una de aquellas faldas estrechas y la camisa blanca sin mangas, acompañado el conjunto de los zapatos de salón de ante, sintió que la emoción le recorría el cuerpo de arriba abajo. Aquella mujer guapa y con estilo era ella. No era impresionante, no lo sería nunca, pero aquel peinado sencillo destacaba al máximo sus facciones más bien corrientes y le daba un aspecto... reservado, quizá, en vez de simplemente insulso. Y Todd estaba en lo cierto; la pulserita que brillaba en su tobillo derecho resultaba indiscutiblemente sexy.

Era una pena desperdiciar aquella imagen. Quizá no supiera peinarse otra vez exactamente de aquel modo. Y como ya estaba maquillada.

Teniendo aquello presente, respiró hondo y tomó una decisión: Ahora o nunca.

De modo que allí estaba, frente al Buffalo Club, un enorme local nocturno de música country situado justo al otro lado de la demarcación de Madison County. Tenía música en vivo, una pista de - baile grande y cierta fama. Se sabía que de vez en cuando había alguna que otra pelea con navajas, pero el ambiente no estaba tan deteriorado como para que las mujeres no se sintieran cómodas al acudir allí. Otra ventaja era que el precio de la entrada: sólo dos dólares; después del dinero que se había gastado aquel día, parecía prudente ahorrar algo.

Si se diera tiempo para pensárselo dos veces, sabía que se acobardaría, de manera que se lanzó adelante sin más, y sacó los dos pavos del esbelto bolso cartera que llevaba colgado al hombro con una estrecha correa. Su bolso de diario era lo bastante grande para que cupieran en él los víveres de todo un mes, pero Todd había insistido en que llevase algo más elegante.

-No lleves muchas cosas cuando salgas -la instruyó-. Sólo el dinero que necesites, un pañuelo de papel y una barra de labios, y guárdate una tarjeta de crédito en el sujetador.

Aquello estaba bien, porque era todo lo que podía meter en aquel delgado bolsito.

Un tipo grande que vestía vaqueros, botas y una camiseta negra le cogió los dos dólares en la entrada; después la dejó pasar, y Daisy se internó en una confusión de luces de colores, música muy alta y conversaciones todavía más altas. Las voces competían con la banda de música y entre sí intentando ser oídas. El local estaba abarrotado de gente. Le propinaron un golpe por detrás, que la empujó contra una alta pelirroja de voluminoso peinado que le dirigió una mirada de irritación.

Daisy quiso disculparse en voz baja, pero entonces se acordó de que ya no hablaba en voz baja. Además, en aquel lugar era imposible que se oyera un murmullo.

-Perdone -dijo con claridad y alzando la cabeza al tiempo que se apartaba. Su cabello era más bonito que el de la pelirroja, pensó con cierta emoción. No recordaba haber pensado nunca que su cabello fuera más bonito que el de nadie.

Consiguió escurrirse hasta un sitio relativamente a cubierto desde donde podría observar el local. El bar, en forma de un cuadrado grande, estaba lleno de taburetes, y alrededor se apiñaba la gente en filas de a tres. Había parejas bailando en la pista rodeadas de luces parpadeantes de colores, mientras la vocalista de la banda cantaba una canción de amor. La banda estaba situada en un pequeño escenario, detrás de una red de alambre a modo de protección.

Aquel alambre la preocupó. Tal vez el Buffalo Club fuera un poco más violento de lo que había oído comentar.

Había una multitud de mesas dispuestas de cualquier manera alrededor de la pista, pero todas estaban ocupadas. El suelo se veía salpicado de cascaras de cacahuetes y montones de serrín, y unas camareras vestidas con vaqueros se abrían paso entre la muchedumbre sosteniendo las bandejas con notable habilidad.

Iba demasiado vestida, pensó Daisy. Allí la marca de fábrica parecían ser los pantalones vaqueros, tanto para hombres como para mujeres, aunque aquí y allá acertaba a ver alguna falda corta conjuntada con un top

minúsculo y unas botas de vaquero. Todd habría hecho un gesto de desagrado y tachado aquel aspecto de «vulgar».

Ella se había dejado puestos los zapatos de tacón y la falda caqui, y también la camisa blanca sin mangas con los dos primeros botones desabrochados. La pulserita de oro del tobillo atraía la atención hacia sus piernas esbeltas y sin medias. Daba una imagen segura y clásica, nada que ver con lo que se veía en el Buffalo Club.

-¡Hola!

Un duro brazo masculino la tomó por la cintura y la obligó a darse la vuelta. Daisy se vio cara a cara con un hombre sonriente y de pelo oscuro que llevaba una botella de cerveza en la mano.

-Hola -respondió ella. Casi tuvo que gritar para hacerse oír.

-¿Has venido con alguien? -le preguntó él.

Vaya, aquel tipo estaba coqueteando. Cuando lo comprendió, sintió que la recorría un escalofrío. ¡Aquello era un ligue! ¡Un hombre estaba tratando de ligar con ella de verdad!

-Con amigos -mintió, porque le pareció prudente hacerlo. Al fin y al cabo, no conocía de nada a aquel hombre.

-¿Les importaría a esos amigos tuyos que bailaras conmigo? -preguntó él.

Como sonreía y la mirada de sus ojos parecía amistosa, Daisy contestó:

-En absoluto.

Y con una ancha sonrisa él dejó la cerveza, la cogió de la mano y la llevó hasta la pista de baile.

« Cielo santo, qué fácil!», pensó Daisy encantada al tiempo que se deslizaba en los brazos de aquel hombre. Él la estrechó contra sí, pero no tanto como para que se sintiera violenta. Por un instante le entró miedo de haber olvidado cómo se bailaba; después de todo, no se podía decir que hubiera practicado mucho, pero aquel tipo era bastante suave y ella descubrió que, si no pensaba en ello, sus pies parecían saber lo que había que saber.

-Me llamo Jeff -dijo él, volviendo a acercarle la boca al oído para que lo oyera.

-Daisy -contestó ella.

-¿Has venido aquí alguna otra vez? No creo haberte visto, y créeme, me habría fijado.

Ella negó con la cabeza, sólo para notar cómo su cabello se balanceaba y luego volvía a su sitio.

-Es la primera.

-Que no sea la última...

Se interrumpió al girar la cabeza para mirar con fastidio a un hombre que le había dado unos golpecitos en el hombro.

-¿Puedo?

-No -respondió Jeff en mal tono-. ¿Qué diablos te crees que es esto, el baile del instituto? Lárgate. Yo la he visto primero.

El otro hombre, alto y rubio, también vestido con los vaqueros y la camiseta de rigor, sonrió de oreja a oreja.

-Venga, Jeff, no seas egoísta.

Desenganchó hábilmente a Daisy de los brazos de Jeff y la separó de él.

Ella volvió la cabeza y miró a Jeff con ojos de sorpresa, preguntándose qué habría pasado. Jeff sonrió y se encogió de hombros, y acto seguido se dirigió a la mesa que ocupaba.

-¿Sois amigos? -preguntó Daisy al hombre rubio.

-Sí, trabajamos juntos. Por cierto, yo me llamo Denny.

-Daisy -repitió ella.

La canción de amor terminó, y la banda inició inmediatamente un tema country para bailar en grupo. La gente formó filas, y Denny situó a Daisy en posición.

-¡Espera! -protestó ella, frenética-. ¡No sé cómo se baila esto!

-Es muy fácil -gritó Denny a su vez-. No tienes más que seguirme a mí.

Aquel baile incluía dar ciertos pasos y giros, y Daisy se las arregló para no hacerlo demasiado rezagada del resto. Hubo un momento en que Denny y ella chocaron el uno con el otro, y rompió a reír. Estaba completamente fuera de lugar, con aquella ropa tan clásica, rodeada de vaqueros y tops ajustados, pero resultaba divertido. No llevaba ni diez minutos allí, y ya se le habían acercado dos hombres. Era mucha más atención de la que había recibido en... unos treinta y cuatro años.

Una vez terminado el baile en grupo, la banda continuó con otro tema lento, a modo de descanso. Denny apenas había vuelto a rodearle la cintura con el brazo cuando se entrometió otro tipo, y entonces Denny tuvo que renunciar a Daisy a favor de otro. Éste era más mayor, probablemente cincuentón, tenía una barba recortada de color castaño y gris, y no era mucho más alto que ella. Sonrió y dijo:

-Me llamo Howard -y le hizo hacer una hábil pirueta. Daisy rió, mareada por la emoción y el regocijo, ambos juntaron las manos y Howard la atrajo de nuevo a sus brazos con otra pirueta.

A él no le importaba exhibir su pericia, así que ella sacó brillo a su oxidado talento lo más rápidamente que pudo y la cosa le salió bastante creíble, pensó. No era tan buena como él ni muchísimo menos, pero al menos no dio ningún traspié ni le propinó ningún pisotón.

Después de Howard vino Steven, y después de Steven un tipo llamado Mitchell que tenía unos grandes ojos castaños y una sonrisa tímida. A esas alturas, Daisy estaba ya sin resuello y bastante sofocada.

-Necesito sentarme un poco -dijo jadeando, mientras se abanicaba con la mano.

Mitchell le deslizó una mano bajo el codo.

-Voy a traerte algo de beber -le dijo-. ¿Cerveza? ¿Vino?

-Sólo agua, de momento -contestó Daisy al tiempo que salía de la pista de baile y miraba a su alrededor buscando un sitio donde sentarse. La mesas estaban igual de atestadas que cinco canciones atrás.

-Oh, vamos, toma un poco de vino -intentó convencerla Mitchell.

-Quizá más tarde. Ahora lo que tengo es mucha sed, y para la sed no hay nada mejor que el agua.

Además, tenía que conducir para regresar a casa.

-Entonces, una cocacola.

Sus grandes ojos castaños decían que deseaba invitarla a una copa, y ella lo estaba frustrando al insistir con lo del agua. Así que por fin cedió.

-De acuerdo, una cocacola.

La sonrisa tímida de él se iluminó.

-No te muevas de aquí -le dijo, y se perdió entre la multitud. Era más fácil de decir que de hacer. El hormigueante gentío la obligaba constantemente a moverse de un lado a otro, y al cabo de cinco minutos se encontraba bastante alejada de donde la había dejado Mitchell. Miró en dirección a la barra, en un intento de localizarlo entre la masa de cuerpos, pero no lo conocía lo suficiente para distinguirlo en medio de toda aquella gente y, además, tal vez tardara un buen rato en conseguir las bebidas. Los zapatos nuevos le quedaban muy bien, pero aún eran nuevos, había bailado cinco canciones, y le dolían los pies. Tenía ganas de sentarse. Se alzó de puntillas tratando de encontrar un asiento vacío.

-¿Estás buscando dónde sentarte? -le chilló un tipo corpulento, que le echó un enorme brazo alrededor de la cintura antes de que ella pudiera reaccionar y la sentó de un tirón sobre sus rodillas.

Alarmada, Daisy intentó inmediatamente levantarse de un salto. El tipo rió y la apretó con más fuerza tirando de ella hacia atrás, y ella bajó instintivamente una mano para apoyarse. Por desgracia, fue a apoyarse en la entrepierna del otro, presionando con todo su peso.

El tipo lanzó un agudo grito que se elevó por encima del estruendo de la música y las voces. Daisy se dio cuenta de repente de dónde tenía apoyada la mano y de lo que estaba tocando. Chilló y trató otra vez de levantarse, y al empujar nuevamente hacia abajo hizo gritar todavía más al hombre. De hecho, sus gritos se iban pareciendo más a alaridos, lo que hacía que la gente volviera la cabeza.

Se sonrojó intensamente y empezó a debatirse con todas sus fuerzas, pero no lograba guardar el equilibrio ni agarrarse a nada, y allí donde ponía la mano parecía ser siempre mal sitio. Notó algo blando que se movía debajo de sus nudillos, y el rostro del tipo corpulento se puso amoratado.

Santo cielo, resultaba asombroso lo fácilmente que degeneraban las cosas. Distraído por el ruido que emitía el tipo corpulento, y que parecía un pitido de vapor, un hombre tropezó accidentalmente con una mujer y la hizo derramar la bebida encima del vestido. La mujer lanzó un chillido y su novio le propinó un puñetazo al causante del estropicio. Se volcó una silla, se empujó una mesa, y se oyó un ruido de cristales rotos. La gente comenzó a dispersarse en todas direcciones. Bueno, se dispersaron algunos; otros parecían dar saltos, en su afán por unirse a la refriega.

La *melée* fue como una ola que se le viniera encima, y ella sin poder ponerse de pie para eludirla.

En aquel momento, una garra de hierro se cerró alrededor de su cintura y la levantó en volandas de las rodillas del pobre tipo, que se desmoronó en el suelo jadeando y agarrándose sus partes con ambas manos. Daisy chilló y aferró la garra que la sujetaba, y se sorprendió al descubrir que era simplemente carne humana, pero no había manera de zafarse de ella. Sus pies ni siquiera tocaron el suelo mientras la sacaban a toda prisa de aquella maraña de cuerpos y puños voladores. Entonces entraron en escena los gorilas de seguridad del local, rompiendo cabezas a diestro y siniestro y restaurando el orden a duras penas, pero Daisy no llegó a ver lo que ocurría

porque el gorila que la transportaba a ella se abría paso entre la multitud como si cortara mantequilla, apartando a la gente de su camino con el brazo libre, y antes de que se percatara fue sacada por la puerta y depositada de pie en el suelo de un porrazo.

Qué humillante. La primera vez que iba a un local nocturno, y la echaban a la calle.

Con el rostro ardiendo, se volvió para pedir disculpas, y entonces se encontró mirando cara a cara al jefe de policía Russo. La frase se le quedó congelada en la lengua.

Dentro se oyeron más estruendos de cristales rotos, y por la puerta emergió de pronto un torrente de gente, pues los más prudentes habían decidido poner pies en polvorosa mientras fuera posible. El policía aferró a Daisy de la muñeca y la arrastró hacia un lado para quitarla del medio. El letrero de neón amarillo que mostraba el nombre del local los iluminaba de lleno a los dos, y no le permitió siquiera buscar refugio en la oscuridad. Tal vez no la reconociera, pensó invadida por el pánico. Su propia madre no la había reconocido cuando…

-Vaya, pero si es la señorita Daisy -dijo Russo arrastrando las palabras, en una excelente imitación del acento sureño, con lo que sus esperanzas de no ser reconocida quedaron destrozadas al instante-. ¿Viene por aquí a menudo?

-No, es la primera vez. Hay una explicación -exclamó Daisy impulsivamente, sintiendo cómo la cara se le ponía colorada. Él la observó con los ojos entornados.

-Me muero de ganas de oírla. En el espacio de treinta segundos ha castrado a un tipo y ha provocado una pelea. No está mal para ser la primera vez que viene a este local. Dígame cuándo piensa volver, y esa noche no saldré de casa.

Ah, de ningún modo iba a conseguir echarle a ella la culpa del fiasco que se había organizado dentro del local, pensó Daisy indignada.

-No ha sido culpa mía. Ese hombre me agarró, y cuando apoyé una mano para sujetarme, yo…

Se quedó sin habla intentando buscar una forma delicada de describir lo sucedido.

-Usted le agarró las pelotas y se las dejó planchadas contra el asiento -terminó Russo por ella-. Estaba a punto de intervenir, pero cuando el tipo ese se puso a chillar de aquel modo, pensé que usted tenía la situación en buenas manos, por así decirlo.

-¡No era mi intención! Fue un accidente. Russo sonrió de pronto.

-Olvídelo. Ese tipo se lo pensará dos veces antes de agarrar otra vez a una mujer que no conoce. Venga, la acompaño hasta su coche. Daisy no quería que nadie la acompañara hasta el coche. No tenía ningunas ganas en absoluto de irse. Dirigió una mirada melancólica hacia la puerta.

-Supongo que ya no podré…

-No, esta noche se ha terminado el baile para usted, pies inquietos. Tiene que marcharse de aquí antes de que se presenten los agentes del sheriff.

Suspiró, porque se lo estaba pasando genial -hasta que castró accidentalmente a aquel tipo corpulento, claro-, pero supuso que Russo

tenía razón. Era muy posible que los agentes detuvieran primero a todo el mundo y preguntasen después, y a ella no le costó imaginarse lo que diría la gente si la arrestaran. Russo la tomó del brazo y la obligó a girar en dirección al aparcamiento.

-¿Dónde tiene el coche? Daisy suspiró otra vez.

-Por allí.

Avanzó pisando la grava en dirección al coche, con Russo cerniéndose sobre ella y sin soltarle el brazo, como si fuera una prisionera que pudiera salir corriendo. Se alegró de que no le hubiera puesto las esposas.

En esos momentos, muchos coches abandonaban el aparcamiento en todas direcciones, y ambos tuvieron que abrirse camino zigzagueando entre el tráfico. Cuando por fin llegaron, él le soltó el brazo y Daisy sacó las llaves de su bolso para abrir la portezuela. El policía la abrió por ella, y ella se metió en el coche detrás del volante.

-¿Ha tomado alguna cosa? -le preguntó de pronto.

-No, ni siquiera una cocacola -respondió, recordando con pesadumbre el hombre de ojos castaños que no había logrado regresar con ella a tiempo. Tenía mucha sed; iniciar una pelea era un ejercicio casi tan agotador como bailar.

Russo apoyó un brazo en el borde de la puerta abierta y el otro en el techo del coche y se inclinó para examinarla de cerca a la luz interior.

-Ha estado jugando a perder -dijo finalmente, entrecerrando los ojos otra vez. Parecía estudiar el cuello abierto de su camisa-. Escondida debajo de esa horrorosa ropa de abuela que suele ponerse.

Hasta el jefe de policía se había fijado en el poco estilo de la ropa que solía vestir, pensó. Qué humillante.

-Estoy dando la vuelta a una nueva página -explicó. Russo lanzó un gruñido y se enderezó antes de dar un paso atrás para que ella pudiera cerrar la puerta. Arrancó el coche, titubeó, y luego bajó la ventanilla.

-Gracias por sacarme de ahí -le dijo.

-Me pareció lo más inteligente. Tal como iba la cosa, ese pobre tipo iba a terminar mutilado. -Levantó la cabeza, escuchando con atención-. Creo que eso son sirenas. Vayase a casa antes de que lleguen los agentes.

Daisy aún titubeó.

-¿Y usted?

-Los ayudaré a poner las cosas en orden. Claro; él no tenía que preocuparse por que lo arrestaran. Iba a pedirle que no dijera nada de su presencia allí, pero comprendió que te nía tanto derecho como él a acudir a un local nocturno. Además, a lo mejor le convenía que la gente supiera que había estado en el Buffalo Club. Sin duda, eso cambiaría la imagen que tenían de ella. Quería que los hombres la consideraran accesible y disponible, y no iba a lograr eso sólo con mejorar su aspecto.

-¿Tendré que testificar? -quiso saber. Exasperado, Russo contestó:

-No, a no ser que siga dando la lata. Ahora, saque el culo de aquí mientras pueda.

¡Vale! Sin una palabra más, Daisy pisó a fondo el acelerador y salió disparada del aparcamiento levantando gravilla y haciendo chirriar los neumáticos. Aturdida, luchó con el volante por espacio de unos instantes de pánico hasta que se acordó de levantar el pie del pedal. Los neumáticos

dejaron de chirriar y se agarraron a la carretera, y a partir de ahí continuó con mucho más sosiego. Jamás en toda su vida había hecho chirriar los neumáticos. Oh, santo cielo, ¿y si Russo había resultado alcanzado por la gravilla? Le entraron ganas de dar media vuelta para pedirle disculpas, pero en eso aparecieron en su retrovisor unas luces intermitentes y decidió que lo mejor sería sacar el culo de allí, tal como había dicho él.

CAPITULO 9

No todo el mundo podía salir una noche a divertirse en un tugurio, bailar hasta estar a punto de derrumbarse en el suelo, iniciar una pelea y estar de vuelta en casa a las nueve de la noche, se dijo Daisy a la mañana siguiente. Así que la noche no había sido un éxito indiscutible; la primera parte sí, es más, se había divertido y pensaba repetirlo. Aunque no la parte de la pelea -al menos, tenía la esperanza de que no se repitiera-, pero sí lo de bailar y atraer a los hombres.

Después del servicio religioso, donde soportó la descarada curiosidad de todos los presentes -gente que debería tener algo mejor que hacer que quedarse mirando a otra persona-, tomó un almuerzo rápido y se puso uno de sus nuevos vaqueros con la intención de ir hasta Lassiter Avenue a ver qué progresos había hecho Buck Latham en la tarea de pintar la casa. Ahora que estaba verdaderamente lanzada a emprender una trayectoria nueva, se sentía deseosa de salir sola. Pero en el momento que bajaba del porche con el bolso y las llaves en la mano, vio que un Crown Victoria de color blanco frenaba junto al bordillo, delante de la casa.

Se le cayó el alma a los pies cuando vio al jefe de policía Russo desplegar su gran corpachón al salir del asiento del conductor. Le había ocultado a su madre el episodio de la noche anterior, ya que le pareció mejor no contarle que le había aplastado los testículos a un hombre, y sospechó que Russo había ido allí para levantar la liebre y leerle la car tilla, como si tuviera derecho a decirle algo, después de que él no se encontraba en el Buffalo Club de manera oficial. Había salido a ligar, igual que ella, pero al menos sus intenciones habían sido honorables.

Russo también llevaba puestos unos vaqueros, además de una camiseta negra que se le adhería a sus hombros anchos y oblicuos. Parecía más que nunca un levantador de pesas, pensó Daisy con un gesto de desdén, y al recordar con cuanta facilidad, y que con la ayuda de un solo brazo, la había sacado del Buffalo Club la noche anterior, supo que lo había definido con exactitud.

-¿Va a alguna parte? -inquirió Russo, de pie en la pequeña acera adornada con flores y alzando la vista hacia ella, que permanecía dentro del porche en la sombra.

-Pues sí -respondió ella secamente. La buena educación exigía que dijera algo así como: «Oh, precisamente iba a echar una carrerita al supermercado un momento, pero eso puede esperar. ¿Por qué no pasa a tomar un café?» Pero limitó su respuesta a aquella escueta frase. Aquel hombre tenía algo que la hacía olvidar su buena educación.

-¿No va a invitarme a entrar? -preguntó él. Sus ojos brillaban de una forma que decía que se sentía más divertido que molesto.

-No.

Señaló el coche con la cabeza.

-Entonces venga a dar un paseo conmigo. No creo que quiera que hablemos aquí fuera, para que se enteren todos los vecinos. A Daisy le dio un vuelco el corazón.

-Dios mío, ¿va a llevarme al centro? -Se apresuró a bajar los escalones al tiempo que se le ocurría una ¡dea horrible-. Ese hombre de anoche, no se habrá muerto, ¿verdad? ¡Fue un accidente! Y aunque se haya muerto, no sería un homicidio ¿no?

Russo se pasó una mano por la cara, y Daisy lo observó con aire suspicaz. Parecía estar ocultando una sonrisa. ¡Por el amor de Dios, aquello no era para reírse!

-Que yo sepa, su novio se encuentra bien; probablemente estará dolorido y caminará un poco raro, pero sigue vivo.

Daisy dejó escapar un profundo suspiro.

-Bueno, qué alivio. Entonces, ¿para qué va a llevarme al centro?

El policía repitió el mismo gesto de antes. Aquella vez no le cupo la menor duda: se estaba riendo de ella. ¡Vaya!

Russo alargó una mano y la tomó del brazo. Su mano era cálida y demasiado firme, como si estuviera acostumbrado a manejar a maleantes que no querían ir con él.

-No me ponga esa cara, señorita Daisy -dijo, reprimiendo un resoplido audible-. Sólo es... El centro no tiene precisamente las mismas connotaciones en Hilisboro que en Nueva York.

Bueno, aquello era verdad, teniendo en cuenta que ya estaban prácticamente en el centro, unas pocas manzanas los separaban del departamento de policía y del sector financiero. Aun así, Russo podía haberlo dicho de forma más agradable.

Cuando estaba abriendo la puerta del pasajero de su coche y haciendo entrar a Daisy, se abrió de nuevo la puerta principal de la casa y apareció Evelyn.

-¡Jefe Russo! ¿Adonde se lleva a Daisy?

-Sólo a dar un paseo, señora. Estaremos de vuelta dentro de una hora, se lo prometo.

Evelyn titubeó, pero enseguida sonrió.

-Se lo pasarán muy bien.

-Sí, señora -respondió el policía en tono grave.

-Oh, genial -murmuró Daisy al entrar en el coche-. Ahora mi madre se creerá que nos estamos viendo.

-Podemos regresar y despejar la duda, contarle lo que está pasando en realidad -ofreció Russo mientras se separaba del bordillo sin esperar siquiera a que Daisy contestara. Aquello resultaba irritante de verdad; naturalmente que no deseaba hacer tal cosa, pero él ya lo sabía incluso antes de hacerle la oferta. Simplemente se estaba haciendo el listillo.

-Yo tenía tanto derecho como usted a estar en ese local -dijo Daisy, cruzándose de brazos y poniendo cara de ofendida.

-Conforme.

Daisy depuso su actitud para mirarlo con sorpresa.

-Entonces, ¿por qué va a interrogarme? Yo no he hecho nada malo. La pelea no fue culpa mía, y desde luego que no tenía la menor intención de aplastarle los testículos a ese hombre.

-Ya lo sé.

Estaba sonriendo otra vez, maldito. Pero ¿qué le hacía tanta gracia?

-Entonces, ¿qué pasa?

-No pasa nada. Y no voy a «interrogarla». La he invitado a dar un paseo; eso es bastante distinto de llevarla a una sala de interrogatorios y machacarla durante horas.

Daisy, aliviada, lanzó un profundo resoplido y se relajó contra el asiento, pero al instante se incorporó de nuevo.

-No me ha invitado, me lo ha dicho sin más, de modo que ¿qué otra cosa podía pensar yo? «Vamos a dar un paseo.» Eso es lo que dicen siempre los policías en la televisión, y siempre significa que van a llevarte a la comisaría a abrirte un expediente.

-Pues los guionistas deberían aprenderse algún diálogo más. En aquel momento se le ocurrió otra idea, una abrumadora. Cielo santo, aquel policía no la estaría cortejando, ¿verdad? Los encuentros entre ambos habían sido siempre accidentados, pero la noche anterior le había demostrado cómo había influido su cambio de imagen en la manera en que la trataban los hombres. Se le hizo un nudo en el estómago; no tenía práctica en decirle a un hombre que se largara, que no sentía interés por él. Pero Russo no podía sentir interés por ella, ¿no? A lo mejor su imagen no había mejorado tanto como creía.

Bajó rápidamente la visera para mirarse en el espejito, y a continuación volvió a levantarla con la misma rapidez. Oh, Dios mío.

-¿A qué ha venido eso? -preguntó él con curiosidad-. No se ha mirado el tiempo suficiente para comprobar siquiera la pintura de labios.

A Daisy se le había olvidado por completo la pintura de labios. De todas formas, le bastó un rápido vistazo para ver que no, que no se había equivocado en lo del cambio de imagen.

-Quería saber si los coches de los policías también tenían espejo -dijo en un impulso-. Parece un poco… marica.

-¿Marica?

Daba la impresión de estar mordiéndose el labio por dentro.

-No es que cuestione su masculinidad -se apresuró a decir Daisy. Lo último que deseaba era que él sintiera la necesidad de demostrarle su masculinidad. Había leído que los hombres tendían a tomarse aquellos comentarios como algo personal. Su ego iba siempre unido a su virilidad, o algo así.

Russo suspiró.

-No se ofenda, señorita Daisy, pero seguirle a usted el pensamiento es como intentar atrapar un conejo a la carrera.

Daisy no se ofendió, porque se sentía demasiado agradecida de que él no hubiera podido seguirle aquel pensamiento en particular. En lugar de eso, dijo;

-Me gustaría que no me llamase señorita Daisy. Suena a… -iba a decir «solterona», pero aquella descripción ponía el dedo en la llaga- …a antigualla.

Russo pareció morderse otra vez el labio.

-Si la redecilla para el pelo le queda bien…

-¡Yo no uso redecilla para el pelo! -gritó Daisy, y a continuación se dejó caer contra el respaldo, sorprendida. Ella nunca gritaba. Nunca perdía los nervios. No siempre había sido precisamente cortés con Russo, pero tampoco le había gritado. Comenzó a preocuparse;

¿habría alguna ley que prohibiera gritar a un representante de la ley? Gritarle a él no era lo mismo que gritar a un policía que la paraba a una por exceso de velocidad -si es que alguna vez la hubiera parado alguno, claro-, pero al fin y al cabo Russo era el jefe de policía y podría haber sido incluso peor.

-Ha vuelto a perderse en el éter -masculló Russo.

-Me estaba preguntando si no habrá una ley que prohiba gritarle a un jefe de policía -reconoció Daisy.

-¿Creía que iban a meterla en la cárcel por gritar?

-Ha sido una falta de respeto. Le pido disculpas. No suelo gritar, pero tampoco estoy acostumbrada a que me acusen de usar redecilla para el pelo.

-Ya entiendo la provocación.

-Si sigue mordiéndose el labio por dentro -observó ella-, le tendrán que dar unos puntos.

-Procuraré no hacerlo más. Y para su información, la llamo señorita Daisy como muestra de respeto.

-¿Respeto?

No sabía si aquello era bueno o malo. Por otra parte, naturalmente que quería que Russo la respetara; pero por otra, no era precisamente la reacción que deseaba ver en un hombre que, después de todo, era varios años mayor que ella. A lo mejor lo de la noche anterior en el club había sido un golpe de suerte y no era tan atractiva como había creído. Quizás, en los clubes, los hombres bailaban con cualquiera.

-Usted me recuerda a mi tía Bessie -dijo el policía.

Daisy estuvo a punto de gemir en voz alta. Cielos, era peor de lo que había imaginado. ¡Su tía! Ahora sí que estaba segura de que lo de la noche anterior había sido un golpe de suerte. Conmocionada, volvió a bajar la visera para ver si era posible que hubiera cometido un error tan grande.

-Ni siquiera se lo voy a preguntar -murmuró-. ¿Me parezco a su tía? -Lo dijo casi gimiendo.

Russo se echó a reír. Se estaba riendo efectivamente de ella. Mortificada, Daisy levantó la visera y se cruzó de brazos otra vez.

-En realidad, era mi tía abuela. Y no he dicho que se parezca a ella, sino que me la recuerda. Ella tampoco era muy mundana.

Ingenua. Se refería a que era ingenua. Por desgracia, no se equivocaba. Aquello era lo que sucedía cuando una se pasaba la vida entera con la nariz enterrada en un libro. Puede que terminara sabiendo un montón de datos interesantes, pero en lo que se refería a experiencia del mundo real, era bastante ignorante.

Russo giró para tomar la autopista en dirección a Fort Payne.

-¿Por qué vamos a Fort Payne? -quiso saber Daisy, mirando las arboledas de cedros y las montañas verdes. El paseo en coche estaba resultando agradable, pero no se le ocurría ningún motivo para ir allí.

-No vamos. Simplemente conduzco sin más.

-¿Quiere decir que no vamos a ningún sitio en particular?

-Ya le dije que íbamos a dar un paseo. Eso significa dar un paseo.

De nuevo volvió a albergar la terrible sospecha de que tal vez Russo la estuviera cortejando, aunque de ser así, lo estaba haciendo de un modo muy extraño, diciéndole que le recordaba a su tía abuela y riéndose de ella. Por otra parte, era un yanqui; quizá fuera aquélla la manera de cortejar en el norte.

-Pues preferiría pasear en la otra dirección -dijo nerviosa-. De vuelta a casa.

-Cojonudo.

Bueno, aquello sí que no era cortés precisamente, de modo que no podía estar cortejándola. Sumamente aliviada, le sonrió de oreja a oreja.

-¿Qué? -exigió él, mirándola con desconfianza.

-Oh, nada.

-Me está sonriendo. Eso da miedo.

-¿Mi sonrisa da miedo? Su rostro se ensombreció.

-No, lo que da miedo es el hecho de que me esté sonriendo. Eso indica que sus pensamientos han vuelto a descarrilar.

-Nada de eso. Sé perfectamente por dónde van. Pero me alegro mucho de que usted no lo sepa.

Maldición, ojalá no hubiera dicho aquello. Tenía que recordar que era un policía, y los policías eran notoriamente entrometidos.

-¿Oh?

Tal como temía, aquello despertó su interés.

-Es un tema privado -lo informó. Un caballero dejaría la cosa tal cual.

Pero debería haber recordado que él no era un caballero.

-¿Qué tema privado? -quiso saber-. ¿Algo sexy?

-¡No! -exclamó Daisy, horrorizada. Y como dejarlo pensar que tal vez ella quisiera hacer aquello, era peor que lo que estaba pensando en realidad, dijo-: Estaba temiendo que estuviera usted cortejándome, y al decir «cojonudo» he sentido un gran alivio, porque no habría dicho tal cosa si lo estuviera haciendo. Cortejarme, quiero decir.

-¿Cortejarla?

Los hombros empezaron a temblarle ligeramente.

-Sí, bueno, como se diga actualmente. «Salir» suena demasiado a instituto, y además, esto no es salir. Es más bien como un secuestro.

-No la he secuestrado. Simplemente quería hablar con usted, en privado, sobre lo de anoche.

-¿Qué pasó anoche? Yo no infringí ninguna ley…

-¿Quiere dejar de hablar sin parar de eso? Tengo unas cuantas cosas que decirle sobre lo de acudir a locales nocturnos.

-Sepa que soy una persona adulta y que puedo ir a cualquier local nocturno que me apetezca. Y es más, pienso ir, así que ya puede…

-¡Quiere cerrar el pico un minuto! -chilló Russo-. ¡No le estoy diciendo que no vaya; sólo intento advertirla de unas cuantas cosas! Daisy guardó silencio durante unos instantes.

-Perdone -dijo por fin-. Es usted quien hace que me ponga a la defensiva. Tal vez se deba a que es el jefe de policía.

-Mire, cállese ya y escúcheme. Con eso que se ha hecho en el pelo y tal como viste ahora, se le van a acercar los hombres.

-Sí -repuso ella con satisfacción-. Eso es lo que han hecho.

Russo suspiró.

-¿Conocía a alguno de aquellos tipos?

-No, claro que no.

-Entonces no se fie de ellos.

-Bueno, no pensaba irme a casa con ninguno ni nada por el estilo; además tenía *mi* coche, así que no podían llevarme... Russo la interrumpió.

-¿Ha oído hablar de las drogas de los violadores? Aquello la *dejó* muda. Daisy lo miró impresionada.

-¿Quiere decir... que esos hombres...?

-No lo sé, y usted tampoco. A eso me refiero. Cuando vaya de marcha, no permita que nadie le traiga una copa excepto la camarera. O mejor aún, vaya usted misma a la barra y pídala. No deje la bebida en la mesa mientras esté bailando ni cuando vaya al cuarto de baño, ni por ninguna otra razón. Y si lo hace, no vuelva a beber de ella. Pida otra.

-¿Y... y a qué sabría? Si alguien me echara algo en la bebida, quiero decir.

-No le sabría a nada, si está mezclado con la bebida.

-Santo cielo. -Daisy apoyó las manos en el regazo, trastornada al pensar que uno de aquellos tipos tan agradables con los que había bailado podría haberla drogado deliberadamente para llevarla a algún sitio y violarla mientras ella estaba inconsciente-. Entonces... ¿cómo voy a distinguirlo?

-No podrá, y para cuando empiece a notar los efectos, habrá dejado de pensar con claridad. Siempre es mejor ir a un club con una amiga, para que la una cuide de la otra. Si una de las dos empieza a mostrar síntomas de sueño o mareo, lo mejor es acudir a urgencias. Y por el amor de Dios, no permita que ninguno de los hombres que conozca en esos sitios la lleve en coche a ninguna parte.

Abatida, Daisy trató de pensar en una amiga que quisiera ir con ella a locales nocturnos. Pero no le vino ninguna a la cabeza. No es que no tuviera amigas, pero todas estaban casadas y con hijos, y salir de noche sin sus maridos para que ella pudiera conocer a hombres no era precisamente una cosa que le gustase hacer a ninguna de ellas. Su madre y su tía Jo no tenían pareja, pero... no, con ellas no podía contar.

-Existen varias drogas de violadores -prosiguió Russo-. Es probable que haya oído hablar de Rohypnol, pero la que de verdad nos tiene preocupados a los policías es el GHB.

-¿Qué es eso? -Daisy no lo había oído en su vida. Él le dirigió una ancha sonrisa.

-Limpiasuelos mezclado con limpiarretretes.

-¡Dios santo! -Daisy lo miró horrorizada-. ¡Eso puede matar a una persona!

-Si se ingiere una gran cantidad, sí. Y a veces no hace falta tanto, porque nunca se sabe el efecto que va a hacerle a cada uno.

-Pero... ¿no te quemaría la garganta al tragarlo? Russo negó con la cabeza.

-No. Con una sobredosis, lo que ocurre es que uno se duerme y simplemente no vuelve a despertarse. Si se mezcla con alcohol, el efecto aumenta y se vuelve aún más impredecible. Cuando un tipo droga a una mujer con GHB, es porque no le importa que se muera o no, siempre que él pueda foll... tener relaciones sexuales con ella mientras todavía está caliente.

Daisy, con los ojos como platos, tenía la mirada fija en el hermoso paisaje. ¡Y pensar que en el mundo sucedían cosas así! Aquello la hacía ver con ojos muy distintos los locales nocturnos, y ya no volvería a pensar de ellos lo que pensaba antes. Pero si no salía y se mezclaba con la gente, ¿cómo iba a conocer a hombres solteros? Se mordió el labio inferior mientras sopesaba la situación, pero al final la conclusión fue que la mejor forma de lograr su objetivo sería salir a bailar a los clubes, pero eso sí, teniendo mucho más cuidado y seguir todas las instrucciones que le había dado Russo.

-Tendré cuidado -dijo fervientemente-. Gracias por advertirme. -Había sido muy amable por su parte tomarse tantas molestias para advertirla de los peligros a los que podría enfrentarse, más amable de lo que hubiera esperado de él. Quizás había sido demasiado dura en su crítica, sólo porque era un hombre un poquito brusco y demasiado franco en su forma de hablar.

Russo aminoró la velocidad al acercarse a una iglesia y acto seguido dio la vuelta en el aparcamiento y enfiló de regreso a Hilisboro.

-¿Cuándo piensa salir otra vez? -preguntó con naturalidad. Allí se acabó toda la gratitud de Daisy.

-¿Por qué? -inquirió en un tono cargado de suspicacia.

-Para poder advertir a todos los hombres de que se pongan protectores, ¿por qué si no? -Lanzó un suspiro-. No es más que una pregunta, para darle conversación.

-Oh. Bueno, naturalmente no pienso salir un domingo ni un día laborable, de modo que supongo que el próximo fin de semana. De todas formas tengo que hacer unos trabajos en mi casa, antes de poder mudarme.

-¿Va a mudarse?

-He alquilado una casa en Lassiter Avenue. Russo le dirigió una mirada rápida.

-¿Lassiter? Ese barrio no es muy bueno.

-Ya lo sé, pero mis opciones eran limitadas. Y voy a comprarme un perro.

-Que sea uno grande. Le convendría tener un pastor alemán. Son inteligentes y leales, y la protegerán hasta del mismo Godzilla.

Los pastores alemanes eran los que se utilizaban en las unidades K-9, de manera que Daisy supuso que por eso los conocía Russo. Debían de ser unos perros fieles y dignos de confianza, de lo contrario no los usaría la policía.

Intentó hacerse una imagen de sí misma sentada en una mecedora leyendo mientras un perro enorme dormitaba a sus pies, pero no lo consiguió. Ella era persona más bien de perro pequeño, un terrier quizá, mejor que un enorme pastor alemán. Había leído que los perros pequeños eran igual de útiles para asustar a un ladrón, porque ladraban al oír el menor ruido, y en realidad lo único que quería ella era un sistema de alarma, no una contraofensiva con un despliegue total de artillería. A los terrier se les daba bien disparar la alarma. O tal vez debiera hacerse con uno de aquellos diminutos malteses que llevaban un lacito en lo alto de la cabeza.

Durante el camino de regreso a casa discutió mentalmente los méritos de diversos perros pequeños, y se sorprendió cuando Russo detuvo por fin el coche junto al bordillo, frente a la vivienda. Parpadeó un instante al ver la camioneta que estaba aparcada detrás de su coche en el camino de entrada, y enseguida la reconoció.

-Tiene compañía -observó Russo.

-Es mi hermana Beth y su familia -repuso Daisy. Iban a verla por lo menos dos veces al mes, normalmente los domingos después de ir a la iglesia. Debería haber esperado aquella visita, pero es que simplemente se le había ido de la cabeza.

En el preciso momento en que iba a agarrar el tirador de la portezuela, la tía Jo salió al porche.

-Entrad los dos -dijo-. Llegáis justo a tiempo para tomar helado hecho en casa.

El jefe Russo se apeó del coche antes de que Daisy pudiera decirle que no tenía la obligación de quedarse. Cuando le abrió la portezuela, ella se quedó sentada sin moverse, contemplándolo con unos ojos como platos.

-Vamos, dése prisa -dijo él con impaciencia-. Se va a derretir el helado.

-Esto no es una buena idea -susurró Daisy.

-¿Por qué? -susurró él a su vez, con un brillo en los ojos.

-Creen que usted está... que estamos...

-¿Cortejándonos? -terminó servicialmente la frase al tiempo que literalmente sacaba a Daisy del automóvil y la empujaba acera arriba.

-¡No bromee con esto! Ya sabe cómo son los chismorrees en los pueblos pequeños. Además, no me gusta engañar a mi familia.

-En ese caso, dígales la verdad, que yo sólo quería advertirla acerca de los hombres que drogan a las mujeres.

-¿Y provocarle a mi madre un ataque al corazón? -exclamó Daisy con vehemencia-. ¡Ni se atreva!

-Entonces dígales que sólo somos amigos.

-Como que se lo va a creer.

-¿Tan increíble es?

-Pues sí.

Para entonces ya habían llegado a la puerta principal. Russo la abrió para ella y la invitó a entrar. Había un pequeño vestíbulo, pero inmediatamente se abría a la izquierda el cuarto de estar. La maraña de voces disminuyó hasta desaparecer cuando entraron ellos, y varios cuencos de helado se depositaron con leves ruiditos. Daisy se sintió como si la

estuvieran observando un centenar de personas, aunque por supuesto se trataba sólo de su madre y tía Jo, Beth y Nathan y sus dos sobrinos, William y Wyatt. Era tan infrecuente que fuera ella el centro de todas las miradas que incluso un poquito de atención le pareció mucho.

-Er… Os presento al jefe Russo.

-Jack -dijo él, y se adelantó para estrecharle la mano primero a la madre, luego a tía Jo, conforme Daisy las iba presentando. Nathan se puso en pie cuando le llegó el turno, con la mano extendida, pero sus ojos se entornaron con esa expresión que utilizan los hombres cuando sienten la necesidad de proteger a sus familias. Daisy no tenía ni idea de por qué sentía el deber de protegerla a ella. No obstante, el jefe Russo debía de estar ya acostumbrado a las exhibiciones de testosterona, porque aceptó aquélla sin mover siquiera una pestaña.

-Voy a ponerle un poco de helado -dijo Evelyn-. Es de vainilla nada más, pero puedo añadirle unas cuantas nueces y un poco de caramelo, si quiere.

-El de vainilla es mi favorito -dijo Russo con tanta sinceridad que Daisy se lo habría creído aunque supiera que no era así. No tenía aspecto de ser una persona a la que le gustara la vainilla, pero no pensaba ponerse a discutir. Cuanto antes se tomara el helado y se fuera, mejor para ella.

Beth no le prestaba ninguna atención al policía; estaba mirándola fijamente a ella con los ojos muy abiertos y un tanto desconcertada.

-Estás rubia -dijo con voz débil-. Mamá me había dicho que te habías aclarado el pelo, pero… pero estás rubia.

-Estás muy guapa -dijo Wyatt, su sobrino de diez años, casi en tono de acusación. Se encontraba en la edad en que no le gustaban las chicas, y resultaba muy irritante que su tía favorita se hubiera convertido en una de ellas.

-Lo siento -se excusó Daisy-. Procuraré mejorar.

-A mí me gusta -dijo William, de once años, ofreciéndole una sonrisa tímida que dentro de pocos años iba a destrozar muchos corazones femeninos.

-¡Y te has puesto vaqueros! -exclamó Beth casi como un quejido. Ella llevaba unos elegantes pantalones cortos y un top a juego, pero la Daisy que conocía rara vez llevaba pantalones y jamás en su vida había tenido unos vaqueros.

-He ido de compras -contestó ella incómoda mientras todos, incluido Russo, la miraban de arriba abajo-. Y también me he hecho agujeros en las orejas. -Señaló los pequeños aros con la esperanza de atraer la atención de todos hacia arriba.

-A mí me parece que estás estupenda -dijo Nathan sonriéndole. Adoraba a su cuñado, pero deseó que fuera un poco más sensible hacia el estado de ánimo de Beth en aquel preciso momento, porque ésta estaba más que ligeramente conmocionada por la transformación de su hermana.

Sin embargo, Beth no era una persona envidiosa, así que rápidamente esbozó una sonrisa, y acto seguido se levantó y le dio un abrazo.

-Estás estupenda -le dijo justo cuando Evelyn regresaba al salón con dos cuencos rebosantes de cremoso helado de color blanco.

-Sí, así es -dijo Evelyn sonriendo a sus dos hijas y entregando los cuencos a Daisy y al policía.

-¿Y bien? -dijo tía Jo radiante-, ¿cuánto tiempo lleváis viéndoos?

-No estamos... -comenzó Daisy, sólo para verse apabullada por otra voz mucho más grave.

CAPÍTULO 10

Jack reía a carcajadas mientras se alejaba en su automóvil de la residencia de los Minor; su vida se había iluminado desde que le tomaba el pelo a la señorita Daisy. Ella reaccionaba a la menor provocación como si la hubiera tocado con un pincho para el ganado. Cuando dijo que llevaban viéndose una semana o así -lo. cual, estrictamente hablando, era cierto- ella dio un respingo y se lo quedó mirando con una expresión de horror sin disimulo antes de farfullar: «No es verdad» en un tono tan consternado que él sintió la urgente necesidad de mirarse en un espejo a ver si le habían brotado de pronto dos cuernos y una cola bífida. A excepción de su ex esposa, jamás una mujer se había quejado de él, de modo que la reacción de Daisy lo molestó un poco. Y ni siquiera su ex esposa se había quejado nunca en la cama. ¿Qué problema tenía la señorita Daisy?

Luego se puso roja como la grana e intentó explicar las cosas:

-No somos más que amigos... Bueno, no del todo. Quiero decir que él es yanqui. Anoche estuvo en el club conmigo... conmigo no, estaba allí al mismo tiempo, así que cuando estalló la pelea...

-¿Una pelea?

Una armonía de voces coreó la palabra. Su madre y su tía mostraron una expresión de espanto, su hermana estaba estupefacta, su cuñado alarmado, y sus dos sobrinos fascinados.

-No la empecé yo -se apresuró a decir Daisy-. No exactamente. No fue culpa mía. Pero el jefe de policía...

-Jack -apuntó él.

Daisy lo miró con hostilidad.

-... Jack me sacó de allí, y hoy ha venido a hablarme de las drogas de violadores y... oh, Dios santo -acabó diciendo, cuando se dio cuenta de que sus sobrinos estaban escuchando con gran atención.

-Drogas -dijo su madre con voz desmayada y palideciendo. El cuenco de helado le tembló en la mano.

Daisy respiró hondo y trató de tranquilizarlos a todos.

-Yo no vi ninguna. Y voy a tener cuidado.

-¿Qué tiene de malo ser yanqui? -quiso saber Jack, con los ojos brillantes de un regocijo que procuró esconder.

Daisy empezó a farfullar de nuevo al comprender que había sido descortés... en público, lo cual, por lo visto, a ella le parecía muy importante.

-Bueno... nada, excepto que... quiero decir que no es exactamente como... -Era evidente que sus ideas chocaron contra una pared, porque se fue quedando sin voz.

-Creía que éramos amigos. -Jack se las arregló para mantener una expresión serena y solemne, hasta un poquito herida. ¿ Qué no era exactamente? ¿Su tipo? Eso podría soportarlo. Ella era una ingenua mojigata, y él un policía; ya estaba todo dicho.

-Ah, ¿sí? -preguntó Daisy con aire dubitativo, mientras él introducía la cuchara en su helado para distraerse. El helado frío y blando se le derritió en la lengua, y a punto estuvo de dejar escapar un gemido de placer. No había nada, nada en absoluto, como el auténtico helado casero.

Tragó y dijo:

-Claro. Hasta me hiciste la prueba del color malva. Eso no se le hace a nadie que no sea un amigo.

Su familia escuchaba fascinada, con ojos como platos. Su madre y su tía lanzaron una leve exclamación.

-Santo cielo -dijo tía Joella débilmente-. ¿Y logró superarla? Él se frotó la mandíbula para disimular la sonrisa. De modo que de allí era de donde venía la cosa.

-No lo sé. Si uno ya conoce la respuesta, ¿significa que ha superado la prueba o no?

La tía Joella parpadeó.

-Pues... ni lo uno ni lo otro, diría yo. Sólo significa que se es homosexual. -Hizo una pausa-. ¿Usted lo es?

-¡Tía Jo! -protestó Daisy, tapándose los ojos con la mano que le quedaba libre.

-No, señora. -Jack tomó otra cucharada de helado-. Pero esa prueba no es muy buena, porque yo ya sé qué color es el malva. La tía Jo asintió con convicción.

-Justo lo que yo pensaba. ¿Y qué me dice del bermellón?

-Daisy me hizo buscarlo en el diccionario -replicó Jack, incapaz de reprimir durante más tiempo su sonrisa-. Yo la acusé de habérselo inventado.

La tía Jo se recostó hacia atrás con la satisfacción pintada en el rostro.

-Te lo dije -le espetó a la madre de Daisy.

La pobre Daisy había bajado la mano y estaba mirando a su alrededor como si buscara la vía de escape más rápida. Jack se adelantó agarrándola del brazo y obligándola a sentarse a su lado en el diván, que era el único asiento que quedaba en la habitación, lo que le hizo pensar si la madre no habría dispuesto las cosas para que tuvieran que sentarse juntos. Si era así, por él, perfecto.

Se quedó aproximadamente durante una hora, hablando poco y tomándose otro cuenco de helado mientras Daisy daba vueltas y más vueltas al suyo con la cuchara hasta que se le derritió. No dejaba de dirigirle miradas cautelosas y de intentar apartarse unos centímetros de él. Muy posesiva con su espacio personal era la señorita Daisy. Jack lo invadía a propósito, permitiendo que su muslo rozara el de ella, otras veces inclinándose de manera que sus grandes hombros la acorralaran, poniendo de vez en cuando la mano sobre su brazo desnudo. Ella no iba a poder arrancarle una sola tira de piel delante de su familia como hizo en la biblioteca, y se aprovechó al máximo de lo que tía Bessie habría denominado sus «modales en público».

Cuando por fin se marchó, la señorita Daisy estaba casi a punto de explotar.

Bueno, pues que explotara, pensó él de camino a casa. Así que no le gustaba a la señorita Daisy, ¿eh? Ella no lo consideraba un amigo, se había

horrorizado al pensar que él pudiera estar «cortejándola», y se quedó claramente espantada ante la idea de que su familia pudiera creer siquiera que estaban saliendo juntos.

Una jodida lástima, pensó divertido. Parte de ello se debía a que no podía resistirse a un reto, y parte a que ella resultaba de lo más divertida, pero ya había tomado la decisión: aquel yanqui en concreto iba a meterse debajo de sus bragas. Tenía la sensación de que Daisy iba a ser un auténtico volcán cuando se soltara la melena. No estaba congelada, sino sencillamente sin probar. Si había tenido relaciones sexuales alguna vez, no debió de servirle de mucho. Pero él planeaba cambiar aquel estado de cosas y proporcionarle realmente algo de lo que ruborizarse. Desde que se divorció no había tenido ninguna relación estable; sí relaciones sexuales, pero se cuidó mucho de que no se estableciera una rutina con ninguna mujer. Las relaciones suponían un tremendo trabajo, y él no se había interesado lo suficiente para hacer semejante esfuerzo. Hasta ahora, claro. Daisy era inocente y complicada a la vez, ingenua y culta, de lengua afilada pero sin un gramo de malicia en el cuerpo, cosa que no se podía decir de muchas personas. Lo estimulaba con sus ojos de distinto color, con su estilo pasado de moda y con su total franqueza. No sólo no jugaba, sino que ni siquiera sabía lo que era jugar. Con ella, un hombre siempre sabría dónde estaba. En aquel preciso momento él figuraba en su lista de personas no gratas, pero tenía pensado cambiar aquello. A no ser que estuviera equivocado, la señorita Daisy andaba buscando un hombre. Eran evidentes todas las señales: el súbito cambio de pelo y de forma de vestir, el hecho de maquillarse y la repentina decisión de empezar a frecuentar locales nocturnos. Si lo que quería era un hombre, ya no necesitaba buscar más. El se presentaba voluntario para ese puesto. Pero no pensaba decírselo, ya que seguramente ella echaría a correr a toda velocidad en dirección contraria. No, tendría que jugar sus cartas discretamente durante un tiempo, hasta que ella superase la idea de que él no era su tipo.

Pero hasta que llegara aquel momento, tendría que protegerla de posibles apuros, lo cual podía convertirse en una tarea que le ocupara todo el tiempo. Ahora no sólo tendría que recorrer los bares y locales nocturnos buscando a un hijo de puta al que le gustase echar en la bebida de las mujeres una droga que podía matarlas, sino que además tendría que vigilar que Daisy no permitiera a otro que se le acercase demasiado, y mucho menos que la drogase. Y a juzgar por el modo en que había mejorado su imagen, eso podría constituir un problema.

Estaba muy bien de rubia, sobre todo con aquel peinado nuevo tan sexy. En cuanto a la ropa... ¿quién habría sospechado que escondía un par de pechos como aquéllos debajo de los adefesios de blusas que usaba antes? Además, tenía unas piernas estupendas; no era el único que se había fijado en ellas la noche anterior. Tenía grandes planes para aquellas piernas; apostaba a que estarían la mar de bien apoyadas sobre sus hombros.

Se dijo que Daisy era mona incluso ya desde antes. No se habría fijado jamás en ella si no se hubiera sentado tan cerca en la biblioteca. Pero en aquella ocasión pudo ver lo fina y transparente que era su piel, casi como la de un bebé, y los extraños ojos que tenía, el uno verde y el otro azul. Aquel rasgo hacía que su mirada fuera extrañamente penetrante, como si viera cosas más profundas que los demás. Y cuando se enfadó se puso indiscutiblemente guapa, con las mejillas coloreadas y los ojos expresivos y chispeantes. Ya tenía pensado pasarse más a menudo por la biblioteca... y

de pronto la noche anterior la reconoció en el Buffalo Club, y a punto estuvo de pisotear a varias personas en su prisa por llegar hasta ella antes de que resultara herida en la pelea, por no mencionar la urgencia de levantarla de las rodillas de aquel imbécil.

Estaba claro que Daisy iba a tener problemas, pero él se ocuparía de todo... con gran placer.

Sykes estaba cabreado. Aunque Mitchell había estado la noche anterior en el Buffalo Club, cerca de Huntsville, cuando él llegó allí, ya se había largado hacía mucho y el lugar estaba infestado de agentes del sheriff que intentaban restaurar el orden después de una pelea. Fue sólo mala suerte, pero seguía cabreado. Si hubiera llegado media hora antes, todo estaría resuelto y se habrían quitado a ese bastardo de encima.

Por lo menos ya se dejaba ver por ahí, en vez de continuar ocultándose en algún escondrijo. Aquello aumentaba las posibilidades de echarle el guante, aunque él seguía sin tener suerte. Aquel hijo de puta era más astuto de lo que pensaba, pero no lo suficientemente listo para no cargarse la mercancía.

Como el encargado de la barra del Buffalo Club, que era quien lo había-llamado, le debía más de un favor, cuando Sykes se presentó en la puerta de su casa el domingo, no se alegró, pero tampoco se mostró sorprendido.

Oye, te llamé nada más verlo -dijo Jimmy mirando nervioso a un lado y a otro como si lo preocupara que alguien los viera juntos-. Pero justo en ese momento algún idiota inició una pelea, y todo el mundo salió de allí echando leches.

-No hay problema -dijo Sykes. No había ido allí para ponerle las cosas difíciles a Jimmy-. ¿Te fijaste si estaba con alguien?

-No que yo viera, pero pidió dos bebidas. Una cerveza para él y una cocacola.

Así que el bueno de Mitchell ya había ligado con una chica, o por lo menos lo estaba intentando; y como le había salido mal, supuestamente, a causa de la pelea, saldría otra vez de caza lo antes posible. Aquella noche no, los domingos cerraban los bares. Pero seguro que al día siguiente sí. ¿Volvería tan pronto al Buffalo Club? Tal vez, si quería a aquella chica en particular, pero ¿qué probabilidades habría de que la misma chica acudiera allí el lunes por la noche? Tenía que ser una realmente devota de aquel local. Aun así, era posible.

-Mantente al tanto por si lo ves mañana por la noche -le dijo Sykes-. No creo que vaya otra vez, pero podría ser, y resultaría más fácil verlo que este fin de semana. -Aquello excusaba a Jimmy de no haberlo visto antes.

Jimmy sonrió, ya más relajado al saber que Sykes no estaba furioso.

-¿Tú crees? Tenemos mucho ajetreo todo el tiempo, pero sí, este fin de semana pasado el local estaba hasta los topes.

Sykes le entregó un billete doblado de cien dólares, con el rostro de Ben hacia arriba.

-Estuviste atento, pero nunca se sabe cuándo va a estallar una pelea.

Untar la palma de alguien siempre era algo bien recibido. Por descontado, cuando Mitchell «desapareciera», también debería hacerlo Jimmy, pero así era la mala suerte. Un hombre inteligente nunca dejaba cabos sueltos.

Un Ford Explorer negro se introdujo en el camino de entrada de la casa Todd Lawrence, y de él se apeó un hombre de mediana edad. Remontó la acera a grandes pasos y subió los peldaños; la puerta principal se abrió antes de que hubiera alcanzado el porche.

-¿Qué tal fue la cosa anoche? -preguntó Todd mientras conducía al recién llegado a la cocina, donde le aguardaba un café fuerte y recién hecho.

-Baila muy bien -dijo el hombre en tono neutro. Tenía cabello entrecano y ojos castaños, y era de constitución media. Podía mezclarse bien y de hecho se mezclaba en cualquier ambiente.

-¿Se le acercó alguien?

El hombre soltó un bufido.

-Se le acercaron un montón de hombres. No le habrían dedicado tanta atención si fuera vestida como las demás, con vaqueros y un top estrecho. Era como si hubiera entrado en el local Grace Kelly.

Abrió la puerta de un armario, sacó una taza de café y la llenó al instante, Todd sonrió. Aquél era exactamente el efecto que había buscado con el cambio de imagen de Daisy. Se sintió bastante orgulloso de su trabajo.

-¿Alguno la invitó a una copa?

-No tuvo tiempo de beber nada. Se metió en la pista y bailó varias canciones; pero justo después estalló una pelea y un tipo grande la agarró y se la llevó fuera. Todd entrecerró los ojos.

-¿Los seguiste?

-Claro que los seguí -contestó el otro irritado-. Esa es la idea, ¿no? Pero aquel tipo grande la metió en su coche y ella se marchó sola.

-¿Lo reconociste?

El hombre negó con la cabeza.

-No había bailado con ella, pero se conocían. Tuvieron una pequeña discusión fuera. No llegué a oír lo que decían, pero se notaba que ella estaba furiosa con él. -Se llevó su taza a la mesa, retiró una silla y se sentó-. Esto no es una buena idea -dijo tajante.

-Estoy de acuerdo. -Todd cogió su taza y se apoyó contra el armario mientras bebía de ella a sorbitos-. Pero es mejor que no tener ninguna. Y la chica es perfecta; es tan ingenua que no tendrá tanto cuidado como tienen la mayoría de las mujeres.

-La mayoría de las mujeres no tienen cuidado. Maldita sea, no puedes tenerla vigilada a cada paso que da. ¿Qué va a hacer, pedirte permiso cada vez que salga?

-Empezaré a llamarla todos los días, sólo para tenerla controlada. Una charla entre chicas. -Todd esbozó una leve sonrisa, y el otro soltó un resoplido-. A mí me contará si sale o no, y yo puedo guiarla a los lugares de los que sospechamos.

-¿Y de verdad esperas descubrir algo?

-Es como pescar. Uno no ve los peces, pero sabe que están. No hay más que lanzar el cebo y esperar a que piquen. Mira, ella iba a hacerlo de todos modos. Al menos, de esta manera, podrás vigilarla.

-Tengo mi propia vida, ¿ sabes ? Salir todas las noches y ponerme a dar saltos en bailecitos de grupo no es precisamente algo que me vuelva loco. Podría perderme un episodio de Millionaire.

-Te los grabaré.

-Que te jodan.

-Qué más quisieras tú, corazón. El otro rompió a reír.

-¡Qué bueno eres, tío! Eso ha estado muy bien. Mira, ¿por qué no nos concentramos en el trabajo para el que nos han enviado aquí y dejamos tu pequeña *vendetta* privada a la policía?

-Porque la policía no ha conseguido una mierda. Y esto no está interfiriendo con el trabajo...

-Y una mierda que no. Yo no puedo rendir al máximo si me paso todas las noches bailando hasta la madrugada.

-No va a ser todas las noches, sólo los fines de semana, si la he captado bien. Es demasiado responsable para salir un día laborable. Además, va a estar muy ocupada arreglando la casa para irse a vivir a ella; me lo cuenta todo.

-El hombre que cree saber lo que va a hacer una mujer es un necio.

-Te concederé eso, pero, como ya te he dicho, pienso llamarla todas las tardes más o menos a la hora en que llega a casa del trabajo, sólo para controlarla. Tampoco quiero que le ocurra nada.

-¿Y qué pasa si se ponen en contacto con nosotros cuando ella haya salido, Pigmalión? ¿Quién la vigilará entonces?

-Llevamos trabajando en esto, ¿cuánto, un año y medio? ¿Qué probabilidades hay de que el tema surja pronto, y en una de las dos noches por semana que es más probable que salga Daisy?

-Mira, colega, hay un montón de mierda volando por ahí en busca de un sitio donde caer. Lo único que te digo es que estés preparado por si nos cae encima a nosotros. Y ella será la que salga perjudicada en ese caso.

CAPITULO 11

A Daisy se le ocurrió que necesitaba hacer una cosa más para cambiar su imagen, así que el lunes a la hora del almuerzo fue a la farmacia de Clud y compró unos cuantos condones.

La de Clud era la más conveniente de las tres farmacias que había en el pueblo, ya que Cyrus Clud llevaba toda la vida viviendo en Hillsboro y conocía a todo el mundo, y además la cajera era su mujer, Barbara, así no tenía que pagar sueldos a nadie. Barbara Clud era una chismosa por lo menos tan grande como Beulah Wiison, y no sabía lo que significaba la palabra «discreción»; así fue como llegó a conocimiento de todos que determinado concejal del ayuntamiento tomaba Viagra. Por lo tanto, el hecho de que Daisy Minor hubiera comprado condones se extendería a lo largo y lo ancho de su círculo de amistades. Visitar locales nocturnos estaba bien, y probablemente eran el mejor territorio para salir de caza, pero Daisy no quería dejar de lado tampoco a los hombres que hubiera disponibles en Hilisboro; de hecho, para ella sería mucho mejor elegir a un vecino, ya que quería vivir cerca de su familia. El problema era que no conocía a muchos hombres solteros del pueblo; los pocos que acudían a su iglesia eran todos más jóvenes que ella, y de todos modos no los encontraba particularmente interesantes. Hank Farris estaba soltero, pero los Farris eran gentuza y había una razón para que Hank no se hubiera casado nunca: que apestaba. De modo que Daisy no lo tuvo en cuenta como posible candidato.

Pero la gente hablaba, sobre todo en un pueblo pequeño como Hilisboro, con su telaraña de parientes y conocidos. No había más que decir: «¿Conoces a la hija de Evelyn Minor, Daisy? ¿La bibliotecaria? Me he enterado de que ha ido a la farmacia de Clud y ha comprado una caja entera de condones. Santo cielo, ¿qué estará tramando esa muchacha?» Antes de que se diera cuenta, empezarían a surgir de todas partes hombres interesados. Tendría que ir descartando los indeseables, naturalmente, pero suponía que habría una gran porción de ellos que desaparecerían cuando descubrieran que no tenía intención de usar ninguno de los condones. Sólo le servirían para dar tema de conversación.

Por otra parte, jamás había pensado que comprar condones fuera una cosa tan complicada. Se quedó en el pasillo número cinco observando las filas y los montones de envases. ¿Quién demonios iba a imaginarse que había tanto surtido? ¿Y qué compraban actualmente las mujeres jóvenes y sexualmente activas? Por ejemplo, ¿un producto denominado Jinete Duro era algo deseable o no? Daisy pensó que probablemente no, porque le sonaba a algo que compraría una pandilla de moteros, suponiendo que los Ángeles del Infierno usaran condones. ¿Y las nervaduras? ¿Importaba que un condón tuviera o no nervaduras? ¿Lubricado o sin lubricar? Pensándolo mejor, optó por lubricado.

Y pensándolo mejor aún, Cyrus Clud tenía una enorme variedad de condones, muchos más de los que habría esperado encontrar en una farmacia pequeña e independiente. Seguro que las ventas de condones no eran tan elevadas, dado que se podían encontrar en otros muchos sitios.

Cogió una cajita que decía: «Cautívala», leyó el dorso y la devolvió rápidamente al estante. Tal vez Cyrus tenía una clientela específica. A lo mejor debía advertir al jefe Russo de que vigilara el pasillo cinco de la farmacia de Clud, porque a juzgar por la variedad que podía encontrarse allí, en Hilisboro estaban pasando cosas muy sospechosas.

Por fin, desesperada, eligió una cajita con el nombre de PartyPak, que debería cubrir todas las bases, y se dirigió a la caja registradora, donde plantó el PartyPak en el mostrador delante de Barbara Clud.

-Espero que Evelyn y Joella se encuentren bien -dijo Barbara amablemente al tiempo que tomaba la cajita; ese era su modo de iniciar una conversación para enterarse de si le sucedía algo a alguien. Entonces se dio cuenta de lo que tenía en la mano y lanzó una exclamación ahogada.

-¡Daisy Minor!

Notó que alguien se ponía detrás de ella, pero no volvió la cabeza para ver de quién se trataba.

-En efectivo -dijo, como si Barbara le hubiera preguntado, y sacó rápidamente varios billetes de la cartera para acelerar la operación antes de que la mitad de Hilisboro se apelotonara frente a la caja. Creía que iba a poder llevar a cabo aquello con un aire de sangre fría, pero sintió cómo se le inflamaba la cara. Cualquiera diría que Barbara jamás había vendido condones en toda su vida, a juzgar por su expresión estupefacta.

Barbara comenzó a ponerse colorada también.

-¿Tu madre está enterada de esto? -susurró inclinándose hacia delante para que la conversación fuera más privada. Gracias a Dios que por lo menos lo intentó, pensó Daisy.

-Aún no, pero se enterará -murmuró Daisy, pensando que las líneas telefónicas iban a incendiarse en cuanto ella saliera del establecimiento. Le tendió el dinero a Barbara, en un nuevo intento de terminar de una vez con aquello.

-Tengo prisa -dijo una voz grave y profunda detrás y por encima de ella; últimamente la había oído con demasiada frecuencia. Si pudiera, se hubiera esfumado allí mismo.

El rostro de Barbara adquirió un matiz morado mientras pasaba la cajita por el lector del código de barras, la caja registradora hizo un ruido característico y seguidamente apareció el total en el pequeño visor. Tomó el dinero de Daisy, le entregó el cambio sin decir palabra y metió el PartyPak en una bolsita de papel blanca que llevaba el rótulo «Farmacia de Clud» impreso en letras rojas. Daisy se guardó el cambio en la cartera, recogió la bolsita de papel y, por primera vez en su vida, salió de la farmacia sin dar las gracias a la persona que la había atendido. Para su total horror, el jefe Russo no compró nada, sino que se limitó a caminar con ella.

-¿Qué está haciendo? -siseó cuando salieron a la acera-¡Vuelva a entrar y compre algo!

Quizás el color escarlata de su cara pudiera atribuirse al calor que ascendía en volutas desde el pavimento. Quizás él no notase que se sentía mortificada.

-No necesito nada -repuso el policía.

-Entonces, ¿para qué ha entrado en la farmacia?

-La vi entrar y sentí deseos de hablar con usted. Así que condones, ¿eh? -dijo, observando con interés la bolsa de papel-. Parece una caja bastante grande. ¿Cuántos lleva dentro?

-¡Vayase! -se quejó Daisy, caminando por la acera con el PartyPak aferrado contra el pecho. Cuando se le ocurrió el plan de comprar condones para que los hombres se fijaran en ella, no estaba pensando precisamente en el jefe Russo, y desde luego tampoco en aquel momento. Tuvo una visión medio histérica de una fila de hombres siguiéndola por la calle, intentando mirar lo que llevaba dentro de la bolsita-. ¡La cajera se ha creído que los he comprado para usted! -Hasta el momento, al menos una persona, quizá dos, se había enterado de la noticia de que el jefe Russo y Daisy Minor habían comprado una caja enorme de condones. ¡El jefe de policía incluso había comentado que tenía prisa! Daisy reprimió otro quejido.

-Sé comprarme condones yo sólito, gracias -dijo él.

-¡Ya sabe lo que quiero decir! Se ha creído que eran para nosotros dos, que usted y yo... -No terminó la frase, incapaz de expresar la idea en voz alta.

-Tendríamos que ser unos auténticos conejos para usar tantos a la hora del almuerzo -observó Russo-. No me parece posible. ¿Cuántos trae la caja, seis docenas o así? Eso hace setenta y dos, de modo que aunque dispusiéramos de una hora entera, quiere decir que tendríamos que usar, pongamos, uno cada quince segundos. -Calló unos instantes y adoptó una expresión pensativa-. Ése es el récord que quiero fijar. Uno cada hora, o cada dos horas, eso sería otra cosa.

Daisy se sintió medio mareada de la impresión, aunque supuso que se debía al hecho de ir corriendo bajo el calor del mediodía. Como él tenía las piernas más largas, caminaba a su paso normal, ni siquiera jadeaba.

No era que Daisy estuviera jadeando; no quería ni pensar siquiera en jadear mientras él hablaba de gastar un condón cada hora. Estaba respirando deprisa, eso era todo.

-Está acalorándose -señaló él-. Vamos a detenernos en el Coffee Cup para tomar algo frío, antes de que se desmaye en la acera y tenga que llevarla en brazos.

Daisy se volvió de repente y le espetó con rabia contenida:

-¡Probablemente la cajera habrá llamado ya a mi madre, y Dios sabe a quién más, y le habrá contado a todo el mundo que hemos comprado una caja PartyPak de condones en la hora del almuerzo!

-En ese caso, lo mejor que podría hacer usted es entrar conmigo en el Coffee Cup, y así tendremos testigos de que no hemos ido a mi casa a hacer lo posible por gastarlos todos. PartyPak, ¿eh? -Sonrió de oreja a oreja-. Seguro que trae una variedad interesante. Déjeme ver.

-¡No! -chilló Daisy, y se dio media vuelta cuando él intentó coger la bolsita.

Russo se frotó la mandíbula. -Es probable que exista una ordenanza que prohibe llevar objetos pornográficos por la calle.

-Los condones no son pornográficos -replicó ella, sintiendo que se le hundía el estómago-. Son productos para el control de la natalidad y para la salud.

-Los condones normales sí, pero es probable que haya cosas más raras en una cajita que dice PartyPak.

Daisy se mordió el labio. El policía no iba a detenerla; estaba casi segura. Por otra parte, toda aquella operación se le había ido de las manos tan deprisa que todavía le duraban los efectos, y no estaba preparada para forzar su suerte. De modo que le entregó la bolsita sin decir nada.

Russo no se limitó a abrirla y mirar dentro; introdujo la mano y sacó el PartyPak, en plena calle. Daisy buscó alrededor una alcantarilla donde zambullirse, aunque le habría servido igual cualquier agujero. Apenas había logrado apartarse ligeramente de Russo cuando de pronto él la aferró del brazo y tiró de ella hacia atrás, todo ello sin levantar la vista de la etiqueta que había en el reverso de la caja.

-Diez colores y sabores diferentes -leyó en voz alta-. Incluido chicle, sandía y fresa. -Alzó la mirada y chasqueó la lengua-. Me sorprende usted, señorita Daisy.

-No había visto lo del sabor a sandía -respondió ella en un impulso, súbitamente temerosa de que aquella caja contuviera un condón decorado con franjas de color verde. Había sido una idea terrible. Tal vez Barbara le devolviera el dinero, a no ser que existiera una norma que impidiera que la gente devolviera condones. Se suponía que uno no devolvía trajes de baño ni ropa interior, así que era posible que Barbara la arrojara fuera de la farmacia si intentaba devolver el. PartyPak.

-Si yo fuera usted, estaría más preocupado por los de sabor a chicle -dijo Russo en tono ausente, todavía leyendo. Daisy parpadeó, perpleja.

-Oh, no pienso hacer globitos con ellos -dijo, y al instante se tapó la boca con una mano y miró al policía con ojos de horror.

Y unos minutos más tarde, al ver que él no daba signos de dejar de reír, le gritó furiosa:

-Cállese ya.

Sus carcajadas eran casi alaridos, recostado a medias contra un coche aparcado y sosteniendo aún la caja de condones mientras se doblaba sobre sí mismo para apoyar las manos en las rodillas. Las lágrimas le rodaban por el rostro. Daisy deseó que ojalá fueran lágrimas de dolor.

No, no lo deseaba; no quería hacer daño a nadie, ni siquiera a él. Pero aquello ya era demasiado, no pensaba aguantarlo ni un segundo más. Si quería detenerla, antes tendría que dejar de reír, porque iba a largarse llevándose consigo su PartyPak.

Russo alzó la mano izquierda para defenderse cuando la vio acercarse, obviamente creyendo que le iba a golpear, aunque eso no impidió que siguiera con las risotadas y los jadeos. Daisy le arrebató la cajita de la mano y le dijo en un tono lo más gélido que pudo:

-¡Adolescente!

Y se fue.

-¡E-espere! -lo oyó exclamar ahogado-. ¡Daisy! Ella no dejó de caminar con decisión, y ni siquiera volvió la cabeza. La furia la impulsó durante todo el camino mientras atravesaba la plaza hasta la biblioteca y subía los dos peldaños de mármol de la entrada. Por fin se detuvo allí, aspirando aire profundamente en un esfuerzo por parecer serena, y acto seguido cruzó presurosa la puerta y se dirigió al mostrador como si fuera Miss América.

Sólo entonces, al alargar el brazo para levantar la tapa, fue cuando se dio cuenta de que llevaba el PartyPak en la mano y que no había ninguna bolsita de papel blanco que la ocultara .Detrás del mostrador se encontraba Kendra, y por supuesto miró inmediatamente lo que Daisy traía en la mano. Abrió los ojos de tal manera, que se le vio todo el blanco alrededor del iris.

-¡Daisy! ¿Qué...

-Se interrumpió al acordarse de dónde estaban y de que debía bajar la voz. Señaló la caja con un gesto mudo.

Todo lo demás le había fallado, así que Daisy probó con el descaro.

-¿Esto? -dijo, levantando el envase como si no entendiera la reacción de Kendra-. No es más que una caja de condones. -Y seguidamente se dirigió a su despacho, cerró la puerta y se derrumbó en su sillón.

-Me he enterado de que has comprado condones -le dijo Todd al teléfono aquella noche, con un deje de diversión que se filtró incluso a través de la línea telefónica.

-Tú, mi madre y mi tía, la mitad de la iglesia y todo el vecindario -repuso Daisy con un suspiro. Al fin y al cabo, aquél era su plan. Más o menos.

-Y de que tú y nuestro ilustre jefe de policía gastasteis la mitad durante la hora del almuerzo.

-¡Pero si me fui directamente a la biblioteca! -protestó Daisy-. Ya sabía que eso era lo que iba a contar Barbara, esa cotilla. El jefe de policía no estaba conmigo, simplemente llegó mientras yo estaba pagando.

-También dijo que él no compró nada, que tenía prisa y que se fue contigo.

-Esto lo va a echar todo a perder. -Daisy lanzó un suspiro y se sentó a la mesa del desayuno, pues había cogido la llamada en la cocina. Su madre y su tía Jo estaban viendo la televisión, como de costumbre.

-¿Y eso?

-Si todo el mundo cree que el jefe Russo y yo tenemos un... una cosa...

-Una aventura -terminó Todd.

-¡Entonces no se me acercará ningún otro hombre! ¿Cómo voy a encontrar un marido si nadie me pide salir porque creen que eso no le gustaría al jefe de policía?

-No entiendo por qué eso ha de ser un problema. Es un tipo grande.

-Bueno, eso deja fuera también a todos los hombres del pueblo, así que he comprado condones para nada.

-No estoy seguro de entenderlo bien. ¿Estás diciendo que sólo podrían utilizarlos los hombres del pueblo?

-Oh, no tengo pensado utilizarlos siquiera. Sabía que Barbara haría correr el rumor de que los he comprado, y entonces algunos de los hombres solteros del pueblo se enterarían de que estoy disponible, de que me he modernizado, cosas así, y se interesarían lo suficiente como para por lo menos intentar a conocerme. En teoría, así era como debía funcionar -dijo con pesadumbre-. En realidad, el jefe Russo lo ha estropeado todo. Ahora tendré que concentrarme en los hombres de los locales nocturnos.

-¿Vas a salir esta noche? -inquirió Todd.

-No, tengo mucho que hacer en mi casa. Buck Latham está terminando de pintar, así que tengo que limpiar, mirar muebles, comprar electrodomésticos, esa clase de cosas.

-¿Qué estilo de muebles estás buscando?

-Bueno, la casa es pequeña, de modo que quiero algo cómodo y acogedor. Sea del estilo que sea, eso es lo que quiero.

-¿Tienen que ser nuevos? ¿O te gustaría comprar algún mueble pequeño y antiguo? Podemos encontrar alguno en subastas por mucho menos de lo que te costaría uno nuevo en la tienda.

La idea de ahorrar dinero siempre le había interesado.

-Nunca he ido a una subasta. ¿Dónde hay una, y cuándo?

-En todas partes, todos los días -replicó Todd-. Voy a buscar una para mañana por la noche, y tendremos decorada esa casa antes de que te des cuenta.

Daisy se mudó a su casita el viernes, tras un torbellino de preparativos que no le dejaron tiempo para enfurecerse por la manera en que el jefe Russo había saboteado su plan de los condones. Estuvo tan atareada que en realidad ni le importó cómo susurraban disimuladamente algunas personas al verla. Después de todo, estábamos en el siglo veintiuno; no tenía nada de extraordinario comprar condones, ni siquiera en Hilisboro. Lo hacía mucha gente, de lo contrario Cyrus Clud no tendría tanto surtido.

La mayor parte del tiempo, no pudo de pensar en nada más que en la hercúlea tarea de la mudanza. Nunca se había dado el capricho de comprar cosas e irlas guardando para cuando se casara y tuviera su propio hogar, ya que aquello equivalía a admitir que no se sentía satisfecha con su vida. Bueno, efectivamente no se sentía satisfecha, pero ahora lo estaba admitiendo… y estaba haciendo algo al respecto.

Seguía sin estar casada, pero ya tenía su propio hogar. ¿Qué importaba que fuera una pequeña casa alquilada en un barrio malo? Tenía un patio trasero rodeado por una cerca, iba a comprarse un perro, y, lo más importante, era su casa. Por desgracia, como nunca había comprado nada de menaje que no fueran las sábanas de su cama, tendría que soportar unas cuantas sesiones maratonianas para proveerse de los mil y un artilugios que se necesitaban para montar un hogar.

Compró cortinas y vajilla, hizo acopio de comestibles y cosas para la casa, una escoba, una aspiradora y una mopa para el polvo… ¡su propia aspiradora! Se sentía exultante, y trabajaba todas las horas que tenía libres limpiando y colocando cosas.

Cuando no estaba haciendo aquello, Todd la mantenía ocupada mirando muebles. Se sentía un poco sorprendida pero profundamente agradecida de que él mostrara tanto interés por su nueva vida, ya que su ayuda no tenía precio. La llevó a un par de subastas, y descubrió la alegría que suponía sencillamente asentir con la cabeza hasta que sus competidores renunciaban y dejaban de pujar; luego sostenía en alto una tarjeta con un número y la lámpara, la alfombra o la mesilla auxiliar eran suyas. El hecho de ganar le producía una intensa emoción, tanta que Todd la observaba divertido cada vez que decidía pujar por una pieza.

-Eres como un tiburón que se lanza sobre el cebo -comentó perezosamente, sonriendo al ver el color de sus mejillas y sus ojos chispeantes.

Daisy se ruborizó al instante.

-¿De verdad? Dios santo. -Entrelazó las manos sobre el regazo como si quisiera evitar que enarbolasen de nuevo aquella pequeña tarjeta numerada.

Todd se echó a reír.

-Oh, no te detengas. Te estás divirtiendo mucho más de lo que nunca me divierto yo.

-Es que es divertido, ¿no?

Observó el carrito para el té que estaban ofreciendo a la venta. No disponía de mucho espacio en la casa, y si compraba todo lo que le gustaba no le quedaría sitio para lo esencial, como los muebles. Por otra parte, aquel carrito para el té quedaría precioso en el rincón de su salón, con unas plantas encima y quizás unas fotografías en las baldas inferiores...

Al cabo de varios minutos de furiosa puja, el carrito para el té fue suyo... junto con una acogedora mesita y dos sillas, un par de lámparas con bases traslúcidas de color rosa y pantallas crema, una alfombra de color verde oscuro, un enorme y mullido sillón que se mecía y que estaba tapizado de azul grisáceo con franjas de color crema, y un pequeño armarito para la televisión. Cuando por fin estuvieron listos para marcharse, Todd contempló todo su botín y dijo:

-Me alegro de que hayamos alquilado una furgoneta; ese enorme sillón no habría cabido de ninguna forma en el maletero de tu coche.

-Es maravilloso, ¿a que sí? -dijo Daisy feliz, imaginándose ya repantigada en él.

-Ciertamente lo es, y ya sé el mueble que haría juego con él. Pero me temo que es nuevo -dijo como disculpándose-. Pero es un sofá perfecto, te lo prometo.

El sofá perfecto estaba cubierto de un estampado nada práctico de grandes rosas sobre un fondo azul grisáceo que se parecía mucho al azul del sillón. Lo consideró insultantemente caro, pero se enamoró de él a primera vista. ¡Nada de aburridos tapizados de color pardo, no señor! Ella quería el estampado de rosas. Y cuando todo quedó colocado dentro de su casita, el efecto resultó más acogedor todavía de lo que había imaginado. El viernes por la noche, la pequeña casa de Daisy estaba repleta de gente, muebles y cajas. Evelyn, Beth y tía Jo ordenaban cosas, metiendo cajas en las habitaciones que iban a ser el destino final de su contenido, pero sin desembalar nada, para que Daisy supiera dónde estaba cada cosa. Todd estaba dando los últimos toques a la decoración, colgando cuadros, ayudando a colocar los muebles de una forma o de otra y aportando el músculo que tanto se necesitaba para las piezas más grandes. La ropa estaba guardada en el armario, las cortinas colgadas, los libros en la librería, la comida en el frigorífico; todo estaba listo. La casa era una prueba de lo que podía lograrse cuando un puñado de mujeres decididas -y un tratante de antigüedades- se ponían a ello. Había presionado a los vecinos para que echasen una mano trasladando los muebles del dormitorio de Daisy; la tienda de electrodomésticos del pueblo entregó e instaló la cocina, el frigorífico, el microondas y la lavadora secadora el mismo día en que ella los compró. Pensó que, teniendo en cuenta el dinero que se había gastado, lo menos que podían hacer era entregárselo todo aquel mismo día. Evelyn había preparado un asado y lo llevó para la primera comida que celebraba su hija en su propia casa. Daisy sentó a su madre y a tía Jo a la minúscula

mesa que había comprado, y a continuación ella, Beth y Todd se sentaron en el suelo, riendo y hablando como habla la gente cuando ha cumplido una tarea hercúlea.

-No me lo puedo creer -dijo, incapaz de dejar de sonreír de oreja a oreja mientras contemplaba su cocina-. ¡Todo esto ha sucedido en sólo dos semanas!

-¿Qué puedo decir? -comentó Todd-. Eres una capitana de esclavos. -Tomó otro bocado de asado y suspiró de placer-. Señora Minor, debería usted abrir un restaurante. Haría una fortuna.

-Ya tengo una fortuna -replicó ella serenamente-. Tengo a mi familia, y tengo salud. Todo lo demás es sólo trabajo.

-Además -dijo Beth-, yo todavía me estoy reponiendo de la impresión que me produjo el cambio de imagen de Daisy. Dame un poco de tiempo antes de que empieces a convertir a mi madre en un gran magnate.

Todos rompieron a reír, porque después de la reacción de perplejidad que tuvo el domingo, Beth había demostrado el mismo entusiasmo que todos ante las mejoras llevadas a cabo por Daisy. Evelyn sintió un enorme alivio porque estaba preocupada por el ego de su hija mayor. Sin embargo, Beth era una Minor, y las mujeres Minor estaban hechas de pasta dura. Además, Beth y Daisy se querían de verdad y siempre se habían llevado bien.

-Te daré unos meses para adaptarte -dijo Todd-, pero no pienso renunciar; una comida como ésta debe compartirse.

-Y pagarse -dijo tía Jo frunciendo los labios.

-Eso, también. -Todd miró alrededor y después le dijo a Daisy-: Espero que habrás cambiado las cerraduras de las puertas.

-Eso es lo primero que hice. De hecho, lo hizo Buck Latham. Tengo dos llaves, mi madre tiene otra, y la casera otra más. Ni por lo más remoto pensaba dejar aquellas cerraduras viejas en las puertas.

-Y va a comprarse un perro -dijo tía Jo-. De hecho, yo tengo una amiga cuya perra tuvo una camada hace unas semanas. Ya le preguntaré si aún le queda algún cachorro.

¡Un cachorro! Daisy experimentó una leve oleada de placer. No sabía por qué, pero había pensado en un perro adulto; sin embargo la encantaría tener un cachorro y criarlo desde pequeñito.

-Un cachorro -dijo Todd, frunciendo un poco el ceño-. ¿No sería mejor un perro ya adulto?

-Quiero un cachorro -dijo Daisy, imaginándose ya aquel cuerpecito caliente e inquieto entre sus brazos. De acuerdo, probablemente era la traducción del deseo de tener un bebé, pero de momento se conformaría con un cachorro.

Todd se quedó cuando los demás se hubieron marchado, de pie en el porche delantero.

-¿Vas a ir a bailar mañana por la noche?

Daisy pensó en todo lo que necesitaba hacer en la casa, y en las largas horas que ya le había dedicado aquella semana. La visita al Buffalo Club de la semana anterior había sido muy divertida, al menos hasta que comenzó la pelea.

-Creo que sí. Me gustó mucho bailar.

-Entonces ve con cuidado, y diviértete.

-Gracias. Así lo haré.

Sonrió y se despidió de Todd con la mano mientras él se alejaba en su coche, dando las gracias a su estrella de la suerte por haber encontrado un amigo tan bueno como Todd Lawrence.

CAPÍTULO 11

El sábado por la noche era siempre el momento de más animación en el Buffalo Club, por eso Jimmy, el encargado de la barra, no estaba seguro de cuánto tiempo llevaba Mitchell allí cuando lo vio, con una cerveza en la mano e inclinado sobre una pelirroja que llevaba en la cara suficiente maquillaje para cubrir la Falla de San Andrés. La pelirroja no parecía impresionada; no dejaba de volverse hacia su amiga, una rubia platino igual de pintada que ella, como si las dos intentaran continuar una conversación y Mitchell se estuviera entrometiendo.

Jimmy no volvió a mirarlos; lo último que quería era que se percatara de que se habían fijado en él. Como tenía una cerveza en la mano, debía de haberle servido una de las camareras, en lugar de acercarse él a la barra como hacía siempre. Jimmy cogió el teléfono que había debajo del mostrador, marcó el número y dijo:

-Está aquí.

-Maldición -respondió Sykes al otro extremo de la línea-. Necesito verdaderamente hablar con él, pero no puedo escaparme. En fin, otra vez será.

-Claro -dijo Jimmy, y colgó.

Sykes interrumpió la conexión y rápidamente llamó a dos hombres que conocía y les dijo:

-Reunios conmigo en el Buffalo Club, dentro de cuarenta minutos. Venid preparados.

A continuación, él también se preparó; se puso una gorra de béisbol para ocultar su cabello y unas botas para parecer más alto, y se metió una almohada pequeña debajo de la camisa. Con buena luz, aquel intento de disfraz resultaría obvio, pero de noche aquellas pequeñas cosas bastarían para que fuera difícil reconocerlo si sucedía algo desagradable en el club. Sykes no pensaba hacer nada allí; sólo quería pillar a Mitchell y llevárselo a algún sitio donde no hubiera doscientos testigos potenciales, pero siempre podían torcerse las cosas. Por eso no conducía su propio coche; había vuelto a tomar uno prestado, sólo por si acaso, y cambiado la matrícula por una que había quitado de un coche de Georgia. Dejando a un lado posibles imprevistos, tales como otra pelea, su pequeño problema con Mitchell debía ser atendido aquella misma noche.

Daisy descubrió que hacía falta mucho valor para regresar a un local en el que uno había provocado accidentalmente una pelea. No tenía por qué haber muchas personas que de hecho conocieran la causa de la misma: ella, el jefe Russo, tal vez el tipo cuyos testículos había aplastado -aunque no creía que el hombre en cuestión se hubiera fijado mucho en lo que ocurría a su alrededor- y quizás una o dos personas perspicaces que estuvieran observando. O sea, cinco como mucho. ¿Y qué posibilidades había de que una de las otras cuatro personas estuviera allí esa noche? No iba a pasarle nada en absoluto, nadie iba a señalarla con el dedo en cuanto entrase por la puerta y gritar: «¡Es ella!»

Aquello era lo que le decía la lógica. Sin embargo, la lógica también le había dicho que comprar condones no representaría el más mínimo problema, así que estaba claro que la lógica no era infalible.

De modo que allí estaba, sentada en el interior de su coche en el aparcamiento, observando a las parejas, grupos y personas solas que entraban en el Buffalo Club, que estaba muy animado. Se oía la música cada vez que abrían la puerta, y sentía el fuerte retumbar de la batería de la orquesta incluso a través de las paredes. Y allí se encontraba ella, toda arreglada, y sin valor para entrar.

Pero estaba trabajando en ello; cada vez que se decía algo a sí misma para levantarse el ánimo, se acercaba un poco más al acto de abrir la portezuela del coche. Iba de rojo, el primer vestido rojo que había tenido en su vida, y sabía que le quedaba muy bien. El cabello rubio todavía le flotaba con aquel peinado sencillo pero clásico, su maquillaje era sutil pero favorecedor, y el vestido haría que todas aquellas chicas que llevaban tops ajustados parecieran chicas sin clase, lo cual era una especie de redundancia. El vestido era casi igual que un vestido de playa de los que Sandra Dee habría llevado a principios de la década de 1960, con tirantes de cinco centímetros de ancho, escote bajo -pero no demasiado bajo-, cintura entallada y falda de vuelo que llegaba justo por encima de las rodillas y se movía alrededor de las piernas al andar. Se había puesto otra vez los zapatos de tacón y la pulserita de oro alrededor del tobillo. Ésta y los pendientes eran las únicas joyas que llevaba, lo cual le proporcionaba un aspecto muy elegante y austero.

No sólo estaba guapa, sino impresionante, y si no salía del coche y entraba en el club, no se enteraría nadie excepto ella.

Por otra parte, tal vez fuera mejor dejar que el local se llenase del todo, para reducir las posibilidades, ya escasas, de que la reconociera alguien.

Tamborileó con los dedos en el volante. Sentía la música que la incitaba a saltar a la pista y ponerse a bailar. La encantó aquella parte de la noche, el ritmo y la sensación de su cuerpo moviéndose y el hecho de saber que lo estaba haciendo bien, que las clases que había tomado cuando iba a la universidad ahora le servían de algo, ya que todavía se acordaba de los pasos, y evidentemente a los hombres les gustaba mucho bailar con alguien que supiera hacer algo más que plantarse en un sitio y dar botes. Aunque los locales de música country no ponían mucha música de saltar; más bien se bailaba en grupos, o a ritmo lento...

-Estoy buscando evasivas -anunció en voz alta-. Es más: se me da muy bien.

Por otra parte, también se le había dado bien siempre obedecer los límites de tiempo que se imponía a sí misma.

-Diez minutos más -dijo, al tiempo que encendía el contacto para consultar el reloj del salpicadero-. Voy a entrar dentro de diez minutos.

Volvió a apagar el contacto y chequeó el contenido de su diminuto bolso. Permiso de conducir, barra de labios, pañuelo de papel y un billete de veinte dólares. Hacer inventario no le llevó más de, digamos, cinco segundos.

En aquel momento salieron tres hombres del club cuyas caras se iluminaron brevemente al pasar bajo el rótulo luminoso de la entrada. El del medio le resultó familiar, pero no le vino ningún nombre a la mente. Observó

cómo cruzaban a pie el abarrotado aparcamiento y avanzaban entre las filas irregulares que formaban automóviles y furgonetas. De un coche salió otro hombre cuando llegaron a su altura, y los cuatro se dirigieron hacia una camioneta aparcada debajo de un árbol.

Otro coche más entró en el aparcamiento iluminando con sus faros al grupo de cuatro hombres que estaban de pie junto a la camioneta. Tres de ellos observaron al recién llegado, mientras el cuarto se volvía para mirar algo en el interior de la camioneta.

Entonces salieron del coche un hombre y una mujer y entraron en el local. Se oyó brevemente el estruendo de la música cuando se abrió la puerta, y el estruendo se convirtió de nuevo en un rumor amortiguado cuando ésta se cerró. Excepto los cuatro hombres que permanecían debajo del árbol y la propia Daisy, no había nadie más en el aparcamiento.

Ella accionó de nuevo el contacto para ver la hora. Le quedaban cuatro minutos. Perfecto; no tenía ganas de apearse del coche y atravesar el aparcamiento ella sola, con aquellos cuatro hombres plantados allí. Tal vez se fueran. Apagó el contacto y levantó la mirada.

Uno de los hombres debía de estar verdaderamente muy borracho, porque ahora lo aguantaban otros dos, uno a cada lado, y, ante la atenta mirada de Daisy, lo introdujeron en el remolque de la camioneta sujetándole la cabeza con cuidado. Aquello estaba bien; no iban a permitirle conducir en semejante estado, aunque, a juzgar por su aspecto, ya se encontraba inconsciente. Los tres hombres parecían estar perfectamente cuando salieron del local, pero Daisy había oído hablar de gente que caminaba y hablaba con normalidad justo hasta un segundo antes de desmayarse. Siempre había creído que eran puras invenciones, pero aquí tenía ahora la prueba, delante de sus propios ojos.

Los dos hombres que habían introducido a su amigo en la camioneta subieron también al vehículo y se fueron. El cuarto hombre dio media vuelta y regresó a su coche.

Daisy miró la hora otra vez. Ya habían pasado los diez minutos. Respiró hondo, sacó la llave del contacto, la guardó en su pequeñobolso y salió del coche pulsando con gesto automático el botón de bloqueo al tiempo que abría la puerta.

-«Cañón a la derecha de ellos, cañón a la izquierda...» -citó mientras atravesaba el aparcamiento, pero enseguida deseó haber elegido otra cosa, porque la Brigada Ligera había perecido.

Pero a ella no le ocurrió nada. No la descabalgaron de un disparo, ni nadie la señaló nada más abrir la puerta. Entró, pagó los dos dólares y al instante fue engullida por la música.

Glenn Sykes estaba sentado en su coche, con mirada fría y ardiente al contemplar a la mujer que se dirigía al club. ¿De dónde diablos había salido? Tenía que haber estado dentro de algún coche, y en la oscuridad no había reparado en ella.

Lo importante no era si había visto algo o no, sino cuánto había visto, y cuánto había comprendido. Estaba oscuro, resultaba difícil distinguir los detalles y no se había producido ningún ruido fuerte que hubiera podido alarmarla. Si Mitchell no hubiera intentado llamar a la pareja que se acercó en el coche, no habría habido nada que ver. Pero, maldición, en cuanto vio a Sykes salir del coche supo que iban a matarlo, así que ¿qué tenía que

perder? Sykes no censuró a aquel hijo de puta por intentarlo. Era una lástima que el «Colega» fuera rápido como el rayo con aquella navaja; Mitchell no emitió más que un leve quejido.

Ella no los conocía; era evidente que no había notado nada fuera de lo normal. Pero constituía un cabo suelto, y a Sykes no le gustaban los cabos sueltos. Su plan original era meterle a Mitchell por el gaznate suficiente GHB como para matar a tres hombres, lo cual habría sido un fin apropiado para aquel cabrón. Incluso había decidido abandonar el cadáver donde pudieran encontrarlo antes de que se desintegrase el GHB, y así la policía sabría exactamente qué era lo que lo había matado. Pero ahora ya no podía hacerlo, y menos con el tajo que tenía en la garganta; además, había sangre en el aparcamiento, si es que alguien se molestaba en mirar.

Si ella fuera una asidua de aquel local, tal vez hubiera reconocido a Mitchell, tal vez lo conociera, y tal vez recordara demasiado cuando se enterara de que le habían rebanado el cuello.

No había visto de qué coche había salido, pero podría deducirlo. Se bajó de su automóvil y fue hasta aquella parte del aparcamiento, se agachó en cuclillas para no ser visto y apuntó rápidamente los números de las matrículas. Pensó en la posibilidad de entrar en el local e intentar buscarla. Tenía el pelo rubio y llevaba un vestido rojo; se había fijado en eso cuando se abrió la puerta. Sería fácil de localizar.

Pero le había dicho a Jimmy que aquella noche no estaba libre, y ahora que Mitchell estaba muerto no quería presentarse allí después de todo, y situarse en la escena en la que se había visto a Mitchell por última vez.

Sykes dejó escapar un suspiro. Tendría que quedarse sentado allí fuera y esperar a que saliese la mujer, y luego seguirla hasta su casa. Necesitaba supervisar lo que se hacía con los restos de Mitchell, pero no podía estar en dos sitios a la vez. Iba a tener que fiarse de que el «Colega» y el compinche de éste fueran lo bastante listos para saber dónde arrojar el cadáver. Al fin y al cabo, sus culos también corrían peligro. Su prioridad tendría que ser encargarse de aquella mujer.

Aquella noche el Buffalo Club estaba todavía más abarrotado que la semana anterior. Daisy permaneció allí de pie por espacio de unos minutos, dejando que sus sentidos se adaptaran al ruido abrumador de las voces y de la banda que cantaba a voz en grito algo de que un tal Eari tenía que morir, una canción que muchas de las clientas femeninas del local coreaban junto con la banda. Un hombre, que probablemente se llamaba Barí, debió de ofenderse con la canción y lanzó su cerveza contra los músicos, lo cual explicaba el alambre que rodeaba el escenario. Dos tipos enormes convergieron contra en lanzador de cervezas, y Daisy se alegró cuando vio que lo acompañaban hasta la puerta. Acababa de llegar, y quería poder bailar unos cuantos temas antes de que se iniciara una pelea.

-Eh, cariño, ¿ te acuerdas de mí? -dijo un hombre que apareció a su lado. Un brazo la ciñó por la cintura, y al instante se vio empujada hacia la atestada pista de baile.

Levantó la vista para mirar al hombre alto y rubio, que pretendía dejarse un bigote al estilo de Alan Jackson.

-No -dijo.

-Oh, vamos. Estuvimos bailando la semana pasada...

-No -repitió Daisy tajante-, no estuvimos bailando. Bailé con Jeff, Denny, Howard y Steven, pero tú no eres ninguno de ellos.

-En eso tienes razón -replicó él alegremente-. Yo me llamo Harley, como la moto. Bueno, si la semana pasada no bailamos, pues bailemos esta semana.

Como ya estaban en la pista de baile, aquello pareció una buena idea. Eari había muerto ya, y la banda tocaba otra cosa que no requería que la mitad del público corease la letra. La gente giraba y se inclinaba, así que Daisy también giró y se inclinó, su mano en la de Harley, su falda de vuelo flotando alrededor de las piernas. La canción siguiente fue «Kentucky Rain» de Elvis Presley, y Harley le retuvo la mano para bailar aquel tema.

-Dime, ¿cómo te llamas? -le preguntó el hombre, recordando por fin que no lo sabía.

-Daisy.

-¿Estás con alguien? ¿Puedo invitarte a una copa? Santo cielo, ¿sería uno de aquellos hombres contra los que la había advertido el jefe Russo?

-Estoy con unas amigas. -Hizo un leve gesto para señalar el intrincado laberinto de mesas, porque le pareció un mentira apropiada, y agregó-: Gracias, pero en este momento no me apetece beber nada. He venido a bailar.

Él se encogió de hombros.

-Por mí, bien. Creo que voy a sentarme un rato.

Y desapareció tan bruscamente como había aparecido. Daisy miró a su alrededor. Hasta el momento, sin contar con el hombre cuyos testículos había aplastado, había conocido a seis hombres, y ninguno de ellos la había atraído de verdad. A lo mejor estaba siendo demasiado escrupulosa, aunque en realidad no veía cómo; había bailado con todo el que se lo había pedido.

Divisó a Howard en la pista, y él la saludó con la mano. Tal vez le pidiera de nuevo que bailara con él; había sido el que mejor bailaba de todos.

Y entonces -oh, no- lo vio: el tipo grandote que la había sentado sobre sus rodillas. Él la reconoció casi al mismo tiempo y por su rostro cruzó una expresión de horror antes de dar media vuelta y alejarse.

Daisy sintió deseos de hacer lo mismo, darse la vuelta y fingir no haberlo visto, pero la aguijoneó la conciencia. Él no debería haberla agarrado, y ella no tenía intención de hacerle daño, pero de todos modos él había sufrido muchísimo y ella le debía una excusa.

Decidida, empezó a abrirse paso por entre la multitud procurando no perderlo de vista. El tipo parecía dirigirse con idéntica decisión hacia el lavabo de caballeros, exactamente como si intentara esconderse de ella, aunque por supuesto tenía que estar equivocada con aquella impresión. Estaba en un club, probablemente habría bebido demasiado, así que era muy razonable que tuviera que orinar.

Sin embargo, consiguió llegar al pequeño vestíbulo que conducía a los lavabos antes de que lo alcanzara Daisy, y desapareció tras una puerta llena de arañazos como alma que lleva el diablo. Daisy lanzó un suspiro y se abrió paso con dificultad entre la maraña de gente sin hacer caso de una protesta (de una mujer) ni de una invitación (un hombre); se sentía igual que un salmón luchando por nadar contracorriente. Pero al fin logró llegar a la

pared que estaba junto a los lavabos, donde se afianzó sobre sus pies para defenderse de todos los roces y empujones, y aguardó.

Pareció transcurrir una eternidad, y tuvo que rechazar otras tres ofertas para bailar, hasta que por fin su presa apareció en el vestíbulo oteando el horizonte.

Daisy respiró hondo, dio un paso al frente y lo tocó en el hombro. Para ser un tipo corpulento, desde luego sabía saltar. El tipo se apartó de ella como si se tratara del Anticristo, con su carnoso rostro congestionado.

-No se acerque a mí, señora.

Daisy se quedó estupefacta; aquel hombre parecía tenerle auténtico miedo. Parpadeó, e intentó tranquilizarlo.

-No voy a hacerle daño. Sólo quería pedirle disculpas.

Ahora le tocó a él el turno de parpadear. Dejó de retroceder.

-¿Disculpas?

-Siento mucho haberle hecho daño. Fue un accidente. Lo único que intentaba era levantarme, y puse la mano justo donde no debía. De verdad que no fue mi intención aplastarle las... -Cielo santo, no podía pronunciar la palabra «pelotas», que parecía ser el término más popular, y tampoco quería llamarlas «chismes», ya que, después de todo, estaba intentando mostrarse un poco más madura respecto de aquellas cuestiones-. ...los testículos -terminó, poniendo más énfasis en la palabra del que pretendía.

Él se encogió como si lo hubieran golpeado, y Daisy se dio cuenta de que había dicho la última palabra en tono lo bastante alto como para que, a pesar del ruido de la orquesta, lo oyeran las personas que estaban más cerca, que habían vuelto la cabeza. El rostro del hombre se congestionó aún más.

-Disculpas aceptadas -musitó-. Y ahora, aléjese de mí. Daisy tuvo la impresión de que el tipo podría haber sido un poco más amable, teniendo en cuenta que todo aquel episodio había sido culpa de él; si él no la hubiera agarrado como si tuviera todo el derecho de obligar a una mujer desconocida a sentarse en sus rodillas, nada de aquello habría sucedido. Ligeramente indignada, abrió la boca para decírselo, pero de repente se materializó a su lado una figura alta y oyó una voz profunda decir:

-Yo me encargaré de mantenerla alejada de usted. Y sin más, le gustase o no, el jefe Russo la levantó del suelo igual que había hecho la última vez en aquel mismo local y se la llevó, no al exterior, sino a la pista de baile.

-Es usted igual que un sarpullido -dijo irritada cuando él la depositó en el suelo.

Una ceja se alzó a modo de interrogante.

-¿La molesto? -Le cogió la mano derecha en la suya, le apoyó la izquierda sobre su hombro y la rodeó con un brazo-. Baile.

-Está usted en todas partes.

Daisy lo siguió automáticamente al ritmo lento de otra canción de Elvis. Aquella noche la orquesta estaba empeñada en tocar temas de Elvis, aunque quizá no fuera la misma orquesta de la semana anterior.

-Alguien tiene que evitar que se meta en líos.

-¿En líos? ¿Evitar que me meta en líos? -Echó la cabeza hacia atrás y miró al policía con cara de pocos amigos. Aunque llevaba tacones, aun así tenía que alzar la vista para mirarlo. Tal como había señalado Todd, el jefe

Russo era un tipo grande-. Le agradezco que me sacara de aquí la semana pasada, pero aparte de eso, la causa de todos los líos que he tenido ha sido precisamente usted.

-No me eche la culpa a mí. No fui yo el que se compró condones para todo un año. ¿Ha usado ya alguno?

A Daisy le fallaron las palabras. O más bien, le fallaron las palabras de amabilidad. Se le ocurrieron varias que tenía ganas de decir, pero temió que Dios la fulminara allí mismo.

Russo mostró una amplia sonrisa.

-Si se viera la cara…

La ciñó con más fuerza y describió un rápido círculo que la obligó a aferrarse a su hombro. No supo cómo, pero terminó más cerca de él que antes, más cerca de lo que había bailado con ninguno de los demás. Sus pechos le rozaron la camisa, notó el roce de su cadera, y las piernas de él se movieron contra las suyas. Incluso… Dios santo, Russo tenía una pierna entre las suyas.

Experimentó una oleada de calor que la pilló desprevenida. Sintió como si se derritiera por dentro, como si se estuviera ablandando, como si sus huesos perdieran su rigidez y los músculos su tensión. Era una sensación de lo más peculiar, pero también sumamente emocionante.

-Jefe…

-Jack. -Su brazo la apretó un poco más, como si insistiera en que ella lo llamara por el nombre de pila.

-Jack. -Se estaba derritiendo de verdad. Ahora ya estaba prácticamente recostada sobre él. Sus pies todavía se movían siguiéndolo, pero él soportaba la mayor parte de su peso-. Me está apretando demasiado.

Él inclinó la cabeza de forma que su aliento le sopló en el oído cuando le dijo:

-Yo creo que la estoy apretando lo justo.

Bueno, sí, si es que le gustaban las mujeres que se derretían. Y quizá su protesta había sido más formal que sincera, porque no estaba haciendo ningún esfuerzo por retirarse. Resultaba demasiado agradable recostarse contra él, sentir cómo la blandura de su cuerpo se amoldaba a los duros contornos del suyo. Tenía los senos ligeramente aplastados contra su pecho, y le gustaba. Le gustaba mucho. Para diversión suya, descubrió que le producía un gran placer sentir la fortaleza de aquel hombro bajo su mano izquierda, el calor del brazo que le rodeaba la cintura. Un calor… Dios, sí, irradiaba calor. Su calor y su penetrante aroma la envolvieron y la hicieron desear frotar la nariz contra él .
¿Tenía ganas de frotar la nariz contra Jack Russo? La conmoción que le produjo aquel pensamiento le imprimió la fuerza necesaria para levantar la cabeza. Él la estaba mirando fijamente con una expresión extraña; no severa, pero tampoco sonriente.

-¿Qué ocurre? -inquirió Daisy en un tono extrañamente bajo.

Él movió la cabeza negativamente.

-Nada en absoluto.

-Pues por su expresión…

-Daisy. Cierre el pico y baile.

Daisy cerró el pico y bailó. Sin la distracción de la conversación, empezó a dejarse caer contra él otra vez. Pero a Russo no pareció importarle. Si acaso, la estrechó más aún, tanto que notó la hebilla de su cinturón contra el estómago.

Y no era lo único que notaba.

La cabeza todavía le daba vueltas tras comprender que estaba notando el pene del jefe de policía, cuando finalizó la canción y la orquesta atacó un tema animado que hablaba de un tal Bubba que disparaba a la máquina de discos. Jack hizo una mueca y sacó a Daisy de la pista, sin soltarla, mientras se abría paso entre la gente para alcanzar un espacio libre que había cerca de la pared posterior, casi detrás de los músicos, lo cual era seguramente la razón por la que había un par de asientos vacíos. La plantó bruscamente en uno de ellos, observó a las camareras que pululaban apresuradas y dijo:

-Quédese aquí. Voy a traerle algo de beber. ¿Qué le apetece?

-Ginger Ale con limón, por favor.

Jack sonrió y sacudió la cabeza, y a continuación la dejó allí mientras él se internaba en la multitud que rodeaba la barra.

Daisy, en un ligero estado de shock, se quedó allí. Tal vez fuera más ingenua de lo que había creído, porque Russo no había actuado como si fuera algo insólito en su pareja notarle el pene mientras bailaban. A lo mejor era por eso por lo que las parejas bailaban juntas. Pero nunca había notado otros penes al bailar, sólo el de Jack.

Jamás podría volver a pensar en él como jefe de policía.

No tenía ni idea del tiempo que hacía que se había ido, porque estaba sumida en sus pensamientos. Por suerte, nadie le pidió bailar hasta que vio acercarse a Jack con una cerveza en la mano y un vaso de chispeante Ginger Ale en la otra.

-¿Quieres bailar?

La pregunta procedía de un hombre que se inclinó sobre ella desde su izquierda. Llevaba una camiseta que decía «Adicto al Sexo», con lo que lo habría rechazado de todos modos, pero no tuvo la oportunidad de hacerlo. Jack depositó el refresco sobre la mesa enfrente de ella y dijo:

-Está conmigo.

-Vale. -El tipo se volvió de inmediato hacia otra mujer-. ¿Quieres bailar?

Jack tomó asiento en la silla al lado de Daisy y se llevó la cerveza a los labios. Ella contempló su fuerte garganta mientras tragaba, y comenzó a sentirse acalorada de nuevo, de modo que aferró agradecida el refresco helado.

Al cabo de un momento reparó en que la mirada de Jack recorría constantemente la multitud y de vez en cuando se detenía brevemente mientras estudiaba a alguien para continuar después su barrido. Daisy experimentó otra pequeña sensación de descubrimiento, de una clase totalmente distinta.

-Está trabajando, ¿verdad?

Él le dirigió una mirada rápida con un brillo especial en aquellos ojos de color verde grisáceo.

-Fuera de Hilisboro no tengo jurisdicción.

-Ya lo sé, pero aun así está observando a la gente. Jack se encogió de hombros.

-Es la costumbre.

-¿No se relaja nunca? -De repente, su forma de ver a los agentes de la ley cambió de forma radical. ¿Estarían siempre en guardia, atentos, alerta? ¿Es que la vigilancia constante, incluso cuando no estaban de servicio, formaba parte del precio que pagaban por el trabajo que tenían?

-Claro que sí -respondió él, reclinándose hacia atrás y apoyando el tobillo derecho en la rodilla izquierda-. Cuando estoy en mi casa.

Daisy no sabía dónde vivía, no lograba imaginarse su hogar. Hilisboro, aunque era una población pequeña, era lo bastante grande para que resultara imposible conocer a todo el mundo o estar familiarizado con todos los barrios.

-¿Dónde vive?

De nuevo aquella mirada fugaz.

-No muy lejos de la casa de su madre. En Elmwood. Elmwood se encontraba sólo cuatro calles más allá. Era un sector de la zona victoriana, en la que había casas en buen estado y otras no tanto. Desde luego, Daisy no se lo había imaginado como un victoriano, y se lo dijo.

-Heredé la casa de mi tía abuela. Tía Bessie, de la que le hablé. Daisy se incorporó a medias. Ella había conocido a una mujer llamada Bessie que vivía en Elmwood.

-¿La señorita Bessie Childress?

-La misma.

Jack alzó su cerveza a modo de saludo hacia su tía abuela fallecida.

-¿Es sobrino de la señorita Bessie?

-Sobrinonieto. Pasé con ella los mejores veranos de mi vida cuando era pequeño.

-Cuando murió mi padre, ella nos trajo un pastel de coco. Daisy estaba perpleja; aquello era como ir a Europa y tropezarse con el vecino de al lado. Había considerado a Jack un completo forastero, pero resulta que de pequeño había pasado varios veranos a sólo cuatro calles de donde vivía ella.

-La tía Bessie hacía el mejor pastel de coco del mundo. -Jack sonrió al recordar los pasteles de coco que él había conocido.

-¿Por qué no nos vimos nunca?

-Porque sólo venía en verano, cuando no había colegio. Y porque soy mayor que usted; no habríamos coincidido en la misma pandilla. Usted jugaba con su Barbie mientras yo jugaba al béisbol. Y tía Bessie iba a una iglesia distinta.

Aquello era cierto. La señorita Bessie Childress era profundamente metodista, mientras que los Minor eran presbiterianos. De modo que era lógico que no se hubieran conocido de pequeños, pero aun así la sorprendía sobremanera descubrir que él era... bueno, casi paisano.

En aquel momento se produjo una súbita alteración del orden en la pista de baile. Un hombre se derrumbó en el suelo haciendo que las parejas se dispersaran. Una mujer chilló:

-¡Danny, no!

Su voz estridente se oyó por encima de la música, que se interrumpió de pronto en una nota discordante. El hombre que se había caído - o al que habían tumbado- se levantó de un salto, bajó la cabeza y se abalanzó contra otro, que lo esquivó hábilmente y chocó contra una mujer arrojándola al suelo. El acompañante de esta última se ofendió de inmediato, y al instante la pista de baile entró en erupción.

-Mierda. -Jack lanzó un suspiro y agarró a Daisy por la muñeca para obligarla a levantarse de un tirón-. Ya empezamos otra vez. Vamos, saldremos por detrás.

Se unieron a la masa de gente que estaba haciendo exactamente lo mismo, pero una vez más Jack se valió de su corpulencia y de su fuerza para abrirse paso sin miramientos, y en sólo un momento se encontraron en medio del aire húmedo de la noche, escuchando los gritos y el ruido de cristales rotos que provenían del interior del local.

-Es un catalizador -le dijo a Daisy, sacudiendo la cabeza en un gesto negativo.

-Esto no ha sido culpa mía -replicó ella indignada-. Ni siquiera estaba cerca de esa gente. Estaba sentada con usted.

-Ya, pero tiene algo que ver el hecho de que esté usted aquí, es como si el universo se saliera de sus goznes. Lo crea o no, la mayoría de las noches no pasa nada en absoluto. ¿Dónde ha dejado el coche?

Daisy lo condujo al otro lado del edificio. Por la puerta salía un chorro de gente. Era como una repetición de lo sucedido la semana anterior.

Dejó escapar un suspiro. Esta semana había bailado sólo tres canciones. AI ritmo que iban las cosas, la próxima vez tendría suerte si conseguía echar un baile antes de que estallase una pelea.

Cuando sacó la llave del coche del bolso, Jack se la arrebató, la giró en la cerradura y le abrió la portezuela antes de devolvérsela. Luego contempló, con expresión inescrutable, cómo ella se abrochaba el cinturón de seguridad y alargaba la mano en busca del tirador para cerrar la puerta. Él se interpuso en su camino, ahora con el ceño un poco fruncido.

-La voy a seguir hasta su casa.

-¿Por qué? -Su sorpresa era evidente. Él se alzó de hombros.

-Porque de pronto siento un hormigueo entre las paletillas. Me he enterado de que se ha mudado de casa, y no me gusta esa calle. Sólo por eso.

-Gracias, pero no es necesario. Dejé encendida la luz del porche. Jack descubrió los dientes en una sonrisa que no era una sonrisa.

-Déme el capricho -le dijo, y no era una sugerencia.

CAPÍTULO 13

¡Hijo de puta! Cuando empezó a salir gente por la puerta del club como si fueran hormigas, Sykes se habría liado a golpes con el volante de pura frustración si el hecho de hacerlo no hubiera atraído la atención hacia sí, cosa que no deseaba en absoluto. Pero ¿qué le pasaba a aquella gente? ¿Es que no podían ir a un maldito baile sin pelearse? No le gustaba salir del coche, pero lo hizo de todas formas, y se puso a escrutar la muchedumbre en busca de una cabeza rubia y un vestido rojo. La masa de gente en movimiento le impedía ver la parte del aparcamiento en que ella había dejado el coche, de modo que intentó avanzar en aquella dirección estirando el cuello para intentar divisarla. En la oscuridad, con gente que se movía en todas direcciones y faros de coches que surcaban brevemente la escena, el efecto era casi como el de una lámpara que lanzase destellos de luz.

Entonces la vio; caminaba con calma sobre la grava como si acabara de salir de una boda en lugar de una pelea. Se apartó hacia un lado para esquivar un automóvil que pasó a escasos centímetros de sus pies, pero sin quitar los ojos de encima a su presa. Entonces se detuvo en seco, jurando para sí. Había entrado sola, pero salía acompañada. La compañía era un tipo que tenía el aspecto de comer rocas para desayunar. Sykes estaba lo bastante cerca para oírlo decir: «La voy a seguir hasta su casa», e inmediatamente torció para alejarse de allí. Permaneció sólo lo suficiente para fijarse en qué coche era el suyo, para así poder compararlo con uno de los números de matrícula y modelos que había anotado antes. Muy bien, aquella noche no iba a poder seguirla: tres automóviles formarían un maldito desfile. Pero ahora tenía el número de su matrícula, de modo que esencialmente la tenía a ella. Se dio prisa en regresar a su coche, echó una ojeada a la lista e inmediatamente vio la descripción que buscaba: un sedán marca Ford de ocho años, beige -un coche muy poca cosa para una mujer tan sexy y con tanta clase- con el prefijo 39 en la matrícula, lo cual quería decir que estaba registrado en Jackson County

Aquello facilitaba las cosas. Le daría el número a Temple Nolan, y éste haría que lo comprobase algún empleado de su departamento de policía. En cuanto hablara con el alcalde, en cuestión de minutos podría tener el nombre y la dirección de aquella mujer. Por otra parte, era más inteligente actuar con serenidad. Si el alcalde llamaba a su departamento de policía aquella noche, la persona con quien hablara recordaría que aquella matrícula era tan importante que el alcalde quiso comprobarla a última hora de un sábado por la noche. Siempre era mejor no llamar la atención sobre uno mismo, ni siquiera con el detalle más ínfimo. Ya habría tiempo de sobras el lunes por la mañana.

Todo era tranquilo; no había nada que tuviera que hacerse aquella noche. Esperar sería incluso mejor, le daría tiempo para cerciorarse de no cometer errores. Aquello iba a ser fácil; ya contaba con todos los elementos. La chica había acudido al bar, y él tenía a mano una provisión de GHB. Sería un caso más de sobredosis, y como él no tenía intención de mantener relaciones sexuales con ella, la policía la descartaría calificándola como una consumidora que había jugado demasiadas veces con su suerte.

Daisy frunció los labios al mirar el espejo retrovisor. Los faros que la seguían estaban demasiado cerca: Jack le pisaba los talones. Debería habérselo imaginado. Aquel hombre invadía constantemente su espacio personal, y no sabía si lo hacía sólo para fastidiarla o porque era así como trabajaba, desequilibrando a la gente. Lo que sí sabía era que no le gustaba.

Redujo la velocidad buscando un lugar seguro donde salirse de la carretera, y puso el intermitente. Para cuando consiguió detener el coche, tenía el de Jack justo pegado detrás, tan cerca que ni siquiera veía los faros, y él estaba ya abriendo la puerta antes de que ella encontrase el interruptor de las luces de emergencia.

-¿Qué pasa? -quiso saber.

-Voy a decirle lo que pasa -comenzó Daisy, pero entonces exclamó-: Dios santo. -Jack sostenía una pistola en la mano, una grande, a un costado de su pierna. Era una automática, probablemente una nueve milímetros. Daisy se inclinó hacia delante y la contempló. La mirilla nocturna del cañón brillaba a pesar de la luz que emitían los faros de su coche-. Dios santo -repitió-. Sí que brillan esos chismes, ¿eh?

Jack miró hacia abajo.

-¿Qué chismes? -Estaba escrutando el suelo como si esperase encontrar hormigas fosforescentes.

-Las mirillas nocturnas. -Señaló el arma-. ¿Qué modelo es? ¿Una H&.K? ¿Una Sig? -En la oscuridad, y con la mano tan grande que tenía Russo, no podía distinguirlo.

-Es una Sig, ¿y qué diablos sabe usted de pistolas? Desde luego, era un cascarrabias.

-Ayudé al jefe Beason a investigar pistolas cuando quiso modernizar las armas que llevan los miembros del departamento. Fue antes de que llegara usted -añadió, sólo porque sabía que aquello lo iba a molestar. El jefe Beason era su predecesor.

Y en efecto, vio cómo apretaba la mandíbula. Casi oyó rechinar los dientes.

-Ya sé quién es el jefe Beason -rugió Jack.

-Era muy concienzudo. Pasamos meses mirando todos los modelos. Pero al final, el ayuntamiento no votó los fondos necesarios para comprar las armas.

-Ya lo sé. -Decididamente, le rechinaban los dientes-. Yo tuve que ocuparme de eso cuando llegué, ¿no se acuerda? -Aquélla había sido su primera medida, poner patas arriba el ayuntamiento porque habían permitido que el departamento de policía se quedara lamentablemente sin armas. Y además obtuvo las pistolas que queria.

-Para ser justos -dijo Daisy-, en aquella época el pueblo estaba gastando mucho dinero en el sistema de alcantarillado...

-¡Me importa un carajo el sistema de alcantarillado! -Se pasó la mano por el pelo... o lo habría hecho, de haberlo tenido lo bastante largo. Daisy opinaba que ciertamente debería dejárselo crecer un poco. Jack respiró hondo, como si luchara por controlarse-. ¿Qué pasa? ¿Por qué se ha detenido?

-Me estaba pisando los talones.

Él se quedó petrificado frente a la puerta abierta del coche de Daisy. Pasó otro vehículo cuyos neumáticos chirriaron sobre el pavimento; luego las luces rojas desaparecieron tras una curva y volvieron a quedarse solos en la carretera.

-¿Cómo dice? -preguntó por fin Russo. Sonó como si se estuviera estrangulando.

-Me estaba pisando los talones. Es peligroso. Hubo otra larga pausa en silencio, y entonces Jack dio un paso atrás.

-Salga del coche.

-No pienso hacerlo. -Mientras el coche estuviera en marcha y ella tuviera las manos sobre el volante, seguiría teniendo el control-. Se ha equivocado y lo sabe...

La frase terminó en un chillido cuando Russo se inclinó hacia el interior del coche, desabrochó velozmente el cinturón de seguridad y sacó a Daisy en volandas al exterior. Avergonzada por haber gritado, pues creía que ya era demasiado mayor para gritar así, estaba demasiado aturdida para alarmarse cuando Jack cerró de un portazo y la empujó contra el coche aprisionándola con su corpachón contra el frío metal. Era como verse atrapada entre un incendio por un lado y un bloque de hielo por el otro, y el fuego era más fuerte porque de inmediato experimentó de nuevo aquella peculiar sensación de estar derritiéndose por dentro.

-Tengo dos alternativas -dijo él en tono de conversación-:

Puedo estrangularla o besarla. ¿Cuál prefiere de las dos?

Alarmada ante la perspectiva de que pudiera besarla, Daisy contestó:

-Esas son sus alternativas, no las mías.

-Entonces, no haberse puesto ese vestido rojo.

-¿Qué pasa con mi vestido... mmmmffff... El resto de aquella frase indignada quedó ahogado por la boca de Jack sobre la suya. Daisy se quedó inmóvil, todo su sistema .entró en una especie de animación suspendida, al tiempo que su mente luchaba por encajar la expectativa con la realidad. No, no era la expectativa, porque jamás había esperado que Jack Russo la besara; algo así no figuraba en su lista mental de «Acontecimientos Posibles». Pero la estaba besando, y era lo más asombroso que había sentido nunca. Sus labios eran blandos al tacto y firmes actuando. Percibió el sabor de la cerveza que había bebido, y también de algo más..., algo dulce. Miel. Sabía a miel. Un puño enorme se enredó en su cabello y le inclinó la cabeza hacia atrás, mientras él la besaba más profundamente de lo que la habían besado nunca, con la lengua dentro de su boca y aquel sabor a miel que le disolvía los huesos y convertía sus órganos internos en papilla. Se fue quedando sin fuerzas poco a poco, tan sólo la sostenía en pie la presión del cuerpo de Jack contra el suyo. Vagamente se percató de que no había sentido nada en su vida que fuera tan agradable ni tan cómodo. No debería ser cómodo, teniendo el frío metal del coche detrás, pero alzó los brazos y los enroscó alrededor del cuello de él, y su cuerpo se amoldó al suyo como si estuvieran hechos el uno para el otro. Curvas y montículos, ángulos y planos; los dos encajaban. El calor del cuerpo de Jack la abrasaba de arriba abajo, el aroma de su piel la penetraba, y su sabor a miel la incitaba a desear más, a necesitar, exigir más. Y él le dio más, estrechándola aún con más fuerza, hasta que las caderas de ella abrazaron la pelvis de él y sintió la cresta de su erección presionar contra la hendidura de la entrepierna. Pasó otro

coche más, tocando el claxon. Jack levantó la cabeza el tiempo suficiente para murmurar:

-Cabrón.

Y luego besó a Daisy de nuevo, más de aquellos besos profundos y hambrientos que no hacían sino exacerbar el propio apetito de ella. Notaba cómo le retumbaba el corazón contra el pecho. Una parte de su mente -una parte diminuta, distante- estaba atónita de que aquello le estuviera ocurriendo a ella, de que estuviera realmente junto a una carretera, en medio de la oscuridad, permitiendo que un hombre la besara como si pretendiera desnudarla completamente y tomarla allí mismo, de pie, en público. Y no sólo le estaba permitiendo besarla, sino que además le estaba devolviendo los besos, con una mano aferrada a su cabeza y la otra por dentro del cuello de la camisa para tocarle la nuca. El leve contacto de su piel desnuda casi le producía mareos de puro placer.

Por fin Jack apartó la boca, buscando aire. Daisy se aferró a él, casi inconsciente, necesitando aún más besos como aquéllos. Jack apoyó la frente húmeda sobre la de ella.

-Señorita Daisy -murmuró-, de verdad que tengo muchas ganas de desnudarme con usted.

Quince minutos antes, o tal vez fueran veinte, le habría dicho tajantemente que sus atenciones no eran bien recibidas. Pero es que quince minutos antes no sabía que era adicta a la miel.

-Oh, eso es una lástima -dijo aturdida. Aquel hombre era un auténtico narcótico, y jamás lo había sospechado. No le extrañaba que hubiera tantas mujeres en el pueblo locas por él. Ellas también lo habían probado. De pronto, aquella idea no le gustó en absoluto.

-Yo pensaba que esto era genial.

-Es totalmente ridículo.

Pero genial.

-Usted no es para nada mi tipo.

-Menos mal. De lo contrario, no lograría sobrevivir. Regresó en busca de un beso más, un beso que hizo a Daisy alzarse de puntillas y presionarlo para acercarse más. La mano derecha de Jack se había cerrado firmemente sobre un pecho, lo sopesaba, lo masajeaba, encontró sin dudar el pezón y empezó a frotarlo hasta endurecerlo un poco. Fue una sensación que se extendió en abanico por todo su cuerpo y la hizo gemir. De nuevo la sorprendió el sonido de su propia voz, privándola de todo raciocinio; se abandonó al placer que le proporcionaba aquella mano durante otros pocos segundos más, o quizá veinte; luego retiró los brazos del cuello de Jack y los apoyó contra su pecho. Oh, Cielos, hasta el tacto de su pecho resultaba incitante, tan caliente, con aquellos músculos tan duros, con el corazón latiendo con fuerza bajo su palma. El hecho de saber que él estaba tan excitado como ella resultaba tan embriagador como su propia excitación. ¡Ella, Daisy Ann Minor, le había hecho aquello a un hombre! Y no a un hombre cualquiera, sino a Jack Russo, ni más ni menos.

Jack apartó la boca en cuanto Daisy apoyó las palmas contra su pecho. Aunque su mano fue más lenta a la hora de retirarse de su seno, ella no se quejó. Como si cada centímetro le supusiera un dolor insoportable, fue separando la mano poco a poco, dejando un pequeño espacio entre ambos. Privada de pronto de su calor, ella tuvo la sensación de que la noche se

había vuelto gélida. Era una agradable noche de verano, pero en comparación con Jack, el aire resultaba casi invernal.

-Está desbaratando todos mis planes.

-¿Qué planes son ésos? -Jack inclinó la cabeza y comenzó a mordisquearle el cuello con pequeños besos, como si sintiera la necesidad de saborearla otra vez más. No la tocó de ninguna otra forma; no lo necesitaba. Inmediatamente ella empezó a inclinarse hacia él, y se enderezó a toda prisa.

Estaba lo bastante aturdida para decir:

-Estoy buscando un hombre.

-Yo soy un hombre -musitó él contra su garganta-. ¿Qué tengo yo de malo?

Daisy sintió que se le debilitaba el cuello, tanto que no podía sostenerle la cabeza. Era como si fuera la versión femenina de Supermán y él fuera Kriptonita, que le robaba toda la fuerza. Luchó desesperadamente por resistir.

-Me refiero a un hombre para una relación.

-Yo estoy soltero. Daisy estalló.

-¡Quiero casarme y tener hijos!

Jack se irguió como si le hubieran disparado.

-Vaya por Dios.

Ahora que no la estaba tocando, ella pudo respirar mejor.

-Sí, vaya por Dios. Ando a la caza de un marido, y usted se está interponiendo.

-Así que a la caza de un marido, ¿eh? A Daisy no le gustó aquel tono, pero se acercaba un coche; aguardó a que pasara para mirar a Jack furibunda.

-Gracias a usted y a su escenita de la farmacia, todo Hilisboro cree a estas alturas que entre los dos hay... algo, así que nadie querrá salir conmigo. Y cuando voy a los clubes a buscar un hombre, usted sigue con lo mismo, haciéndole creer a la gente que estamos juntos e impidiendo que se me acerquen otros hombres.

-He evitado que se metiera en líos.

-La semana pasada, sí, pero esta semana no me estaba metiendo en ningún lío, causando ningún alboroto ni acercándome siquiera a algo parecido. El hombre al que espantó podía haber sido el amor de mi vida, pero ya no podré saberlo nunca porque usted le dijo que yo estaba con usted.

-Llevaba una camiseta que decía «Adicto al Sexo», ¿y cree que era el amor de su vida?

-Naturalmente que no -replicó Daisy-. No me refiero a eso, y lo sabe perfectamente. Es sólo un ejemplo. Al ritmo que va, dentro de poco todos los hombres del norte de Alabama creerán que ya tengo alguien que me pretende. Tendré que irme hasta Atlanta para encontrar novio.

-¿Alguien que la pretende? -repitió Jack, en tal tono de incredulidad que a Daisy le entraron ganas de abofetearlo-. ¿No se ha enterado de en qué siglo estamos?

Daisy sabía que su forma de hablar era un poco arcaica; eso era lo que pasaba cuando una vivía con su madre y su tía, personas queridas pero

claramente anticuadas. Procuraba no utilizar sus expresiones más pasadas de moda, pero aquello era lo que había oído durante toda su vida, y por eso salía de su boca más veces de las que hubiera querido. Sin embargo, no le gustaba que él se lo señalara.

-¡En el siglo veintiuno, sabelotodo! Silencio.

-Oh, cielo santo -susurró Daisy llevándose una mano a la boca-. Lo siento mucho. Yo nunca digo cosas así.

-Bueno, sí que las dice -repuso él. Su voz sonó tensa-. La he oído. Sencillamente, no las dice con mucha frecuencia.

-Lo siento -dijo otra vez-. No tengo excusa.

-¿Ni siquiera que yo la he puesto furiosa?

-Es verdad que lo ha hecho, pero yo sigo siendo la responsable de mis actos.

-Dios -exclamó Jack, levantando la vista hacia el cielo-, ¿por qué no serán todos los malos como ella?

Dios no respondió, y Jack se encogió de hombros.

-Valía la pena probar. Vamos, entre en el coche antes de que vuelva a besarla.

Por desgracia, aquello no representaba una gran amenaza. Daisy se sorprendió a sí misma titubeando, pero enseguida alargó el brazo para agarrar el tirador de la puerta, sólo para tropezarse allí con la mano de él, más rápida que la suya. Se sentó, se arregló el vestido rojo, se abrochó el cinturón de seguridad, y entonces se acordó del motivo por el que se había detenido y miró a Jack entornando los ojos.

-No vuelva a seguirme tan de cerca.

Él se inclinó hacia delante, con los párpados pesados y la boca ligeramente inflamada, lo cual le recordó lo que habían estado haciendo unos minutos antes.

-No lo haré. Por lo menos, dentro de un coche. El corazón le dio un vuelco y al instante empezó a latir al doble de velocidad. Se pasó la lengua por los labios intentando no formarse aquella imagen en su mente, pero se formó de todos modos. Sus pezones se tensaron y se irguieron.

-¡Vayase! -exclamó Jack con voz ronca. Cerró de un portazo y se apartó, y Daisy arrancó. Al cabo de un momento ella vio su coche reincorporarse a la carretera detrás del suyo.Se mantuvo a una distancia segura, durante todo el camino hasta llegar a Hilisboro.

CAPÍTULO 14

A la mañana siguiente, Daisy fue a la iglesia como de costumbre. Sabía que la gente había hablado de ella durante la semana, gracias a Jack y al episodio de los condones, y en una población pequeña lo mejor que cabía hacer en semejantes circunstancias era seguir la rutina normal. Como sabía que la gente iba a mirarla, se molestó más de lo habitual en peinarse y maquillarse; resultaba curioso lo rápidamente que aquello se había convertido en algo rutinario. En el canal de información meteorológica habían dicho que el día sería caluroso y húmedo, con temperaturas que se acercarían a las máximas del siglo, así que se vistió lo más fresca posible, hasta se quitó las medias y echó polvos de talco en los zapatos para que no se le pegaran los pies. Cuando salió de casa a las diez menos cuarto ya hacía calor, probablemente casi treinta y tres grados. Puso el aire acondicionado del coche en la posición máxima, pero la iglesia se encontraba a sólo tres kilómetros, así que el chorro de aire empezó a salir frío justo cuando ya estaba llegando. Sin embargo, dentro de la iglesia reinaba un agradable frescor, y dejó escapar un suspiro de alivio al entrar en el templo y ocupar su asiento habitual junto a su madre y su tía Jo, que se volvieron hacia ella con luminosas sonrisas.

-Estás guapísima -dijo tía Jo inclinándose para acariciarle la mano-. ¿Qué tal te fue anoche?

Daisy suspiró.

-Sólo bailé tres canciones -dijo susurrando-. Hubo otra pelea. Yo no tuve nada que ver con ella -se apresuró a añadir cuando las dos mujeres la miraron con los ojos muy abiertos-. Pero me parece que es posible que tenga que buscar otro club.

-Eso mismo espero yo -repuso su madre-.

¡Todas esas peleas! No eran las peleas lo que la alteraba a ella, sino el hecho de que el Buffalo Club pareciera ser la madriguera de Jack. Ella era una mujer inteligente; no iba a caer en el error de buscarse problemas, y después de lo de la noche anterior era evidente que estar en las proximidades de Jack suponía un problema grande. Si él iba al Buffalo Club, ella se iría a otra parte, y punto.

En aquel momento alguien se deslizó en el banco a su lado, y automáticamente volvió la cabeza para saludar con una sonrisa a quien fuera. Pero la sonrisa se le congeló en la cara.

-¿Qué está haciendo aquí? -siseó.

Jack recorrió con la mirada el altar, el coro, las vidrieras, y replico:

-¿Asistir a la iglesia? -A continuación se inclinó y dijo hola a Evelyn y a tía Jo. Ellas le contestaron con sendas sonrisas, y Evelyn lo invitó a que fuera a comer después del servicio. Él se excusó diciendo que tenía un compromiso, lo cual le salvó los dedos de los pies, porque Daisy estaba ya preparada para aplastarle el pie con el tacón del zapato si aceptaba.

Podía notar, concentradas en su espalda, las miradas de todo el mundo.

-¿ Qué está haciendo aquí? -susurró de nuevo, con más fiereza. Jack acercó la cabeza a la suya para que no lo oyera nadie más.

-No querrá que todo el mundo piense que compró condones para una aventura de una sola noche, ¿verdad?

Daisy abrió los ojos como platos. Jack tenía razón. Al verlo acudir a la iglesia y sentarse al lado de ella, todo el mundo supondría que había un romance como Dios manda entre ambos, porque un hombre no iba a la iglesia de una mujer ni se sentaba a su lado si no había algo serio por medio. Al dedicarle una mañana de su tiempo, Jack había cambiado la situación de Daisy de sospechosa a comprensible. En los tiempos que corrían, una relación sexual entre dos adultos enamorados era lo que cabía esperar, aunque la religión institucionalizada la mirase con malos ojos.

Dos horas más tarde, Daisy sería presa de una crisis de nervios. El hecho de saber que el jefe de policía deseaba desnudarse con ella no favorecía precisamente una mañana pacífica en la iglesia. Había tratado por todos los medios de prestar atención al sermón, por si acaso iba dirigido a ella, pero su atención no dejó de divagar. Concretamente, divagó hacia el hombre que estaba sentado a su derecha.

La intimidad vivida entre ambos la noche anterior había resultado sorprendente. Aunque no habían hecho nada más que besarse y algún ligero tocamiento, ella tenía la sensación de haber hecho mucho más. Casi se sintió arder en sus brazos, y no había habido falta de entusiasmo en la erección de Jack. No podía mentirse a sí misma; habían estado al borde del precipicio, a punto de hacer el amor, aunque justo en el último momento ella había dado marcha atrás.

No podía evitar preguntarse qué habría sucedido si hubiera olvidado su moral, si hubiera olvidado que él no era su tipo, si hubiera olvidado todo excepto darse a sí misma satisfacción. No, no se preguntaba qué habría sucedido; ya lo sabía. Sólo se preguntaba cómo habría sido.

No podía quitarse de la cabeza el sabor de Jack. ¿Sería igual de bueno haciendo el amor de lo que lo era besando? Besaba de maravilla, y sabía a pura miel. Aunque fuera el peor amante del mundo, lo cual dudaba mucho, sus besos ya casi hacían que mereciera la pena lo demás. Por otra parte, basándose en la teoría de que alguien que era bueno besando también era bueno haciendo el amor -lo había leído en alguna parte-, Jack Russo era algo más bajo las sábanas.

Aquellos pensamientos no eran los apropiados para un servicio religioso. Se removió nerviosa en su asiento, y cada vez que se movía su pierna parecía rozarse con la de él. En la iglesia hacía fresco gracias al aire acondicionado, pero ella estaba ardiendo otra vez, y experimentaba una necesidad casi abrumadora de quitarse los zapatos y el vestido. O estaba siendo víctima de una menopausia prematura con sus consabidos sofocos, o el acaloramiento que sentía obedecía a algo mucho más elemental.

No dejaba de lanzarle miradas furtivas; no podía evitarlo. Él vestía correctamente, conservador. Siempre llevaba los zapatos limpios, y aquello era importante. Después de haber leído un artículo que decía que los zapatos de un hombre reflejaban su actitud general hacia sí mismo y hacia los demás, nunca dejaba de fijarse en el calzado de la gente y tenía mucho cuidado de llevar el suyo siempre limpio y brillante.

Aquel cabello entrecano era demasiado corto, pero le sentaba bien. Tenía una especie de remolino en la coronilla, así que supuso que lo llevaba

corto para domar dicho remolino. Era un hombre grande, pero no tenía nada de torpe; se movía con una especie de gracia controlada, animal. Y tampoco tenía sobrepeso; lo había descubierto la noche anterior. Era todo músculo, macizo como una roca.

Estaba dedicando demasiado tiempo a pensar en un hombre que no era su tipo.

Jack movió la mano, y el dorso de sus dedos le rozó sutilmente el muslo. Ella tragó saliva y miró fijamente al reverendo Bridges, en un intento de entender lo que estaba diciendo, pero lo mismo daría que estuviera hablando en otro idioma.

Él la estaba seduciendo allí mismo, en la iglesia, y lo sabía. No estaba haciendo gran cosa -aunque seguía rozándole el muslo-, pero es que no necesitaba hacer nada. Estaba allí, y con eso bastaba. La propia Daisy se estaba seduciendo a sí misma, recordando la noche anterior y derritiéndose ella sola.

Por fuerza tenía que estar sacando aquello de quicio, pues la lógica le decía que ningún beso podía ser tan potente como le pareció la noche anterior. Lo único que pasaba era que Jack era el primer hombre que la había besado desde... no consiguió recordar exactamente cuánto tiempo. Años. Lo cual era enteramente culpa de ella, porque se había quedado sentada en casa en vez de salir y hacer algo para remediar aquella falta de besos. Pero habían transcurrido años, y lo cierto es que se había excedido en su reacción. Seguro que para Jack no había resultado tan excitante.

Entonces se acordó del modo en que le latía el corazón bajo su mano, y la única manera en que habría podido fingir aquella erección sería con una linterna escondida dentro de los pantalones. Una linterna grande.

Santo cielo. Aquellos pensamientos no eran los apropiados durante un sermón.

Por fin el sermón terminó y se entonó el último himno. La gente comenzó a pulular estrechando manos, hablando y sonriendo. Jack se quedó al extremo del banco, bloqueándole la salida, mientras todos los asistentes al servicio, al parecer, se acercaban a saludarlo. Tía Jo y Evelyn dieron media vuelta y fueron hasta el otro extremo del banco, *y* Daisy se volvió para hacer lo mismo, pero Jack, sin mirar, alargó una mano hacia atrás y la agarró del brazo.

-Aguarde un minuto -dijo, y regresó a la tarea de estrechar manos. Los hombres querían hablar de la fuerza policial y sentirse machos por asociación; las mujeres se limitaban a coquetear, incluso las abuelas. Jack ejercía aquel efecto sobre las mujeres. Daisy pensaba que ella era inmune, pero aprendió que sentirse superior lo preparaba a uno para una fuerte caída.

Cuando la gente por fin se dispersó un poco y lograron salir del banco, Jack se hizo a un lado y la dejó salir delante de él, con una mano apoyada en su cintura. A ella le dio un vuelco el corazón al sentir su contacto. Realmente estaba representando la comedia de «somos pareja» para todos los presentes, pero su principal objetivo era desnudarse con ella; nada de pareja. Él no quería casarse ni tener hijos... aunque puestos a pensarlo, ya había estado casado, de modo que era posible que también tuviera hijos.

Sólo había un modo de averiguarlo. Daisy se inclinó hacia delante y le susurró:

-¿Tiene hijos?

Él le dirigió una mirada de horror.

-¡Diablos, no! -Entonces se acordó de dónde se encontraba y murmuró-: Salgamos de aquí.

Era más fácil decirlo que hacerlo. El reverendo Bridges estaba todavía en la puerta, estrechando manos y charlando con todo el mundo, y por lo visto tenía mucho de que conversar con Jack. A Daisy no le pareció que se tratara de nada importante, mientras aguardaba su turno, pero el reverendo era sólo un hombre como los demás y quería hablar con el jefe de policía. Se preguntó si estaría poniendo nervioso a Jack. A ella nadie la obligaba a dar conversación por causa de su trabajo, y menos mal. ¿Todos los policías tenían que aguantar aquello?

Pero al fin le tocó a ella el apretón de manos y las breves palabras de conversación. El reverendo Bridges le dirigió una mirada elocuente que la hizo preguntarse si el sermón no habría ido dirigido a ella, lo cual, después de la charla de la semana anterior, ciertamente era posible. Tendría que acordarse de preguntárselo a su madre.

El calor, que ascendía de la calle en oleadas, era casi insoportable. Los hombres, Jack incluido, se quitaban la chaqueta y se aflojaban la corbata nada más salir de la iglesia; sin embargo, las mujeres estaban atrapadas en sus sujetadores y medias, y Daisy se alegró de haber prescindido de éstas últimas. La ligera brisa era cálida, pero por lo menos la notaba.

Jack se sacó la corbata del cuello y se la guardó en el bolsillo de la chaqueta.

-La sigo.

-¿Adonde vamos?-inquirió ella estupefacta.

-A su casa.

El corazón le dio otro vuelco.

-Los domingos siempre voy a almorzar con mi madre y tía Jo.

-Llámelas y anule la cita. Acaba de mudarse; tiene cosas que hacer.

Y una de aquellas cosas era él, si interpretaba correctamente la penetrante expresión de sus ojos. Se aclaró la garganta para decir:

-No creo que sea una buena idea.

-Pues yo creo que es la mejor idea que he tenido en varios años. Daisy miró rápidamente a su alrededor. El aparcamiento de la iglesia estaba prácticamente desierto; nadie deseaba entretenerse bajo aquel calor. Aun así, se acercó un poco más para que nadie pudiera oírla.

-¡Ya sabe lo que sucedería!

-Cuento con ello.

-¡Yo no quiero una aventura! -siseó-. ¡Quiero una relación, y usted se está entrometiendo!

-Pues hasta que surja una relación, tenga una aventura conmigo. -Se acercó a ella, apabullándola. Por muy caluroso que fuera el día, él irradiaba más calor, un calor que la envolvió por entero. Sus ojos verdes grises ardían-. Estoy sano. Soy normal, no tengo gustos retorcidos. E intentaré no dejarla preñada.

-¿Que lo va a intentar? -repitió Daisy escandalizada. Él se encogió de hombros.

-A veces ocurren cosas. Las gomas se rompen. Aquello debería ser una ¡dea horrorosa. Pero no lo fue. El hecho de que no lo fuera le indicó lo mucho que se estaba pasando, cuando ni siquiera la posibilidad de un embarazo accidental era capaz de enfriarla. ¿Y qué era eso de...

-¿Qué es eso de los gustos retorcidos? -inquirió con un susurro.

El duro rostro de Jack se iluminó con una ancha sonrisa.

-Ya se lo enseñaré.

La antigua Daisy habría dado media vuelta y se habría ido ofendida. Bueno, quizá no, porque la antigua Daisy habría sentido una tentación tan poderosa como la nueva. Pero la antigua Daisy no habría tenido valor para irse con un hombre con el propósito expreso de acostarse, y la nueva Daisy por lo visto no pensaba en otra cosa. Deseaba a aquel hombre, y temía que si aparecía otro no le prestara la menor atención por estar demasiado ocupada en obsesionarse con Jack.

-Vamos, pruébeme a ver si doy la talla -murmuró él-. La desafío.

No fue lo del desafío lo que la convenció, sino lo de probarlo.

-Si me deja embarazada -le dijo-, tendrá que casarse conmigo.

-Trato hecho -contestó Jack, y ambos se subieron a sus respectivos automóviles y se dirigieron a Lassiter Avenue. Esta vez Jack dejó una distancia prudencial entre los parachoques.

Debería estar temblando como una hoja, pensó Daisy unos minutos más tarde cuando introdujo la llave en la cerradura, pero sus manos estaban serenas. Temblaba sólo por dentro, donde no contaba.

Jack se quedó en medio del pequeño cuarto de estar, mirando alrededor, mientras ella iba hasta el teléfono y llamaba a su madre. Como siempre, no se le dio muy bien mentir, y cuando su madre le preguntó por qué no iba a ir a almorzar, lo único que se le ocurrió fue mirar a Jack y decir impulsivamente:

-Está aquí Jack. Él sonrió.

-¡Oh! -exclamó su madre, y a continuación soltó una risita. Su madre había soltado una risita-. Lo entiendo perfectamente. Que lo paséis bien.

Daisy deseó con desesperación que su madre no lo entendiera del todo, pero tal como habían discurrido las cosas últimamente, a lo mejor sí lo entendía. Colgó el teléfono y dijo:

-Dice que lo pasemos bien.

-Ésa es mi intención. -Jack todavía estaba en el centro del cuarto, haciéndolo parecer aún más pequeño-. ¿Tienes apetito? De comer algo -agregó, sintiendo la necesidad de ser más concreto.

Daisy negó con la cabeza.

-Bien -dijo Jack, y extendió los brazos hacia ella. Daisy casi se había convencido a sí misma de que se había imaginado a qué sabía, hasta que él la besó de nuevo. Emitió un leve ronroneo y le rodeó el cuello con los brazos al tiempo que se alzaba de puntillas para apretarse contra él y satisfacer su exigente boca con exigencias de la suya propia.

Una vez más se extendió por todo su ser aquella peculiar sensación de derretirse, una sensación que debilitó sus rodillas de tal modo que tuvo que apoyarse en Jack, dejar que él soportara todo su peso, y aquello aceleró aún más su licuación. Oh, Dios, qué sensación tan maravillosa. Su cuerpo entero vibró bajo el contacto de Jack. La increíble dureza de sus músculos, el calor

que prácticamente irradiaba de él, la envolvieron en una oleada de placer físico que también le robó todas las fuerzas y la dejó totalmente moldeable.

Él la estrechó con más fuerza y la atrajo más hacia sí, adaptando sus suaves curvas a todos los duros ángulos de su cuerpo, inclinándola para que su pelvis acogiera el duro bulto de su erección. Daisy emitió otro leve sonido, y él ahondó el beso hasta que su respiración dejó de ser suya, hasta que dejó de importar si respiraba o no.

Esto era el deseo. Esto. El ardor, la urgencia, la profunda vibración del vacío, la tensión, la lasitud y los fuertes estremecimientos. Esto.

Lanzó un gemido y dejó caer la cabeza hacia atrás, sin fuerzas. Jack aprovechó la oportunidad que se le ofrecía y su boca caliente recorrió la garganta hasta ir a cerrarse sobre el punto de exquisita sensibilidad situado entre el cuello y el hombro, atrapando el tendón con los dientes, succionando la piel. Todo el cuerpo de Daisy se sacudió bajo una oleada de placer salvaje, incontenible; las rodillas le fallaron completamente, pero no importaba, porque Jack la sostenía firmemente en su abrazo.

Sus manos se movieron sobre ella con lenta, enloquecedora decisión, acariciaron sus senos, bajaron la cremallera del vestido y lo deslizaron por los brazos, desabrocharon el sujetador y lo arrojaron a un lado. El vestido quedó arrugado en la cintura, sin poder caer más abajo porque no cabía ni un alfiler entre las caderas de ambos. Por fin las manos de Jack tocaron piel desnuda. Acarició los pezones hasta que se transformaron en dos montículos duros y sensibles, luego inclinó a Daisy sobre su brazo y bajó la cabeza para chuparlos. No fue suave, pero no era necesario que lo fuera; Daisy se aferró a su cabeza y lo mantuvo allí, lanzando gemidos de placer mientras la presión de la boca de él la catapultaba hacia un nivel de sensaciones aún mayor.

Estaba desesperada por sentir su piel, de modo que tironeó de su camisa en el intento de sacársela por la cabeza sin desabotonarla. Jack levantó la cabeza el tiempo suficiente para ayudarla, usando una sola mano, porque no la soltó. Ambos lucharon contra la prenda y un par de botones acabaron en la alfombra; por fin logró quitársela, y de nuevo sintió los brazos de Jack alrededor de su cintura, sus pechos aplastados contra el áspero vello que rozaba sus pezones proporcionándole un placer casi tan delicioso como el de sus dedos. Sintió todo el cuerpo dolorido, el dolor más abrasador, más maravilloso que había sentido en toda su vida. Era como si el cuerpo entero le palpitara de necesidad, excitación y deseo, incluso entre las piernas.

-Creía que mentían -dijo con la voz ahogada, apenas dándose cuenta de que estaba hablando.

-¿Quiénes? -le preguntó Jack contra su garganta.

-Las mujeres. Acerca de esto.

-¿Esto? -No parecía muy interesado. Encontró de nuevo aquel punto sensible en el cuello, y lo atrapó entre los dientes.

-Esta sensación. Esto.

-¿Qué sensación es? -susurró Jack.

-Como un... una vibración. -Casi no le salían las palabras-.

Entre las piernas.

Un sonido áspero surgió de la garganta de Jack y sintió que lo recorría un escalofrío. Su erección presionó contra el cuerpo de ella.

-Yo haré que deje de vibrar -dijo en un tono tan grave que apenas resultó inteligible.

Deslizó las manos por las piernas de Daisy empujando hacia arriba el estrecho vestido hasta que la tela quedó arremangada sobre sus antebrazos y sus manos dentro de las bragas. Le cubrió los glúteos con las palmas un instante, sólo un instante; después continuó bajando, cada vez más, hasta introducir los dedos en la cerrada hendidura buscando la entrada. Daisy dejó escapar una exclamación ahogada, un sonido que se le agolpó en la garganta al sentir todo el cuerpo tenso, expectante, aguardando inmóvil. Entonces le introdujo dos grandes dedos y todas sus terminaciones nerviosas se amotinaron; se arqueó contra él con un deseo ciego de recibir más. Oh, Dios. Estaba dilatada, penetrada... y no era suficiente.

Comenzó a mover las caderas, oscilando como la marea. -Más -consiguió decir, suplicando, lloriqueando-. Más. Al parecer, no podía hacer otra cosa que aferrarse a Jack mientras éste le quitaba las bragas del todo, extraía un condón de su bolsillo y, tras descalzarse a toda prisa, forcejeaba para deshacerse del resto de la ropa. Desnudo, sujetando a Daisy contra él, dio unos pasos hacia atrás para sentarse en el sofá y situarla a ella encima con las piernas a los lados de modo que quedara a horcajadas. Se puso el condón con movimientos rápidos y bruscos, y seguidamente tomó a Daisy por las caderas y la guió hasta la posición adecuada.

Bruscamente, el tiempo se detuvo. Daisy se aferró a sus hombros al sentir el pene buscando entre sus piernas, no dentro sino hociqueando, como si la tentara a abrirse y dejarlo entrar.

Daisy respiraba con inspiraciones cortas y superficiales; Jack resoplaba. Tenía la mandíbula fuertemente cerrada, el cuello contraído por la tensión, y sin embargo se quedó quieto y dejó que ella impusiera el ritmo. Ella se dejó inundar por lo maravilloso de aquella situación. Se movió adelante y atrás en un sutil balanceo, acariciándose a sí misma con aquel miembro, levantándose, moviéndose... ah. Jack la penetró ligeramente, sólo un poco, pero lo bastante para que volvieran a rechinarle los dientes con otro gruñido más. Hundió los dedos en las nalgas de ella, luego los relajó.

Daisy, extasiada, tenía una expresión distante en los ojos mientras se concentraba en la sensación de calor y de plenitud que la invadía. Se alzó una vez más, se dejó caer, y entonces capturó la ancha cabeza en su totalidad dentro de sí. Jack gimió, su rostro se convulsionó como si sufriera un dolor intenso. Se movió de modo que sus caderas quedasen al borde del cojín del sofá y estiró las piernas para que ella pudiera absorberlo en un ángulo más profundo. Daisy subía y bajaba con los ojos cerrados, saboreando el lento empalamiento con leves movimientos de ajuste hasta que por fin lo tuvo totalmente dentro de ella. Magia.

Eso era lo que sentía, su cuerpo ya no era suyo sino que se movía con voluntad propia, retorciéndose, buscando. Se recreó en la desnudez y el tamaño de Jack, en cómo lo sentía dentro, donde no la habían tocado nunca. Le encantaron los sonidos ásperos que emitía él, la encantó la desesperación con que la sujetaba, la tensión cada vez mayor y el calor de su propio cuerpo conforme la sensación se iba haciendo cada vez más insoportable, y se inclinó hacia delante para besarlo. Entonces, de pronto, todo alcanzó la masa crítica y sus sentidos estallaron. El mundo se

oscureció a su alrededor. Se oyó a sí misma gritar y sollozar, sintió sus caderas moverse frenéticamente contra Jack, y a continuación, bruscamente, se vio tumbada de espaldas mientras Jack la embestía repetidamente, y alcanzó el climax de nuevo, momentos antes de que él se pusiera rígido y tuviera su propio orgasmo.

Poco después estaba tendida sin fuerzas bajo el corpachón de Jack, cómoda sobre los gruesos cojines del sofá tapizado de rosas. El aire fresco soplaba contra sus costados, mientras que las frentes de ambos estaban pegadas la una a la otra por el sudor. Frotó la nariz contra la garganta de Jack, inhalando su aroma fuerte y penetrante. Él la besó en la sien.

-En la iglesia, llevabas un condón en el bolsillo -logró decir Daisy con voz débil, divertida de pronto al pensar en ello.

-Sí. Estaba esperando a que cayera el rayo. -La voz de él sonó ronca, como si le costara esfuerzo hablar.

Daisy recorrió con la mano los músculos de su espalda, el frescor de sus nalgas.

-¿Llevabas sólo uno?-susurró.

Él levantó la cabeza y le sonrió con los párpados entornados y el cabello oscurecido por el sudor.

-Todavía guardas el PartyPak, ¿no?

CAPÍTULO 15

Aquella tarde fue su sueño hecho realidad. Primero, Jack decidió que necesitaba sustento, así que Daisy le puso en la mano un bombón helado y lo condujo al dormitorio. Él lamió hasta la última gota de vainilla del palito mientras ella echaba los cobertores hacia atrás. A continuación, lo empujó, él cayó sobre la cama, y ella se le subió encima y comenzó a frotarse como una gata contra su cuerpo fuerte y desnudo. Notó la reacción de él vibrando entre sus piernas, y la venció la curiosidad. Rodó hacia un lado y se arrodilló junto a él para rodear su erección con ambas manos y estudiarla con todo detalle.

Como aquella tarde era su sueño y siempre se había preguntado cómo sería, se inclinó y se lo metió en la boca. Tenía un sabor salado y olía a almizcle, y la encantó el modo en que palpitaba y se engrosaba. Extasiada, experimentó con lamidos y chúpeteos, y después empezó a investigar la cara inferior, la cercana a los testículos.

A lo mejor estaba yendo demasiado deprisa, porque Jack dijo:

-Ahora me toca a mí -y la tendió de espaldas. En un abrir y cerrar de ojos estuvo encima de ella, la sujetó contra la cama y se instaló entre sus piernas. Luego se apoyó sobre los codos y sonrió.

-Ya te dejaré hacer lo que quieras conmigo más tarde, te lo prometo. Pero ahora, no.

Su peso resultaba delicioso. Daisy se removió sólo un poquito, encantada de ver cómo las caderas de Jack encajaban entre sus piernas y la naturalidad con que sus muslos se habían abierto para él. Aquella postura era maravillosa, cómoda y excitante.

-¿Y por qué ahora no?

-Porque quiero hacértelo a ti, y yo soy más grande. Y así lo hizo. Comenzó a recorrerle todo el cuerpo a besos, deteniéndose en todos los lugares apropiados. Cuando finalmente se dedicó al sitio donde ella lo deseaba de verdad, ella creyó morir ante la intensidad del orgasmo. El sexo oral era exactamente tan estupendo como decía un artículo de la revista Cosmopolitan, y a Jack se le daba muy bien. Al terminar, sintiendo todavía leves estremecimientos, él subió de nuevo por su cuerpo de modo que su pene volvió a estimularla.

-¿Dónde está el PartyPak? Lo necesitamos ahora mismo.

-Deja que me levante -jadeó Daisy, exhausta y deseosa a la vez-. Voy por él.

Jack se apartó y Daisy se acercó con paso inseguro hasta el armario, donde había guardado el PartyPak en la balda situada debajo de la caja que contema su colección de conchas marinas. Lo sacó y empezó a romper el envoltorio de celofán. Sin mirar, cogió un condón y se lo dio a Jack.

Una peculiar expresión cruzó el rostro de él.

-No pienso ponerme un condón morado -dijo, devolviéndoselo.

Daisy miró el preservativo.

-Es de uva.

-Como si es de tuttifrutti; no pienso ponerme un condón morado.

Daisy arrojó a la alfombra el ofensivo condón y sacó otro. Grosella. Lo miró, arrugó la nariz y lo tiró también.

-¿Qué tiene de malo el azul?

-Te daría un aspecto de... congelado.

-Puedes creerme, no está congelado. -Pero no recogió del suelo el condón azul. Extrajo otro de cereza, de un tono rojo particularmente violento, y sacudió la cabeza en un gesto negativo.

-¿Y qué tiene de malo ése?

-Nada, si quieres que parezca que tienes una infección.

-Dios santo. -Jack se dejó caer de espaldas sobre la cama y contempló el techo con gesto suplicante-. ¿No hay ninguno de un sencillo color rosa? ¿El de sabor a chicle?

-Supongo que será el fucsia -dijo Daisy dubitativa al tiempo que lo sacaba y lo examinaba. Jamás había visto un chicle que tuviera aquel color. Lo olfateó; percibió un leve aroma a través del envoltorio. Estaba claro que no era chicle, pero no supo con certeza qué otra cosa podía ser. Fresa, tal vez. Fuera lo que fuera, no le importó. Rebuscó dentro de la cajita, pero no encontró nada que pudiera tener sabor a chicle-. Me han timado, aquí dentro no hay chicle.

-Pon una demanda mañana -replicó Jack cada vez más desesperado-. Prueba con la sandía.

Lógicamente, el condón de sandía era de color verde. Daisy miró a Jack horrorizada.

-Gangrena.

Él saltó de la cama, recogió del suelo el preservativo de color morado y rasgó el envoltorio.

-Si alguna vez le dices a alguien que me he puesto un condón morado...

-No se lo diré a nadie -prometió Daisy abriendo mucho los ojos.

Acto seguido, Jack la tumbó sobre la cama y la penetró con una acometida rápida y dura, y los dos se olvidaron de los colores.

Era tan maravilloso estar desnuda con un hombre que Daisy ni siquiera pensó en ser pudorosa. Simplemente disfrutó de él y se maravilló por el placer que se había perdido durante todos aquellos años, no sólo la intensidad de hacer el amor, sino también la de estar tumbados el uno junto al otro, con la cabeza apoyada en el hombro de él y rodeada por sus brazos. No podía quitarle las manos de encima; cada vez que lo intentaba, empezaban a picarle las palmas, así que se rendía y lo acariciaba para quedar contenta.

-Eres muy fuerte -se maravilló, deslizando la mano por el firme estómago de Jack-. Debes de pasarte el día haciendo gimnasia.

-Se convierte en una costumbre. Cuando uno forma parte del equipo tiene que mantenerse en forma. Y no lo hago todo el tiempo; sólo una hora al día.

-¿De qué equipos?

-Del de Operaciones Especiales. En Chicago y en Nueva York. Daisy se alzó sobre un codo.

-¿Te refieres a esos tipos que van de negro y llevan unos fusiles enormes?

Jack sonrió.

-Sí, uno de ésos.

-¿Y dejaste eso para venirte a un pueblecito como Hilisboro?

-Me cansé de la presión. Tía Bessie se murió, heredé su casa, y decidí que quería probar lo que era vivir en un pueblo pequeño de adulto.

-¿No tuviste problemas de adaptación?

-Sólo de lenguaje -repuso él, y sonrió otra vez-. Ahora ya casi sé hablar como un nativo de aquí.

-Er... No es cierto.

-¿Cómo? ¿Estás diciendo que mi acento no es auténtico?

-Supongo que eres un yanqui auténtico intentando imitar el acento sureño.

Y así, sin más, Daisy se encontró una vez más debajo de él. Aquel hombre se movía igual que un gato.

-¿Qué tal soy como yanqui auténtico haciendo el amor a una mujer sureña? -murmuró contra su garganta. Daisy le echó los brazos al cuello.

-Eso lo tienes dominado a la perfección.

Jack giró la cabeza y observó los condones «con sabor a frutas» esparcidos por el suelo.

-No quiero volver a ponerme un condón morado. ¿Qué tal el amarillo? Ése se supone que tiene sabor a plátano, ¿no? Daisy hizo una mueca.

-El amarillo, no, por favor. Exasperado, Jack replicó:

-¿Por qué has comprado condones de colores si no te gustan los colores?

-Es que no tenía la intención de usarlos -contestó ella, parpadeando-. Eran sólo para que se viera. Ya sabes, para que la señora Clud le dijera a sus amigas que los había comprado, y así ellas se lo contaran a otras amigas, y algunos de los hombres solteros del pueblo lo oyeran y se interesaran lo suficiente como para pedirme salir. Pero tú lo echaste todo a perder al darle la impresión de que ambos estábamos liados.

La expresión de la cara de Jack era indescifrable. Tosió, se atragantó ligeramente, y se aclaró la garganta.

-Eso ha sido... muy ingenioso.

-Eso pensé yo. No habría funcionado si los hubiera comprado en Wal-Mart o en una cadena de farmacias, pero Barbara Clud es una de las mayores chismosas del pueblo, y siempre cuenta lo que compran sus clientes. ¿Sabías que el señor McGinnis toma Viagra?

Jack tosió otra vez, pensando en el amable y campechano concejal.

-Er... no, no lo sabía.

-La señora Clud se lo ha contado a todo el mundo. Por eso yo sabía que contaría lo de mis condones.

Jack escondió la cara contra el hombro de ella y respiró hondo. Temblaba ligeramente, y Daisy lo abrazó con más fuerza.

-Vamos, vamos. No es más que la vida de pueblo. Ya te acostumbrarás.

Jack levantó la cabeza y vio el humor brillar en los ojos de Daisy y renunció al intento de reprimir la risa.

-Si alguna vez necesito Viagra, recuérdame que no vaya a comprarla a la farmacia de Clud.

Daisy pensó en la firmeza de la carne que presionaba contra la cara interior de su muslo, y le dijo:

-No creo que vayas a necesitarla muy pronto que digamos. No pensaba que uno pudiera ponerse duro otra vez tan deprisa. Todos los artículos que he leído...

Jack la besó, y ella dejó de hablar para paladear su sabor a miel. Cuando alzó la cabeza tenía los ojos entrecerrados.

-A lo mejor es que estoy inspirado. O provocado. Ella se ofendió al oír aquello.

-Si alguien ha provocado aquí, has sido tú...

-No he sido yo el que ha comprado setenta y dos condones. Daisy guardó silencio por espacio de unos instantes, digiriendo el trasfondo de aquella frase; y entonces su rostro se iluminó con una sonrisa de satisfacción.

-Así que mi plan ha funcionado, ¿no? En cierto modo.

-Ha funcionado -convino él refunfuñando-. No dejé de pensar en el sabor a chicle.

En aquel momento sonó el teléfono. Daisy frunció el ceño; no tenía ganas de hablar por teléfono, sino de jugar con Jack. Dudó tanto tiempo que él le dijo:

-Contesta. Podría ser tu madre, y no nos conviene que vengan aquí a ver si te pasa algo.

Suspiró y se estiró debajo de él para coger el auricular y acercárselo al oído.

-Daisy Minor.

-Hola, cariño. ¿Qué tal te fue la caza anoche? Era Todd, y por lo general la encantaba chismorrear con él, pero no en aquel preciso momento.

-Hubo otra pelea, y me marché temprano. Creo que la próxima vez iré a otro club. -Oh, vaya; no tenía intención de decir aquello delante de Jack. Intencionadamente, se abstuvo de mirarlo.

-Ya preguntaré por ahí para averiguar qué sitios son los mejores. Entonces ¿no tienes nada en perspectiva?

-Todavía no. Sólo conseguí bailar tres canciones. Separó la cabeza del auricular y dijo, como si hablase a otra persona presente en la habitación-: No tardaré. Empieza sin mí.

-Lo siento, cariño. No era mi intención interrumpirte mientras tenías compañía -repuso Todd al instante-. Ya te llamaré luego.

-No, no pasa nada -dijo Daisy sintiéndose culpable por su pequeño engaño, pero sin ganas de hablar por teléfono cuando podía estar haciendo el amor.

-Disfruta de la compañía -dijo él amablemente-. Adiós.

-Adiós -repitió ella, y colgó el teléfono de golpe.

-Así que fingiendo estar acompañada -rió Jack alzándose sobre los codos para poder mirarla-. Muy astuta.

-Es cierto que estoy acompañada. Por ti.

-Pero está claro que no quieres que yo empiece sin ti.

-Claro que no.

-Así que hay otra persona en tu plan para cazar marido. ¿De quién se trata?

-De Todd Lawrence -respondió Daisy al tiempo que acariciaba los brazos y hombros de Jack-. Me ha ayudado con el pelo, el maquillaje y la ropa.

Jack enarcó las cejas.

-Todd.

Si no se equivocaba, su tono encerraba un ligerísimo toque de celos. Daisy estaba emocionada, pero al mismo tiempo se apresuró a decir:

-Oh, pero es homosexual.

-No lo es -replicó Jack, sorprendiéndola. Daisy parpadeó.

-Por supuesto que lo es.

-Si es el Todd Lawrence que yo conozco, que vive en esa gran casa victoriana y es dueño de una tienda de antigüedades en Huntsville, no es homosexual.

-Ése mismo -dijo Daisy frunciendo el ceño-. Pero es claramente homosexual.

-No lo es en absoluto.

-¿Cómo lo sabes?

-Fíate de mí. Lo sé. Y no me importa si ha superado o no la prueba del color bermellón.

-Se le da genial ir de compras -dijo Daisy, defendiendo su postura.

-A mí también se me da genial, si se trata de comprar un coche o una pistola, y cosas así.

-A él se le da genial comprar ropa. Y entiende mucho de accesorios -terminó Daisy en tono triunfante.

-Ahí me has pillado -admitió Jack-. Pero no es homosexual.

-¡Sí lo es! ¿Qué te hace pensar que no? Jack se encogió de hombros.

-Lo he visto con una mujer.

Daisy se quedó sin habla durante unos momentos; luego se le ocurrió la explicación.

-Probablemente iba de compras con ella. Yo soy una mujer, y pasó un día entero conmigo.

-Le tenía metida la lengua hasta la garganta. Daisy lo miró boquiabierta.

-Pero... Pero ¿para qué iba a fingir ser homosexual si no lo es?

-Ni idea. Es capaz de fingir ser de Marte, si quiere. Daisy sacudió la cabeza negativamente, desconcertada.

-Incluso le gusta Barbra Streisand; vi los CD de ella en su dormitorio.

-A los heterosexuales también puede gustarles la Streisand.

-Ya. ¿Qué tipo de música te gusta a ti?

-Creedence Clearwater. Chicago. Three Dog Night. Ya sabes, los clásicos.

Daisy escondió la cara contra el hombro de él y rió. Jack sonrió complacido al oírla.

-Soy un admirador de las canciones de toda la vida. ¿Y tú? No, deja que lo adivine: A ti te gustan los viejos clásicos.

-No es Justo. Has visto mi colección de música en la estantería del salón.

-He estado ahí, cuánto, un minuto, mientras llamabas a tu madre. No he examinado tu colección de música.

-Eres policía. Estás entrenado para observar cosas.

-Oh, vamos. Lo único en que estaba pensando era en meterme dentro de tus bragas.

-¿De qué color es mi sofá?

-Azul con flores grandes. ¿Creías que no me había fijado? Nos hemos tumbado desnudos encima de él. Daisy suspiró de felicidad.

-Ya lo sé.

-Pero tienes razón en una cosa: como soy policía, soy muy observador. Por ejemplo, ¿a qué club piensas ir la próxima vez? «¡Maldición! Se había dado cuenta».

-No sé -respondió ambiguamente-. No lo he decidido.

-Muy bien, pues cuando te decidas, espero que me lo comuniques. -Su tono de voz tenía un filo de dureza que no había percibido nunca-. Lo digo en serio, Daisy. Si vas sola, quiero saber dónde estás.

Ella se mordió el labio inferior. ¿Y si se presentaba dondequiera que estuviera ella y espantaba a todo el que le pidiera bailar? Por otra parte, él tenía razón en lo de la seguridad; tenía que ser inteligente al respecto. Además, se encontraba en una situación difícil, literalmente tendida de espaldas, desnuda, aprisionada contra la cama.

-Prométemelo -insistió él.

-Te lo prometo.

Jack no le preguntó si cumpliría la promesa; sabía que lo haría. Apretó su frente contra la de ella.

-Quiero que estés a salvo -le susurró, y a continuación la besó. Como siempre, un beso llevó a otro, y pronto Daisy terminó aferrada a él, aturdida por la excitación. Enroscó las piernas alrededor de sus caderas, y él la penetró con un gemido y empujó varias veces antes de retirarse de pronto profiriendo un juramento. Se inclinó sobre el borde de la cama y buscó a ciegas un condón.

-Ya no me importa el color que tenga -dijo con la voz ronca. A Daisy tampoco le importaba, ni siquiera miró. Estaba sorprendida ante el hecho de que habían estado a punto de hacer el amor sin protección, de que incluso aquellas pocas acometidas suponían un cierto riesgo. Pero entonces Jack la penetró de nuevo, y ella acudió al encuentro de aquella pasión con la suya propia, exigiendo todo lo que él pudiera darle.

Más tarde, mientras, Daisy dormitaba acurrucada y exhausta contra su costado, él no dejó de comtemplar el techo y de preguntarse qué diablos se traería Todd Lawrence entre manos. Algo estaba pasando que lo ponía nervioso, y no le gustaba nada de nada, sobre todo cuando dicha inquietud tenía que ver con Daisy. Tenía un oído excelente, y Daisy estuvo todo el tiempo tumbada debajo de él, con el auricular a escasos centímetros de

distancia. Había oído todos los detalles de la conversación telefónica. Tal vez fuera simplemente que lo aguijoneaba su instinto de policía, porque nada de lo que había oído podía decir sinceramente que le hubiera sonado sospechoso, pero tenía la impresión de que Daisy estaba siendo guiada hacia determinados locales. Y aquello no le gustaba nada en absoluto.

Desde que habló con Petersen había acudido a bares y locales nocturnos todas las noches excepto los domingos. Había visto un episodio de una posible víctima de las drogas de violadores, precisamente en el Buffalo Club el jueves por la noche, así que regresó el viernes y el sábado para ver si descubría algo. Resultó que la mujer que a lo mejor había sido drogada estaba con dos amigas; Jack las interrogó discretamente, pero no sólo habían permitido que otros hombres las invitasen a una copa, sino que además habían dejado las bebidas en la mesa mientras bailaban o iban al baño, de modo que no había forma de saber si les habían echado droga en el vaso ni cuándo.

Las otras dos mujeres estaban lo bastante sobrias para conducir, lo cual lo hizo sospechar de que la tercera había sido, sin duda, drogada. Las ayudó a llevar a su amiga hasta el coche y les dijo en voz baja que se pasasen por un hospital por si le habían puesto algo en la bebida, y antes de regresar al interior del local vio cómo se marchaban. Todo se había hecho muy discretamente; no provocó ningún tumulto, no se identificó como policía, porque si había un hijo de puta echando GHB o lo que fuera en las bebidas de las mujeres, Jack no quería espantarlo. Se limitó a observar y a tratar de descubrir algo o por lo menos a intervenir si veía a otra mujer que pareciera estar en apuros, y a la mañana siguiente llamó a Petersen para decirle que tal vez tenían un sitio por donde empezar.

La noche anterior se vio interrumpida por la pelea, pero estuvo a punto de parársele el corazón cuando vio a Daisy en la pista de baile. Ella no parecía darse cuenta de cómo atraía las miradas debido al contraste entre su atuendo clásico y la forma de vestir de todas las demás mujeres; la miraban los hombres, y no sólo porque bailara bien. Miraban aquellas piernas y aquellos ojos chispeantes que decían que se lo estaba pasando en grande. Se fijaban en sus pechos y en el modo en que aquel vestido rojo se amoldaba a su figura. Incluso ahora que la tenía desnuda en sus brazos, el solo hecho de pensar en aquellos pechos le hacía la boca agua. Su señorita Daisy estaba bien dotada; no de modo exagerado, pero desde luego muy bien dotada.

Ella deseaba un marido e hijos. Jack no estaba en el mercado buscando esposa, y mucho menos hijos, pero sentía un fuerte escozor que reconoció como puro instinto de posesión masculino al pensar en que ella realmente pudiera conocer a alguien que le gustara de verdad en alguno de aquellos clubes, salir con él, dormir con él y quizá con el tiempo casarse con él. Aquella posibilidad no le gustaba en absoluto. Y cuando cayó en la cuenta de que la había penetrado sin ponerse antes un condón, durante un instante de enajenación continuó empujando, tentado casi más allá de todo control por la idea de entrar dentro de ella. Si la dejara embarazada... bien, se casaría con ella. Habían hecho un trato. Estar casado con la señorita Daisy sería muchísimo más divertido que estar casado con Heather la Lagarta, y mira cuánto tiempo había aguantado aquello.

Supo que tenía un grave problema cuando la idea de casarse no hacía que le entraran ganas de salir corriendo. Contempló el rostro dormido de

Daisy y le acarició suavemente la espalda desnuda. De modo que a lo mejor pasaba del condón y a ver qué pasaba. No, no podía hacerle aquello... a no ser que ella diese muestras de ir en serio con otro, en cuyo caso estaba dispuesto a jugar todo lo sucio que fuera necesario para salir vencedor.

CAPÍTULO 16

El setter inglés correteaba alegremente por entre la hierba, que le llegaba a la altura de la rodilla, haciendo caso omiso de las órdenes que le gritaba su dueño. Era una perrita joven y aquel día era el segundo que salía al campo. La había adiestrado en su patio para que aprendiera a recoger objetos, utilizando diversos cebos, pero por lo general sus instintos cazadores se imponían a las circunstancias. Sin embargo, en el campo su exuberante juventud la dominaba. Había tantos olores interesantes que investigar, los aromas de los pájaros, los ratones, los insectos, las serpientes, cosas que no conocía y a las que quería seguir.

Aquella mañana flotaba en el aire un aroma particularmente especial que la sacó del campo y la llevó al interior del bosque que lo bordeaba. Detrás de ella, su dueño soltó una maldición.

-¡Maldita sea, Lulú, vuelve aquí!

Lulú no obedeció, sino que se limitó a menear la cola y se lanzó hacia unos arbustos bajos donde el olor era más fuerte. Olfateó el suelo agitando su sensible hocico.

Su dueño chilló:

-¡Lulú! ¡Ven aquí, pequeña! ¿Dónde te has metido?

La perrita agitó la cola y comenzó a escarbar.

El hombre vio la cola que se agitaba y luchó por abrirse paso entre la maraña de ramas, zarzas y matorrales que crecían bajo los árboles, maldiciendo a cada paso.

Lulú se fue excitando más a medida que el olor se hacía más intenso. Retrocedió y ladró para mostrar su agitación, y al instante se lanzó de nuevo dentro del arbusto. Su dueño apretó el paso, súbitamente alarmado, porque la perrita casi nunca ladraba.

-¿Qué es, pequeña? ¿Una serpiente? Ven aquí, Lulú, ven.

Lulú agarró algo con los dientes y empezó a tirar de ello. Aquella cosa pesaba mucho y no quería moverse. Escarbó un poco más, haciendo volar la tierra a su espalda.

-¡Lulú! -Su dueño llegó hasta ella y la aferró por el collar para tirar hacia atrás. Llevaba una rama en la mano por si acaso tenía que defenderse de una serpiente de cascabel. Miró fijamente lo que Lulú había desenterrado y retrocedió espantado, tirando de la perrita con él-. ¡Dios mío!

Miró frenético a su alrededor, temiendo que quien hubiera hecho aquello estuviera aguardando. Pero el bosque permaneció en silencio excepto por el murmullo de la brisa en las hojas; él y Lulú habían molestado a los pájaros, y éstos habían desaparecido o bien enmudecido, pero los oyó cantar y silbar a lo lejos. Ningún disparo alteró aquella serenidad, ningún maníaco salió de entre los árboles con un cuchillo para atacarle.

-Vamos, pequeña. Vamos -dijo, atando la correa al collar de la perrita y palmeándola en el flanco-. Lo has hecho muy bien. Vamos a buscar un teléfono.

Temple Nolan contempló el papel que sostenía en la mano, el número de matrícula que llevaba escrito. Sentía el frío dedo del pánico subiéndole por la espalda. Alguien, una mujer, había presenciado la muerte de Mitchell, aunque por lo visto Sykes pensaba que no le había prestado la menor atención o que, al estar oscuro, no había entendido lo que estaba viendo, porque a continuación entró con toda calma en el Buffalo Club.

Prefirió pensar creer que Sykes no se equivocaba, pero las tripas no dejaban de darle vueltas. Lo único que hacía falta era un cabo suelto y alguien que tirara de él para sacar a la luz todo aquel montaje. Sykes debería haberse encargado él mismo de Mitchell, en lugar de llevarse aquel par de patanes para que lo ayudasen. Deberían haber esperado hasta que no se encontrara en un lugar público para echarle el guante. Deberían haber... ¡joder!, deberían haber hecho muchas cosas, pero ya era demasiado tarde, y lo único que podían hacer ahora era contener el daño y esperar que la cosa terminara ahí.

Cogió el teléfono del despacho y marcó la extensión del jefe Russo. Eva Fay contestó al primer timbrazo.

-Eva Fay, soy Temple. ¿Está el jefe? -Siempre utilizaba su nombre de pila. Por un lado, hacía que la gente se mostrara más colaboradora; por otro, aquél era un pueblo pequeño y enseguida correría el rumor de que él se creía mejor que los demás, si insistiera en emplear su cargo. Vivía en una casa grande, era socio del club de campo de Huntsville y también del de Hillsboro, que era una pobre excusa de club, se movía dentro de un círculo muy exclusivo, pero mientras continuara actuando como un buen tipo, lo seguirían reeligiendo.

-Por supuesto, alcalde -respondió Eva Fay.

El jefe cogió el teléfono, y su voz profunda sonó casi como un ladrido.

-Russo.

-Jack, soy Temple. -De nuevo el nombre de pila-. Escucha, cuando venía hacia aquí esta mañana, he visto un coche aparcado en el carril de bomberos, frente a la consulta del doctor Bennet. Me he apuntado el número de la matrícula, pero no quise causar problemas a un posible incauto llamando a un agente para que le pusiera una multa, y he pensado que si me haces el favor de consultar el número de la matrícula y me das el nombre del dueño, le daré un toque por teléfono y le diré que no vuelva a aparcar ahí.

No había nadie que representara mejor que él el papel de buen tipo.

-Claro. Deja que coja un bolígrafo. -El jefe ni siquiera parecía sorprendido. Se estaba acostumbrando a aquel pueblo-. Vale, dispara.

Temple le leyó el número de matrícula.

El jefe Russo dijo:

-No tardaré ni un minuto. ¿Quieres esperar al teléfono?

-Claro.

Cuando la información apareció en la pantalla del ordenador, Jack se la quedó mirando con incredulidad. Permaneció allí sentado por espacio de unos instantes, con el rostro contraído en una dura máscara; después imprimió el contenido de la pantalla y regresó a su despacho con el papel en la mano.

Pero no tomó el auricular del teléfono. Que esperara el alcalde.

El coche estaba registrado a nombre de Dacinda Ann Minor, y la dirección era la misma a la que acababa de mudarse Daisy. El automóvil era un Ford de ocho años, de modo que estaba claro que era el de ella. No sabía que se llamara Dacinda en vez de Daisy, pero, qué diablos, si a él le hubieran puesto el nombre de Dacinda, también se lo habría cambiado por el de Daisy.

No sabía qué estaba ocurriendo, pero sí sabía una cosa: aquel cabrón estaba mintiendo. Su Daisy era capaz de correr desnuda por la plaza antes que aparcar en un carril para bomberos. No sobrepasaba el límite de velocidad, no cruzaba la calle sin mirar, ni siquiera pronunciaba un taco.

Y no sólo eso, sino que tampoco había estado aquella mañana en la consulta del doctor Bennet. Lo sabía porque él mismo había terminado pasando la noche, y ella estaba bien. Radiante. Con una sonrisa enorme en la cara. Tuvo que pasarse por su casa para cambiarse de ropa, pero cuando llegó al despacho vio el coche de Daisy aparcado como siempre detrás de la biblioteca.

Entonces, ¿quién estaba consultando la matrícula de Daisy, y por qué?

Pensó a toda prisa. Podía mentir y decir que era una matrícula robada y pedirle al alcalde una descripción del coche. También podía decirle que era el coche de Daisy y tratar de enterarse de lo que estaba pasando.

Primero Todd Lawrence, y ahora Temple Nolan. Le estaban prestando demasiada atención a una insignificante bibliotecaria, y también eran demasiados los detalles que no tenían sentido. Aquella leve incomodidad se había convertido en un auténtico hormigueo entre los omoplatos.

¿Qué posibilidades había de que cualquier chismorreo sobre Daisy y él hubiera llegado a oídos del alcalde? No se movían en los mismos círculos. Pese a toda su camaradería, el alcalde no se relacionaba mucho con la gente del pueblo. Se ocupaba de los actos oficiales, pero no de mucho más. Se le daba bastante bien el don de gentes que la mayoría de la gente no percibía, o bien atribuían la ausencia del alcalde en determinadas funciones a su esposa, Jennifer, que obviamente se pasaba trompa la mayor parte del tiempo. Jack se había fijado en que el alcalde utilizaba muchas veces a su esposa como una cómoda excusa.

Jack cogió el teléfono y siguió su instinto.

-Siento haber tardado tanto, pero es que hoy el ordenador está lento.

-No pasa nada, no tengo prisa -repuso el alcalde afablemente-. Y bien, ¿quién es el culpable?

-El nombre no me suena en absoluto. Dacinda Ann Minor.

-¿Cómo? -exclamó el alcalde, claramente sorprendido.

-Dacinda Minor... Ah, seguro que se trata de la bibliotecaria. Se apellida Minor. Aunque su nombre de pila no es Dacinda...

-Daisy. -La voz de Temple sonaba como si se estuviera estrangulando-. Todo el mundo la llama Daisy. ¡Dios mío! Ella...

-Supongo que hasta las bibliotecarias pueden aparcar en un lugar prohibido, ¿eh?

-Er... sí.

-¿Quieres que la llame y le eche una bronca? Es una empleada municipal; debería conocer las normas.

-No, ya la llamaré yo -se apresuró a decir el alcalde.

-De acuerdo -dijo Jack, sabiendo que dicha llamada no llegaría a hacerse-. Si puedo ayudarte de nuevo en otra cosa, dímelo, alcalde.

-Por supuesto. Gracias.

Tan pronto como colgó el alcalde, Jack recorrió con un dedo la lista de organismos municipales y localizó el número de la biblioteca, y a continuación lo marcó.

-Biblioteca Pública de Hillsboro -dijo la voz resuelta de Daisy.

-Hola, cariño, ¿cómo estás?

-Muy bien. -Su tono cambió, se hizo más cálido, más íntimo-. ¿Y tú?

-Un poco machacado, pero creo que podré sacar adelante el día. Escucha, me han dicho que han visto tu coche aparcado frente a la consulta del doctor Bennet.

-Se equivocan -replicó ella-. Menudo curandero. Receta pastillas para adelgazar.

Jack garabateó el nombre del doctor Bennet en un cuaderno para acordarse de consultar las recetas que solía prescribir el buen doctor.

-También me han dicho que te llamas Dacinda. ¿Verdadero o falso?

-Hoy te están diciendo muchas cosas. Verdadero, como sabrías si alguna vez te molestases en mirar la lista de empleados municipales. Me pusieron el nombre de la abuela Minor.

-¿Nunca te han llamado Dacinda?

Daisy soltó un bufido muy de señorita.

-Espero que no. Mi madre dice que de pequeña me llamaban Dacey, pero que al cabo de un mes o dos lo cambiaron por Daisy, así que me llamo así desde siempre, que yo recuerde. ¿A qué viene tanta curiosidad por mi nombre?

-Era sólo por darte conversación. Hace mucho que no oigo tu voz.

-Oh, por lo menos hora y media -replicó Daisy.

-A mí me parece más. ¿Vas a ir a comer a casa?

-No, acabo de hablar con tía Jo, y me ha dicho que me ha encontrado un perro. A la hora de comer iré a ver a los dueños; ella ya lo ha arreglado todo. -Su tono estaba teñido de un cierto resentimiento.

Jack se preguntó si Daisy se sentiría la mitad de resentida que él. Pero era importante que tuviera un perro, y él aprovecharía aquel rato para husmear un poco por ahí, tal vez seguir al alcalde para ver adonde iba.

-Escucha, esta noche tengo unas cuantas cosas que comprobar, pero si puedo iré a verte. ¿A qué hora sueles irte a la cama?

-A las diez. Pero tú...

-Si me es posible, pasaré por ahí.

-De acuerdo, pero no tienes por qué...

-Sí -replicó Jack en un tono más grave de lo que pretendía-. Sí tengo.

No tenía por qué ponerse tan serio al respecto, pensó Daisy al colgar el teléfono. No se estaba aferrando a él, exigiéndole su tiempo. Había tenido mucho cuidado de no preguntarle cuándo iba a verlo otra vez, aunque estaba segura de que lo vería. Un hombre no pasaba toda la tarde y la mayor parte de la noche haciéndole el amor a una mujer si en realidad no le gustaba lo que tenían entre ambos.

Una cosa buena que tenía el hecho de vivir en Lassiter Avenue era que nadie se preocupaba de quién pasaba la noche con ella. Como acababa de mudarse, nadie la conocía ni sabía qué coches había normalmente en el camino de entrada. Por primera vez en su vida, no tenía la sensación de estar vigilada por cien pares de ojos. Con Jack se había sentido libre, libre para ser tan desinhibida como le se antojara, para hacer ruido al alcanzar el orgasmo, para estar desnuda en la cocina comiendo mantequilla de cacahuete y galletas para un aporte rápido de energía. Podía proseguir su aventura con él sin que el vecindario entero se fijase a qué hora salía de casa o chasquease la lengua al ver que el coche de Jack había permanecido toda la noche en el camino de entrada.

Con todo, se sentía muy satisfecha con el modo en que estaban saliendo las cosas, aunque uno de los recados que tenía anotados en su lista de hoy era comprar más condones, de los normales, sin sabor. Estuvo tentada de ir a la farmacia de Clud a comprarlos, ¡que Barbara sacara la conclusión que le diera la gana! La reputación de Jack entre las mujeres del pueblo subiría sin duda varios puntos cuando ésta extendiera la noticia de que llevaba usadas seis docenas en una semana.

A la hora del almuerzo, Daisy fue a casa de su madre para recogerla a ella y a tía Jo e ir juntas a casa de Miley Park a recoger el perro.

La señora Park vivía a varios kilómetros de Hillsboro, en una parcela de terreno con un enorme patio cercado en torno a la pequeña casita. Salió a recibirlas sonriente y secándose las manos en el delantal, acompañada de un perdiguero de color dorado que no dejaba de menear la cola y dar saltos junto a su dueña.

-Sadie, siéntate -dijo ella, y el perro se sentó obedientemente, pero sin dejar de agitarse en su ansia por salir al encuentro de los visitantes. La señora Park abrió la cerca y dijo-: Dense prisa, para que pueda cerrar otra vez antes de que vengan.

-¿Quiénes? -inquirió Evelyn al tiempo que se apresuraban a pasar al otro lado de la cerca. La señora Park la cerró rápidamente justo cuando salían de detrás de la casa una maraña de cachorritos dando saltos.

-Estos pequeñajos son más rápidos que un rayo -dijo la señora Park inclinándose para acariciar la cabeza de Sadie-. En cuanto oyen que se abre la cerca, vienen corriendo.

Sadie se levantó para acudir al encuentro de su carnada y hociqueó a cada uno de los cachorros como si estuviera haciendo recuento. Los pequeños no sabían qué hacer primero, si saltar encima de mamá y tratar de conseguir algo de leche o ir a ver quiénes eran las recién llegadas. Saltaban y botaban adelante y atrás, agitando sus colitas con tal intensidad que parecía temblarles todo el cuerpo.

-Oh -exclamó Daisy sin aliento, agachándose sobre la hierba-. ¡Oh!

Eran sólo cinco, pero tan activos que parecían una docena. En cuanto ella se sentó en el suelo, los pequeñuelos decidieron investigarla, y de pronto Daisy se vio asaltada por una tropa de cachorros que se le subían a las piernas y trataban de lamerle la cara, le tiraban del pelo y le mordisqueaban los zapatos.

Tres de ellos eran de color caramelo, y los otros dos de un tono crema tan claro que casi parecía blanco: unas bolitas peludas de ojos brillantes, patas grandes y blandas que parecían demasiado grandes para sus

cuerpecillos y un pelo de bebé tan suave que apetecía hundir las manos en él.

-El jueves cumplirán siete semanas -dijo la señora Park-. Sadie empezó a destetarlos hace quince días; ahora llevan una semana comiendo sólo pienso para cachorros. Ya les hemos puesto la primera vacuna. Fue una visita de lo más divertida al veterinario, puede creerme.

-Son preciosos -dijo Daisy, ya enamorada. Tenía los ojos nublados-. Me los quedo.

Todo el mundo se echó a reír, y entonces se dio cuenta de lo que había dicho.

-Bueno, tal vez sea mejor quedarme sólo con uno -dijo, sonrojándose y riéndose de sí misma.

-No doy a nadie los cachorros de Sadie a menos que esté segura de que van a tener un buen hogar -dijo la señora Park-. Los perros perdigueros son muy activos y necesitan hacer mucho ejercicio. Si no dispone de un lugar seguro donde pueda correr...

-El patio está vallado -se apresuró a decir Daisy, temiendo súbitamente que no le permitieran comprar uno de aquellos adorables cachorritos.

-¿Es un patio grande?

-No es enorme, claro.

-Bueno, bastará para un cachorro; cuando crezca, necesitará más ejercicio que simplemente jugar en un patio pequeño. ¿Podrá llevarlo a dar largos paseos, lanzarle la pelota, llevarlo a nadar?

-Sí -prometió Daisy, dispuesta a comprometerse y a hacer lo que fuera con tal de quedarse el perro.

-Les gusta la compañía de las personas. No, les encanta la compañía de las personas. ¿Habrá alguien en casa que esté con él durante el día, o estaba pensando dejarlo solo en el patio el día entero mientras usted se va a trabajar?

Daisy no había pensado en eso. Dirigió una mirada suplicante a su madre.

-Nosotras podemos quedárnoslo durante el día -dijo Evelyn.

-¿Tienen mucha paciencia? Estos diablillos son capaces de cometer más travesuras de las que cree. Si deja algo tirado por ahí, puede estar segura de que lo morderá, sobre todo mientras esté echando los dientes. Por otra parte, están deseosos de aprender y complacerla, y yo no he tenido nunca ninguno que fuera difícil de adiestrar para vivir en casa.

-Tengo mucha paciencia. -Aquello era cierto, de lo contrario no habría esperado treinta y cuatro años para tener una vida. Tomó un cachorro y rió cuando él empezó a agitar su lengüecilla rosa como loco en su intento de lamerle la cara.

La señora Park sonrió y entrelazó las manos.

-Son cuatrocientos dólares cada uno.

-De acuerdo -respondió Daisy sin pausa. La señora Park podría haberle pedido mil dólares, y probablemente tampoco habría titubeado.

Sadie se acercó a lamer a su cachorro mientras Daisy lo sostenía en brazos, y luego lamió a Daisy. Se acomodó entre sus piernas y al instante se vio inundada por un montón de gordos cachorros que intentaban

introducirse debajo de ella en busca de una teta, pero Sadie había aprendido a protegerse, y los pequeños se vieron frustrados en sus esfuerzos.

-¿Con cuál se queda?

Todas las demás preguntas habían sido fáciles, pero ésta resultó penosa. Se los quedó mirando fijamente, tratando de decidirse.

-Hay tres machos y dos hembras…

-No, no me lo diga -dijo Daisy-. Quiero escogerlo por su personalidad, no por su sexo.

De modo que se quedó sentada mientras los cachorros jugaban a su alrededor y se le subían encima. En eso, uno de los de color crema bostezó abriendo mucho la boquita, y sus ojos oscuros de pestañas absurdamente largas comenzaron a cerrarse. Se le subió torpemente a la pierna y dio vueltas hasta que encontró una postura cómoda sobre su regazo, y a continuación se instaló a dormir formando una bolita. -Bueno, pues ya he elegido -dijo Daisy cogiendo el cachorro y acunándolo en sus brazos.

-Ése es uno de los machos. Cuide bien de él. Ya la llamaré para preguntarle qué tal le va, y tráigalo de vez en cuando para que vea a Sadie, a la hora que quiera. Voy por los formularios que debe rellenar para registrarlo.

-¿Qué nombre vas a ponerle? -preguntó Evelyn mientras conducían de vuelta al pueblo. Jo conducía, mientras Daisy iba sentada en el asiento de atrás con el cachorro dormido en brazos.

-Tengo que pensarlo. Si hay que guiarse por el tamaño de estas patas, va a ser un perro enorme, así que quiero algo que sea macho y duro.

Jo soltó un resoplido.

-Ya parece macho y duro. Le pega un nombre como Peludín.

-No siempre será peludo. -Daisy sintió tristeza al pensar que crecería y dejaría de ser cachorro. Acarició su cabecita y de pronto comprendió la enorme responsabilidad que acaba de asumir-. ¡Santo cielo, no he comprado nada! Tendremos que parar en Wal-Mart para comprar comida de cachorro, platos para la comida y el agua, juguetes, una camita y almohadillas para adiestrarlo. ¿Me olvido de algo?

-De comprar el doble de todo -dijo Evelyn-, porque durante el día lo vamos a tener nosotras. No tiene sentido andar llevando esas cosas de un lado para otro.

-Voy a llegar tarde a la biblioteca -dijo Daisy, y por primera vez no le importó. Tenía un amante y un perro; ¿se podía pedir algo más?

CAPÍTULO 17

Temple Nolan estaba más que sorprendido al descubrir que el número de matrícula pertenecía a Daisy Minor. No podía creerlo. Sykes había dicho claramente que se trataba de una mujer rubia, y Daisy tenía el pelo castaño. Además, dudaba que ella hubiera visto alguna vez el interior de un local nocturno; era el perfecto estereotipo de la vieja solterona de pueblo que se pasaba la vida entera en casa, que adoraban los niños del barrio porque les daba los mejores dulces en Halloween y que acudía a la iglesia tres veces por semana.

Pero entonces lo asaltó un vago recuerdo, un retazo de una conversación entre dos funcionarios municipales que había captado al pasar por delante de ellos en el vestíbulo, acerca de que Daisy estaba pasando una nueva hoja o que estaba cambiando los pétalos, algo referido a la horticultura. A lo mejor Daisy había intentado salir un poco. Pero aun así parecía, tan impropio de ella que Temple no terminaba de creérselo, aunque merecía la pena comprobarlo.

Podía haber preguntado a Nadine, su secretaria, si había oído algún chismorreo acerca de Daisy, pero aquella gélida sensación de miedo lo había vuelto más cauteloso. Si Daisy era en verdad la mujer que había visto Sykes, Temple no quería que Nadine recordara que él le había hecho preguntas al respecto justo antes de que apareciera muerta o desapareciera, fuera lo que fuera lo que organizara Sykes. Así que le dijo a Nadine que pensaba ausentarse unos minutos y se acercó a la biblioteca. Ni siquiera tuvo que entrar; miró por el cristal de la puerta y allí la vio, sentada detrás del mostrador de recepción, con la cabeza inclinada sobre unos papeles... una cabeza rubia. Daisy se había aclarado el pelo.

Sintió un profundo malestar en el estómago. Regresó andando a su oficina, con la cabeza gacha. Al entrar, Nadine le dijo alarmada:

-Alcalde, ¿se encuentra bien? Está pálido.

-Me duele el estómago -contestó él, diciendo la verdad-. Creí que me vendría bien tomar un poco de aire fresco.

-Tal vez debiera irse a casa -dijo su secretaria con gesto de preocupación. Nadine era la típica mujer maternal, siempre cuidando de sus nietos, y tendía a dar más consejos médicos que los doctores que había en el pueblo.

Tenía previsto almorzar con el alcalde de Scottsboro, así que negó con la cabeza.

-No es más que un poco de indigestión. Esta mañana me he tomado un zumo de naranja.

-Ahí está la razón -dijo Nadine al tiempo que abría un cajón del escritorio y sacaba un frasco-. Tenga, tómese un Maalox.

Él aceptó mansamente dos tabletas y las masticó obediente.

-Gracias -dijo, y volvió a su despacho. Uno de aquellos días Nadine le diagnosticaría una indigestión a alguien que estuviera sufriendo realmente

un ataque al corazón, pero por lo menos en su caso sabía exactamente por qué tenía el estómago revuelto.

Se cercioró de que su puerta estuviera bien cerrada y a continuación fue hasta su teléfono particular y llamó a Sykes. Había que hacer... lo que había que hacer.

Jack tomó prestada una camioneta de uno de sus agentes, se quitó la corbata, se puso unas gafas de sol y una gorra con visera y siguió al alcalde a su almuerzo con el alcalde de Scottsboro. No vio nada sospechoso, pero eso no le sirvió para relajarse. No podía relajarse en lo que concernía a Daisy. Todos sus instintos, agudizados como púas tras varios años desempeñando un trabajo peligroso, estaban alerta y rastreando en busca de un objetivo.

Daisy, por supuesto, era ajena a la tormenta que él percibía a su alrededor. Una de las cosas que más le gustaban de ella era la absoluta visión positiva que tenía de las cosas; no era ceguera ante la maldad, sino simplemente una aceptación de que aunque no todo era maravilloso la mayoría de las cosas sí lo eran. No había más que fijarse en su actitud hacia Barbara Clud, aquella chismosa, su aceptación de su manera de ser, de modo que si ibas a su farmacia, tenías que contar con que ella le explicase a todo el mundo lo que habías comprado. Sin embargo, en aquel momento Jack se habría sentido mejor si Daisy hubiera sido más suspicaz; tal vez eso la habría vuelto un poco más precavida. Por lo menos iba a comprarse un perro que la protegiera. Aunque él no pudiera estar allí por las noches, al menos contaría con un sistema de alarma de dientes bien afilados.

Después de almorzar, el alcalde regresó a Hillsboro. Jack entró un momento en su oficina para preguntarle a Eva Fay si había algo y acto seguido fue en coche hasta Huntsville y localizó la tienda de antigüedades de Todd Lawrence, que se llamaba sencillamente *Lawrence's,* nada presumido. Una vez allí, entró sin quitarse la gorra, y, a juzgar por la mirada de frialdad que le dirigió el dependiente, seguro que lo etiquetó de elefante entrando en una cacharrería.

Éste era de mediana edad y estatura media, y le resultó inquietantemente familiar. Jack rara vez olvidaba una cara; era el resultado de años de estudiar a todo el que lo rodeaba. Aquel hombre había estado en el Buffalo Club; de hecho, si no se equivocaba, había bailado con Daisy aquella primera noche. Sus sospechas iban aumentando por momentos.

-¿Está el señor Lawrence?

-Lo siento, en este momento está ocupado -dijo el vendedor en tono almibarado-. ¿En qué puedo servirle?

-En nada. -Jack extrajo su placa identificativa y la abrió-. El señor Lawrence. Ahora mismo. Y usted también tendrá que participar.

El dependiente tomó la placa identificativa y la estudió, después se la devolvió con frialdad.

-Jefe del Departamento de Policía de Hillsboro -dijo en tono sarcástico-. Impresionante.

-No tan impresionante como un brazo roto, pero qué diablos, haré lo que sea necesario.

Una sonrisa nada colaboradora se dibujó en la boca del dependiente.

-Y duro, además. -Cambió el peso de una pierna a la otra, cosa que hizo que Jack agudizase la mirada.

-Éste, de dependiente, nada -musitó-. Esto tiene que ver con Daisy Minor.

Hubo otro cambio de expresión, una especie de triste resignación. El dependiente suspiró y dijo:

-Mierda. Todd está en su despacho.

Todd levantó la vista cuando Jack y el dependiente entraron en el pequeño despacho privado. Alzó las cejas al reconocer a Jack, y dirigió al otro hombre una breve mirada interrogante antes de adoptar la actitud de afable hombre de negocios levantándose de la silla y extendiendo la mano.

-El jefe Russo, ¿verdad? Por un segundo me ha despistado la gorra. -Observó con gesto burlón la gorra verde que llevaba el logo de John Deere en amarillo-. Qué... retro.

Jack le estrechó la mano y dijo en tono amigable:

-Qué montón de mierda. ¿Por qué no nos sentamos todos, y usted y este dependiente experto en artes marciales que tiene me dicen si estoy equivocado al suponer que usted no está enviando a Daisy a determinados bares y locales nocturnos, y que Bruce Lee no la está siguiendo para... ¿para qué? ¿Para pillarla haciendo algo ilegal? No me parece probable.

-Me llamo Howard -replicó el dependiente con una amplia sonrisa-. No Bruce.

Todd juntó las yemas de los dedos y se tocó con ellos los labios mientras contemplaba a Jack.

-Mire, no sé de qué me está hablando.

-Muy bien. -Jack no tenía tiempo para andarse con rodeos-. Entonces hablemos de qué motivos puede tener un hombre heterosexual para intentar convencer a todo el mundo de que es marica, y de lo que ocurriría si yo descubriera el pastel.

Todd soltó una leve carcajada.

-Ahora sí que se está pasando de rosca, jefe Russo.

-¿Usted cree? Verá, cuando me trasladé a vivir aquí me paseé por todas partes, para aprenderme las carreteras y el entorno, de modo que estuve en muchos sitios en los que normalmente uno no espera encontrarse con el jefe de policía de Hillsboro. También me fijé mucho en los habitantes de Hillsboro, preguntando quiénes eran y quedándome con sus caras, así que lo conocía a usted de vista.

-¿Adonde quiere ir a parar?

-A que, si está fingiendo ser marica, cuando vaya a un motel con una mujer no debería entrar en la habitación al mismo tiempo que ella, y desde luego no debería comérsela a bocados mientras todavía está intentando introducir la llave en la cerradura. Eso destrozaría su imagen. ¿Quiere que le describa a su amiguita?

-Sí -respondió Howard fascinado.

-No importa -dijo Todd con el semblante súbitamente impasible-. Está usted saliéndose del tema, jefe Russo.

-¿Verdad que sí? -convino Jack-. Volvamos a mi pregunta del principio: ¿Qué diablos está haciendo con Daisy?

-Puedo decirle lo que estoy haciendo yo -terció Howard-. Intento cerciorarme de que nadie le haga daño. Los locales nocturnos pueden resultar peligrosos para las mujeres.

-Entonces, ¿por qué la envían a ellos? Es como meter a una gatita en la jaula de un oso.

-Habla usted como si ella fuera una criatura desvalida. Es una mujer inteligente y observadora que sólo desea bailar y conocer hombres.

-Teniendo en cuenta lo que hay en los bares hoy en día, hasta las mujeres inteligentes terminan siendo violadas, quizá por un solo hombre, quizá por todos su amigotes también, y eso si tiene suerte y no acaba muerta. ¿Ya le ha dicho a Daisy que no se deje invitar a una copa por nadie? ¿O la ha advertido del peligro de dejar la bebida sobre la mesa mientras está bailando? Howard lanzó un suspiro.

-Ahí es donde intervengo yo. La vigilo, me fijo en si alguien le echa algo en el vaso.

-Y nunca le quita el ojo de encima, ¿no? Usted nunca va al baño ni la pierde de vista entre la gente.

. -Hago lo que puedo.

-Eso no es suficiente, sobre todo cuando la está utilizando como cebo para tiburones. -Dirigió una mirada penetrante a Todd-. Así que vamos a empezar a hablar de ciertos detalles, y más vale que resulten interesantes, o de lo contrario esta usted acabado. Todd se frotó la mandíbula.

-Esa amenaza suele funcionar al revés.

Jack se limitó a esperar. Ya había dejado claras sus intenciones, y en lo que a Daisy concernía, no pensaba retroceder ni negociar. Su seguridad era demasiado importante.

Todd estudió la expresión del policía y comprendió su determinación.

-Es personal, la razón por la que he estado... trabajando con Daisy.

Jack dijo con suavidad:

-Yo me estoy tomando todo esto de manera personal.

-Así que se ha encaprichado de ella, ¿eh? -Todd sonrió-. Ya sabía yo que, con sólo un poco que se arreglase, iba a hacer volver la cabeza a muchos. Lo único que necesitaba era un poco de impulso a su autoestima. Es verdaderamente encantadora, con esa chispa que tiene en los ojos, igual que un niño en una montaña rusa. Estaba seguro de que lo único que necesitaba para atraer a los hombres era ponerse ropa que la favoreciera.

-Atengámonos a los hechos -masculló Jack.

-Muy bien, he aquí el resumen: Una amiga mía fue al Buffalo Club con otro par de amigas. Estaba deprimida, no tenía ganas de bailar. Mientras sus amigas bailaban, se le acercó un tipo y le ofreció invitarla a una copa. Como estaba deprimida, aceptó. Lo último que recordó fue que tenía mucho sueño. A la mañana siguiente se despertó en su propia cama, desnuda, sola, y era obvio que había sucedido algo. La habían violado y sodomizado. Hizo lo más inteligente: no se duchó, llamó a la policía y acudió al hospital.

»A *juzgar* por las pruebas que hallaron, la habían violado como mínimo seis hombres distintos. Ella tenía sólo un vago recuerdo del tipo que la invitó a la copa. Los policías no tenían nada por donde empezar excepto unas cuantas huellas borrosas que encontraron en el apartamento, ninguna de las cuales figuraba en sus archivos, de modo que carecían de pistas. Un

callejón sin salida. Un delito imposible de resolver, a menos que atrapen a uno de esos cabrones por violar a otra mujer y su ADN coincida con el encontrado en las muestras de semen.

Era una historia de sobras conocida. Los casos de violaciones eran difíciles de perseguir incluso cuando la víctima conocía a su atacante, y si la violación la había cometido una persona de la que la víctima no se acordaba debido a los efectos de la droga, pillar a aquellos hijos de puta resultaba casi imposible.

Los dientes le rechinaban de rabia.

-Así que decidieron atraparlos ustedes mismos, utilizando a Daisy como cebo. ¿Y no creen que una mujer policía entrenada para situaciones como ésa lo habría hecho mejor?

-Claro, excepto que no se estaban encargando. Presupuesto limitado, caso de escasa prioridad. Ya sabe usted cómo funciona. Hay demasiados delitos y poco dinero, pocos agentes, pocos calabozos. Cada departamento de policía debe sentar sus prioridades.

-Me están entrando ganas de pegarle un puñetazo -dijo Jack controlando con esfuerzo el tono de voz-. Y podría hacerlo, a pesar de que esté aquí Howard. ¿Qué pensaban hacer si algún capullo drogaba a Daisy? ¿Vigilarle y pegarle un tiro en el aparcamiento?

-No está mal la idea.

-¿Y qué posibilidades tenían de que se tratara siquiera del mismo tipo? Ahí fuera hay un mcmtón de mierda igual que él.

-Ya sé que sería difícil acertar. Pero por algo hay que empezar. Una persona con la que habla, que deja caer unos cuantos nombres, esos nombres dejan caer otros nombres. -Todd estiró las manos sobre la mesa y miró fijamente a los dos hombres con el semblante severo-. Y aún hay más. Mi amiga era la misma mujer con la que usted me vio ese día. Estaba en el Buffalo Club porque nos habíamos peleado. Quería casarse, y yo le dije que no podía por... otros motivos.

-Como la misión en la que está trabajando.

Todd levantó la vista rápidamente hacia Jack.

-Exacto -dijo inexpresivo-. Como la misión en la que estoy. Además, el matrimonio es un paso muy importante. Me alegré de tener la misión como excusa. Estaba loco por ella, pero... diablos, se me quedaron los pies fríos. Por eso estaba ella en el club.

Jack asintió, pensando que ya tenía la situación clara. Las relaciones normales ya eran bastante difíciles; después de que aquella mujer fuera violada, era comprensible que le costara volver a fiarse de los hombres o disfrutar del sexo.

-¿Acudió a terapia?

-Durante un tiempo. Pero no le sirvió de nada. Se suicidó.

Aquellas duras palabras cayeron como un plomo. El rostro y los ojos de Todd quedaron desprovistos de toda expresión.

Howard soltó un juramento.

-Dios santo... Sólo me contaste que habían violado a una amiga tuya. Dios, lo siento de veras.

-Sí, yo también lo siento -dijo Jack-. Está dolorido, se siente culpable, y por eso le ha preparado a Daisy exactamente lo mismo que le ocurrió a la mujer que usted amaba. Jodido cabrón, cuánto me gustaría matarlo.

Sus puños cerrados temblaban, deseosos de hacerlo.

-No se exceda en simpatía, Russo -dijo Howard en tono sarcástico.

Todd consiguió esbozar una débil sonrisa, aunque carente de todo humor.

-Ha sido bien rápido. Se ha enamorado de ella, por eso se muestra tan vehemente.

-Daisy no se merece que la utilicen de ese modo. Jack no hizo caso del comentario de que estaba enamorado. Lo estuviera o no, era algo que tendría que dilucidar él; lo que estaba claro era que se preocupaba por ella y que estaba dispuesto a hacer lo que fuera preciso para protegerla. Y eso quería decir emplear los medios que fueran necesarios, con las armas de que dispusiera. Allí estaba pasando algo más, algo en lo que no estaban implicados aquellos dos. Estando solo, se vería muy apurado para cubrir todas las bases, pero comprendió que ahora contaba con ayuda.

-Hay algo más que concierne a Daisy, algo que no entiendo pero que me está poniendo muy nervioso.

Los ojos de Todd recobraron ligeramente la expresividad.

-¿El qué?

-Esa misión en la que está trabajando... ¿Es usted federal, local o privado?

Todd y Howard intercambiaron una mirada *rápida.*

-Federal. Tiene que ver con un fraude interestatal.

-Bien. No necesito más detalles. Sólo necesito que me ayude, y quería saber en qué nivel voy a moverme.

-No podemos comprometer este montaje...

-No será necesario que lo comprometa. Esta mañana ha ocurrido algo peculiar. Me llamó el alcalde para pedirme que consultara un número de matrícula de un coche que dijo haber visto aparcado en el carril de bomberos frente a la consulta de un médico. Me largó el típico discurso pueblerino, que no había llamado a un patrullero para que le pusiera una multa porque no deseaba molestar a una persona que estaba enferma...

-Ya, sí, Temple Nolan y su gran corazón -murmuró Todd.

-Así que consulté el número de matrícula, y era el de Daisy. Y lo más curioso es que aparte de que ella no aparcaría jamás en un carril de bomberos, tampoco había ido a la consulta del médico. Lo sé. De modo que el alcalde mintió respecto de dónde había obtenido la matrícula. Si hubiera visto el coche él mismo, sabría que era el de Daisy. Era otra persona la que quería averiguar a quién pertenecía ese coche.

-Puede que fuera alguien que estuvo en el Buffalo Club, que la vio y sintió interés, y quiso saber dónde vivía y cómo ponerse en contacto con ella.

-¿Alguien que pensó que Daisy no iba a regresar nunca al club y que aquélla era la única forma de encontrarla? ¿Alguien que por casualidad también conoce al alcalde?

-De acuerdo, era una idea muy pobre. ¿Tiene usted otra mejor?

-No, lo único que tengo es el vello de la nuca, que se me está empezando a poner de punta.

-Para mí ya es suficiente -dijo Howard-. Por su acento, veo que no es de por aquí, pero no acabo de situarlo. Usted no es sólo un jefe de policía de pueblo. ¿De dónde viene?

-De Operaciones Especiales, en Chicago y Nueva York.

-Seguro que ese vello que tiene en la nuca ha visto bastante acción.

-Mi vello nunca se equivoca.

-¿Y qué quiere que hagamos nosotros? -preguntó Todd-. No hay ninguna pista que seguir, ninguna dirección.

-De momento. Por ahora, sólo quiero asegurarme de que ella está a salvo. La buena noticia es que la dirección que figura en el registro es la de su madre. En este momento no existen datos oficiales de su domicilio auténtico, a no ser que alguien disponga de los medios necesarios para averiguarlo a través de los recibos de la luz o el agua..., como es el caso del alcalde, pero si no sabe que Daisy se ha mudado, no tendrá motivo alguno para preguntar.

-¿Puede introducirse en los archivos y extraer esa información?

-Los recibos del agua están informatizados. Yo no soy ningún experto en informática, así que no sé meterme en el sistema desde fuera, pero puede que lo consiga desde dentro. ¿Y las compañías del teléfono y de la electricidad?

-Veré qué puedo hacer para bloquear esa información -dijo Todd-. Además, es necesario que el número de Daisy no figure en la lista, para que no pueda obtenerlo ningún tipejo llamando a información.

-Ya solucionaré eso -dijo Jack-. No sé qué estoy buscando, no sé qué razones puede tener alguien para perseguir a Daisy, y hasta que lo sepa, quiero levantar un escudo a su alrededor.

-Llevamos ya un par de años trabajando en crear un escenario. Si la cosa se complica, Howard y yo estaremos ocupados y no podremos prestarle ayuda. Ya sabe cómo funciona esto. Pero hasta que surja el caso, haremos lo que podemos para ayudar. -Todd tamborileó con los dedos sobre la mesa-. De manera extraoficial, por supuesto.

-Por supuesto. Será sólo una colaboración entre amigos.

CAPÍTULO 18

Jack regresó a Hillsboro, devolvió la camioneta a su dueño, comprobó que Daisy se encontraba a salvo en la biblioteca y ocupó el resto del día en resolver la miríada de detalles que surgían a diario en un departamento de policía, aunque fuera uno pequeño. Salió de la oficina a la hora acostumbrada, fue a casa, cortó el césped para hacer un poco de tiempo, entró a darse una ducha y después llamó al teléfono de la oficina para cerciorarse de que Eva Fay se había ido a casa. A veces tenía la sensación que la secretaria se pasaba la noche allí, porque siempre estaba cuando llegaba él por la mañana, y por muy tarde que se marchara él, allí estaba ella. Como secretaria, resultaba bastante intimidatoria. Era tan buena en su trabajo que le habría encantado que la trasladaran a Nueva York, a ver qué milagro era capaz de hacer con algunos de los distritos de aquella ciudad.

No hubo respuesta en la oficina, de modo que podía regresar con plena seguridad. El coche lo tenía en el camino de entrada, a la vista de cualquiera que mirase. Dejó una luz encendida en la cocina, una lámpara en el dormitorio del piso de arriba y otra en el cuarto de estar. La televisión emitía un ruido de fondo, por si alguien se ponía a escuchar. No había razón alguna para que nadie vigilara su casa, al menos mientras el que iba detrás de Daisy no se enterase de su relación con ella, pero no deseaba correr riesgos.

Al anochecer, cogió unas cuantas cosas que pensó que podría necesitar y se las guardó en los bolsillos. Vestido con vaqueros, una camiseta negra y otra gorra -ésta *de* color negro liso-, salió por la puerta trasera y fue andando hasta el departamento de policía. A aquella hora del día casi todo el mundo se había retirado a su casa, una vez terminadas las tareas domésticas y acabada la cena, y sentado delante de la televisión. Oyó las agudas risas de algunos crios que cazaban luciérnagas, pero eso era en la otra calle. Tal vez hubiera algunos vecinos sentados en el porche delantero, disfrutando del aire fresco ahora que ya no hacía tanto calor, pero él sabía que en la penumbra del anochecer resultaría casi irreconocible.

Su sargento de recepción del segundo turno, Scott Wylie, levantó la vista sorprendido al ver entrar a Jack por la puerta de atrás, que era por donde entraban todos los agentes. Era una noche tranquila, no había nadie en la comisaría, por eso Wylie ni siquiera intentó esconder la revista de pesca que estaba leyendo. Jack había ascendido por el escalafón, así que sabía bien lo que era trabajar en turnos largos y aburridos, y nunca echaba broncas a sus hombres acerca de lo que leían. -¡Jefe! ¿Sucede algo? Jack sonrió.

-Se me ha ocurrido pasar aquí la noche para averiguar a qué hora viene a trabajar Eva Fay.

El sargento se echó a reír.

-Buena suerte. Eva Fay tiene un sexto sentido para esas cosas; es probable que llame para decir que está enferma.

-Voy a estar un rato en mi despacho organizando papeles. Iba a hacerlo mañana, pero me ha surgido otra cosa.

-Muy bien.

Wylie volvió a su revista y Jack atravesó las puertas de cristal para pasar a la zona de oficinas del edificio. El departamento de policía constaba de dos plantas y estaba construido en forma de una L mirando hacia atrás, con las oficinas situadas en el tramo corto de la L que daba a la calle, mientras que las taquillas y las duchas de los agentes, junto con las salas de pruebas, administración e interrogatorio se encontraban en el primer piso del tramo largo de la L. Las celdas estaban en la planta más alta.

El despacho de Jack se encontraba en la segunda planta, frente a la calle. Entró y encendió la lámpara de su mesa, esparció unos papeles para que pareciera que había estado trabajando -sólo por si aparecía alguien, cosa que dudaba- y acto seguido sacó una llave del cajón y bajó sin hacer ruido al sótano, donde había un corto túnel que unía el departamento de policía con el ayuntamiento. El túnel se utilizaba para transportar presos del calabozo al tribunal para juzgarlos, y estaba cerrado con llave por ambos extremos. Jack tenía una llave, el sargento de recepción otra, y el ayudante del alcalde otra más, pero a éste último se la quitaron cuando se descubrió que se dedicaba a proporcionar visitas turísticas de aquel lugar a sus novias.

Abrió la puerta situada en el lado del departamento de policía y cuando estuvo en el túnel volvió a cerrarla, una vez más, sólo por si acaso. Aquel sitio estaba oscuro como una tumba, pero llevaba una linterna de bolsillo que arrojaba un delgado haz de luz muy potente. Abrió la puerta del otro extremo pero no volvió a cerrarla, porque se suponía que en el ayuntamiento no había nadie después de las cinco de la tarde. El sótano se hallaba silencioso y oscuro, tal como debía estar.

Subió las escaleras sin hacer ruido; la puerta de arriba no tenía cerradura. La abrió con suavidad, se detuvo a escuchar, y después acercó un ojo a la rendija y buscó luz donde no debería haberla. Nada. Aquel lugar estaba vacío.

Ya más relajado, abrió la frágil cerradura de la puerta del departamento de aguas -la ciudad necesitaba de verdad cambiar aquellas cerraduras, ya que tardó sólo unos segundos en entrar- y arrancó el ordenador. El sistema no estaba protegido por una contraseña, porque no se hallaba conectado a la red. Fue a «Programas», buscó «Facturación» y abrió el archivo. Agradeció profundamente que fueran tan ordenados, todo estaba relacionado con referencias entre números de cuenta y nombres propios. No tuvo más que buscar el nombre de Daisy, hacer clic, cambiar el domicilio de ella por el de él, salvar el cambio y cerrar el archivo. Bingo.

Una vez cumplida la misión, salió del sistema operativo y apagó el ordenador, volvió a cerrar la puerta con llave al salir, y por último se dirigió escaleras arriba al despacho del alcalde. No tenía ni idea de lo que estaba buscando, pero quería echar una ojeada.

Al igual que su propio despacho, el del alcalde tenía dos entradas: una a través del puesto de Nadine, situado fuera, y otra por una puerta privada y sin cartel que se encontraba un poco más adelante en el pasillo. Ahí las cerraduras eran mucho mejores que las del departamento de aguas.

Jack decidió utilizar la puerta de Nadine, basándose en la teoría de que ella podría pensar que se la había dejado abierta sin darse cuenta. Repitiendo el proceso que había empleado en el departamento de aguas, extrajo un pequeño juego de puntas y ganzúas de su bolsillo y a continuación se puso la linterna en la boca, se agachó en cuclillas y empezó

a trabajar. Se le daba muy bien *forzar* cerraduras, aunque, desde que se mudó a Hillsboro, no se había visto en la necesidad de forzar ninguna. Cuando le preguntaban por su formación en Operaciones Especiales o por la acción que *había* presenciado, nunca le preguntaban por ninguna preparación especializada que hubiera recibido además de la convencional. Siempre le quitaba importancia a la parte de la acción -diablos, no era un Rambo, no lo era ninguno de ellos, aunque siempre había unos cuantos que se perdían en la mística de la profesión- y se guardaba para sus adentros parte del entrenamiento, porque le *parecía,* más inteligente reservarse algo para sí.

La cerradura cedió en unos treinta segundos. Los ciudadanos normales se alarmarían si vieran lo fácil que era abrir una puerta cerrada con llave; *creían* que lo único que había que hacer era girar la llave, y ya estaban a salvo. Por desgracia, las únicas personas de las que estaban a salvo eran las que obedecían las leyes y respetaban las puertas cerradas. Un maleante rompería una ventana o daría una patada a la puerta; Jack sabía que incluso se metían por debajo de las casas y serraban agujeros en el suelo. Los sistemas de alarma y las barras contra ladrones estaban bien, pero cuando alguien se empeñaba en entrar, encontraba el modo de hacerlo.

Él mismo, sin ir más lejos, allanando el despacho del alcalde. Jack sonrió al *cruzar* en silencio frente al puesto de Nadine, con la linterna enfocada hacia abajo para que no se viera el haz de luz por las ventanas, y probó la puerta que daba al despacho del alcalde. No estaba cerrada con llave; eso podía significar una de tres cosas: que Temple no tenía nada que ocultar, que era lo bastante descuidado como para no merecer vivir, o que se había cerciorado de que allí no hubiera nada sospechoso que ver. Jack abrigó la esperanza de que fuera la primera de las tres alternativas, aunque en el fondo pensaba que era la tercera. Trabajando rápido pero de modo sistemático, examinó la papelera y encontró uno arrugado con el número de la matrícula de Daisy escrito a mano, pero nada más de interés. Estiró el papel; era una hoja del cuaderno que llevaba el nombre de Temple Nolan impreso en la cabecera, el mismo cuaderno que descansaba ahora sobre la mesa. Así pues, dedujo que el alcalde se encontraba en su despacho cuando alguien lo llamó para pedirle que consultara aquel número de matrícula.

Una rápida inspección del escritorio del alcalde no arrojó ningún resultado. Examinó el despacho, pero no había archivadores, sólo muebles. Todos los archivos estaban en el puesto de Nadine. Sin embargo, sobre el escritorio de Temple había dos teléfonos. Uno era el de la oficina, con una lista de extensiones al lado; el otro tenía que ser una línea privada, para que Temple pudiera hacer y recibir llamadas sin que lo supiera Nadine.

Era una probabilidad muy remota, pero Jack se sacó una diminuta grabadora del bolsillo, pulsó el botón de «Rellamada» del teléfono privado y luego sostuvo la grabadora delante del auricular, grabó los tonos y colgó a toda prisa. Tenía un amigo que era *capaz* de escuchar los tonos y decir qué número se había marcado. A continuación marcó ""69 y anotó el número que le proporcionó el ordenador. No era una centralita local, así que la última llamada que había recibido Temple no fue de su esposa para preguntarle a qué hora iba a ir a cenar. Jack arrancó unas cuantas páginas más del cuaderno para asegurarse de que no quedase ninguna marca de lo que había escrito, hizo una bola con ellas y las tiró a la papelera. Ésta se vaciaría antes de que Nolan llegase al trabajo, aunque no era probable que el alcalde revisara su propia basura, teniendo en cuenta que no contenía nada

interesante excepto el número de matrícula de Daisy, que también devolvió a la papelera.

Aquello era todo lo que podía hacer de momento. Sacó un pañuelo y limpió con cuidado todas las superficies que había tocado antes de salir de nuevo a través del puesto de Nadine. Regresó al túnel del sótano y subió a su despacho, donde volvió a ordenar todos los papeles que había esparcido por su escritorio para que Eva Fay no se diera cuenta de que había estado allí en su ausencia, apagó la luz y cerró con llave. Todo quedó tal como se lo había encontrado.

Salió por la parte de atrás. Había un poco más de ajetreo que antes; un agente había traído a un conductor borracho, un tipo grandullón que medía como uno noventa y cinco y pesaría unos ciento cincuenta kilos. Cuando Jack apareció en la puerta, tanto el sargento Wylie como el agente lo miraron, momentáneamente distraídos, y el borracho vio la oportunidad de escapar. Arremetió contra el agente embistiéndolo con el hombro y lo lanzó por los aires; a continuación agachó la cabeza y cargó directamente contra el estómago de Wylie.

Hacía bastante tiempo que Jack no veía un poco de acción. Lanzando un grito de alegría, se unió a la *melée.*

Hizo falta la fuerza de los tres para someter al grandullón, y tuvieron que recurrir a emplear cierta brutalidad para dominarlo. Menos mal que el tipo estaba esposado, de lo contrario alguien habría resultado herido. Una vez que lo tuvieron en el suelo y atado de pies y manos, el sargento Wylie se tocó las costillas e hizo una mueca de dolor.

-¿Tiene algo roto? -le preguntó Jack limpiándose la sangre de la nariz.

-Creo que no. Sólo contusionado. Pero hizo otro gesto de dolor al tocarse. -Vaya a que lo examinen. Ya me encargo yo de esto. El agente, Enoch Stanfield, tenía un labio hinchado y un ojo que se le estaba inflamando por momentos. Temblaba ligeramente debido a la sobrecarga de adrenalina mientras empapaba el pañuelo en agua y se lo aplicaba sobre el ojo.

-Dios, me encanta este trabajo -dijo con un hilo de voz-. En ningún otro sitio tendría la oportunidad de divertirme todos los días. -Miró a Jack-. Daba usted la impresión de pasarlo bien, jefe.

Jack contempló al descomunal borracho, que se había quedado dormido casi en cuanto lo ataron de pies y manos. De su boca abierta salían tremendos ronquidos propios de Gargantúa.

-Vivo para ver días como éste. -Jack también se sintió agotado de pronto, aunque no temblaba como Stanfield.

Tuvo que llamar a otro agente para que los ayudara a arrastrar al borracho hasta el calabozo donde dormiría la borrachera. También hizo venir a uno de los sanitarios para que lo examinara y se asegurara de que estaba bien, de que no sufría un coma insulínico o algo así, aunque el análisis de alcoholemia indicó que simplemente tenía una cogorza de campeonato, un diagnóstico con el que coincidió el sanitario. A Stanfield le pusieron hielo en el ojo y le dieron un punto en el labio, y a Jack también le pusieron hielo en la mano izquierda, que se le estaba empezando a hinchar. No tenía ni idea de lo que había ocurrido exactamente para hacerse daño en la mano, pero así eran las peleas: uno se metía en ellas sin más y hacía inventario después. Para cuando lo tuvo todo organizado, incluido un sustituto para

Wylie durante lo que quedaba de turno, ya eran casi las diez y media; allí estaban los agentes del tercer turno para ocupar sus puestos, los del segundo turno estaban todos excepto Wylie, y del primer turno había un par de hombres que habían oído la algarabía por sus aparatos y acudido a echar un vistazo. Al fin y al cabo, no todos los días participaba el jefe en una detención por alcohol e indisciplina.

-No hay forma de evitar que Eva Fay se entere de lo que ha pasado -dijo con gesto grave, lo cual causó risas generalizadas.

-Se va a poner hecha una furia cuando sepa que usted ha estado aquí sin ella -comentó irónicamente el agente Markham, un veterano que llevaba veinte años en el cuerpo.

Jack se dio cuenta de que los hombres estaban disfrutando profundamente con aquella situación. No era frecuente que aquellos policías comunes consiguieran ver a su jefe tirarse al suelo y ensuciarse. Siempre habían mostrado una pizca de reserva que no se debía solamente a la diferencia de rango, sino a que él fuera forastero. El hecho de que se hubiera puesto a forcejear con un borracho corpulento hizo que lo consideraran uno de ellos, un policía normal a pesar de su rango.

Y para colmo, tenía que volver a casa andando. Podía haber pedido a uno de sus agentes que lo llevara en su coche, pero en tal caso habría tenido que buscar una explicación razonable de por qué había ido andando hasta el departamento, y no quería enfrentarse a aquello.

La casa estaba tal como la había dejado. Nada parecía alterado ni fuera de su sitio. Fue directamente al teléfono y llamó a información para ver si podía obtener el número de la línea privada del alcalde en el ayuntamiento. El número no figuraba, lo cual no lo sorprendió. Acto seguido llamó a Todd Lawrence, el cual contestó al tercer timbrazo con un soñoliento «Diga».

-He logrado cambiar la dirección -dijo Jack-. Y usado el servicio de devolución de llamada de la línea privada del alcalde para averiguar quién había sido el último que lo había llamado y el botón de rellamada para grabar los tonos del último número que había marcado.

-Ha estado usted muy atareado.

Todd pareció estar ya más despejado.

-Esto nos da dos nombres que comprobar. ¿Cree que le será posible averiguar el número privado del alcalde *y* conseguir también esos datos?

-¿También? Me está pidiendo que consiga datos telefónicos de tres números.

Lo afirmó como un hecho.

-¿Para qué otra cosa sirve tener un amigo federal?

-Va a conseguir que a este amigo federal lo pongan de patitas en la calle.

-Pienso que mi amigo federal se lo debe a Daisy.

Todd lanzó un suspiro.

-Tiene razón. Está bien. Veré qué puedo hacer, quizá pida algunos favores. Aunque esto es completamente extraoficial.

A continuación, Jack llamó a Daisy, aunque un rápido vistazo al reloj le indicó que ya eran poco más de las once. Probablemente se habría ido a la cama a las diez en punto, pero después de todos los esfuerzos que había

hecho por ella aquel día, pensó que se merecía por lo menos una breve charla.

-Diga. -Por la voz no parecía estar dormida; sonaba cansada, pero no dormida.

-¿Ya estás en la cama?

-Todavía no. Ha sido una noche... llena de emociones.

-¿Por qué? ¿Qué ha ocurrido?

Jack se puso alerta al instante.

-No puedo darle la espalda ni un minuto, o se pone a destrozar algo.

-¿Quién?

-El perro.

El perro. Jack dejó escapar un suspiro de alivio.

-No parece estar muy bien adiestrado.

-No está adiestrado en absoluto. ¡Bonito, no! ¡Deja eso! Tengo que colgar -dijo a toda prisa.

-Voy para allá -le soltó Jack justo antes de que Daisy colgara, y no supo si lo había oído o no. No importaba. Cogió las llaves, apagó las luces y salió por la puerta.

Daisy estaba agotada. Su madre la había llamado a las tres de la tarde y le había dicho en tono cansado:

-Jo y yo vamos a llevar el cachorro a tu casa. Allí, por lo menos, el patio está vallado y podrá correr. Nos quedaremos con él hasta que llegues tú.

-Oh, cielos. -Aquello olía mal-. ¿Qué ha hecho?

-Di más bien qué no ha hecho, el muy diablillo. Estamos derrengadas, sólo de intentar llevarle el ritmo. Sea como sea, te veré dentro de un par de horas.

Cuando llegó a casa a las cinco y diez, su madre y tía Jo estaban echando una siesta en el cuarto de estar, mientras que el cachorro dormía entre los pies de su madre. Estaba tan adorable, tumbado boca abajo con las patas traseras extendidas, como si fuera una alfombra de piel de oso, que se le derritió el corazón.

-Hola, cariño -lo arrulló. El cachorro abrió pesadamente un ojo, agitó la cola... y volvió a dormirse.

Tía Jo se despertó.

-Gracias a Dios que has venido. Buena suerte; vas a necesitarla con este diablillo. Vamos, Evelyn, larguémonos mientras podamos.

Evelyn se incorporó y contempló con tristeza el cachorrito que tenía a sus pies.

-Hemos llamado a Miley Park para saber si es que a lo mejor le pasaba algo, pero ella se ha echado a reír y ha dicho que es posible que esté un poco exaltado por verse en un sitio nuevo, pero que los cachorros de perdiguero no dejan de cometer travesuras hasta que tienen unos cuatro meses. Bueno, cuando tiene sueño sí que se queda quieto.

-Tiene dos velocidades -dijo tía Jo-. O se mueve sin parar, o está dormido. Eso es. Que te diviertas. Vamos, Evelyn.

-Creo que pasaremos por Wal-Mart a comprar puertas para bebés, y así por lo menos podremos acorralarlo en una sola habitación. ¿Quieres que te compremos una a ti también?

-Compraremos todas las que tengan -dijo tía Jo-. Vamos, Evelyn.

-Cielos, ¿tan malo es? -preguntó Daisy consternada. Parecía un angelito, allí dormido.

-Por lo que parece, está adiestrado sobre todo para la casa -dijo su madre-. Pero necesita salir cada dos horas, es regular como un reloj. Se ha hecho pis en su cojín...

-Cuando no lo estaba haciendo trizas -interrumpió tía Jo-. Vamos, Evelyn.

-Le gustan sus juguetes con relleno...

-Le gusta todo, incluido su plato para el agua. Evelyn, si no vienes, me iré sin ti. Podría despertarse en cualquier momento.

El cachorro alzó la cabeza*, y* bostezó sacando su lengüecilla rosa. En diez segundos, su madre *y* su tía habían cogido sus bolsos *y* estaban saliendo por la puerta. Daisy apoyó las manos en las caderas y contempló aquella pequeña bola de pelo.

-Muy bien, caballerete, ¿qué es lo que ha hecho usted? El cachorro rodó sobre su espalda, estirándose. Daisy fue incapaz de resistirse a rascar aquella tibia tripita, lo cual él tomó como una invitación para empezar a lamerla en todas partes a donde *alcanzaba,* con aquella lengüecilla rosa y ávida. Daisy lo levantó del suelo y lo acunó en brazos, encantada al sentirlo tan pequeño y calentito debajo de todo aquel pelo. El cachorrito agitó contra ella sus patas grandes y suaves y se revolvió, señal de que quería bajar. Daisy lo depositó en el suelo, y de inmediato tuvo que salir corriendo tras él, pues había salido disparado hacia la cocina.

Lo único que quería era un poco de agua. Bebió con avidez, y de repente metió de golpe en el cuenco las dos patas delanteras salpicando agua por todas partes.

Daisy limpió el suelo de la cocina -lo cual le pareció al cachorro un juego fantástico, porque no dejaba de saltar sobre la mopa-, le dio de comer y lo sacó afuera a que hiciese sus necesidades. El perro se agachó nada más tocar la hierba, y después atacó un arbusto. Preocupada por la posibilidad de que las hojas pudieran ser venenosas para él, o que le sentasen mal a su pequeño estómago, Daisy lo apartó del arbusto y cogió la manguera para llenar de agua la pequeña piscina de plástico que le había comprado.

El cachorro era demasiado pequeño para superar el borde de la piscina, de modo que lo ayudó y luego contempló cómo corría y resbalaba en los cinco centímetros de agua hasta quedar empapado él, empapada ella, y con los costados doloridos de tanto reír. Lo sacó de la piscina, lo envolvió en una toalla y lo llevó al interior de la casa con la esperanza de que se echase otra siesta y así ella pudiera cenar.

Una vez más metió las patas en el cuenco del agua. Mientras Daisy limpiaba el suelo, él persiguió la mopa. Luego agarró el paño de cocina y se lanzó a la carrera con él. Daisy lo pilló cuando se estaba escondiendo debajo de la cama, y lo sacó a rastras. Sus esfuerzos por quitarle el paño debieron convencerlo de que ella deseaba jugar al tira y afloja, de modo que tiró del paño con todas sus fuerzas emitiendo unos gruñiditos de bebé mientras todo su cuerpecillo temblaba por el esfuerzo.

Daisy lo distrajo con un patito de trapo. Él lanzó el pato por los aires, saltó sobre él y se las arregló para meterlo debajo del sofá, donde luego no pudo alcanzarlo. Así que se quedó allí ladrando hasta que Daisy se agachó y lo recuperó. Pero él volvió a meterlo inmediatamente debajo del sofá.

Después, Daisy probó a distraerlo con un juguete de goma para morder, y funcionó durante unos diez minutos. El cachorro se tumbó en el suelo y sostuvo el juguete entre las patas delanteras mientras lo mordía con gran concentración. Ella aprovechó la oportunidad para quitarse la ropa que había llevado a trabajar y empezar a hacerse un emparedado. En eso, oyó un estruendo procedente del cuarto de estar y corrió descalza a ver qué pasaba. Se encontró con que el perrito había conseguido hacerse con el mando del televisor que estaba encima de la mesita auxiliar y estaba tratando afanosamente de matarlo. Daisy se lo quitó y lo puso en un lugar seguro.

Al cachorro le encantaron las uñas de los pies de Daisy, pintadas de rojo, y se plantó de un salto sobre sus pies descalzos. Saltaba sin cesar, intentando atrapar los dedos de la mano con la boca; ella, sorprendida, echaba la mano atrás, pues aquellos dientecillos afilados hacían verdadero daño. Por fin, se limitó a bajar la mano y él le lamió los dedos como si estuviera comprobando a qué sabía, y por último, satisfecho, la soltó.

Por fin le entró el sueño. Se detuvo prácticamente en mitad de la carrera y se derrumbó exhalando un profundo suspiro al tiempo que se le cerraban los ojos.

-Me parece que ha sido un día duro para ti, pequeñín -murmuró Daisy-. ¿Echas de menos a tu mamá, y a tus hermanitos? Siempre has tenido alguien con quien jugar, ¿verdad? Y ahora estás sólito.

Ya eran más de las siete, y Daisy estaba muerta de hambre. Terminó de hacerse el emparedado y se lo comió de pie, mientras vigilaba al cachorro. Parecía bonito y chiquitín cuando estaba dormido, pero en cuanto abriera los ojos volvería a entrarle otra vez el nervio.

Durmió durante un rato absolutamente ajeno a todo, como un bebé. Daisy decidió darse una ducha rápida, y dejó la puerta del baño abierta para que el perrito pudiera entrar si se despertaba. Se desvistió, dejó la ropa tirada en el suelo y se metió en la bañera. Acababa de enjabonarse cuando oyó algo, y al abrir la cortina vio una blanca bola peluda que salía disparada hacia el pasillo con sus bragas en la boca.

Salió de la bañera de un salto y corrió desnuda tras el cachorro. Éste se las arregló para deslizarse detrás del sofá con su tesoro. Ella retiró el sofá de la pared y recuperó sus bragas. Por supuesto, tenían un agujero. El cachorrito agitó la cola.

-Pequeño diablillo -le dijo. Lo levantó del suelo y se lo llevó consigo al cuarto de baño. Esta vez cerró la puerta para que no pudiera salir, puso su ropa en la parte posterior del retrete, donde él no podía alcanzarla, y volvió a meterse en la ducha. El perrito pasó todo el tiempo ladrando y poniéndose de pie sobre sus patas traseras, intentando subirse a la bañera con Daisy.

Ella ya había aprendido con el episodio de la mopa, así que en lugar de salir a la alfombrilla para secarse, se quedó dentro de la bañera. El cachorro observó la toalla con añoranza, sentado sobre sus cuartos traseros y con expresión angelical.

Tenía una carita muy alegre, pensó Daisy, con la boca abierta en una constante sonrisa. Sus ojos oscuros, de párpados también oscuros, como si

le hubieran perfilado los ojos con kohl, resultaban muy exóticos en contraste con su pelaje claro y aquellas largas pestañas rubias. Mostraba tal curiosidad y entusiasmo por todo que no dejaba de agitar la cola, como si fuera un metrónomo trucado.

-Qué importa que seas un diablillo -dijo Daisy-. Eres un diablillo mío, y me enamoré de ti cuando te subiste a mis rodillas. -El agitó la cola aún más rápido al escuchar la voz de su ama y percibir el tono cariñoso.

-Tengo que pensar en un nombre adecuado para ti, uno que suene a grande y fuerte. Se supone que tienes que protegerme, ¿sabes? No creo que asustase a muchos ladrones gritando algo así como: «¡A por él, *Blanquito*| ¿Qué tal si te llamo *Brutus?* El cachorro bostezó.

-Tienes *razón;* tú no eres un *Brutus.* Eres demasiado bonito. ¿ Qué tal *Demonio* ? -Al cabo de unos instantes, observándolo, desechó por sí misma aquel nombre-. No, no me gusta, porque sé que cuando crezcas vas a ser muy bueno.

Se pasó el resto de la tarde probando con varios nombres: Conan, Duque, Rey, Rambo, Rocky, Sansón, Thor, Lobo. Ninguno de ellos le pareció adecuado. Es que no podía mirar aquella carita sonriente y asociarla con un nombre de macho.

Aprendió a no dejar agua en el cuenco, o de lo contrario terminaría en el suelo de la cocina. Cuando el cachorro fue a su cuenco, ella le echó un poco de agua, y cuando él se la bebió le echó otro poco más, hasta que dejó de beber. Por desgracia, siempre quedaba un poco de agua en el cuenco, y se ponía a chapotear en ella. Daisy limpió el suelo siete veces aquella tarde, siempre con él a la caza de la mopa.

Era tan inteligente que estaba asombrada; en una sola tarde había aprendido a ir a la puerta de atrás cuando necesitaba salir al exterior. Por fin pareció perder fuerzas, así que lo llevó hasta su camita, que había colocado en su dormitorio para que no se sintiera solo por la noche y se pusiera a llorar. Cerró la puerta de la habitación para tenerlo acorralado durante la noche, le dio el patito de trapo y se metió en la cama cansada. Apagó la luz, y exactamente dos segundos más tarde el cachorro empezó a gimotear.

Quince minutos después se rindió y metió al cachorro en la cama con ella. El pequeño estaba casi histérico de alegría, saltando y tirando de los cobertores y lamiéndole la cara a su dueña. Daisy acababa de apaciguarlo cuando sonó el teléfono. Era Jack. Mientras hablaba, el cachorro encontró el albornoz, que ella había arrojado a los pies de la cama, y empezó a tirar de la manga. Ella exclamó: «¡Bonito, no! ¡Deja eso! Tengo que colgar» y colgó para lanzarse sobre la cama y agarrar al perrito justo antes de que cayera de espaldas al suelo.

Ni cinco minutos más tarde, sonó el timbre de la puerta. Con un suspiro de fatiga, salió de la cama, cogió en brazos al cachorro y fue con él hasta la puerta. Aquello parecía lo más seguro. Miró brevemente y vio a Jack impaciente en el porche. Encendió la luz y abrió el pestillo con una sola mano para dejarlo pasar.

Jack entró y se quedó petrificado en el sitio, contemplando fijamente al cachorro.

-Es un cachorro -dijo estupefacto, casi aturdido, lo cual era muy perspicaz por su parte, teniendo en cuenta que ella ya le había dicho que tenía un perro.

-¡No! -exclamó, fingiendo sorpresa-. Esa mujer me ha engañado.

-Es un cachorro de perro perdiguero.

Ella lo acunó en sus brazos.

-¿Y?

Con movimientos mesurados, Jack cerró la puerta, echó la llave y se puso a golpearse la cabeza contra el marco de la puerta.

-¿Qué tiene de malo mi cachorro? -quiso saber Daisy.

Jack contestó con voz ahogada:

-La idea era que compraras un perro para que te protegiera.

-Ya crecerá -replicó Daisy-. Mira qué patas tiene. Va a ser enorme.

-Pero seguirá siendo un perro perdiguero. -¿Y qué tiene eso de malo? A mí me parece precioso. -Y lo es. Es muy guapo. Pero los perdigueros son tan cariñosos que no sirven para proteger a nadie. Creen que todo bicho viviente es amigo suyo, que está en este mundo sólo para cuidar de ellos. Podría ladrar para informarte de que se acerca alguien, pero nada más.

-Con eso vale. Para mí es perfecto. -Daisy lo besó en la cabecita. El cachorro se agitaba intentando bajar al suelo para poder investigar a aquel nuevo humano.

Con un suspiro, Jack tomó al pequeñajo en sus manos. El cachorro empezó a lamer como loco hasta el último centímetro de piel que estaba a su alcance.

-¿Así que se llama *Bonito'?*

-No, he estado probando con varios nombres, pero no encuentro ninguno que le vaya bien.

-Si son como *Bonito,* no me extraña. A los perdigueros se les pone nombres como *Lttcky, o Peludo.* -Alzó al cachorro hasta que ambos estuvieron cara a cara-. ¿Y qué tal *Midas'?* ¿O *Riley}* O…

-¡Midas! -exclamó Daisy con ojos chispeantes, mirándolo a él y luego al cachorro-. ¡Es perfecto! Le rodeó el cuello con los brazos y se alzó de puntillas en un esfuerzo por besarlo, pero el recién bautizado Midas llegó primero y la lamió en la boca. Ella escupió y se limpió los labios-. Muy bien, cariño, pero besando no eres ni la mitad de bueno que este tipo.

-Gracias -dijo Jack. Sostuvo a Midas a una distancia segura al tiempo que se inclinaba para besar a Daisy. Y allí se quedó. El beso se hizo más profundo. Otra vez la sensación de derretirse.

-¿Te importa que pase aquí la noche? -murmuró Jack recorriéndole la garganta a besos.

-Me encantaría -respondió ella, y fue engullida por un enorme bostezo.

Jack rió a medias.

-Mentirosa. Estás cayéndote de sueño.

Daisy se sonrojó.

-He tenido un día muy movido. Y la noche pasada también. -Miró a Midas-. Y esta noche. No puedo darle la espalda ni un minuto.

-¿Qué tal si me quedo y no hacemos más que dormir?

Parpadeando de perplejidad, Daisy dijo:

-¿Para qué ibas a querer hacer algo así?

-Para asegurarme de que estás bien.

-Creo que te estás pasando un poco con eso de la protección.

-Puede que sí, puede que no. Pero después de que el alcalde me dijese que había visto tu coche aparcado en el carril de bomberos frente al consultorio del doctor Bennet, no me he quedado muy tranquilo.

-¡Yo no he aparcado en el carril de bomberos que hay frente a la consulta del doctor Bennet en toda mi vida! -exclamó Daisy indignada-. Ya te lo he dicho antes.

Jack ocultó una sonrisa y dejó a Midas en el suelo.

-Eso pensé yo. Pero ¿tienes idea de por qué el alcalde querría que consultase la matrícula de tu coche?

Ella negó lentamente con la cabeza.

-Si de verdad hubiera visto tu coche, habría sabido que era el tuyo, de modo que es obvio que se lo pidió otra persona. Eso me tiene un poco preocupado. La parte positiva es que tú has cambiado de domicilio, así que tu dirección no es la misma que figura en tus datos.

Daisy lanzó una exclamación ahogada.

-¡Cielo santo, se me había olvidado por completo! Iré al centro a cambiar la...

-No, no vas a hacer tal cosa -replicó él, tozudo-. Hasta que yo descubra qué está pasando.

-¿Por qué no se lo preguntas a Temple, sencillamente?

-Porque todo esto me está poniendo nervioso. Hasta que esté seguro de que no pasa nada sospechoso, no quiero que le des tu nueva dirección a nadie. Y también debes decirle a tu familia que no diga nada.

-Pero si alguien quiere saber dónde vivo, lo único que tiene que hacer es seguirme al salir del trabajo...

-A partir de hoy, yo me encargaré de eso. Yo te llevaré a casa, y te garantizo que nadie podrá seguirnos.

Daisy lo miró fijamente, observó la dura expresión de su rostro y comprendió que estaba hablando muy en serio. Por primera vez, sintió un escalofrío de miedo que le subió por la columna vertebral. Jack estaba preocupado, y eso la preocupaba a ella.

Midas se fue correteando hasta la cocina, y enseguida oyó el chapoteo de siempre que indicaba que había aterrizado en su cuenco de agua.

-Coge el cachorro y sácalo al patio de atrás mientras yo limpio el agua -dijo suspirando-. Luego nos iremos a la cama. -¿Con él?

-Es un bebé. No querrás que se pase toda la noche llorando, ¿no?

-Mejor él que yo -musitó Jack, pero sacó obedientemente a Midas al patio y regresó a los cinco minutos con un cachorro soñoliento en los brazos.

-Supongo que dormirá entre los dos -dijo, rezongando. Daisy lanzó un suspiro.

-A estas alturas, le dejaré dormir donde quiera. Y tenemos que sacarlo fuera cada dos horas.

-¿ Cómo dices ? -exclamó él, incrédulo.

-Ya te lo he dicho, es un bebé. Los bebés no saben aguantarse.

CAPÍTULO 19

Si la rubia vivía en la dirección que le había proporcionado Nolan, Glenn Sykes todavía no la había visto. Había visto entrar y salir a dos mujeres mayores, pero no a la rubia. En aquel tipo de barrio residencial resultaba difícil mantener una vigilancia sin que a uno lo descubrieran, porque los ancianos se sentaban en el porche y observaban a todo el que pasaba.

Sacó una guía telefónica y buscó el apellido Minor. Sólo figuraba uno, en la misma dirección que le había dado el alcalde, de modo que la rubia tenía que vivir allí. A lo mejor estaba de viaje por cuestiones de trabajo o algo así. Se sentía preocupado y aliviado al mismo tiempo; aliviado porque era evidente que aquella mujer no les había prestado mucha atención, y preocupado porque en las noticias habían dicho que un cazador había encontrado el cadáver de un hombre en el bosque -siempre eran esos malditos cazadores- y si el periódico publicara una foto de Mitchell, la mujer podía acordarse de haberlo visto el sabado por la noche.

El alcalde parecía estar insólitamente afectado por toda aquella situación, lo cual también preocupaba a Sykes. Pensó que todo podía resolverse si nadie perdía los nervios, pero los del alcalde parecían estar resquebrajándose un poco. Por ese motivo, se sentía reacio a llamar para decirle que no había aparecido la tal señora Minor. No deseaba que sufriera una crisis nerviosa, pero tampoco quería limitarse a dejar que la situación languideciese. Necesitaba encontrarla y resolver el asunto para eliminar aquel cabo suelto, y así el alcalde se calmaría. Tenían previsto otro envío de chicas, esta vez de Rusia, y Sykes quería tenerlo todo controlado antes de que llegaran. Iban a sacar una buena pasta de aquel lote; al parecer, una de ellas sólo tenía trece años y era bonita como una muñeca.

Pasó varias veces por delante de la casa de los Minor cuando se hizo de noche, cuando no había tantas posibilidades de que lo descubriesen, pero aún no había aparecido el Ford beige. Por fin se le ocurrió ir al Buffalo Club. ¡Mierda! Le entraron ganas de abofetearse. Aquella nenita salía por las noches, no se quedaba en casita con las dos viejas. Así pues, con la seguridad de encontrarla allí, enfiló con el coche hacia Madison County.

Sin embargo, cuando escrutó el aparcamiento, vio que el Ford beige no estaba allí. Los lunes el tráfico era más fluido que en los fines de semana, por eso estaba seguro de que no se le había pasado. O quizá ya se hubiera ligado a un tipo e ido con él, o marchado a otro club.

Bueno, aquello empezaba a tener el aspecto de que la mejor manera de dar con ella sería yendo a esperarla al lugar donde trabajaba. Eso le sería fácil de averiguar, en un pueblo pequeño como Hillsboro. Diablos, quizá hasta la conociera el alcalde. Ahora que lo pensaba bien, Nolan le había parecido insólitamente decaído cuando lo llamó para darle el nombre y la dirección; quizá, la conocía y por eso le remordía la conciencia.

Sykes no había podido encontrarla esa noche, pero estaba completamente seguro de dónde iba a estar al día siguiente: en el trabajo. Supuso que lo mejor sería irse a casa, dormir de un tirón y llamar al alcalde

a la mañana siguiente por si acaso la conocía y sabía dónde trabajaba. Era una nena con aspecto de tener clase y era posible que el alcalde hasta le hubiera tirado los tejos. Esperaba que no fuera así. Nolan ya se había vuelto bastante asustadizo sin que Sykes tuviera que eliminar a una de sus novias.

Al día siguiente todo saldría bien. El martes se presentaba como una jornada muy ajetreada.

Daisy y Jack se turnaron para levantarse cada dos horas a sacar a Midas. Igual que un pequeño soldado, el cachorro hizo exactamente lo que debía hacer. Por desgracia, cada vez que volvían a meterlo en casa, él se creía que tocaba jugar y tardaba otra media hora o más o menos en arrimarse a uno de ellos y quedarse dormido otra vez.

-Esto es como tener un recién nacido -comentó Jack a las siete, sentado a la mesa y sorbiendo su segunda taza de café. Tenía el rostro áspero por la barba y mostraba unas ojeras oscuras. A Daisy le faltaba la barba, pero sus ojos hacían juego con los de él.

Observó a Midas, que estaba tendido de espaldas con las cuatro patas en el aire y el pato de trapo en la boca.

-Excepto que a los recién nacidos no hay que perseguirlos -dijo-. Normalmente se quedan donde uno los pone.

-Voy a comprarle una pelota. Seguro que se agotará de perseguirla, y así dormirá más tiempo... y con más frecuencia.

A pesar del cansancio, Daisy le sonrió. Era un detalle encantador por su parte que le comprara un juguete al perrito de ella. Aquella noche había soportado toda la situación de muy buen talante, pero es que se había quedado voluntariamente. A Daisy le habría encantado hacer el amor con él, pero, al mismo tiempo, dormir juntos sin practicar el sexo había sido... algo maravilloso. Incluso habían podido acurrucarse, aunque tenían a Midas allí en medio, incrustando su gordo cuerpecillo entre los dos como si fuera lo más natural.

-Ya que te has comprado un felpudo de bienvenida en lugar de un perro guardián -dijo Jack señalando con la mirada al cachorro-, quiero que tengas especial cuidado hasta que yo esté seguro de que no hay nada de que preocuparse con eso de la matrícula. Hay unas cuantas cosas que quiero comprobar. Hasta entonces, te llevaré en mi coche al trabajo y a casa, y me quedaré aquí por la noche.

-Muy bien -respondió Daisy, un tanto atónita. Hablaba como si pensara mudarse a vivir allí, al menos a corto plazo. Lo que la dejaba atónita era lo complacida que se sentía ella. Debería estar en la calle, tratando de encontrar marido, pero no sentía tanto entusiasmo al respecto como unos días antes. Naturalmente, unos días antes no tenía un amante, ni lo había visto acunar a su cachorro en sus fuertes brazos para sacarlo afuera a hacer sus necesidades en plena noche. El solo hecho de recordarlo la hacía ablandarse, como si fuera un flan.

Tal vez Jack no fuera su tipo, pero por alguna razón eso no le importaba mucho.

-Esta tarde es la reunión del ayuntamiento -prosiguió él-, así que te traeré a casa y después iré a la mía a darme una ducha y cambiarme de ropa, y volveré aquí cuando haya terminado.

-¿Debo esperarte para cenar? -preguntó Daisy, como si aquello fuera algo que hicieran todos los días.

-No, ve cenando tú. Si es que puedes hacerlo. -Dirigió una mirada irónica a Midas y luego rompió a reír. El cachorro se había quedado dormido, todavía de espaldas y con las patas en el aire.

Mientras Daisy lo pensaba, llamó a su madre para ver si seguía estando dispuesta a cuidar del perro.

-Me pasaré por ahí -dijo Evelyn-. En lo que a mí respecta, ese patio vallado no tiene precio. Iré sobre las ocho y media, así tendrás tiempo de sobra para irte a trabajar.

Una vez resuelto aquel problema, Daisy colgó el teléfono e inmediatamente comenzó a preocuparse de cómo explicarle a su madre la razón por la que Jack iba a llevarla al trabajo en su coche. En cuanto a lo de explicar su presencia, no tenía por qué darle explicaciones a nadie acerca de su vida amorosa, después de todo, ya tenía treinta y cuatro años.

-Tienes que irte -dijo-. Va a venir mi madre.

Jack pareció estar reprimiendo una sonrisa.

-Si me das de desayunar, estaré fuera de aquí a las ocho. Me iré a casa, me afeitaré y me cambiaré de ropa, y estaré de regreso con tiempo de sobras para llevarte a la biblioteca.

-Trato hecho -dijo Daisy rápidamente-. No se tarda mucho en preparar un cuenco de cereales.

-Galletas -replicó él en tono mimoso.

Daisy, exasperada, encendió el horno.

-Y huevos con tocino.

¿Qué era un desayuno preparado en casa, en comparación con la molestia que se estaba tomando él? Tenía suerte de que Daisy hubiera hecho acopio, por costumbre, de todas las cosas necesarias antes de darse cuenta de que no iba a cocinar mucho para ella sola. Cuando sólo había una persona sentada a la mesa, resultaba mucho más práctico tomar cereales por la mañana y un emparedado por la noche.

Puso el tocino en la sartén, lo cubrió con una tapa para que la grasa no le salpicara toda la cocina nueva, y a continuación sacó la harina, el aceite y la leche y empezó a formar la masa para las galletas. Jack la observó asombrado.

-Creía que ibas a usar las de lata.

-No tengo.

-¿De verdad sabes hacer galletas caseras?

-Por supuesto que sí.

Daisy se detuvo para sacar su nueva bandeja para galletas y rociarla con un líquido especial para que no se pegasen. No extendió la masa, sino que hizo lo que le había enseñado su madre: Cogió un poco de masa, hizo una bola, la aplanó de un manotazo y la colocó en la bandeja.

-Tía Bessie hacía eso mismo -dijo Jack, fascinado-. Ella las llamaba galletas estranguladas, porque estrangulaba la masa en vez de utilizar un cortador de galletas.

-Los cortadores de galletas son para mariquitas.

Daisy había hecho todas las galletas que ella, su madre y tía Jo comían habitualmente, pero supuso que Jack se zamparía más de las que tomaban

dos de ellas juntas. El horno aún estaba calentándose, así que siguió cocinando el tocino y le dio la vuelta.

Jack se levantó y se sirvió otra taza de café, cogió el periódico matinal de Huntsville que estaba sobre la encimera y regresó a la mesa. Daisy ni siquiera había tenido tiempo de echarle un vistazo el día antes, por culpa de Midas, pero siempre podría hacerlo en la biblioteca.

El horno avisó al alcanzar la temperatura prefijada. Introdujo las galletas y se volvió para sacar los huevos del frigorífico. Al hacerlo, le llamó la atención una foto de la portada. Era un hombre que le resultaba familiar, aunque no consiguió situarlo del todo.

-¿Quién es ése? -dijo, frunciendo levemente el ceño al señalarlo.

Jack leyó el pie de foto. -Se llama Chad Mitchell. El domingo por la mañana un cazador encontró su cadáver.

-Lo conozco -dijo Daisy.

Jack bajó el periódico y la taladró con la mirada.

-¿De qué?

-No lo sé. No me acuerdo bien. -Sacó los huevos-. ¿Cómo los quieres, revueltos o fritos?

-Revueltos.

Cascó cuatro huevos en un cuenco, añadió un poco de leche y los batió con un tenedor.

-Pon la mesa, por favor.

Jack se levantó y empezó a abrir puertas y cajones de armarios hasta dar con los platos y la cubertería. Daisy miró el tocino con expresión ausente mientras le daba la última vuelta.

-¡Ah, ya sé! -exclamó de pronto.

-¿Era un cliente de la biblioteca?

-No, estaba en el Buffalo Club. Intentó bailar conmigo, aquella primera noche, y quiso invitarme a una cocacola, pero la pelea estalló antes de que él pudiera regresar.

Jack depositó los platos y le prestó toda su atención.

-¿Ésa fue la última vez que lo viste?

Daisy ladeó la cabeza como si estuviera estudiando una escena en su memoria.

-Me parece que no.

-¿Qué quieres decir? O lo fue, o no lo fue.

-No estoy segura -dijo ella despacio-, pero creo que lo vi en el aparcamiento del club el sábado por la noche, antes de entrar. Estaba con otros dos hombres; luego llegó un tercero que salió de un coche y se unió a ellos. No parecía estar tan borracho cuando salió del club, pero entonces se desmayó y lo metieron en una furgoneta.

Jack se frotó la nuca en un gesto casi furioso.

-Dios -musitó Daisy lo miró fijamente, con las mejillas un poco pálidas.

-¿Crees que yo fui la última persona que lo vio con vida?

-Lo que creo es que tú viste cómo lo mataban -respondió él en tono severo.

-Pero... Pero no hubo ningún disparo, ni nada... Su voz perdió fuerza gradualmente, y se dejó caer contra el armario.

Jack miró el artículo para comprobar lo que suponía.

-Lo apuñalaron.

Daisy tragó saliva y palideció aún más. Jack hizo ademán de tocarla, pero ella se repuso de pronto e hizo lo que las mujeres llevan siglos haciendo cuando algo las altera: ocuparse en las tareas normales. Arrancó un pedazo de papel de cocina, lo puso encima de un plato, luego sacó el tocino y lo depositó sobre el papel para que éste absorbiera la grasa.

Retiró aquella sartén, sacó otra más pequeña, la roció con líquido para cocinar, vertió encima los huevos batidos y la puso en el fuego. Echó una mirada a las galletas, después sacó del frigorífico la mantequilla y la mermelada y las dejó sobre la mesa.

Jack miró a su alrededor.

-No quiero utilizar el inalámbrico. ¿Tienes un teléfono fijo?

-En el dormitorio.

Se levantó y fue al dormitorio. Daisy estaba ocupada en revolver los huevos y controlar cómo subían las galletas y empezaban a dorarse. Al cabo de un minuto Jack regresó a la cocina y le dijo:

-Tengo a varias personas investigando algunas cosas, pero me temo que uno de esos hombres del aparcamiento te vio y apuntó el número de tu matrícula.

Daisy removió los huevos con más brío.

-Entonces llama al alcalde y pregúntale quién le dio el número.

-Hay un pequeño problema con eso.

-¿Cuál?

-El alcalde me mintió cuando me pidió que consultara el número. Es posible que esté implicado. -Jack hizo una pausa-. Más bien, es probable que esté implicado.

-¿Qué hacemos?

-Ya he tomado medidas para cerciorarme de que nadie pueda dar contigo. No le expliques a nadie que te has mudado de casa; y dile a tu madre y a tu tía que no lo mencionen. De hecho, vuelve a llamar a tu madre y dile que se asegure de que nadie la sigue cuando venga hacia aquí.

Daisy lo miró boquiabierta.

-¡Es mi madre, no James Bond!

-Entonces dile que deje conducir a tu tía. Me parece que esa mujer es capaz de superar a Bond.

Al final, fue él quien llamó a su madre, y le dijo en tono calmado lo que quería que hiciera. Daisy se concentró en el desayuno, que era lo más que podía controlar en esos momentos.

-Otra cosa -oyó decir a Jack-: ¿Tiene un identificador de llamadas? Pues bórrelo. No quiero que el número de Daisy aparezca en ninguna parte.

-Tendré que prestar declaración -dijo Daisy cuando Jack colgó-. ¿Verdad?

-Lo antes posible. -Tomó el teléfono de nuevo y pulsó la tecla para repetir la llamada. Cuando Evelyn contestó, le dijo-: Daisy no va a ir hoy a trabajar. Llame a...

Miró a Daisy, y esta le dijo:

-Kendra.

-Llame a Kendra y dígale que se ocupe de todo. Invéntese algo. Dígale que Daisy tiene dolor de muelas.

Cuando colgó otra vez, dijo:

-Si ese tipo está intentando pillarte antes de que puedas prestar declaración, e incluso hacer una identificación a partir de fotos de la policía, lo que hay que hacer es darse toda la prisa posible para que no tenga nada que ganar.

-¿No tengo que estar viva para testificar? -preguntó Daisy, orgullosa de que su tono de voz fuera tan firme. Pasó los huevos revueltos a un cuenco, sacó del horno las galletas perfectamente doradas y las volcó en una cesta de pan, y a continuación lo puso todo sobre la mesa.

-Lo estarás -repuso Jack-. Te lo prometo.

CAPITULO 20

Sykes hizo una cosa que no había hecho nunca: llamar, bien temprano, a Temple Nolan a su casa. Era una radiante mañana de martes, y fuera cual fuera el lugar de trabajo de la rubia, quería estar allí con tiempo suficiente para interceptarla si fuera posible, o preparado para seguirla a casa cuando saliera. Iba a ser un día muy largo, pero él era un hombre paciente.

Temple contestó al tercer timbrazo, con la voz un poco tornada.

-Diga.

-Soy yo.

-¡Sykes! -Instantáneamente, pareció despejarse-. Por el amor de Dios, ¿qué haces llamándome aquí?

-Esa mujer no apareció en la dirección que me diste. ¿Estás seguro de que vive ahí?

-Completamente. Lleva viviendo ahí toda su vida.

Aquello respondía a una pregunta, pensó Sykes; estaba claro que el alcalde la conocía personalmente.

-Entonces, anoche durmió en casa de otra persona. A lo mejor tiene un novio.

-¿Daisy Minor? No lo creo -se burló Temple.

-Oye, si va al Buffalo Club, no debe ser precisamente Teresa de Calcuta.

-Ya, claro -repuso Temple de mala gana-. Y además se ha teñido el pelo. ¡Maldita sea!

-La buena noticia es que al parecer no sabe nada.

-En ese caso, quizá podríamos olvidarnos de...

-No. -Sykes fue tajante-. Es un cabo suelto. Pronto llegará el envío de las rusas; ¿quieres correr el riesgo de que esa mujer lo eche todo a perder? No creo que Phillips se tomase bien la idea de perder tanto dinero. Las rusas valen el triple que cualquiera de las otras partidas.

-Mierda.

Al oír que aceptaba, Sykes dijo:

-Y bien, ¿dónde trabaja? Si puedo, la atraparé esta mañana, tal vez a la hora de comer. Si no, la seguiré por la tarde cuando salga, y la pillaré entonces.

-Es la maldita bibliotecaria -dijo Temple.

-¿La bibliotecaria?

-De la Biblioteca Pública de Hillsboro. Trabaja al lado del ayuntamiento. Abre la biblioteca a las nueve, y es la única que trabaja hasta la hora del almuerzo, creo, pero no puedes atraparla allí. Hay demasiada gente yendo y viniendo del ayuntamiento, además del departamento de policía, y desde los dos sitios se ve el aparcamiento de la biblioteca.

-Entonces la seguiré a la hora del almuerzo y veré si se me presenta una oportunidad. No te preocupes. De un modo u otro, la atraparé hoy mismo.

Cuando ambos colgaron, en su dormitorio Jennifer Nolan apretó muy despacio el botón de desconectar y lo mantuvo así mientras devolvía el auricular a su sitio. Llevaba ya años escuchando las conversaciones de su marido, una compulsión enfermiza a la que no podía resistirse. Lo había oído concertar citas con tantas mujeres diferentes que ya hacía mucho que había perdido la cuenta, y sin embargo, cada vez que él lo hacía, sentía que se moría una parte de ella. Con los años había intentado juntar suficiente respeto por sí misma para divorciarse de él, pero siempre había sido más fácil embotar las cosas con el alcohol y con otros hombres. A veces, incluso había conseguido beber lo suficiente para fingir que aquellos otros hombres le herían a él tanto como la herían a ella las otras mujeres, pero había perdido incluso aquella remota esperanza cuando empezó a pedirle que se acostara con hombres a los que debía favores.

Elton Phillips era uno de ellos, y desde que se lo pidió, ella empezó a odiarle con todas sus fuerzas, a odiarle con una pasión que la consumía como si fuera un ácido. Él sabía, tenía que saber, cómo era Elton Phillips, y aun así la había puesto en sus manos. En la intimidad del dormitorio de Phillips había gritado, llorado y suplicado, y al final simplemente soportado, rezando por no morirse... hasta que alcanzó el punto de empezar a rezar por morirse.

Pero él no tenía intención de matarla; no era necesario. Confiaba en que Temple la tuviera controlada, aunque ella hubiera acudido a la policía. Jennifer nunca quiso que sus hijos descubrieran lo que le habían hecho, ni el papel que había desempeñado su padre en todo aquello. De todas maneras, Jason y Paige apenas la toleraban, debido al alcohol; le darían la espalda para siempre si supieran que había otros hombres, y a Jennifer no le cabía ninguna duda de que Temple se aseguraría de que lo supieran.

¿Acaso se había dado cuenta, que desde que se recuperó de la agresión de Phillips no había vuelto a tener relaciones sexuales con deseo? Ahora apenas podía acostarse con nadie, y sólo si antes había bebido alcohol suficiente. Su marido incluso le había robado aquel placer, por sórdido que fuera. No le quedaba nada excepto sus hijos.

Y era posible que acabara de proporcionarle el medio para librarse de él y quedarse con Jason y Paige.

Se esforzó por recordar lo que había oído. Temple había mencionado el nombre de aquel tipo, algo parecido a Lykes. No... Era Sykes. Y algo acerca de un envío de rusas, lo cual no tenía sentido. No se imaginaba a Temple metido en el negocio de traer al país extranjeros ilegales; predicaba a los cuatro vientos lo que el país necesitaba hacer para reforzar las fronteras para cortar el flujo de espaldas mojadas. Pero sí sabía una cosa: Si Elton Phillips estaba en el ajo, es que se trataba de algo sucio.

Pero aquello sobre Daisy Miñón.. Jennifer estaba segura de no haber entendido mal. Daisy era un «cabo suelto», y los cabos sueltos se ataban. Jennifer sabía lo que significaba aquello, aunque tampoco tenía sentido que Daisy pudiera estar liada con Temple; a Temple le gustaban las mujeres llamativas que conocían las reglas y nunca le ocasionaban ningún problema. Pero parecía ser que Daisy estaba causando muchos problemas. Aquel hombre, Sykes, iba a «atraparla». Había querido decir matarla.

Tenía que contárselo a alguien, pero ¿a quién? Lo más lógico sería acudir al departamento local de policía, pero ¿qué probabilidades había de

que la tomaran en serio? ¿Que su alcalde estaba planeando matar a la bibliotecaria? ¿Y además traer rusos de contrabando? Claro. Muy creíble.

Como mínimo, tenía que advertir a Daisy. Jennifer fue a coger el teléfono de la mesilla, pero se detuvo antes de levantarlo. Si ella podía escuchar las llamadas de Temple, Temple podía escuchar las suyas.

Tenía hasta la hora del almuerzo; entonces era cuando Sykes iba a atrapar a Daisy.

¿A quién llamar? ¿A la oficina del Sheriff de Jackson County? ¿Al FBI de Huntsville? ¿O a Inmigración? A la oficina del sheriff, no; con la red que había creado Temple, estaban demasiado cerca para que resultara cómodo. No obstante, Temple pasaba mucho tiempo en Huntsville; ¿podría tener alguna influencia a escala federal? Seguro que no. Aun así, lo último que quería Jennifer era subestimarlo. Iba a tener esta única oportunidad, y ninguna más, para librarse de él sin perder completamente el poco cariño que le quedaba de sus hijos.

Intentó pensar, algo que no se había permitido hacer en mucho tiempo. No tenía amigos a los que pudiera llamar para pedirles ayuda o consejo. Sus padres se habían trasladado a Florida, y su único hermano hacía años que no le hablaba, ni siquiera creía que tuviera su número de teléfono. ¿Cuándo se había quedado tan aislada?

Tenía que hacer algo, aunque no fuese nada más que ir a la biblioteca y advertir a Daisy. Y ni siquiera tenía que hacer eso; podía limitarse a esperar a que Temple saliera de casa para que no pudiera espiar sus conversaciones y llamarla para advertirla. Aquello serviría a corto plazo, pero tenía que pensar en algo que detuviera a Elton Phillips y a su marido, de una vez por todas.

Evelyn dejó lo que estaba haciendo, se vistió y se fue inmediatamente a casa de su hija. Nada más llegar, fulminó a Jack con la típica mirada acusadora de madre y le dijo:

-¿Qué está sucediendo para que usted piense que podrían seguirme, por qué no hemos de decir a nadie el nuevo domicilio de Daisy, y por qué he tenido que borrar su número de mi identificador de llamadas?

-Es posible que haya sido testigo de un asesinato -respondió Jack mientras llevaba su plato al fregadero.

-Cielo santo -exclamó Evelyn débilmente, derrumbándose en la silla que él había dejado libre. Midas daba saltitos entre sus pies a modo de frenético saludo, y automáticamente se inclinó para acariciarlo.

-El cadáver ha sido encontrado en Madison County, de modo que voy a llevarla a Huntsville para que preste declaración. Lo que me tiene preocupado es que alguien anotó la matrícula de su coche y la investigó, de manera que puede que haya alguien intentando encontrarla. Tal vez esté exagerando, pero hasta que esto se resuelva debe permanecer bien escondida.

-Es mi hija de quien está hablando. No está exagerando. Haga lo que tenga que hacer para mantenerla a salvo, ¿me oye?

-Sí, señora. Mientras tanto, advierta a todo el mundo en su familia de que no responda a preguntas que puedan hacerles acerca de ella. No dé información a nadie, ni siquiera al alcalde. Puede que esté implicado.

-Cielo santo -volvió a decir Evelyn-. ¿Temple Nolan?

-Fue él quien me hizo buscar el número de la matrícula.

-Seguro que existe una explicación muy razonable…

-¿Arriesgaría la vida de Daisy por esa posibilidad?

-No, claro que no.

Mientras ellos hablaban, Daisy limpiaba metódicamente la cocina con el entrecejo fruncido, pensando.

-Si está implicado el alcalde, nos conoce a todas: mi madre, tía Jo, Beth, y a mí. Si el objetivo es atraparme, ninguna de ellas está segura tampoco. Sabe que yo haría lo que fuera para protegerlas. -Miró a Jack; los colores de sus ojos se intensificaron en la palidez de su rostro-. ¿Puedes protegernos a todos? No sólo a Beth, sino también a Nathan y a los niños.

Jack titubeó, y luego dijo la verdad.

-Durante un tiempo. Luego empiezan a surgir problemas de presupuesto. Los agentes no pueden dedicarse indefinidamente a montar guardia.

-En ese caso, a no ser que yo pueda hacer una identificación positiva de uno de los tres hombres a partir de las fotos de la policía, o que se resuelva el crimen y se trate de otra persona totalmente distinta, nos enfrentamos a una situación que puede durar mucho.

Jack asintió, sosteniendo la mirada de Daisy. Ojalá ella no hubiera hecho una valoración tan exacta, pero era demasiado inteligente para no llegar, tarde o temprano, a esa conclusión. Al observar su expresivo rostro, prácticamente podía leer lo que le pasaba por la mente.

-No nos preocupemos de lo que no ha sucedido todavía; ya tenemos bastante de que ocuparnos por el momento. Lo haremos paso a paso. Tú haz la declaración, dales la descripción de los tres hombres, y nosotros continuaremos a partir de ahí.

-De acuerdo, pero por ahora no quiero que mi familia esté vigilada. Quiero que se vayan. -Se volvió a Evelyn-. ¿ Qué tal si os pasáis una semana en las Smokies ? Tú, tía Jo y la familia entera de Beth. -¡No pienso dejarte aquí con lo que está pasando! -exclamó Evelyn con ardor.

-Será más seguro para vosotras -señaló Daisy con irrefutable lógica.

Evelyn titubeó, debatiéndose entre el sentido común y el instinto maternal de luchar por su retoño.

-Para empezar -continuó Daisy-, a la policía le resultará mucho más fácil vigilar a una persona que a siete. Además, si sé que estáis a salvo no me distraeré, y así tendré menos probabilidades de cometer algún error.

-Tiene razón -terció Jack, añadiendo su apoyo a los argumentos de Daisy-. Hagan las maletas y márchense del pueblo lo antes que puedan. Puedo asignarles un par de agentes para que las vigilen hasta que se vayan, y que la policía de Huntsville haga lo mismo con la familia de Beth.

-¿Y el cachorro? -Evelyn bajó la vista para mirar a Midas, que estaba mordisqueando una pata de la silla-. ¿Quién va a cuidar de él?

Daisy siguió su mirada y se precipitó sobre el cachorro.

-Midas, no, no -le dijo en tono severo al tiempo que lo levantaba del suelo. Si el tono de voz que empleó surtió efecto en el perrito, no se notó nada en la forma de rebullir, menear la cola y lamerlo todo para agradecer la atención que le prestaban-. Está claro que mientras dure esto no voy a trabajar, así que lo cuidaré yo.

Evelyn dijo:

-Conque Midas, ¿eh? -en un tono que indicaba que había aceptado, si bien de mala gana, la necesidad de dejar a su hija al cuidado de Jack.

Daisy frotó la nariz contra el pelaje del cachorro para esconder las lágrimas que le inundaban los ojos.

-El nombre se lo ha puesto Jack. Era ése o Peludín.

Él se adelantó antes de que la escena se volviera incómodamente emotiva.

-Señoras, tienen muchos preparativos que hacer. Yo haré unas cuantas llamadas; señora Minor, dos de mis agentes la estarán esperando cuando llegue a su casa.

-Santo cielo -dijo, cogiendo el teléfono-, será mejor que avise a Jo.

Treinta segundos después, estaba saliendo por la puerta. Jack le dijo:

-Llame a Beth y dígale que empiece a hacer las maletas. ¿Nathan estará ya trabajando?

-No, está en el segundo turno.

-Bien. Llamaré a Huntsville para que les pongan protección inmediatamente. Si tiene algún problema en despedirse de su jefe, hágamelo saber y yo le conseguiré el visto bueno.

Evelyn bajó los escalones del porche afirmando con la cabeza. De repente se detuvo y se volvió hacia él.

-Hay una cosa que deseo que sepa.

-¿El qué? -preguntó Jack con cautela, y en guardia ante la mirada desconfiada de Evelyn.

-Voy a ser una suegra estupenda, aunque esté mal decirlo. Pero todavía seré mejor enemiga si permite que le ocurra algo a mi hija.

-Sí, señora -respondió él, comprendiendo perfectamente.

Daisy se quedó mirando a su madre con los ojos como platos.

-Acaba de amenazarte -dijo incrédula.

-Y muy bien, por cierto.

-Hum... Eso de la suegra...

-Ya hablaremos de ello más tarde. Ve a prepararte. -Se pasó una tosca mano por el mentón haciendo un ruido áspero-. ¿Te importa que tome prestada tu cuchilla de afeitar? No quiero dejarte sola para ir a casa a afeitarme.

Daisy se arregló mientras él hablaba por el teléfono del dormitorio. Se asomó por la puerta del cuarto de baño para oír lo que decía, pero no consiguió entender gran cosa. Por fin renunció y se concentró en lo que estaba haciendo, contemplarse en el espejo y experimentar la sensación de que nada de aquello era real. Ella era Daisy Minor, una simple bibliotecaria que había vivido toda su vida en aquel pueblo. Las personas como ella no esperaban que les sucediesen cosas así. Pero ella había decidido salir a la caza de un marido, y ahora alguien la estaba cazando a ella. Se había abierto la veda.

Jack entró en el cuarto de baño.

-Ya está, todo arreglado con tu familia. Mis agentes escoltarán a tu madre y tu tía a la casa de Beth. Dentro de un par de horas estarán todos a salvo.

-Bien. -Se inclinó hacia delante y se aplicó un poco de brillo de kbios. Luego se echó atrás-. El baño es tuyo. La cuchilla está en el armario del botiquín.

Contempló a Midas, que, naturalmente, los había seguido y ahora estaba despatarrado en el suelo masticando los cordones de los zapatos de Jack.

-Tendrás una caja donde dejarlo mientras no estemos, ¿no?

-No, pero no importa. -Se agachó para separar al cachorro de los cordones-. Nos lo llevamos con nosotros -dijo al tiempo que salía para vestirse.

Temple se entretuvo con su desayuno a base de zumo de naranja recién exprimido y un bollo con crema de queso. Por lo general salía de casa antes de las ocho y media, pero ya eran las nueve menos veinte y aún no se había ido. Patricia, la cocinera y criada, salió de la cocina para arreglar los dormitorios y hacer la colada.

Jennifer no desayunó; rara vez lo hacía, pero normalmente era porque tenía el estómago demasiado revuelto a causa de lo que había bebido el día anterior. Hoy el malestar se debía a su estado de nervios. Permaneció sentada en silencio, bebiendo una taza de café y deseando poder agregar un chorrito de whisky, pero no se atrevía. Si añadía, un chorrito, añadiría dos, y pronto dejaría aparte el café. Le temblaban las manos, y las cerró con fuerza alrededor de la taza deseando que cesaran los temblores, rezando para que Temple se fuera pronto porque no sabía cuánto tiempo iba a resistir.

El no le dirigió la palabra, pero rara vez lo hacía. Vivían en la misma casa, pero totalmente separados. Él ya no le decía cuándo había actos sociales a los que ella podría haber esperado asistir como esposa del alcalde; ya no le decía nada, ni adonde iba ni cuándo pensaba volver. No le contaba lo que había hecho durante el día; si lo llamaba uno de sus hijos, ni siquiera se lo explicaba, aunque ella sabía por las cosas que decía que lo llamaban con regularidad. Debían de llamarlo al trabajo, pensó, porque a casa no lo hacían.

Tal vez los hubiera perdido para siempre y no los recuperaría jamás, pensó, y reprimiendo la náusea que se le formó a causa del dolor. Sus niños... ya habían crecido, pero una madre siempre recordaba la época de bebés, cuando eran tan pequeños y desvalidos que ella era todo su mundo, y ellos el suyo.

Sin embargo, ahora sus hijos se avergonzaban de ella. No querían hablarle, ni tenerla cerca. Temple había sido el causante de todo, aunque ella le había ayudado. Ella había buscado refugio en la botella en vez de enfrentarse a la verdad: que el hombre al que amaba no la amaba a ella, que no la había amado nunca, y que no la amaría jamás. Ella sólo había sido un medio para lograr un propósito. Debería haber cogido a sus hijos y abandonarle, ya que por muy desagradable que resultara el divorcio -y lo habría sido, estaba segura de que él se hubiese encargado de que lo fuese- por lo menos habría conservado su orgullo, y sus hijos no la mirarían con desprecio.

Jennifer miró el reloj. Las nueve menos cinco. ¿Por qué tardaba tanto en marcharse su marido?

En aquel momento sonó el teléfono, y eso la sobresaltó. Temple se levantó y lo atendió por el inalámbrico, se lo llevó consigo a su despacho y cerró la puerta.

De modo que aquél era el motivo. Estaba esperando una llamada. Con manos temblorosas, se llevó la taza de café a su habitación, cerró la puerta y echó la llave. Patricia ya había hecho la cama y recogido el cuarto de baño. Jennifer se sentó en la cama y contempló el teléfono. Si lo cogía ahora, Temple oiría el chasquido; cuando escuchaba furtivamente, siempre lo cogía al mismo tiempo que él, y tapaba el micrófono con la mano para que no se filtrara ningún ruido.

El corazón le latía con fuerza. Levantó el auricular y comenzó a pulsar botones, como si estuviera haciendo una llamada. Ni siquiera se lo acercó al oído, y ya oyó a Temple gritar:

-¡Jennifer! ¡Maldita sea, estoy yo al teléfono! -¿Q-qué? -balbució, farfullando ligeramente. A lo mejor él se creía que había empezado a beber antes de bajar al piso de abajo-. Lo-lo siento. Sólo estaba llamando a...

-Me importa un carajo. Deja en paz la línea.

Oyó una risita al otro extremo, una risa grave que la dejó helada y le erizó todo el vello del cuerpo. Elton Phillips.

-Lo siento -dijo otra vez, y acto seguido puso la mano sobre el micrófono y se apresuró a apretar el botón para que sonase como si hubiera colgado.

-La muy imbécil -murmuró Temple-. Perdone.

-No importa -contestó Phillips, y rió de nuevo-. No se casó con ella por su inteligencia.

-De eso puede estar seguro. De haber sido así, lo tendría bien jodido, porque no tiene ni gota.

-Empiezo a preguntarme si Jennifer será la única a la que se le va el santo al cielo. Últimamente, usted ha cometido varios errores.

-Lo sé. Le pido disculpas, señor Phillips. Sykes lo tiene todo controlado.

-Eso aún está por ver. Las rusas llegarán aquí mañana de madrugada, y quiero que el señor Sykes ponga toda su atención en atender este envío. Si no resuelve antes ese problema de la bibliotecaria, voy a sentirme muy descontento.

Ya tarde, Jennifer recordó que la función de contestador del teléfono incluía un servicio de «grabar llamada». Miró perpleja la base del aparato, buscando el botón correcto. Tenía que encontrarse junto a los otros botones de funciones: reproducir, borrar, pausa... Allí estaba: Grabar llamada. Apretó el botoncito rojo y rezó para que no hiciera ningún ruido ni pitara.

-La atrapará cuando salga de la biblioteca para ir a almorzar, o cuando se vaya a casa por la tarde. Sencillamente desaparecerá. Cuando Sykes se encarga de algo personalmente, no hay problemas.

-¿De veras? Entonces, ¿por qué han encontrado tan rápidamente el cadáver de Mitchell?

-De eso no se encargó Sykes. Él se quedó en el club para averiguar quién los había visto en el aparcamiento. Los otros dos fueron quienes se encargaron del cadáver.

-Un error por parte del señor Sykes.

-Sí.

-Entonces, ésta es su última oportunidad. Y también para usted.

Phillips colgó bruscamente, y Jennifer estuvo a punto de cortar la conexión en su aparato. Pero aguardó, aguardó dos largos segundos.

¿Por qué no colgaba Temple? Permaneció sentada con el dedo encima del botón. ¿Estaría esperando a oír un chasquido delator? Un sudor frío le resbaló por la espalda.

Por fin se oyó un chasquido en la línea, y en la siguiente fracción de segundo colgó ella también y devolvió el auricular a su sitio. Se precipitó al otro extremo de la habitación para abrir la puerta, acto seguido corrió al cuarto de baño, puso un poco de pasta de dientes en el cepillo, abrió el grifo y empezó a lavarse los dientes con fruición. Temple nunca iba al dormitorio de ella; estaba poniéndose nerviosa sin razón...

En eso se abrió la puerta del baño, y Temple exclamó: -¿Qué diablos...

Jennifer dio un respingo y soltó un chillido, salpicando todo el lavabo de pasta de dientes. Temblaba de tal forma que perdió el equilibrio y tropezó hacia atrás, con lo cual chocó contra el inodoro y estuvo a punto de caerse encima de él, pero consiguió agarrarse de la cisterna y sujetarse, aunque se sentó de golpe sobre la tapa. Temple la miró con asco.

-Por el amor de Dios, ni siquiera has desayunado y ya estás bebiendo.

Ella se limpió la pasta de dientes de la boca con una mano temblorosa y no dijo nada. Que pensara que estaba borracha; era más seguro.

-¿A quién ibas a llamar?

Se señaló el cabello, y se lo manchó accidentalmente con el cepillo de dientes.

-Necesito ir a la peluquería.

-No tiene gracia. La próxima vez, cerciórate de que yo no esté usando el teléfono antes de cogerlo y ponerte a apretar botones.

No esperó a ver si ella estaba conforme; simplemente dio media vuelta y se marchó. Jennifer apoyó la cabeza contra el lavabo aspirando profundamente y tratando de ralentizar sus pulsaciones. Cuando se sintió lo bastante calmada, se levantó, se lavó la cara, se aclaró la boca y a continuación se limpió la pasta de dientes del pelo con una toalla.

No había desconectado la grabación en el contestador. Regresó al dormitorio; Temple había dejado la puerta abierta, así que fue a cerrarla de nuevo, luego se acercó al teléfono y detuvo la grabación.

Aquella pequeña cinta valía su peso en oro. La cuestión era qué debía hacer con ella. ¿A quién podía llevársela? Temple había comentado con frecuencia que el nuevo jefe de policía, Russo, era «su» chico, lo cual significaba que tenía a Russo en el bolsillo. Se alegró de que se jubilara el viejo Beason, porque llevaba mucho tiempo allí y metía la nariz en demasiadas cosas, conocía demasiados secretos. Estaba por ver si Russo era tan ciego como Temple creía, pero Jennifer no podía arriesgarse en aquel preciso momento. Era demasiado importante hacer aquello bien.

Se quedó en su dormitorio otra media hora, y después bajó al piso de abajo a ver si su marido ya se había marchado. No estaba en su despacho, así que miró en el garaje. Su coche había desaparecido.

¡Por fin! Se sentó al escritorio de él, buscó el número de la biblioteca y lo marcó a toda prisa.

-Biblioteca Pública de Hillsboro. Jennifer respiró hondo para tranquilizarse.

-¿Puedo hablar con Daisy Minor, por favor? Soy Jennifer Nolan.

-Lo lamento, pero Daisy no ha venido hoy a trabajar. Soy Kendra Owens. ¿En qué puedo ayudarla? Santo Dios, y ahora ¿qué?

-¿Se encuentra en su casa? ¿Puedo localizarla allí? -Bueno, no sé. Su madre ha dicho que tenía dolor de muelas, así que es probable que esté en el dentista.

-¿Sabe usted a qué dentista va? -Jennifer sintió que se le esfumaba el control. Necesitaba urgentemente beber algo. No. No, no necesitaba beber, necesitaba concentrarse en lo que estaba haciendo.

-No, no lo sé.

-¡Esto es importante, maldita sea! ¡Piense! Necesito ponerme en contacto con ella de inmediato. Alguien va a intentar matarla.

-¿Perdón? ¿Señora? ¿Qué es lo que ha dicho?

-¡Ya me ha oído! -Jennifer aferraba el auricular con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos-. ¡Tiene que encontrarla! He oído a mi marido hablar por teléfono con un hombre llamado Sykes que va a matarla, a no ser que yo pueda advertirla antes.

-Tal vez sea mejor que llame a la policía... Jennifer colgó el teléfono de golpe y enterró la cara entre las manos. Y ahora, ¿qué? Dentistas. ¿Cuántos dentistas podía haber en Hillsboro? No muchos, pero ¿y si Daisy iba a uno de, pongamos, Fort Payne? ¿O de Scottsboro?

No, espera. Llama a la madre de Daisy y averigua qué dentista la atiende.

Buscó aquel número, pero el teléfono sonó y sonó sin que contestara nadie.

Jennifer buscó en las Páginas Amarillas, localizó el epígrafe «Dentistas» y comenzó a marcar. No podía abandonar ahora. Había fracasado muchas veces en su vida, pero no esta vez.

CAPITULO 21

No se permite la entrada de perros en edificios públicos a no ser que sean para uso oficial -le dijo Jack por quinta vez mientras iban de camino a Huntsville.

Daisy miró por encima del hombro a Midas, que iba dormido sobre su manta en el asiento de atrás.

-A éste le dejarán entrar, a no ser que quieran tomarme declaración en el aparcamiento.

Jack discutió todo el tiempo mientras ella metía los platos de Midas en el coche, junto con una cierta cantidad de comida y agua. Discutió cuando ella abrochó la correa al minúsculo cuello del cachorro. Discutió cuando extendió la manta sobre el asiento de atrás y depositó en ella a Midas, con su patito de trapo y su juguete para morder. Discutió hasta que ella se acomodó en el asiento del pasajero y se ajustó el cinturón de seguridad, y entonces él se deslizó detrás del volante sin decir otra palabra más.

En lo que a Daisy concernía, el tema de Midas estaba cerrado. Una persona capaz de matar a otro ser humano no dudaría en matar a un perro; ahora Midas estaba a su cuidado, y no pensaba dejarlo en casa solo, desvalido y sin protección.

-He estado pensando en esa noche -dijo Daisy con aire ausente, contemplando las montañas mientras conducían-. Les vi la cara cuando salían del club, porque les daba de lleno el brillo del letrero luminoso. Eran dos hombres, y Mitchell iba entre ellos. El tercer hombre estaba aguardando en el aparcamiento. Luego llegó un coche que los iluminó con los faros, y vi las caras de los tres porque miraron hacia él. No conocía a ninguno de ellos, pero puedo describirlos.

-Tú sólo ten los detalles claros en tu mente y no los dejes escapar. -Jack le tocó la mano-. Todo saldrá bien.

-Lo sé. -Daisy consiguió sonreír-. Se lo has prometido a mi madre.

Llegaron al edificio que albergaba las oficinas de Investigaciones y Patrullas del Sheriff de Madison County a las nueve y media. Era una construcción de dos plantas, al estilo de la década de 1960, de ladrillo amarillo en la parte inferior y cemento en la parte de arriba, con ventanas verticales, largas y estrechas. El letrero decía Edificio de Investigación Forense. También estaban dentro los departamentos de ciencias forenses y de seguridad pública.

-Vaya -dijo Daisy-. Debería haberme imaginado que iba a ser aquí.

Jack pareció desconcertado.

-¿Porqué?

Ella se volvió y señaló.

-Porque acabas de pasar frente a una tienda de rosquillas Krispy Kreme.

-Hazme un favor -dijo Jack-. No se lo menciones a ellos. Se guardó el teléfono móvil en el bolsillo y a continuación recogió toda la parafernalia de

Midas mientras ella sacaba al cachorro del coche y lo depositaba sobre un pequeño parterre de hierba. El perrito se agachó obediente, ella lo elogió, y él se puso a hacer cabriolas a sus pies, corno si supiera que se había portado muy bien. Sin embargo, la correa no le gustó, y la capturó con la boca. Cada pocos pasos se detenía y forcejeaba con ella. Por fin Daisy lo levantó del suelo y lo llevó recostado contra su hombro como si fuera un bebé. Contento, el cachorro le lamió la barbilla.

Apenas entraron en el edificio cuando una funcionaria les dijo: -No pueden entrar aquí con el perro.

Daisy inmediatamente volvió a salir y esperó. Como no deseaba dejarla sola allí fuera, aunque estaba seguro de que no los habían seguido, Jack le dijo a la funcionaria:

-Por favor, llame al detective Morrison y dígale que está aquí el jefe Russo con la testigo -y salió también a esperar junto a Daisy.

El calor del verano ya se dejaba notar, y la humedad era tan alta que el aire resultaba pesado y denso. Pero de todos modos Daisy levantó el rostro hacia la luz del sol, como si tuviera necesidad de ella. No dijeron nada, se limitaron a esperar hasta que salió el detective Morrison con una expresión perpleja en su oscuro semblante.

-La agente Sasnett me ha dicho que han traído al perro... -Se interrumpió bruscamente al ver que se trataba de un cachorro y su expresión se transformó en una ancha sonrisa-. Eso no es un perro, es una bola de pelo.

Jack le ofreció la mano.

-Soy Jack Russo, jefe de policía de Hillsboro. Le presento a Daisy Minor, la testigo de la que le hablé. Dondequiera que va ella, va también la bola de pelo.

El detective estrechó la mano de Jack, se rascó la cabeza y dijo:

-Enseguida vuelvo.

Cinco minutos más tarde, una vez despejado el camino, condujo a Jack, a Daisy y a Midas a su despacho.

Midas fue un ángel, permaneció sentado en las rodillas de Daisy mientras ella le contaba serenamente al detective lo que había visto el sábado por la noche. Sí, estaba segura de que el hombre que iba en el medio era el que se había presentado la semana anterior como Mitchell, y sí, estaba segura de que la fotografía del periódico correspondía a dicho hombre. Describió la ropa que llevaban puesta, lo mejor que pudo acordarse: vaqueros, botas y una camisa de color claro al estilo del oeste. El detective Morrison pasó a Jack las fotos de la escena del crimen sin decir nada. La ropa estaba sucia, ya que el cadáver había sido enterrado, pero era tal como la había descrito ella. Aquello significaba que Mitchell no se había cambiado de ropa desde que Daisy lo vio en el aparcamiento del Buffalo Club, lo cual incrementaba definitivamente las posibilidades de que lo hubieran matado aquella noche.

-¿Quieres verlas? -le preguntó Jack a Daisy.

Ella negó con la cabeza, y Jack le devolvió las fotos al detective Morrison.

En eso, sonó el teléfono móvil de Jack. Lo sacó del bolsillo, miró el número que aparecía en la pantalla y dijo:

-Es de la oficina. Voy a hablar fuera.

Salió al pasillo antes de apretar el botón para atender la llamada.

-Russo.

-Jefe, soy Marvin. -Tony Marvin era el sargento de recepción del primer turno. Parecía nervioso, como si no estuviera seguro de que debiera estar llamando-. Acaba de llamar Kendra Owens de la biblioteca. Jennifer Nolan, la mujer del alcalde, la ha llamado preguntando por la señorita Minor, y cuando Kendra le ha dicho que no se encontraba allí, la señora Nolan se ha alterado mucho. Dice que ha oído al alcalde hablar por teléfono con un hombre llamado Sykes. La señora Owens ha dicho que la señora Nolan parecía convencida de que ambos pretendían matar a la señorita Minor. Como esta mañana usted nos ha encargado la protección de la madre y la tía de la señorita Minor, he pensado que debería estar enterado de esto. Jack sintió que el vello de la nuca se le ponía de punta. -Tiene usted mucha razón, Tony. Al parecer, el alcalde está metido en apuros hasta las cejas. Mande recoger a la señora Nolan y tómele declaración. -Calló unos instantes, pensando-. Reténgala ahí. Métala en una de las salas de interrogatorio y no la deje salir. -¿A la señora Nolan, jefe? -Es posible que su vida también corra peligro. -¿No se tratará, más bien, de que la señora Nolan ha cogido la botella demasiado pronto?

-Ojalá fuera eso. Envíe un agente a casa de Nolan lo antes posible.

-Sí, señor -respondió el sargento-. Er... ¿qué quiere que haga cuando se entere de esto el alcalde?

Tony dijo «cuando» y no «si», porque en un pueblo pequeño no existían los condicionales.

-Contéstele con evasivas. Quíteselo de encima. Haga que parezca que su mujer está bebida y que usted no se cree ni una palabra de lo que ha dicho. No quiero espantarlo hasta que tengamos la declaración de ella.

-De acuerdo, jefe.

-Y no hable de ello por la radio; sólo contacto telefónico. Eso nos permitirá ganar algún tiempo.

Jack desconectó y llamó a Todd para apremiarlo.

-La declaración de Jennifer Nolan nos proporcionará una base razonable para obtener una orden judicial respecto de esa grabación telefónica, de modo que si tú no las tienes ya, ahora podemos conseguirlas legalmente. Además, nos ha dado un nombre: Sykes.

-Siempre es agradable hacerlo legalmente -replicó Todd secamente.

-Antes sentía curiosidad e inquietud; ahora es diferente.

Ahora que sabía que había un delito por medio, todo debía hacerse siguiendo las normas. No le importaba forzar un poco las reglas, o incluso romperlas abiertamente, cuando se trataba de algo personal, pero ahora la cosa era más que personal. No quería que aquel caso fuera rechazado por el tribunal por culpa de un defecto de forma.

-Veré qué puedo averiguar acerca de Sykes. Si tiene aunque sólo sea una multa de tráfico, lo encontraré.

Jack regresó al despacho del detective y les contó lo que sucedía. El detective Morrison tomó unas notas rápidamente, con la mano izquierda inclinada en aquella postura tan peculiar que utilizaban tantos zurdos.

-Si su alcalde tenía algo que ver con Chad Mitchell, no es muy exigente al escoger sus amigos. Mitchell era un tipo de los bajos fondos; lo hemos detenido por resistencia, posesión, intento de violación, robo, allanamiento. El año pasado lo detuvimos por violación, pero el fiscal no logró que la acusación tirara adelante. Nunca ha cumplido condenas largas, seis meses aquí, un año allá.

-Posesión -dijo Jack-. ¿De qué, exactamente?

Morrison consultó su archivo.

-Marihuana, en su mayor parte. Una pequeña cantidad de cocaína. Rohypnol, clonazepam, GHB.

-Conocía bien las drogas de violadores.

-¿Cómo encaja el alcalde Nolan en todo esto? -quiso saber Daisy-. Él no era ninguno de los tres hombres que vi con Mitchell, pero de algún modo tiene que estar implicado.

-Imagino que Sykes era uno de los tres, y de alguna manera está asociado con el alcalde en alguna especie de negocio oscuro que se traen entre manos.

-Esa es la suposición más lógica -convino Morrison, incorporándose-. Señorita Minor, ha dicho usted que los vio brevemente, pero con claridad. Sé que le ocupará mucho tiempo, pero me gustaría que echase una ojeada a nuestras fotos, para ver si reconoce a alguien. No haga suposiciones, quiero que esté segura, porque de no ser así, el abogado defensor rechazará el caso.

Midas había sido un ángel todo el tiempo, sentado en el regazo de Daisy, pero cuando esta se puso de pie para seguir al detective Morrison, decidió que era el momento de explorar un poco y empezó a retorcerse como un loco en su esfuerzo por bajarse. Daisy lo depositó en el suelo y el cachorro se lanzó inmediatamente hacia los zapatos del detective.

-Rápido, ¿dónde está el pato? -dijo Daisy mientras rescataba cordones de los zapatos, lo cual resultó más difícil de lo normal porque el detective Morrison empezó a reírse y a agitar los pies, un juego nuevo que volvió loco de alegría al perro.

-Aquí. -Jack separó el pato del resto de las cosas del cachorro que había traído del coche y lo lanzó por el suelo. Al ver un nuevo objetivo, uno que evidentemente huía de él, abandonó los zapatos de Morrison y salió disparado detrás del pato. Cuando capturó al prófugo, le propinó una fuerte sacudida, lo lanzó al aire y se arrojó sobre él de nuevo.

-Lo siento -se excusó Daisy-. Lo compré precisamente ayer y sólo tiene seis semanas, por eso no he podido dejarlo solo, sobre todo después de saber que la persona que me busca a mí podía hacerle daño al cachorro si no daba conmigo.

-Sí, señora, hay personas muy mezquinas -convino el detective-. Lo mejor es ponerse a salvo. Le diré una cosa: Ya que está con el cachorro, le traeré las fotos aquí para que les eche un vistazo. Así no se alterará demasiado, al ver a tanta gente.

-Ésa es una idea excelente -dijo Jack al tiempo que cogía el pato antes de que lo alcanzase Midas y volvía a lanzarlo. Con sus ojos negros chispeantes de alegría, Midas botó y saltó, y después arrastró el pato hasta Jack y lo depositó a sus pies.

-Vaya, fíjate -dijo Morrison maravillado-. No ha tardado mucho en aprenderlo, ¿eh?

Jack estaba todavía lanzando el pato cuando regresó el detective con los brazos cargados de álbumes de fotos. Fascinado por el juego, Midas no le hizo caso.

Daisy se acomodó ante el escritorio con las fotografías delante, y por primera vez se dio cuenta de la enormidad de la tarea. Aquello no era cuestión de mirar cincuenta fotos, ni siquiera unos cuantos centenares; allí había miles, y el fotógrafo parecía ser especialmente inepto, porque las fotos difícilmente podían resultar menos favorecedoras para los sujetos.

Cerró los ojos y se imaginó a los tres hombres que había visto, y a continuación eligió la cara más distintiva: larga, estrecha, con cejas prominentes. El tipo tenía el cabello rubio, largo y sucio, y unas largas patillas, un estilo claramente poco atractivo. Sin embargo, el pelo se podía cambiar -ella era toda una experta al respecto-, de modo que desechó aquel detalle y se concentró en la forma de la cara. También podía descartar automáticamente las minorías étnicas. Adaptando el sistema que había aprendido en un curso de lectura rápida, comenzó a escrutar páginas y las fue pasando velozmente, deteniéndose de vez en cuando a estudiar un rostro.

Al cabo de quince minutos, Midas se tumbó a sus pies para echar una siesta. Daisy se detuvo para mirar al cachorro, y Jack aprovechó la oportunidad para preguntar:

-¿Quieres beber algo? ¿Café? ¿Un refresco? -No recomiendo el café -dijo Morrison. Daisy negó con la cabeza.

-Estoy bien. Y Morrison añadió:

-En ese caso la dejaré sola. Tengo varias llamadas que hacer, así que me iré a otro despacho y volveré cuando haya terminado.

Fueron transcurriendo los minutos, marcados tan sólo por el suave murmullo de las páginas al pasar. Midas terminó despertándose, y Jack se lo llevó afuera. Cuando regresó, con el cachorro bailando al extremo de la correa como si hubiera hecho algo maravilloso, Jack dijo: -Es la hora de comer. Necesitas hacer un descanso.

-No tengo hambre -respondió ella en tono ausente.

-Yo, sí.

Daisy levantó la mirada, divertida. -En el desayuno has comido cuatro veces más que yo.

-Por eso necesitas comer. Si tengo hambre yo, con más razón debes tenerla tú.

-Dentro de un poco. -Volvió a centrar la atención en las fotos, parpadeó, señaló una foto con el dedo y dijo con seguridad-: Éste es uno de ellos.

El hombre de la foto tenía el cabello más corto, pero sus desaliñadas patillas seguían siendo largas, el color seguía siendo rubio sucio y sus cejas de Neanderthal no habían cambiado. Jack estudió la foto brevemente y dijo:

-Voy a buscar a Morrison -y desapareció por la puerta.

Daisy suspiró y se frotó los ojos con suavidad. Uno menos, quedaban dos. Aunque los otros no iban a resultar tan fáciles como el primero, ya que ése era el que más destacaba del grupo.

Morrison regresó corriendo y miró la fotografía que le señalaba Daisy.

-George Lemmons el «Colega». Conozco a este cabrón. Lo hemos detenido por allanamiento, agresión, robo, vandalismo. Es otro tipo de los bajos fondos. Suele asociarse con... esto... diablos, ¿cómo se llama? -Salió del despacho y lo oyeron gritar por el pasillo-: Eh, Banjo, ¿te acuerdas de Lemmons el Colega? Lo detuvimos el año pasado por destrozar la casa de aquella anciana de Bob Wallace. ¿Cómo se llamaba el otro que iba con él?

-Calvin... No sé qué Calvin.

-Sí, eso es. -Morrison volvió a entrar en el despacho musitando-: Calvin, Calvin. -Tomó asiento frente a su ordenador y tecleó el nombre-. Aquí está. Dwight Calvin. ¿Es uno de los otros hombres?

Daisy dio la vuelta a la mesa y observó la fotografía que mostraba la pantalla del ordenador.

-Sí -dijo con seguridad estudiando aquel hombre de aspecto frágil, cabello oscuro y nariz grande.

-¿Está segura?

-Estoy segura. Pero no he'visto a nadie que se parezca al tercer hombre.

-Nos sería de ayuda tener el nombre de pila de Sykes, pero atraparemos a estos dos pajaritos, y sospecho que empezarán a cantar. Lemmons y Calvin no son muy dados a dejarse arrestar por nadie. Mientras tanto, señorita Minor, ¿dónde estará usted?

-En casa -empezó a decir, pero Jack movió la cabeza, en un ges-. to negativo.

-Hasta que esto esté resuelto, la registraré en un hotel, y no le pienso decir a nadie en cuál, ni siquiera a usted, Morrison. Si quiere ponerse en contacto con ella, llame a mi teléfono móvil, porque no habrá más contacto que ése.

CAPÍTULO 22

-Pero ¿dónde tienes pensado encerrarme? -le preguntó Daisy cuando ya estaban en el coche-. Tengo el cachorro conmigo, ¿no te acuerdas?

-Como si pudiera olvidarme -murmuró Jack-. No me gusta la idea de encerrarte en ninguna parte, pero es lo único lógico que puedo hacer. Algunos moteles admiten animales de compañía. Llamaré al Triple A de aquí para buscar uno.

-No me he traído nada de ropa -señaló Daisy-. Ni libros.

-Mandaré alguien a tu casa para que recoja unas cuantas cosas.

Daisy reflexionó un momento.

-Manda a Todd. Él sabrá qué coger.

-Ya te lo he dicho, Todd no es homosexual.

-Eso no importa. Sabe qué prendas combinar y qué maquillaje necesito.

-Eva Fay...

-Todd.

-Está bien -dijo Jack, mascullando para sí-, mandaré a Todd.

Al final, no tuvo que llamar a Triple A para encontrar un motel que aceptara animales de compañía; pasaron por uno nuevo que habían construido junto a la carretera 1-565, entraron con el coche, preguntaron en recepción, y resultó que disponía de dos habitaciones reservadas para personas con animales de compañía pequeños. Ambas habitaciones estaban vacías en aquel momento, de modo que Jack escogió la que daba a la parte de atrás. Registró a Daisy con un nombre falso: Ahora era Julia Patrick, la informó cuando regresó al coche y fue hasta la parte de atrás del edificio para buscar la habitación que le habían asignado.

Abrió la puerta y cargó con las cosas de Midas mientras Daisy dejaba que el cachorro investigase por un parterre de hierba y persiguiese a una mariposa. Era demasiado joven para perseguir nada; al cabo de unos minutos se derrumbó sobre su trípita para descansar. Hacía un calor casi achicharrante, excesivo para dejarlo jugar afuera sin ninguna sombra que lo cobijase. Daisy lo llevó al agradable frescor de la habitación y le dio un poco de agua, y con un suspiro de cansancio él se acomodó en su manta.

-Esta noche volveré con tus cosas -dijo Jack-. No sé a qué hora, pero llamaré primero. No abras la puerta a nadie excepto a mí.

Daisy se sentó en la enorme cama.

-Está bien.

No iba a pedirle que se quedara, aunque lo deseaba. Se dio cuenta de que llevaba todo el día apoyándose en aquellos fuertes hombros, dejando que él se ocupara de todo. Por supuesto, el asesinato era en efecto su especialidad, por así decirlo; Jack sabía exactamente qué hacer.

Deseó preguntarle cuánto tiempo tendría que pasar allí, pero era una pregunta tonta. Él no tenía ni idea. Era posible que Morrison localizase de inmediato a Lemmons y a Calvin, y también podía ser que los dos se hubieran ido del pueblo. Tal vez localizara a Sykes, o tal vez no. El

testimonio de'Jennifer Nolan quizá fuera fiable, pero todo el pueblo sabía que era una alcohólica; si había bebido aquella mañana, un dato así pondría en tela de juicio su declaración. Todo estaba en el aire.

Jack era como una roca. Ella sabía que se las habría arreglado sin él, pero también le había resultado muy agradable dejarle planear las cosas, que se ocupara de su familia, y hasta que mantuviera entretenido a Midas mientras ella examinaba aquellas montañas de fotos.

Se sentó a su lado y la rodeó con el brazo para estrecharla contra sí.

-¿Estás bien?

-Aún me siento un poco aturdida -reconoció ella-. Todo esto es tan... irreal. Vi morir a un hombre y ni siquiera me di cuenta.

-Uno no espera presenciar un asesinato. A menos que haya un disparo o una pelea importante, la mayoría de la gente no se daría cuenta. Queda demasiado lejos de su experiencia. -Le alzó la barbilla y la besó-. Y me alegro de que quedase lejos de tu experiencia -murmuró.

Hasta que Jack la besó, Daisy no se dio cuenta de lo mucho que lo había ansiado, su sabor y su contacto, su profundo aroma masculino. Le echó los brazos alrededor del cuello y le susurró: -No te vayas todavía.

-Tengo que irme -respondió él, pero no se levantó de la cama, y, en lugar de eso, la abrazó con más fuerza, dejó resbalar la otra mano hasta sus senos y comenzó a acariciarlos antes de empezar a desabrocharle la blusa. Daisy cerró los ojos al sentir el placer que comenzaba a desplegarse en el interior de su cuerpo, más intenso si cabe debido a la tensión acumulada aquel día. Durante breves instantes, mientras él la tocara, podría relajarse y olvidar.

Tironeó de la camiseta de Jack y deslizó las manos por debajo de la tela extendiendo las palmas contra los fuertes músculos de su espalda.

-Está bien, me has convencido -dijo él. Se sacó la camisa por la cabeza y se puso de pie para soltarse el cinturón. Vaqueros, ropa interior, calcetines y zapatos cayeron en un solo movimiento. Jack los dejó en el suelo y acto seguido se tumbó sobre la enorme cama arrastrando consigo a Daisy. Las sandalias de ésta cayeron a la moqueta. Jack la liberó de la blusa y el sujetador y lanzó ambas prendas hacia el vestidor situado al otro lado de la habitación.

Le besó suavemente el estómago al tiempo que le bajaba la cremallera de la falda de algodón y empujaba ésta hacia abajo, después subió hasta los pechos y succionó los pezones hasta que se endurecieron y adquirieron un color más oscuro, enhiestos como grosellas. Daisy se sintió mareada, pero ansiaba más. No se cansaba de él, no podía satisfacer nunca la necesidad de tocarlo, porque cada textura la hacía desear más.

-Ahora me toca a mí -dijo, empujándolo por los hombros. Jack, obediente, se tendió de espaldas y se tapó los ojos con el antebrazo.

-Esto va a acabar conmigo -musitó. -Quizá no.

Profundamente complacida con aquella oportunidad, tomó los testículos con ambas manos palpando el peso y la suavidad del escroto, la dureza que guardaba dentro. Hundió la cara contra su cuerpo, inhalando su penetrante aroma, introduciendo la lengua para paladearlo. El pene se agitó contra su mejilla, incitándola, así que Daisy volvió la cabeza y se lo metió en la boca.

Jack lanzó un gemido y sus manos se cerraron en dos puños que aferraron los cobertores de la cama.

Daisy no tuvo piedad, aunque Jack tampoco le suplicó. Saboreó, lamió y acarició hasta que el poderoso cuerpo de Jack estuvo tenso como un arco. Entonces se detuvo, se incorporó y dijo:

- Creo que con eso basta.

Un sonido casi inhumano rugió en el pecho de Jack. Saltó como un resorte, la agarró, se giró y se situó encima de ella. Daisy rió mientras él le arrancaba las bragas con desesperación y le separaba las piernas. Se asentó entre ellas y se colocó para la fuerte y única embestida que lo llevó hasta la empuñadura y que trocó la risa de Daisy en un gemido. Ella levantó las piernas y las cerró alrededor de las caderas de Jack, en un intento de contener tanto la profundidad de sus acometidas como el ardor de su propia respuesta. Deseaba saborear cada momento, no precipitarse sin pensar hacia el orgasmo, pero ya sentía cómo iba creciendo la presión.

En aquel momento Jack se detuvo flexionando los músculos a causa de la tensión.

- Mierda - dijo con los dientes apretados - . No tengo condón.

Las miradas de ambos se encontraron, la de él entornada por la furia con que intentaba dominar su cuerpo, la de ella agrandada por la súbita conciencia.

Las caderas de Jack se agitaron como si no pudiera esperar ni un instante más.

- ¿Quieres que pare? - Su semblante reflejaba el esfuerzo que le había costado formular aquella oferta. El sudor perlaba su frente y sus hombros, a pesar de que el chorro de aire acondicionado caía directamente sobre la cama.

El sentido común decía sí. Una vida entera de comportamiento responsable decía sí. No deberían correr el riesgo, o más del que ya habían corrido al llegar a la penetración sin protegerse. Sin embargo, algún instinto profundo, primitivo, anhelaba la sensación de tenerlo dentro, y sus labios se movieron para formar la palabra «no».

Jack perdió el control y comenzó a embestir profundamente y con fuerza, una y otra vez, y lo que había comenzado como un simple placer se convirtió en algo más, algo potente y arrebatador. Daisy se aferró a él porque no podía hacer ninguna otra cosa, porque con aquella sola palabra había exigido todo lo que él pudiera darle y no podía reservarse nada de sí misma. Se arqueó al alcanzar el climax, clavó los talones en los muslos de Jack, en una sacudida que nació en lo más hondo y se extendió por todo su cuerpo en oleadas convulsas. Durante largos instantes dejó de respirar, atrapada en una sensación intensa, tan aguda que el mundo se volvió borroso a su alrededor. Luego desapareció y lentamente su cuerpo fue quedando inerte, músculo por músculo, sus brazos y piernas cayeron abiertos y dejaron a Jack en libertad para moverse rápidamente y con fuerza hasta alcanzar su propio orgasmo.

El peso de él la aplastaba contra el colchón, pero no halló las fuerzas ni la voluntad necesarias para protestar. Estaba totalmente lánguido, el corazón le retumbaba contra la caja torácica, su respiración entraba y salía de los agitados pulmones. Quizá se quedaron dormidos; ciertamente, el tiempo pareció desaparecer.

Al cabo de un rato, gimiendo a causa del esfuerzo, Jack se retiró de encima de ella para tumbarse de costado y abrazarla contra él. Daisy hundió la cara contra su garganta, muy consciente de la humedad que sentía entre las piernas. Aquello podía ser un desastre. Pero no lo sentía como un desastre; lo sentía como... lo correcto.

Jack la acarició suavemente. Ella trató de pensar en algo que decir, pero no parecía haber nada que decir, nada que necesitara decirse. Lo único que necesitaba hacer era reconciliarse con lo que había entre ambos, la repentina sospecha de que aquello era mucho más que una aventura.

No podía ser. ¿O sí?

-Dios, tengo que regresar a la oficina -murmuró Jack-. No puedo creer que me haya dejado despistar de esta manera.

-Estoy segura de que cinco minutos arriba o abajo no van a suponer nada -lo consoló ella.

Jack abrió un ojo y la miró furioso.

-¿Cinco minutos? Perdóname. He superado ya los cinco minutos desde que tenía dieciséis años.

Daisy se retorció para mirar el reloj que había sobre la mesilla de noche. El problema radicaba en que no sabía si se habían dormido o no, ni durante cuánto tiempo. Decidió concederle el beneficio de la duda.

-En ese caso, estoy segura de que una hora arriba o abajo...

-¡Una hora! ¡Mierda!

Bajó de la cama de un salto y se metió en el cuarto de baño. Daisy oyó el ruido del agua al correr y el de la cisterna, y a continuación salió Jack y se dirigió a los pies de la cama, donde había dejado tirada su ropa. Al mirarla se quedó petrificado.

Alarmada por la expresión de su cara, Daisy se izó sobre los codos.

Entonces Jack levantó la vista y dijo en un tono neutro: -Tu perro se ha comido mis calzoncillos.

Daisy intentó no reírse; lo intentó de verdad. Logró evitarlo durante aproximadamente un segundo; luego comenzó a sacudirse con breves risitas parecidas a pequeños terremotos. Una de ellas estalló en forma de carcajada, para transformarse inmediatamente en una risotada que la hizo rodar de costado sosteniéndose el estómago como si de esa manera pudiera contenerla.

Jack se agachó y levantó al cachorro del suelo para mirarlo a la altura de los ojos. Era imposible negar la culpa de Midas, porque le colgaban de la boca varias hebras del color verde oscuro de los calzoncillos. Además, parecía muy contento y agitaba la cola frenéticamente al tiempo que movía las patas en un intento de acercarse hasta una distancia en la que pudiera lamer. Jack le dijo:

-Peludito, eres un auténtico engorro. -Pero lo dijo en un tono casi arrullador, y abrazó al cachorro contra sí mientras le quitaba las hebras de hilo de la boca.

Al contemplar a su peludo cachorro en las manos de Jack, que lo sostenía totalmente desnudo, con tanta suavidad, sintió el corazón salírsele del pecho. Y aunque ya lo estaba, en aquel momento se sintió completa e, irrevocablemente enamorada.

No, aquello no era una aventura, por lo menos en lo que a ella se refería. Era más, mucho más.

Jack dejó a Midas sobre la cama para que Daisy lo cuidara y él se pudiera vestir, y mientras ésta se defendía de aquellas enormes patas y de aquella lengua que lamía sin cesar, no dejó de observar cómo los vaqueros se deslizaban sobre el trasero desnudo de Jack y tuvo ciertos pensamientos lascivos.

Una vez vestido, se inclinó sobre ella y la besó, y el beso se hizo más largo y más profundo de lo que ambos habían pretendido que fuera. Las mejillas de Daisy estaban teñidas de color cuando se apartó Jack, y éste tenía de nuevo los ojos entornados. -Eres peligrosa -musitó.

-Lo único que estoy haciendo es quedarme aquí tumbada. Cogió a Midas, que empezaba a tirar de los cobertores, le dijo que no lo hiciera y le quitó la tela de la boca.

-Eso es lo que he dicho. Una mujer desnuda y un cachorro peludo; ¿qué más puede desear un hombre? Bueno, tal vez una cerveza. Y un buen partido de béisbol en la tele. Y…

Daisy agarró una de las almohadas y se la lanzó. -¡Vete!

-Ya me voy. Recuerda, no abras la puerta…

-A nadie excepto a ti -terminó ella.

-No sé a qué hora regresaré. Si tienes hambre, aquí al lado hay un Huddle House. -Anotó unos números en el cuaderno que había junto a la cama-. Este es mi número de móvil, el número de mi oficina y los números de Todd, aquí y en casa. Llama a cualquiera de ellos si necesitas algo.

-¿Por qué tienes tú los números de Todd? -preguntó Daisy con curiosidad.

-Debería haberme imaginado que me lo ibas a preguntar -murmuró Jack.

-Y bien, ¿por qué?

-Porque nos está ayudando a encontrar a Sykes. Posee algunos buenos contactos de los que nos estamos sirviendo. -La besó otra vez, rascó a Midas detrás de las orejas y salió por la puerta.

Daisy se bajó lentamente de la cama, sintiendo la protesta de sus piernas. Midas se acercó a examinar la gran mancha de humedad que había en los cobertores y ella se apresuró a cogerlo y depositarlo sobre la moqueta. El cachorro la siguió al cuarto de baño y se puso a olfatearlo todo mientras ella lavaba la mancha.

Avergonzada ante la idea de que las señoras de la limpieza del motel se pudieran encontrar así la cama, se afanó en frotar la mancha con un paño húmedo y una toalla de mano hasta que estuvo segura de que había quedado seca.

Su primera mancha de humedad, pensó contemplando el círculo oscuro. Esperaba que fuera la primera de muchas, porque deseaba que Jack Russo fuera el pudre de sus hijos.

Quedaba por ver si él deseaba lo mismo o no. No había echado a correr cuando su madre hizo aquel comentario con toda intención acerca de la clase de suegra que sería, pero es que no podía hacerlo, estando en medio de una investigación por asesinato y teniendo que protegerla a ella. No era hombre que eludiera sus responsabilidades.

En realidad debería haberle dicho que se detuviera, pensó mientras se vestía". No quería que se casara con ella porque estuviera embarazada; quería que la amara. Esta vez seguramente no pasaría nada -no era el momento adecuado-, pero la madre naturaleza tenía su forma de hacer las cosas, y no respiraría tranquila hasta que tuviera el período.

Se sentó y recorrió con la mirada la habitación de motel. Para ser una habitación de motel no estaba mal. Era más grande de lo acostumbrado, quizá porque se trataba de una de las habitaciones para huéspedes con animales de compañía. Había un sillón reclinable para sentarse, una mesa redonda con dos sillas y un diminuto frigorífico con una cafetera de cuatro tazas encima. El cuarto de baño era funcional pero corriente. Y ahora, ¿qué?

Obedeciendo a un impulso, cogió el listín telefónico 7 buscó Sykes. No conocía el nombre de pila de aquel Sykes en particular ni tampoco dónde vivía, de manera que no valía la pena realizar aquel ejercicio, pero examinó la lista de los Sykes y pensó en llamarlos a todos. Podía decir algo así como: «Señor Sykes, soy Daisy Minor. Tengo entendido que intenta usted matarme».

No era una buena idea. ¿Y si tenía un identificador de llamadas? Eso le permitiría saber dónde se encontraba ella.

Por lo general no veía mucho la televisión, pero no había otra cosa que hacer. Midas había decidido echarse otra siestecita; cuando se despertara, volvería a sacarlo fuera, pero ¿cuánto tiempo le ocuparía eso? Cogió el mando a distancia, se acomodó en el sillón reclinable y encendió la televisión.

No le gustaba en absoluto, tener que esperar sin hacer nada. Por lo menos su familia estaba a salvo. Sabía que a esas alturas estaría hecha un manojo de nervios si Jack no los hubiera sacado de la ciudad. Seguro que aquella noche llamaría su madre para cerciorarse de que se encontraba bien, y se preocuparía al no obtener respuesta. Pero por lo que parecía, Jack pensaba en todo, de modo que probablemente le había dado a su madre el número de su propio teléfono móvil o proporcionado algún otro medio de ponerse en contacto.

Pero ¿y Jack? Se quedó helada. No era ningún secreto que mantenían una relación, después de que él se sentó a su lado en la iglesia. ¿Y si el alcalde Nolan se enteraba del chismorreo y decía al tal Sykes que persiguiera a Jack como una forma de hacerla salir a ella de su escondite?

Se precipitó sobre el teléfono y marcó el número del móvil de Jack. Él contestó al primer timbrazo. -Russo.

-Tú también tienes que tener cuidado -dijo acalorada.

-¿Qué?

-Si el alcalde descubre que estamos juntos, eso también te convierte a ti en objetivo, igual que mi familia.

-Hay una diferencia entre tu familia y yo. Daisy los quería a todos, de modo que no veía diferencia alguna.

-¿Cuál?

-Yo voy armado.

-Tú sólo ten cuidado. Prométemelo.

-Te lo prometo. -Calló un instante-. ¿Te encuentras bien?

-Estoy aburrida. Date prisa en traerme esos libros. Daisy siguió inquieta después de colgar el teléfono, y empezó a pasear por la habitación. Odiaba verse allí apartada sin saber lo que sucedía, sin poder ayudar. No encajaba con su naturaleza sentarse a esperar. Una vez que identificaba una tarea o un problema, no encontraba descanso hasta que lo dejaba resuelto.

Algo tendría que pasar pronto, o de lo contrario se volvería loca.

Jack cortó la conexión con el ceño fruncido. Daisy parecía estar inquieta, lo cual no era bueno. Necesitaba saber que ella estaba haciendo exactamente lo que le había dicho; necesitaba saber que se encontraba a salvo, para poder concentrarse en buscar a Sykes.

Sin embargo, la llamada que había recibido justo antes de la de Daisy lo habia dejado preocupado. Uno de los detectives habia ido a casa de Nolan pero no había encontrado allí a la señora. Aún no la habían localizado. Si Kendra Owens había contado a alguien lo de aquella llamada telefónica, era posible que ya hubiera llegado a oídos del alcalde.

Una vez más se le empezó a erizar el vello de la nuca.

CAPITULO 23

Nadine dudó ante la puerta del despacho de Temple, con la indecisión pintada en el rostro. Él levantó la vista, irritado. Había estado todo el día nervioso, aguardando a tener noticias de Sykes, preguntándose si ya habría cumplido su misión. La llamada telefónica del señor Phillips tampoco había sido precisamente agradable. Las personas que decepcionaban o entraban en conflicto con Elton Phillips acababan muertas. Si Sykes no tenía éxito aquella vez, Temple sabía que tendría que hacer algo para aplacar a Phillips. Matar a Sykes, tal vez. La perspectiva de matar a Sykes lo preocupó, porque Glenn Sykes no era ningún idiota, y no se dejaría fácilmente matar.

Nadine continuaba de pie en la puerta, y Temple le espetó:

-Por el amor de Dios, Nadine, ¿qué pasa?

La muchacha parecía perpleja por aquella súbita irritabilidad. Temple casi nunca se permitía perder los estribos; no era bueno para su imagen. Sin embargo, aquel día tenía otras cosas de que preocuparse, además de su maldita imagen.

Nadine se retorció las manos.

-Nunca he dicho nada. Pienso que las líneas privadas de las personas son precisamente eso, privadas. Pero creo que debe saber lo que ha hecho hoy la señora Nolan.

Dios, ahora no. Temple se tapó los ojos y los masajeó para aliviar el dolor que lo acosaba bajo las cejas.

-Jennifer tiene... problemas -consiguió decir, lo mismo que había dicho tantas veces en el pasado para suscitar compasión. Era su respuesta comodín, así no tenía que pensarla.

-Sí, señor, lo sé.

Al ver que Nadine no proseguía, Temple lanzó un suspiro, pues se dio cuenta de que preguntarle en vez de decir lo que quería decir en realidad: que le importaba un pimiento lo que hiciera aquella bruja, y que esperaba que chocara contra un poste de la luz y se electrocutara.

-¿Qué ha hecho esta vez? -Aquélla era otra respuesta comodín, que ponía de manifiesto su paciencia y su cansancio.

Ahora que él le había preguntado, Nadine lo escupió todo como si no pudiera contenerlo más tiempo.

-Ha llamado a la biblioteca y le ha dicho a Kendra Owens que usted está intentando que maten a Daisy Minor.

-¿Cómo? -Temple se levantó de la silla de golpe, con el rostro desprovisto de todo color. Le temblaron las rodillas a causa de la impresión, y tuvo que agarrarse al borde de la mesa. Dios mío. Oh, Dios mío. Se acordó de la repentina sensación de inquietud que había experimentado aquella mañana y que lo obligó a averiguar qué estaba haciendo Jennifer. La muy perra había estado escuchando por la extensión de su dormitorio. El señor Phillips lo mataría. En sentido literal.

-Kendra no se lo ha tomado en serio, naturalmente, pero le preocupa que la señora Nolan pueda hacer algo, ya sabe, alguna locura, de modo que ha llamado al departamento de policía y ha dado parte de ello.

-¡Jodida puta! -exclamó Temple con vehemencia, y no supo si se refería a Jennifer o a Kendra, o a las dos.

Nadine dio un paso atrás, más que ofendida por aquel lenguaje.

-He pensado que usted debería saberlo -dijo un poco rígida, y cerró con brusquedad la puerta que unía ambos despachos.

Con mano temblorosa, Temple cogió su línea privada y marcó el número de Sykes. Al cabo de seis timbrazos, devolvió el auricular a su sitio. Sykes no estaba en casa, por supuesto; estaba esperando a seguir a Daisy al salir del trabajo. Tras la estúpida llamada de Jennifer, si Daisy hubiera desaparecido después del almuerzo, el departamento de policía habría estado en alerta total, buscándola, así que la falta de acción significaba que aún no había ocurrido nada. Tenía que dar con Sykes y decirle que abortase todo aquel asunto. Si ahora le sucediera algo a Daisy, él, Temple, sería el número uno de la lista de sospechosos.

Y también debería hacer algo respecto a Jennifer. Pero con su historial de alcohólica, resultaría fácil preparar un «accidente». Un golpe en la cabeza, empujar el coche al río, y asunto terminado. Pero no ahora. Cualquier cosa que pasase en ese preciso momento resultaría demasiado sospechosa. No podían hacer nada sin poner en peligro el envío de las rusas.

Pero lo primero que tenía que hacer era arreglar las cosas con Nadine. No le convenía que la muchacha hablara y lo pusiera de vuelta y media entre su pequeño círculo de amistades. Aquellos cotilleos tendían a extenderse como un reguero de pólvora. Abrió la puerta, reunió encanto y dijo:

-Lo siento, Nadine. No tenía derecho a utilizar ese lenguaje. Jennifer y yo hemos discutido esta mañana, y todavía estoy irritado. Y luego enterarme de que ha hecho una cosa así... -Dejó que se le hundieran los hombros.

La expresión de Nadine se suavizó un poco. -No tiene importancia. Lo comprendo. Nolan se frotó la frente otra vez.

-¿Se alteró Daisy cuando Kendra le contó lo de la llamada? -Daisy no ha ido a trabajar hoy. Ha llamado su madre para decir que tenía dolor de muelas. Yo tengo mis sospechas, pero eso es lo que hay. -Agitó las cejas con aire malicioso.

Nadine no debería intentar poner una expresión maliciosa, pensó Temple; parecía una rana coqueta.

-¿A qué te refieres con eso de tus «sospechas»? -De donde está Daisy. Bueno, no es que yo sepa dónde está, pero dudo que tenga dolor de muelas. -¿Y por qué lo dudas?

-Porque justo antes del almuerzo he tenido que llamar al departamento de policía, y Eva Fay me ha dicho que el jefe Russo tampoco ha estado en su despacho en todo el día.

El dolor que Temple sentía detrás de las cejas empeoró.

-¿Y qué tiene que ver eso con Daisy?

-¿Quiere decir que no se ha enterado? Se están viendo.

Para Nadine, la satisfacción que le produjo ser la primera en darle aquella noticia compensó con creces el malestar debido a la mala educación y el lenguaje empleado por su jefe.

Temple se sentía como si lo hubieran golpeado entre los ojos con un garrote.

-¿Qué? ¿Que se están viendo?

Apenas pudo articular la frase, de lo fuerte que había sido la impresión. Y entonces vio avecinarse el desastre.

-Barbara Clud ha dicho que compraron... bueno, que compraron ciertos artículos íntimos juntos. Y además, el domingo pasado el jefe Russo se sentó a su lado en la iglesia.

-En ese caso, debe tratarse de algo serio. -Su voz sonó ronca, y se aclaró la garganta con grandes gestos-. Tengo un picor en la garganta.

Nadine extrajo del cajón de su mesa una pastilla para la tos y se la entregó.

-Yo diría que va en serio, ya que el jefe Russo ha ido a la iglesia con ella.

Temple asintió y huyó al interior de su despacho, intentando comprender todas las consecuencias de lo que acababa de escuchar. ¡Maldición! Cuando Russo le consultó aquella matrícula, fingió no saber de quién era. ¿Por qué hizo una cosa así? ¿Qué lo hizo ocultar el hecho de que conocía a Daisy? No había motivo alguno, a no ser que... a no ser que supiera muy bien que ella no había aparcado en un carril para bomberos frente al consultorio del doctor Bennet, y la única forma en que podía saberlo era que él hubiera estado con ella durante aquel tiempo en concreto.

Los «artículos íntimos» que habían comprado en la farmacia de Clud tenían que ser condones, lo cual quería decir que estaban durmiendo juntos. Evidentemente, Russo no habría pasado la noche con Daisy en casa de la madre de ésta, pero para eso tenía su propia casa. Temple nunca hubiera pensado que Daisy pasara la noche con un hombre, pero tampoco había imaginado que fuera a teñirse de rubia e ir al Buffalo Club. Estaba claro que se había desmandado.

Así que Russo sabía que él mintió respecto a lo del coche de Daisy. Russo no era idiota; rápidamente habría supuesto que otra persona le había pedido a él que averiguase a quién pertenecía el coche. Aquello no era tan grave, excepto por el hecho de haber mentido. Resultaba sospechoso; Russo se preguntaría qué estaba ocurriendo, y Temple no quería que un hombre como Russo se preguntara por nada del mundo, lo que hacía él.

Lo más urgente era controlar los daños. Tenía que encontrar a Sykes y decirle que lo anulase todo, tenía que hacer algo con Jennifer, y tenía que asegurarse de que el envío de rusas se recibiera sin problemas, porque, en aquel momento, la más leve sombra de problema supondría más de lo que el señor Phillips iba a tolerar.

Jennifer conducía sin destino fijo, con miedo de regresar a casa, porque a aquellas alturas estaba segura de que Temple se habría enterado de lo que había hecho. En un pueblo no se podían ocultar cosas como aquélla. No conseguía dejar de llorar, aunque no sabía por qué lloraba, a no ser que estuviera sufriendo una crisis nerviosa y no se diera cuenta. Pero no podía hacer semejante cosa; eso le daría a Temple una oportunidad para recluirla en una institución mental.

Había sacado la pequeña cinta del contestador y se la había guardado en el bolso. Conseguiría que la escuchara alguien, pero no sabía quién. Una parte de ella deseaba ir hasta el departamento de policía, entrar haciendo todo el ruido y el alboroto que le fuera posible, y hacer que alguien

escuchara la cinta allí mismo, delante de todo el mundo. Así no podrían dejar de hacerle caso, y nadie pensaría que estaba borracha y que se imaginaba cosas. Aquello sería lo más inteligente, pero por lo visto no conseguía la resolución necesaria para hacerlo.

Se sentía como si se estuviera desintegrando por dentro; necesitaba una copa, la necesitaba con más urgencia que nunca, y por primera vez en su vida tenía miedo de tomársela. Una vez que lo hiciera, ya no se detendría, y entonces quedaría desamparada. Su vida dependía de que permaneciese sobria. Ahora no parecía pensar con claridad, pero si bebiera, no sería capaz de pensar en absoluto.

Por fin, casi de modo automático, se encontró en la carretera que iba a Huntsville. Era la misma que tomaba para ir de compras, para ir a la peluquería. Siempre que salía de casa, era para ir a Huntsville. Era una carretera agradable y familiar. Dos veces se paró a vomitar, aunque no había comido nada y fueron náuseas prácticamente secas. Síntomas de abstinencia, pensó; su cuerpo se rebelaba por no tener su acostumbrada dosis de alcohol. Ya se había desintoxicado anteriormente, pero siempre en una clínica, donde le administraron drogas para facilitarle la transición.

A lo mejor era aquello lo que debía hacer. A lo mejor debía ingresar en una clínica, si lograra recorrer todo el camino que le quedaba hasta Huntsville. Había hecho lo que había podido, había intentado advertir a Daisy; si ingresaba en una clínica, cuando saliera de ella al cabo de un mes todo habría terminado y no tendría que enfrentarse a ello.

Excepto que tendría que enfrentarse a su conciencia si algo le hubiera pasado a Daisy y ella no hubiera hecho lo que estuviera en su mano por evitarlo.

Condujo apretando el volante fuertemente con ambas manos, pero ni siquiera así conseguía mantener el coche dentro del carril derecho. La línea discontinua parecía bailotear adelante y atrás, y siguió dando tumbos, intentando permanecer al lado derecho de la misma. Un automóvil grande y blanco pasó raudo por el otro carril haciendo sonar el claxon, y le dijo:

-Lo siento, lo siento.

Estaba haciendo lo que podía. Sin embargo, eso nunca había bastado, ni para Temple ni para Jason y Paige, ni siquiera para sí misma.

Seguía oyendo un claxon persistente. Miró para cerciorarse de que no se estuviera apoyando accidentalmente en el de su propio coche, pero ni siquiera tenía las manos cerca. El automóvil blanco pasó de largo y no había chocado contra él, de modo que ¿de dónde provenía aquella bocina? Se le nubló la vista y sintió deseos de tumbarse, pero si lo hiciera tal vez no fuera capaz de levantarse. ¿Dónde estaba aquella maldita bocina?

Entonces vio un fogonazo azul, un efecto estroboscópico que la mareó todavía más, y apareció a su izquierda el coche grande y blanco, acercándose cada vez más, empujándola fuera de la carretera. Desesperada, pisó los frenos para no colisionar con él, y entonces el volante sufrió una sacudida y se le escapó de las manos. Lanzó un chillido al tiempo que su coche iniciaba un vuelco espantoso, y el cinturón de seguridad se apretó con una sacudida casi brutal, sujetándola, al salirse el automóvil de la carretera. El eje delantero se hundió en una cuneta poco profunda y sintió algo duro que la golpeó en el rostro.

Una neblina llenó el interior del coche, y, presa del pánico, comenzó a forcejear para liberarse del cinturón. El coche estaba en llamas, y ella iba a morir.

En eso, se abrió de golpe la portezuela y apareció un hombre grande y de piel olivácea que se asomó al interior.

-No pasa nada -dijo en tono calmado-. No es humo; es sólo el polvo del airbag.

Jennifer se lo quedó mirando, llorosa, debatiéndose entre la desesperación y el alivio por ver que todo había terminado. Ya no tendría que decidir nada. Si el jefe Russo estaba confabulado con Temple, no había nada que ella pudiera hacer.

-¿Está herida en alguna parte? -le preguntó él, agachado en cuclillas y examinándola en busca de alguna herida visible-. Además de sangrar por la nariz.

¿Le estaba sangrando la nariz? Se miró y vio gotas rojas salpicadas por toda la ropa.

-¿Por qué estoy sangrando? -preguntó desconcertada, como si no existiera nada más importante que averiguar por qué le sangraba la nariz.

-Los airbags dan un buen porrazo. -Él tenía en la mano un botiquín de primeros auxilios; lo abrió y sacó una gasa gruesa-. Tenga, póngasela contra la nariz. Dejará de sangrar en un minuto.

Obediente, Jennifer se aplicó la gasa en la nariz apretándose las fosas nasales.

-Esta mañana ha llamado a la biblioteca para informar de una amenaza que oyó en boca de su marido -continuó el jefe Russo, en un tono de voz todavía tan tranquilo como si estuvieran hablando del tiempo-. Quisiera que prestara declaración acerca de lo que oyó, si tiene fuerzas para hacerlo.

Jennifer dejó caer la cabeza contra el reposacabezas en un gesto de cansancio.

-¿Trabaja usted con él? -le preguntó nasalmente. ¿Qué importaba? Si decía que sí, no había nada que ella pudiera hacer.

-No, señora, no trabajo con él -contestó Jack-. Tal vez no se haya enterado, pero Daisy Minor es una amiga muy especial para mí. Las amenazas que se hacen contra ella me las tomo muy en serio.

Podía estar mintiendo. Jennifer lo sabía, pero no lo creía. Había sufrido demasiado dolor a manos de un hombre como para no perca-

tarse de la ausencia total de amenaza que suponía el jefe Russo. Al caer en la cuneta se le había derramado todo el contenido del bolso; se desabrochó el cinturón de seguridad y se inclinó despacio hacia delante para rebuscar entre aquel desorden hasta que dio con la pequeña cinta de cásete.

-No sólo lo oí -dijo-. También lo grabé.

CAPÍTULO 24

La señora Nolan temblaba intensamente, pero habló con coherencia. Para cumplir con todas las formalidades, Jack insistió en que se le hiciera la prueba de la alcoholemia; no dio nada. No sólo no estaba borracha, sino que aquel día no había tomado ni una pizca de alcohol. Uno de sus investigadores le tomó declaración; luego, varios de ellos escucharon la cinta del contestador. La voz del alcalde sonaba un poco metálica, pero era reconocible:

La atrapará cuando salga de la biblioteca para ir a almorzar, o cuando se vaya a casa por la tarde. Sencillamente desaparecerá. Cuando Sykes se encarga de algo personalmente, no hay problemas.

-¿De veras? -Aquél era el segundo individuo, el que la señora Nolan identificó como Elton Phillips, un adinerado hombre de negocios de Scottsboro-. Entonces, ¿por qué han encontrado tan rápidamente el cadáver de Mitchell?

-De eso no se encargó Sykes. El se quedó en el club para averiguar quién los había visto en el aparcamiento. Los otros dos fueron quienes se encargaron del cadáver.

-Un error por parte del señor Sykes.

-Sí.

-Entonces, ésta es su última oportunidad. Y también para usted.

No se había nombrado a Daisy de modo específico, pero con la mención de la biblioteca y el testimonio de la señora Nolan sobre la parte de la conversación que no había grabado, no era necesario. Se había mencionado a Mitchell, y a alguien que los estaba viendo desde el aparcamiento del club. Con el testimonio de Daisy y la identificación de dos de los hombres que habían matado a Mitchell, más la voz de Temple en la cinta, el alcalde quedaba firmemente implicado en un asesinato. La señora Nolan no comprendía la referencia que había oído acerca de un envío de rusas, pero Jack comenzaba a albergar desagradables sospechas.

Con independencia de aquello, el alcalde y su amigo estaban listos. Eva Fay que era una de las personas que estaban reunidas escuchando la cinta, dijo con las manos apoyadas en las caderas: -Menuda serpiente.

Su gente estaba furiosa, observó Jack. Investigadores, patrulleros y el personal de oficina; todos estaban indignados. Él ya no era el forastero, sino uno de ellos, y su mujer había sido amenazada. Y no se trataba, de una mujer cualquiera, sino de Daisy Minor, a la que la mayoría de ellos conocían desde hacía años. Lo malo de vivir en un pueblo era que todo se convertía en una cuestión personal. Lo bueno era que todo se convertía en una cuestión personal. En los momentos de • adversidad, aquel sistema de apoyos funcionaba en masa.

-Traigamos aquí al alcalde para interrogarlo -dijo Jack en voz baja, conteniendo con esfuerzo su propia rabia. Daisy se encontraba a salvo; eso era lo más importante-. Pónganse en contacto con el departamento de policía de Scottsboro y que detengan también al señor Phillips.

Le hubiera gustado tender una red para capturar al tal señor Sykes, pero no contaba con suficientes hombres para bloquear todas las calles del pueblo y empezar a pedir a todo el mundo que se identificase. Sykes lo preocupaba, pero mientras Daisy siguiera en el mismo sitio, no podría dar con ella.

-He ordenado no comunicar nada por radio -dijo Tony Marvin-. No tendrá ni idea de que pensamos atraparlo.

-Seguro que sí. ¿Se acuerda de Kendra Owens? ¿Cree que se habrá pasado el día calladita sin explicarle a nadie lo de la llamadita de la señora Nolan?

-Ni mucho menos -contestó Eva Fay-. Kendra es un encanto, pero le encanta hablar.

-En ese caso, tenemos que suponer que el alcalde sabe que la señora Nolan nos llamó. Estará en guardia, pero no conoce la existencia de la cinta, así que quizá no haya salido pitando. Vamos, pongámonos en marcha.

A aquella maldita señorita Minor no se la encontraba por ninguna parte del pueblo, lo cual estaba poniendo a Sykes muy nervioso. No había ido a trabajar; tampoco estaba en casa. Sencillamente se había esfumado. Y cuando la gente se desvía tanto de sus actividades normales, algo pasa.

Incluso había llamado a la biblioteca y tuvo cuidado de hacerlo por un teléfono público por si acaso tenían un identificador de llamadas -cosa poco probable tratándose de un edificio municipal, pero posible, y aquel maldito servicio de devolución de la llamada significaba tenerse que andar con cuidado- para preguntar por la señorita Minor. La mujer que le había contestado sólo le dijo que no estaba, pero él había podido percibir en su voz una cierta tensión subyacente, una rigidez que lo preocupó todavía más.

De acuerdo, no iba a atrapar a la señorita Minor aquel día. Era un contratiempo, no una catástrofe.

Pero ¿qué era lo que tenía tan nerviosa a la mujer de la biblioteca?

Era un pequeño detalle, el nerviosismo en la voz de una mujer, pero eran los pequeños detalles los que saltaban y lo mordían a uno en el culo cuando menos se lo esperaba, si no les prestas atención y te ocupas de ellos. Y su instinto le decía que había llegado el momento de prestar atención.

Llamó al alcalde por su línea privada, pero no obtuvo respuesta. Otro detalle preocupante. Por lo que sabía, éste tenía planeado quedarse todo el día en su despacho, lo cual le proporcionaría una coartada hermética respecto a la desaparición de la señorita Minor, por si acaso.

La siguiente llamada fue al teléfono móvil del alcalde. Nada. Ya inquieto de veras, Sykes llamó al alcalde a su casa. El mismo Nolan lo cogió al segundo timbrazo.

-La señorita Minor no ha ido a trabajar hoy -dijo Sykes-. Voy a dejarlo por el momento.

-¡Sykes! ¡Gracias a Dios!

El alcalde parecía estar sin aliento y a punto de perder el control, lo cual no era bueno en absoluto.

-Escucha, tenemos problemas. Tenemos que ponernos de acuerdo en la misma versión, respaldarnos el uno al otro. Lo único que tenemos que hacer es guardar discreción durante un tiempo, y creo que pasará la tormenta.

-¿Problemas? ¿Por qué? Sykes mantuvo el tono calmado.

-Jennifer me oyó esta mañana hablar con el señor Phillips, y la jodida borracha llamó a la biblioteca y preguntó por Daisy. Daisy no estaba allí, así que le contó a Kendra Owens que yo estaba conspirando para que mataran a Daisy Minor.

Dios. Sykes se pellizcó el puente de la nariz. Si el alcalde hubiera tomado una pizca de precauciones antes de hablar por teléfono…

-¿Y qué hizo Kendra Owens? -La pregunta era sólo pura formalidad. Demasiado bien sabía lo que había hecho Kendra Owens.

-Llamar al departamento de policía. Menos mal que Jennifer es una borracha, porque no creo que la haya creído nadie. Pero si tú hubieras atrapado a Daisy hoy, eso habría dado lugar a toda clase de preguntas. Genial. Ahora estaba alertada la policía de Hillsboro. -Hay otra cosa más. Con un esfuerzo, Sykes conservó la calma. -¿Qué mas?

-El jefe Russo y Daisy están saliendo juntos.

-¿Y qué interés puede tener eso para mí?

-Russo es el tipo al que pedí que consultara la matrícula del coche ayer. Le dije que había visto el vehículo aparcado en un carril de bomberos frente a la consulta de un médico. Sabe que le mentí, porque sabía que Daisy no estaba enferma. Y cuando me dio la información, fingió no conocerla.

De acuerdo, de modo que ahora tenían un jefe de policía que albergaba sospechas. Otra vez aquellos malditos detalles; Nolan había añadido demasiados, y lo habían pillado en falta. Si se hubiera limitado a pedirle al jefe de policía que consultara la matrícula, sin dar explicaciones, éste habría querido saber por qué el alcalde estaba investigando el coche de su novia, pero no sabría que Nolan había mentido. En cuanto a eso, ¿por qué había tenido Nolan que pedirle al maldito jefe de policía que le consultase un simple número de matrícula? Pero no, Nolan no pudo valerse de un peón cualquiera; tuvo que acudir al jefe, sólo para exhibir su poder.

-He venido a casa para buscar a Jennifer y encerrarla, pero la muy perra no está aquí.

-Eso está bien. No causaría buena impresión que apareciese muerta después de haber hecho una llamada así.

-Es una borracha -dijo Nolan quitándole importancia al tema-. Y los borrachos tienen accidentes todo el tiempo.

-Es posible, pero por el momento seguiría pareciendo sospechoso. Tú continúa guardando la discreción.

Nolan no pareció oírlo.

-Puede que la lleve a hacer otra visita al señor Phillips. A él le gustaría, pero a ella no. -Aquella idea lo complació, porque se echó a reír.

Estaba tratando con idiotas. Sykes cerró los ojos.

-Es posible que la policía la tenga vigilada, de modo que a Phillips no le gustaría que tú los condujeses directamente hasta él.

-No. Tienes razón. Pero de todos modos tengo que encontrar a Jennifer. Dijo algo acerca de ir a la peluquería, y es lo bastante tonta como para hacer una llamada así y después irse dando tumbos al salón de belleza.

O la policía se la habría llevado a prestar declaración, lo que era lo más probable. ¿Es que no sabía Nolan nada acerca de los procedimientos policiales ? La policía no se limitaba a descartar una llamada como aquélla,

sobre todo cuando el sujeto era la amante del jefe. La señorita Minor había desaparecido convenientemente, la señora Nolan también faltaba de su casa y probablemente se encontraba en el departamento de policía, y el siguiente paso era detener al alcalde para interrogarlo.

Aquello no tenía buena pinta. Después de la actuación de Nolan el día anterior y lo de hoy, Sykes había revisado drásticamente a la baja la opinión que tenía de él. Era un hombre de sangre fría, pero no soportaba la presión y permitía que su ego se entrometiera en su claridad de pensamiento. ¿Qué ocurriría cuando la policía comenzase a formularle preguntas? Tal vez aguantara el tipo, pero si lo vapuleaban un poco intentaría llegar a un acuerdo y pasaría por encima de todo el mundo.

Bien, no podía permitir que sucediese tal cosa.

-¿Es buen policía ese jefe? -inquirió.

-Muy bueno. Formó parte de un equipo de Operaciones Especiales en Chicago y más tarde en Nueva York. Tuve suerte de conseguir que viniera a un pueblo tan pequeño como Hillsboro.

Sí, la misma suerte que la de una tortuga cruzando una autopista: Haría falta un milagro para que lograra cruzar sin terminar aplastada. Sykes no creyó que a Nolan lo esperase ningún milagro. Había escogido un jefe de policía que se encontraba a sus anchas en los frentes más duros, que reaccionaría agresivamente ante una amenaza hecha a su novia. Lo único que operaba a su favor en aquel punto, que él pudiera ver, era que la muerte de Mitchell y el descubrimiento de su cadáver no habían sucedido dentro de su jurisdicción.

Entonces se le ocurrió una idea.

-Esta mañana, al hablar con el señor Phillips, ¿mencionaste a Mitchell?

-Por eso precisamente me llamó el señor Phillips. No le había hecho muy feliz enterarse de que hubieran hallado el cadáver tan pronto, y le expliqué que se debía a que no te habías encargado de ello tú mismo.

Así que Nolan no sólo había mencionado el nombre de Mitchell, sino también el de Sykes. La señora Nolan no los conocía, pero ahora tenía sus nombres. Todo aquel asunto se estaba desenrollando tan deprisa que Sykes no acertaba a atrapar los cabos sueltos.

-Voy a decirte una cosa -dijo Sykes-. Tú quédate quieto y finge que no pasa nada fuera de lo normal, y no podrán tocarnos.

-Ya, claro.

- No ha pasado nada, no se ha intentado nada contra la señorita Minor, de modo que no se ha cometido ningún delito. Cabe la posibilidad de que Russo se pregunte por qué mentiste en lo de la matrícula del coche, pero da igual. Cíñete a tu versión de la historia. Puede que anotases mal el número, cambiases de sitio algunas cifras, algo así.

-Buena idea.

-Si te interrogan acerca de la llamada telefónica de la señora Nolan, diles que no tienes ni idea de lo que están hablando. ¿Ha bebido esta mañana?

-Bebe siempre -respondió Nolan. -¿La viste tomarse una copa? -No, pero estaba torpe, tropezaba con todo. Tal como iban las cosas, si Nolan creía que su mujer estaba borracha, Sykes estaba dispuesto a apostar que Jennifer estaba más sobria que una piedra.

-¿Crees que Russo me interrogará?

¿Saldrá el sol mañana?

-Probablemente. No te preocupes, tú sigue el plan.

-¿Debería advertir al señor Phillips?

-Yo no lo haría. Deja que todo esto se olvide, y jamás se enterará de nada. Nos encargaremos de ese envío de rusas y él se quedará más contento que unas castañuelas.

-Mierda, me había olvidado del envío.

-No hay problema. Lo tengo cubierto -dijo Sykes, y colgó.

Lo que tenía delante, pensó era una solemne jodienda. La mujer del alcalde tenía su nombre, Sykes, y el de Mitchell. Si Russo era la mitad de buen policía de lo que Nolan decía que era, tendría la declaración de la señora Nolan y estaría comprobando todo lo que ella le hubiera dicho. A Mitchell no lo habían encontrado en su jurisdicción, pero con tantos jodidos ordenadores por todas partes, lo único que tenía que hacer Russo era pedir una búsqueda y, oh, maravilla, aparecería un muerto llamado Mitchell. Aquello revolvería de verdad las cosas, y cuando empezasen a preguntarse qué tenía que ver un muerto con Daisy Minor, le enseñarían a ésta la foto de Mitchell y a lo mejor se acordaba por casualidad de dónde lo había visto… y de los tres hombres que estaban con él.

Había ocasiones en las que no había otra cosa que hacer que ahorrar pérdidas y controlar los daños. Y aquélla era una de esas ocasiones.

Sykes sopesó sus alternativas. Podía ahuecar el ala; ya tenía funcionando su otra identidad. Pero siempre había pensado reservar su otra identidad para una situación de vida o muerte, y aquélla no lo era. Tendría que aguantar un poco, quizá pasarlo mal durante uno o dos años, o ni siquiera eso. No había sido él quien empuñó el cuchillo; podían detenerlo por conspiración para cometer un delito, obstrucción, cosas así, pero no por asesinato. Además, contaba con una poderosa arma de la que servirse: información. La información era lo que movía el mundo, y lo que empujaba a los fiscales a hacer tratos.

No tenía ninguna fe en Temple Nolan; aquel hombre era capaz de cambiar de chaqueta a la más mínima. Dentro de pocas horas, Glenn Sykes sería un hombre buscado por la policía.

Pero no si él cambiaba de chaqueta primero.

Con calma, tal como lo hacía todo, se dirigió en coche al departamento de policía de Hillsboro. Para ser un departamento de un pueblo soñoliento, parecía estar insólitamente ajetreado; había un montón de coches en el aparcamiento. Entró por las puertas de cristal automáticas y se fijó en los agentes que formaban corrillos y hablaban en voz baja; en el aire se podía respirar la tensión. Los agentes de patrulla deberían estar en sus coches, patrullando, de modo que aquellos tipos probablemente pertenecían al primer turno y andaban por ahí ociosos. Una vez más, un detalle revelador.

Se acercó hasta el sargento de recepción con las manos a los costados, visiblemente vacías.

-Quisiera hablar con el jefe Russo, por favor.

-El jefe está ocupado. ¿En qué puedo servirle?

Sykes miró a su izquierda, a un largo pasillo. Vio brevemente una mujer muy guapa, alterada, que aceptaba una taza de café de un tipo vestido de

paisano, probablemente un investigador. Como se había preocupado de saber cosas de Temple Nolan, reconoció a la señora Nolan al instante. Desde luego, no parecía estar borracha ni actuaba como si lo estuviera; he ahí la teoría de Nolan.

Se volvió al sargento de recepción.

-Soy Glenn Sykes. Creo que están ustedes buscándome.

CAPITULO 25

De todas las cosas que Jack jamás había esperado que sucediesen, que Glenn Sykes entrara por su propio pie en la comisaría, se presentara y solicitara hablar con él constituía el número dos de la lista. La primera era su reacción cada vez que se acercaba a la señorita Daisy, pero con aquello estaba aprendiendo a vivir. También empezaba, a pensar que no había nada imposible.

Sykes era de estatura media y un poco rechoncho, e iba pulcramente vestido. Llevaba el cabello de color arena corto y limpio. Iba bien afeitado, sus uñas se veían arregladas y limpias, la ropa planchada. No parecía la versión de un asesino a sueldo, pero es que tampoco Ted Bundy tenía aspecto de ser un monstruo. Había delincuentes de todos los colores, formas y tamaños, y podían ir vestidos con harapos o cubiertos de diamantes. Los inteligentes llevaban diamantes. Los inteligentes de verdad tenían el aspecto de aquel hombre.

Sykes estaba además muy tranquilo, y seguro de lo que quería.

-Deseo hacer un trato -dijo-. Puedo entregarle al alcalde Nolan, al hombre que apuñaló a Chad Mitchell, un hombre llamado Elton Phillips y mucho más. Hagamos que venga el fiscal del distrito y hablaremos.

-Ya sabemos quién apuñaló a Mitchell -replicó Jack, recostándose en su silla-. George Lemmons.

Sykes ni siquiera pestañeó.

-Lo identificó la señorita Minor, ¿verdad?

-Les echó una buena ojeada a ustedes tres.

-De modo que la ha escondido en un lugar seguro. Jack no respondió, sólo se limitó a mirar fijamente a Sykes. Lucía una excelente cara de poker, que no dejaba entrever nada.

-Aquí hay mucho más que simplemente una basura que quitar de en medio.

Sykes también se recostó, tan relajado como Jack.

-Estaba preguntándome de qué manera está implicado el alcalde.

-Hay mucho dinero en el comercio del sexo -comentó Sykes de modo indirecto-. ¿Va a llamar al fiscal del distrito o no? Tiene que moverse deprisa; esta noche hay algo importante en juego.

-Las rusas -dijo Jack.

Sykes silbó suavemente entre dientes, sin intentar siquiera ocultar su sorpresa.

-Supongo que sabe usted mucho más de lo que yo creía. Pero lo que no sabe es dónde ni quién.

-Pero sí que lo sabrá el alcalde Nolan.

-Cantará como un pajarito -convino Sykes.

-Entonces, ¿por qué va a querer el fiscal del distrito tratar con usted?

-Porque la confianza es un bien escaso, y yo no tengo mucha.

Jack estudió a aquel hombre de cabello color arena, aquellos ojos fríos y despejados y la profunda calma que desprendía su actitud.

-Tiene pruebas suficientes contra todos ellos, ¿eh? Lo ha documentado todo.

-Así es. -Sykes esbozó una débil sonrisa-. Sólo por si acaso. Me gusta tener una cierta ventaja cuando las cosas se tuercen. Y tarde o temprano, siempre se tuercen. Sólo hay que saber cuándo salirse.

Jack salió del despacho y efectuó la llamada al fiscal del distrito de Scottsboro. Si había que hacer un trato, creía que Sykes sería mejor testigo de la acusación que el alcalde Nolan, sencillamente porque Sykes lo había impresionado por ser una persona más despiadada y organizada. En ocasiones uno tenía que hacer tratos con el diablo, y aquélla era una de esas ocasiones.

A continuación llamó al motel en el que había dejado a Daisy, pues quería darle la noticia de que estaba a salvo. El empleado de recepción le pasó la llamada a su habitación, y escuchó cómo sonaba. Cuatro timbrazos. Cinco. Seis. Empezó a sudar.

A lo mejor el empleado de recepción lo había pasado con otra habitación; a veces se cometían errores. Colgó, volvió a marcar y pidió que le pusieran otra vez con la habitación de Daisy. Un timbrazo. Dos. Sintió un nudo helado en el pecho. Daisy tenía que estar allí. Tres. Tal vez había salido a comprarse algo de comer en Huddle House. Cuatro.

Tenían a Sykes. Ya no había forma de que Daisy estuviera en peligro.

Cinco.

No habría salido de la habitación por cualquier motivo, ¿no? Allí se encontraba a salvo. Pero ¿y si se le había ocurrido uno de sus descabellados planes y pensaba que podía tender una trampa a Sykes o al alcalde?

Seis.

La lógica le decía que Daisy estaba bien. Sin embargo, era el peor miedo que había experimentado nunca, y le susurraba toda clase de situaciones posibles, situaciones que terminaban con Daisy...

Siete.

Intentó imaginarse una vida sin ella, y fue como darse contra un muro de piedra. Punto. Nada. Och...

-¿Diga? -La voz de Daisy sonó un poco jadeante, como si hubiera estado corriendo.

El alivio que lo invadió fue casi tan demoledor como el miedo. Su mano se cerró con fuerza sobre el auricular y cerró los ojos por un instante.

-¿Por qué has tardado tanto? -gruñó.

-Estaba fuera con Midas. De hecho, se me escapó la correa de la mano y tuve que perseguirlo.

Jack no tenía intención de decir nada, pero aún estaba tan alterado por aquellos breves momentos de terror que no pudo evitarlo.

-Creía que te habías ido.

Ella calló por un instante.

-¿Que me había ido? ¿Que me había ido del todo, en vez de salir sólo un minuto o ir a comprar algo de comer?

-Temía que se te hubiera ocurrido uno de tus planes...

-¿Alguna vez te he dado motivos para pensar que soy idiota? -exigió ella, enfadada-. Aquí estoy segura; ¿por qué iba a marcharme? Eso es lo que ocurre siempre en las películas; la mujer o el niño desobedecen las órdenes y hacen exactamente lo que se les ha dicho v que no hagan, y así se ponen en peligro a sí mismos y a loa demás. Siempre he creído que si eran tan tontos, más valía que se murieran antes de que tuvieran la oportunidad de procrear. Santo cielo, tú crees que yo tengo la costumbre de...

-Daisy -dijo Jack con suavidad. Ella interrumpió su diatriba.

-¿Vas a pedirme disculpas? A lo mejor así se aceleraban las cosas.

-Sí. Lo siento. Me ha entrado el pánico.

-Disculpas aceptadas -dijo Daisy en aquel tono de voz tan remilgado que hacía que a Jack le dieran ganas de sonreír.

-Te llamo para darte una buena noticia, cariño. Hace un rato, Sykes ha venido por su propio pie a la comisaría y se ha entregado con la intención de hacer un trato. Estás a salvo.

-¿Quieres decir que todo ha terminado?

-Aún queda algo por hacer. Me he puesto en contacto con Morrison, y dice que no han encontrado todavía a Lemmons ni a Calvin, pero que los encontrarán. La esposa del alcalde consiguió grabar a su marido en una cinta profiriendo amenazas contra ti, y Sykes está dispuesto a destaparlo todo. No sé a qué hora regresaré para recogerte.

-¿Así que no tengo que quedarme aquí esta noche?

-Tal vez sí. Esto podría durar toda la noche.

-Cuando Todd me traiga mis cosas, le diré que me lleve a casa. Sintiéndose culpable, Jack consultó su reloj. Eran las seis pasadas, y no se había acordado en absoluto de llamar a Todd.

-Intentaré pillarlo en su tienda, y así le ahorraré un viaje.

-Se te ha olvidado llamarlo, ¿eh? Jack suspiró.

-Tocado.

-Dadas las circunstancias, estás perdonado. ¿Ha llamado mi madre?

Jack había llevado encima su móvil todo el día, incluso cuando había ido al lavabo e, así que estaba seguro de que no había perdido ninguna llamada.

-Todavía no. -Pero la señora Minor no esperaría mucho más para interesarse por su hija.

-Consigue su número, y ya la llamaré yo cuando llegue a casa. Ahora llama a Todd -le recordó.

-Descuida.

Lo llamó, y la suerte estuvo de su parte; Todd estaba todavía en Huntsville. Jack lo puso al corriente de todo y le pidió que recogiera a Daisy.

-Claro, no hay problema. -Todd hizo una pausa-. Sykes mencionó el comercio del sexo. Es posible que tenga información sobre los hombres que yo estoy buscando, o sobre los traficantes que venden las drogas de violadores.

-A juzgar por todo lo que está saliendo a la luz, cualquier cosa es posible. Si quieres interrogarlo tú mismo, puedo arreglarlo. Otra pausa.

-No puedo intervenir de modo oficial.

-Ya lo sé. Haré que el fiscal del distrito lo interrogue acerca del tema de las drogas, pero si más tarde quieres hablar con él personalmente, comunícamelo.

-De momento, me quedaré entre bastidores y veré qué se le ocurre al fiscal del distrito.

-Como quieras. No te olvides de recoger a Daisy. A propósito, tiene al cachorro con ella. Todd dijo en tono cauto:

-Lo dices como si me estuvieras advirtiendo de algo. -No conoces a Midas, ¿verdad?

-¿Qué es, un gran danés a medio crecer?

-Es un perdiguero de seis semanas. Una bola de pelo. No existe perro más encantador. Derrite los corazones a diestro y siniestro.

-¿Y?

-No se te ocurra darle la espalda.

Sonriendo, Jack colgó el teléfono y regresó a la sala donde sus investigadores estaban tomando declaración a Sykes. Otro investigador y un patrullero habían partido ya para detener al alcalde Nolan y traerlo a comisaría. Habían pasado de no saber nada aquella misma mañana a tener las cosas bastante atadas aquella noche. Una parte había sido pura suerte, como lo de haberse fijado en la señora Nolan en la carretera al volver de Huntsville porque conducía de modo errático, pero la mayoría de lo sucedido había sido resultado directo del comportamiento estúpido de alguien. Hasta Glenn Sykes, que era ciertamente muy listo, había cometido la torpeza de implicarse. Al final, todo se reducía a las decisiones que tomaban, y por lo general los delincuentes tomaban decisiones poco inteligentes.

Cuando el fiscal del distrito y su ayudante llegaron de Scottsboro, el fiscal estaba visiblemente molesto. Se llevó a Jack a un lado y le dijo:

-Elton Phillips es un miembro muy respetado de la comunidad. Tenemos que estar muy seguros de lo que hacemos antes de dar un paso más.

-Lo tenemos en una cinta, y contamos con la corroboración del testimonio de Sykes. Estoy muy seguro.

-¿Esa cinta se ha obtenido legalmente?

-La. grabó la esposa del alcalde Nolan con el contestador automático, desde su dormitorio.

El fiscal reflexionó sobre aquel punto. Era el propio teléfono de la señora Nolan, y era obvio que el alcalde sabía que había teléfonos supletorios en su casa, por lo tanto no podía discutir que esperaba intimidad en lo relativo a sus conversaciones telefónicas. La base legal parecía bastante sólida.

-De acuerdo, veamos qué tiene que contarnos el señor Sykes.

Cuando Temple Nolan vio el automóvil blanco propiedad del ayuntamiento acercarse por el camino de entrada de su casa, respiró hondo y se obligó a conservar la calma. Todo iba a salir bien. Lo que le había sugerido Sykes era razonable; la excéntrica llamada telefónica de Jennifer podía explicarse, igual que el hecho de que él solicitara a Russo que le consultase un número de matrícula. Tal como había señalado Sykes, dado que no había logrado dar con Daisy, no se había cometido ningún delito. Si Daisy se hubiera dado cuenta de que había visto algo importante en el

aparcamiento del Buffalo Club, ya se lo habría dicho a alguien. Estaban libres de toda sospecha.

En eso sonó el timbre de la puerta. Se apresuró a quitarse la corbata y a arremangarse las mangas de la camisa para adoptar un aspecto natural y despreocupado. Escogió una sección del periódico de Huntsville y se lo llevó consigo; así parecería un hombre que estaba leyendo la prensa y relajándose, un hombre que no tenía nada que ocultar.

Fingió una mirada de leve sorpresa al recibir al recién llegado.

-Richard -le dijo al investigador-. ¿Qué sucede?

-Quisiéramos hacerle unas cuantas preguntas acerca de una acusación que ha hecho su esposa esta mañana -dijo el investigador Richard Hill, sin emplear un tono de disculpa. Aquello resultaba un poco preocupante, pensó Nolan.

-Claro. Entre. Nadine me ha dicho que Jennifer ha llamado a la biblioteca, pero no creí que nadie se lo fuera a tomar en serio. Jennifer... tiene un pequeño problema con el alcohol, ya sabe.

-Sí, señor -repuso el investigador Hill. Se fijó en el periódico y en la camisa arremangada-. ¿Se estaba poniendo cómodo para la noche, señor?

-Ha sido un día horrible. Me he traído un poco de trabajo a casa; cuando acabe de leer el periódico y de cenar, trabajaré un rato. ¿Ocurre algo?

Hill consultó su reloj de pulsera.

-Me sorprende que no se acuerde de que esta noche hay la reunión del ayuntamiento -respondió con calma-. Ha comenzado hace cinco minutos.

El alcalde se quedó petrificado, perplejo. En nueve años, jamás había dejado de ir a una reunión del ayuntamiento. Richard Hill sabía que debía de haberle ocurrido algo muy importante para que se le hubiera olvidado del todo.

-Me he acordado -dijo, intentando disimular-, pero me ha parecido mejor quedarme en casa con Jennifer. -Gracias a Dios que había bajado las puertas del garaje para que nadie pudiera ver que no estaba dentro el coche de su mujer.

-La señora Nolan se encuentra en comisaría -dijo el investigador Hill, todo calma y cortesía-. Si nos acompaña, señor, lo llevaremos allí también.

-¿Jennifer está en comisaría? -¿Dios, qué podía decir a continuación? ¿Cómo iba a explicar por qué no sabía dónde estaba su mujer?-. ¿Se encuentra bien? -Estupendo, un toque de preocupación. Estaba inspirado.

-La señora Nolan se encuentra muy bien, señor.

-Es un alivio, porque esta mañana estaba... pasada de vueltas, ya me entiende.

-Por favor, acompáñenos.

-Claro. Voy por el coche y los seguiré...

-No, señor, preferiría que viniera en el nuestro. Nolan dio un paso atrás, pero Hill y el patrullero se pusieron uno a cada lado y lo agarraron de los brazos para ponérselos a la espalda. Rápidamente le sujetaron las muñecas con unas esposas. Ofendido, Nolan miró fijamente a los dos hombres.

-¡Quítenme estas esposas! ¿Qué se creen que están haciendo? No soy un delincuente, y me niego a que me traten como si lo fuera.

-Es el procedimiento, señor, por su seguridad y la nuestra. Se las quitarán en comisaría.

Lo condujeron físicamente al exterior de la casa empujándolo hacia delante por los brazos.

-¡Están despedidos! -rugió Nolan al tiempo que se ponía rojo como la grana-. Los dos. No hay excusa para esta clase de trato.

-Sí, señor -repuso Hill mientras lo depositaban en el asiento de atrás del coche y cerraban la puerta.

Nolan apenas podía respirar, de lo furioso que estaba. Aquello debía de ser por instigación de Jack Russo, para vengarse de él por… desde luego, no sería por haberle pedido que consultase la matrícula del coche de Daisy, aquello era ridículo. Pero ¿qué otra razón podía haber? Quizá Russo era el típico celoso patológico que se salía de sus casillas a la mínima atención que uno le prestaba a su chica.

La única explicación posible, aparte de aquélla, era que se hubiera creído a Jennifer.

Comenzó a hiperventilar, y se obligó a sí mismo a respirar más despacio. Podía superar aquello; lo único que tenía que hacer era conservar la calma. No importaba lo que hubiera dicho Jennifer, él podía ponerlo todo en entredicho. Al fin y al cabo, era una borracha y lo sabía todo el pueblo. No tenía pruebas, tan sólo una versión de una conversación telefónica que había oído, y muy posiblemente lo había confundido todo.

Cuando llegaron al departamento de policía, quedó sorprendido al ver el número de coches que había allí. Estaba pasando algo, algo más que la reunión del ayuntamiento. Entonces vio a tres de los concejales de pie frente a las puertas acristaladas que daban acceso a la comisaría, y se le hizo un nudo en el estómago. El sol se estaba poniendo y el calor más intenso ya había cedido un poco, pero tenía la camisa pegada a la espalda por el sudor cuando Hill abrió la portezuela del coche y lo ayudó a salir del asiento trasero.

Los concejales lo miraron, pero no establecieron contacto visual. Fue como si observaran a un animal del zoo, nada más que una cuestión de curiosidad.

-¡Quíteme estas esposas! -le dijo a Hill con un rugido-. Maldita sea, los concejales me están mirando.

-Se las quitaré cuando estemos dentro, señor -replicó Hill agarrándolo del brazo.

Había querido decir cuando lo tuvieran donde no pudiera escaparse. Miró alrededor con la vista borrosa, y en ese momento le llamó la atención un coche que le resultó familiar. Era un Dodge gris, y estaba aparcado en uno de los espacios reservados a los coches patrulla, pero por lo visto a nadie le importaba.

Sykes conducía un Dodge gris, un automóvil corriente en el que, según él, no se fijaba nadie. Aquel coche tenía matrícula de Madison County; Sykes vivía en Madison County, justo a las afueras de Huntsville.

¿Por qué estaba Sykes allí? Si lo hubieran arrestado, no le habrían permitido ir hasta allí en su coche, como no se lo habían permitido a él. ¿Cómo habían logrado localizarlo, siquiera? No había razón alguna para que Sykes estuviera allí, a no ser que…

A no ser que Sykes se hubiera vuelto contra ellos.

Otra vez estaba hiperventilando. Múltiples colores le impedían la visión.

-¡Sykes! -rugió. Bajó el hombro y embistió contra el investigador Hill para zafarse-. ¡Sykes! -Echó a correr hacia la comisaría-. ¡Sykes, hijo de puta! ¡Maldito cabrón, voy a matarte!

El investigador Hill y el patrullero lo persiguieron, y éste último se lanzó sobre él abrazándolo por las rodillas, lo cual lo tiró al suelo. Con las manos esposadas a la espalda, Nolan no pudo protegerse de la caída con los brazos, de modo que resbaló de bruces contra el áspero asfalto del aparcamiento dejando un rastro de piel y sangre. De su nariz rota salió mucosidad y sangre en cuanto lo levantaron para ponerlo en pie.

-Sykes -repitió, pero tenía la boca llena de sangre y la palabra resultó ininteligible.

Los concejales se hicieron a un lado para dejar pasar a los que lo transportaban casi a rastras al interior del edificio, con expresión de asco, como si hubieran visto algo desagradable. El intentó pensar en algo que decir para tranquilizarlos, alguna respuesta comodín que hubiera ensayado y utilizado un centenar de veces para suscitar la reacción que deseaba, pero no se le ocurrió ninguna. No se le ocurrió nada en absoluto.

CAPITULO 26

Eran casi las tres de la madrugada. Un grupo especial formado por varios departamentos aguardaba en la noche la entrega de las chicas rusas. Varios miembros del departamento de policía de Hillsboro, del departamento del Sheriff de Jackson County, del departamento del Sheriff de Madison County, del FBI y del INS se habían escondido detrás de árboles, arbustos, el depósito de gas propano y todo lo que habían podido encontrar. Habían aparcado sus vehículos en otra carretera y recorrido a pie casi dos kilómetros a campo traviesa para llegar hasta la caravana.

Allí estaba Glenn Sykes, para desempeñar su papel habitual. Si se hubiera presentado otra persona para aceptar el envío, el conductor del camión habría salido huyendo; y como iba armado, nadie quería que saliera huyendo. Las chicas que se encontraban en el interior de la caravana ya estaban lo bastante agotadas como para que resultaran alcanzadas por alguna bala perdida.

Jack estaba tumbado debajo de un pino grande, y la ropa que le cubría la espalda se confundía con las sombras de la noche. El jefe de cualquier departamento rara vez presenciaba algo de acción, pero se había decidido que su experiencia sería bien venida. Según Sykes, por lo general no había más personas con quienes contender que el conductor, pero las rusas eran tan caras que Phillips había exigido un guardia adicional para cerciorarse de que todo saliera bien. Los dos hombres eran superados en número en una relación de quince a uno, pero siempre existía la posibilidad de que uno de ellos intentase alguna estupidez; diablos, era de esperar, a no ser que todo funcionase a la perfección y los agentes de la ley dominasen a aquellos dos antes de que se dieran cuenta de lo que estaba pasando.

Un rifle negro yacía en los brazos de Jack. Sabía exactamente cuánta presión se necesitaba para apretar el gatillo y cuánto retroceso cabía esperar. Había quemado miles de cartuchos de munición con aquella arma; conocía al detalle su idiosincrasia, su olor, su tacto y su peso. Era una vieja amiga, y no se había dado cuenta de que la había echado de menos hasta que la sacó del armario de su casa y la sopesó entre sus manos.

Sykes se encontraba dentro de la caravana, con las luces encendidas, viendo la televisión. Habían registrado la caravana a fondo para cerciorarse de que él no tenía forma de ponerse en contacto con el conductor, pero Jack pensaba que aun cuando tuvieran una docena de teléfonos conectados para que los utilizara él, Sykes no habría hecho tal llamada. Había decidido fríamente ahorrarse pérdidas cooperando plenamente, y cumpliría su parte del trato. El fiscal del distrito casi había llorado de alegría ante el aluvión de pruebas que le aportó, y le había ofrecido un trato realmente generoso. Ni siquiera cumpliría condena; cinco años de libertad condicional, pero aquello no era nada para un hombre como él.

A lo lejos oyeron el gemido de un motor que se elevaba por encima de la cacofonía de ranas, grillos y aves nocturnas. Jack sintió el golpe de adrenalina y refrenó con firmeza sus reacciones. No sería inteligente emocionarse demasiado.

El camión, un Ford de cabina ampliada con un remolque en la pane de atrás, entró en el camino de grava, e inmediatamente el conductor encendió las luces. No hubo señal de ningún tipo, ningún toque de claxon ni destello de faros. En vez de eso, Sykes encendió la luz del porche y abrió la puerta de la autocaravana. Salió y se detuvo en el primero de los tres peldaños de madera que llevaban a la puerta. El conductor apagó el motor y se apeó.

-Hola, Sykes.

El guardia permaneció en la cabina. -¿Algún problema? -preguntó Sykes.

-Una de las chicas se ha mareado y ha vomitado un par de veces, pero supongo que ha sido por viajar en la parte de atrás. Y como olía fatal, he tenido que parar a limpiarlo con la manguera para que no vomitaran las demás.

-Vamos a llevarlas dentro para que puedan lavarse. El señor Phillips está deseando ver a sus chicas.

-Espera por la joven, ¿no? Es una nena preciosa, pero es la que ha vomitado tanto, así que en este preciso momento no está para muchos trotes.

A lo lejos se oyó el ruido de otro coche, y todo el mundo se quedó paralizado. El conductor puso cara de alarma, y Sykes hizo un gesto con la mano para indicarle que no se moviera.

-Sigue con lo tuyo -le dijo suavemente-. No hay de que preocuparse, sólo es un coche que pasa.

Pero el coche pareció aminorar la velocidad. El conductor retrocedió en dirección a la cabina del camión y abrió la puerta para deslizarse a medias en el interior con una pierna aún apoyada en el suelo, y los hombres que se ocultaban entre los árboles supieron que acababa de coger una arma. Aún así, todos se abstuvieron de disparar y aguardaron a ver qué pasaba.

El coche penetró en el camino de entrada con los faros encendidos. Glenn Sykes inmediatamente giró la cabeza hacia un lado para preservar su visión nocturna, e incluso se tapó los ojos con una mano. Era un Lexus blanco, y cuando se situó justo detrás del camión, sus faros se apagaron. De él salió el hombre que lo conducía, un tipo alto de cabello rubio y entrecano peinado totalmente hacia atrás. Vestía de traje, aunque hacía una noche calurosa, y además, ¿quién se pondría un traje a las tres de la madrugada?

-Señor Sykes -dijo una voz suave teñida de aquel teatral acento sureño que usaban siempre los actores. Después de dos años en el sur, Jack ya era capaz de reconocer algunos matices, y sabía que aquél no era un acento del norte de Alabama. Tenía algo de falso; resultaba demasiado exagerado.

-Señor Phillips -dijo Sykes, sorprendido-. No lo esperábamos.

Aquello era cierto. La policía de Scottsboro no había conseguido localizar al señor Phillips, aunque lo habían buscado con gran discreción, ya que hasta que no lo tuvieran bajo vigilancia, querían hacer las cosas sin provocar demasiado jaleo, para evitar ponerlo sobre aviso y que pudiera destruir pruebas o incluso marcharse de la ciudad. Tenía dinero suficiente para vivir cómodamente en Europa o en el Caribe, si quisiera.

Sykes dirigió una mirada al conductor y al guardia.

-Está bien. E1 señor Phillips es el dueño de la operación. Ambos se relajaron y salieron del camión. Tenían las manos libres; los dos habían dejado las armas en la cabina.

-Últimamente ha habido una serie de errores -dijo Phillips al tiempo que se dirigía hacia Sykes-. He querido supervisar personalmente este envío para asegurarme de que no se torciera nada.

Lo cual quería decir que no podía esperar a poner las manos sobre la chica de trece años que seguía en la parte trasera del camión, pensó Jack sintiendo un retortijón de asco en el estómago. Lentamente, dirigió la mirilla hacia Phillips, ya que su presencia resultaba inesperada y porque, según su experiencia, lo inesperado suponía problemas.

-Esta vez no se torcerá nada -dijo Sykes con calma.

-Estoy seguro de ello -ronroneó Phillips, y extrajo una pistola del bolsillo derecho de la chaqueta del traje. Apuntó y disparó a Sykes antes de que ninguno de los hombres que los rodeaban pudiera reaccionar. Sykes se desplomó contra la autocaravana y a continuación se derrumbó en el suelo.

El dedo de Jack oprimió suavemente el gatillo. Su disparo alcanzó a Phillips exactamente donde pretendía, y Phillips cayó al suelo chillando.

Entonces estalló el revuelo.

Para los no iniciados, la explosión de ruido, luces y movimiento que se produjo cuando de entre los árboles surgió un montón de hombres de negro armados hasta los dientes y todos gritando: «¡Policía! ¡Manos arriba!» o identificándose como agentes del FBI -fuera cual fuera el caso- no fue más que una aterradora confusión. Para Jack, fue una operación bien engrasada, ensayada una y otra vez hasta que cada hombre supo lo que tenía que hacer y lo que podía esperar. Los dos hombres que aún estaban de pie sabían lo que había que hacer: Se quedaron inmóviles y alzaron automáticamente los brazos para poner las manos detrás de la cabeza.

Dentro del remolque cundió la histeria entre las muchachas rusas, que empezaron a chillar, a llorar y a intentar escapar golpeando la puerta cerrada con llave. Los agentes del INS le quitaron la llave al conductor y la abrieron, y al instante retrocedieron al percibir el hedor. Las chicas, histéricas, saltaron de su prisión, e intentaron zafarse de los hombres que las iban capturando soltando pataleos y arañazos.

Una muchacha consiguió escabullirse y echó a correr a toda velocidad por la oscura carretera rural, antes de que el profundo agotamiento la hiciera tropezar y caer. El agente del INS que se lanzó tras ella la levantó del suelo y la llevó en brazos como si fuera un bebé, mientras ella sollozaba y exclamaba histérica en su lengua. El INS, prevenido, contaba con un agente femenino que hablaba ruso, y que empezó a tratar de calmarlas repitiendo las mismas frases una y otra vez, hasta que ellas comenzaron a escuchar.

Eran siete, ninguna mayor de quince años. Estaban delgadas, sucias y exhaustas. Pero, como había dicho Sykes, ninguna de ellas había sufrido agresiones sexuales; todas eran vírgenes, e iban a ser vendidas a precios ridiculamente altos a bandas que después cobrarían aún más a hombres ricos y depravados por el privilegio de ser el primero que las violara. Luego, las usarían como prostitutas y las venderían una y otra vez entre bandas que se servirían de ellas durante un tiempo para después vendérselas a otros. Ninguna de ellas hablaba inglés, a todas les habían dicho que si no cooperaban, matarían a las familias que habían dejado en Rusia.

La traductora del INS les dijo una y otra vez que sus familias no sufrirían daño alguno, que podrían regresar a sus casas. Por fin se calmaron lo suficiente como para, recelosas, empezar a pensar que tal vez les estuvieran diciendo la verdad. Su peripecia, el largo viaje desde Rusia y las brutales circunstancias que habían soportado hacían que les costara mucho fiarse ya de nadie. Se apiñaban unas contra otras, observando aquella gente de negro que se movía a su alrededor, aterrorizadas por las parpadeantes luces de los vehículos de emergencia que iban llegando, pero sin la menor intención de escaparse de nuevo.

Jack permaneció junto a Sykes mientras los sanitarios evaluaban a los heridos. La sangre que le manaba de la herida del pecho le empapaba todo el lado izquierdo del cuerpo; aun así estaba consciente, aunque con el rostro ceniciento mientras se afanaban en estabilizarlo. Al fondo, los chillidos de Phillips habían degenerado en gemidos guturales. Sykes levantó la vista para mirar a Jack, con la mirada perdida a causa del shock.

- ¿Vi.....vivirá?

Jack miró hacia atrás, al segundo grupo de sanitarios.

-Puede. Si es que no se muere de septicemia. No le he alcanzado la artería femoral, pero las heridas en la ingle pueden ser muy molestas cuando está implicado el colon.

-La ingle... -Sykes casi logró sonreír-. Le ha... capado de un tiro.

-No lo he comprobado. Pero si le queda algo, no le funcionará muy bien.

Sykes abrió la boca buscando aire, y el sanitario dijo:

-Hemos pedido por radio un helicóptero para transportarlo -lo cual quería decir que, si Sykes había de sobrevivir, cada minuto contaba.

-Saldré... de ésta... a pesar de todo -dijo Sykes, y al mirarlo, Jack pensó que si la fuerza de voluntad era capaz de mantener vivo a ese hombre, testificaría en los juicios de Nolan y de Phillips.

A las seis y media, Jack entró penosamente en su despacho. No había ido a casa, no se había duchado, y todavía llevaba en la mano su rifle negro. Estaba más cansado de lo que había estado nunca desde... diablos, desde la última vez que había cargado con el rifle, pero también se sentía bien. Lo único que deseaba hacer era ocuparse de ciertos detalles e irse a casa con Daisy.

Tanto Sykes como Phillips estaban siendo intervenidos en un hospital de Huntsville, pero aunque Sykes muriera, tenían más que suficiente para presentar la acusación.

Sykes había sido una fuente constante de información. Mitchell había muerto a causa de su costumbre de drogar a las chicas con GHB; había matado a dos, de modo que Nolan decidió que había que hacer algo con él. Cuando lo interrogaron acerca de las drogas de violadores, Sykes proporcionó la lista completa de los traficantes que conocía. Una docena de investigaciones distintas se habían puesto en marcha como resultado de lo que les había contado.

Con los pormenores que le facilitó Todd, Jack le preguntó a Sykes si sabía algo de la mujer que había sido drogada con GHB en el Buffalo Club y después violada al menos por seis hombres. Pero aquélla era una pregunta para la que Sykes no tenía respuesta; Jack no creía que fuera a haberla nunca.

Cuando abrió la puerta del despacho, se quedó mirando con incredulidad a Eva Fay, que estaba sentada a su mesa. Ella levantó la vista y le tendió una taza de café recién hecho.

-Tenga, trae aspecto de necesitarlo.

Jack cogió el café y bebió un sorbo. Sí, estaba tan caliente y recién hecho que aún percibía el aroma de los granos. Miró a su secretaria por encima de la taza.

-Muy bien, Eva Fay, dime cómo lo haces.

-¿El qué? -dijo ella con una expresión de perplejidad en la cara.

-¿Cómo sabes cuándo estoy a punto de llegar? ¿Cómo te lo montas, para tener siempre un café recién hecho esperándome? ¿Y qué diablos estás haciendo aquí a las seis y cuarto de la mañana?

-Ayer fue un día muy ajetreado -replicó ella-. Tenía mucho trabajo sin terminar, así que he venido temprano para hacerlo.

-Explica lo del café.

Eva Fay lo miró y sonrió.

-No.

-¿No? ¿Qué quieres decir con ese «no»? Soy tu jefe, y quiero saberlo.

-Lástima -repuso ella, y giró en su silla para volver a la pantalla del ordenador.

Sabía que primero debía ir a casa a lavarse. Sabía que necesitaba con desesperación dormir un poco. Pero lo que más necesitaba era ver a Daisy, estar con esa mujer que nunca aparcaba en el carril para bomberos ni cruzaba la calle sin mirar. Después de la inmundicia y la sordidez que había visto, necesitaba aquella limpieza suya, aquella sencilla bondad de corazón. Y aunque sabía que Daisy estaba bien, necesitaba verla, dejar que sus ojos tranquilizaran a su cerebro. No estaba seguro del momento exacto en que ella se había convertido en algo tan importante para él, pero había cosas contra las que un hombre no podía luchar. Además, Daisy le permitiría usar su ducha.

Daisy abrió la puerta casi en cuanto él llamó con los nudillos.

-He oído tu coche -le dijo, y a continuación lo miró de arriba abajo-. Santo cielo.

-Desaparecerá al lavarlo -contestó él limpiándose con la mano los restos de pintura negra de la cara. Se la había quitado a medias con toallas de papel del lavabo de caballeros de la comisaría, pero allí no había jabón, y desde luego aquello requería jabón. Daisy lo miró dudosa.

-Eso espero.

Llevaba en brazos a Midas, y el cachorro se debatía como un loco en su intento de alcanzar a Jack. A Midas no le importaba qué aspecto tuviera, pensó Jack al tiempo que extendía las manos para coger en brazos a aquella bola de pelo. Midas comenzó su frenético ritual de lametones, y Daisy lo miró con el ceño fruncido.

-No sé si deberías permitirle que haga eso -dijo.

-¿Por qué no? Lo hace siempre.

-Ya, pero es que tú no sueles estar cubierto de... cosas. No quiero que se ponga enfermo.

A Jack se le pasó por la cabeza la idea de abrazar a Daisy y pasarle parte de aquellas cosas, pero probablemente ella le propinaría una cachetada. Estaba encantadora, con el cabello rubio despeinado y los ojos de colores diferentes soñolientos. Su piel lucía un aspecto fresco y despejado, y el fino albornoz rosa que llevaba puesto era casi lo bastante grueso para no permitirle distinguir que no llevaba más que un par de bragas debajo.

-He pensado que te gustaría saber que todo está resuelto.

-Ya lo sé. Me ha llamado Todd.

-Todd. -Masculló el nombre. Todd le gustaba, incluso se fiaba de él, pero de pronto sintió el agudo aguijón de los celos. No le gustaba la fluida amistad que tenía Daisy con él, porque, aunque ella siguiera teniendo dudas sobre la orientación sexual de Todd, él no.

-No te quedes ahí de pie, entra -dijo ella al tiempo que le arrebataba a Midas y lo depositaba en el suelo, donde el cachorro salió disparado en busca de diversión.

-Ve a darte una ducha mientras yo preparo el desayuno. Aquello le sonó a gloria bendita. Salió de la habitación quitándose ya la ropa, si bien todavía le quedaba juicio suficiente para llevársela consigo y no dejarla en el suelo para que acabara hecha jirones en los afilados dientes de un cachorro. Pero algo, una súbita necesidad de tenerlo todo en orden y bien apuntalado, lo detuvo en el umbral. Volvió la vista hacia ella.

-¿Daisy?

Ella se detuvo en la puerta de la cocina.

-¿Sí?

-¿Te acuerdas del trato que hicimos?

-¿Qué trato?

-Que yo me casaría contigo si te quedabas embarazada.

Las mejillas de Daisy se sonrojaron. A Jack lo encantó que todavía fuera capaz de ruborizarse.

-Claro que me acuerdo. Si hubieras dicho que no, no habría iniciado esta aventura contigo. La gente tiene que ser responsable, y si te crees que ahora vas a poder escabullirte de ese trato...

-Vayamos a Gatlinburg este fin de semana y casémonos.

Daisy abrió unos ojos como platos y se quedó con la boca abierta.

-Pero si no estoy embarazada. Por lo menos, no lo creo... Ha sido sólo una vez, y...

-Entonces probemos de nuevo -replicó él, alzándose de hombros-. Si insistes en estar embarazada antes de que nos casemos.

-¡Cielo santo, por supuesto que no! ¿Quieres decir que de verdad quieres... ?

-Oh, sí -contestó Jack con suavidad-. Sí que quiero.

Midas volvió a entrar correteando en el salón, arrastrando un paño de cocina entre los dientes. Daisy se agachó para cogerlo y se lo quitó de la boca.

-¿No te importa tener hijos? Porque yo deseo tener por lo menos un par de niños, y cuando te pregunté si tenías alguno, tú pusiste cara de horror.

-Lo que me horrorizaba era la idea de haber podido tener hijos con mi ex.

-Oh. De acuerdo.

Pero no le dio una respuesta definitiva, sino que permaneció allí de pie con aspecto de preocupada, y Jack empezó a inquietarse. Dejó caer la camisa al suelo y cruzó la habitación para ir hasta donde estaba ella. Le rodeó la cintura con un brazo, la atrajo hacia sí y le puso la otra mano en la garganta, con el pulgar bajo la barbilla para levantarle la cara.

-Ya sé que estoy sucio y que huelo mal -le dijo pero no pienso soltarte hasta que me des la respuesta que quiero.

-No sólo una respuesta, sino la respuesta que quieres, ¿eh?

-Exacto.

-Tengo una pregunta.

-Adelante.

-¿Me quieres? -Inmediatamente se sonrojó de nuevo-. Yo no creía que fueras en absoluto mi tipo, pero por lo visto eso no importó. Cuanto más te trataba, más deseaba estar contigo, y me encantaría casarme contigo, pero si tú no sientes lo mismo, no creo que debamos casarnos.

-Te quiero -dijo él con toda claridad-. No puedo decirlo más lisa y llanamente. Y bien, ¿quieres casarte conmigo?

Daisy le dirigió una sonrisa radiante, la sonrisa de un millón de vatios en la que él se había fijado la primera vez que habló con ella, cuando acudió a la biblioteca para apuntarse a la biblioteca virtual. Aquella sonrisa hizo más por él de lo que jamás podría hacer el pelo rubio y el maquillaje.

-Sí, gracias.

Entonces tuvo que besarla, y cuando se detuvo, no se sentía ya tan cansado como cuando llegó. Empezó a arrastrarla hacia el pasillo.

-Olvídate del desayuno. Dúchate conmigo.

-Pero Midas... -comenzó ella, buscando a aquel diablillo a su alrededor.

-Nos lo llevaremos también. -Jack lo recogió del suelo y le quitó la camisa que tenía atrapada en la boca-. Él también necesita un baño.

-De eso nada. Además, no creo que pueda hacerlo teniéndolo a él en la bañera, mirando.

-Le taparemos los ojos.

Jack tiró de ella en dirección al cuarto de baño.

-¡No te atreverás a hacer algo así!

-Entonces cerraremos la puerta y le dejaremos que juegue en el suelo. -Unió la acción a las palabras y decidió que el hecho de tener paz bien merecía sacrificar una camisa. Dejó la prenda en el suelo, y Midas se arrojó sobre ella.

Daisy se agachó de inmediato para quitársela, pero Jack la retuvo y la despojó eficientemente del albornoz y las bragas antes de introducirla en la bañera. Luego se quitó el resto de la ropa y la dejó también en el suelo. Que Midas tuviera un día de recreo.

Se metió en la bañera con Daisy y abrió el grifo. Cuando el agua empezó a salir caliente, abrió la ducha y protegió a Daisy con su cuerpo hasta que el frío chorro inicial se volvió tibio. Mientras él la levantaba, ella le rodeó el cuello con los brazos, serio el semblante.

-¿Podríamos empezar a intentarlo ahora mismo?

A lo mejor estaba demasiado cansado para pensar con claridad, o tal vez fuera que tenía otras cosas en mente.

-¿Intentar qué?

-Tener un niño -contestó Daisy exasperada, y a continuación lanzó una exclamación ahogada al sentir que la penetraba Jack. Su mirada se desenfocó al instante y su cabeza se desplomó hacia atrás como si de repente pesara demasiado para que la sujetara el cuello.

-Cariño -prometió él-, nunca tendrás que comprar más PartyPack.

EPÍLOGO

Evelyn y tía Jo se habían superado a sí mismas con la cena del domingo, una especie de celebración para Daisy y Jack. La semana antes había habido otra cena en Gatlinburg, justo después de la boda, pero había tenido lugar en un restaurante, de modo que no contaba. Ahora la mesa protestaba bajo el peso de toda aquella comida. La familia entera se encontraba allí, además de Todd y su amigo Howard, al cual Daisy reconoció asombrada. No había pensado que Howard fuera homosexual, porque de lo contrario no habría estado en el Buffalo Club. Naturalmente, Jack seguía empeñado en que Todd era heterosexual, de manera que quizás a ella no se le diera muy bien juzgar aquellas cosas.

Midas paseaba debajo de la mesa, la localizó sin equivocarse por el olor, y se desplomó a sus pies. Su lengüecilla le lamió los tobillos, y Daisy se asomó por debajo del mantel para ver qué hacía. Mostraba la típica mirada de sueño que significaba que se estaba preparando para echar una siesta. Había quedado extenuado después de saludar a tantas personas distintas, y por supuesto había tenido que jugar un poco con cada una de ellas antes de pasar a la siguiente.

Tan sólo unas pocas semanas antes Daisy se sentía deprimida por lo vacía que estaba su vida, y ahora se hallaba rebosante. Su familia siempre había estado allí, por supuesto, pero había encontrado varios amigos muy queridos, tenía a Midas... y además estaba Jack.

¿Cómo pudo pensar alguna vez que los tíos cachas no eran su tipo? Aquel tío cachas en particular era justo lo que necesitaba ella. Siempre le había parecido tan duro, con aquel cabello gris tan corto, los anchos hombros y el cuello tan grueso, además de aquel contoneo tan engreído que tenía al andar, como un individuo que acaparase todo el espacio que le correspondía y algo más. Seguía agobiándola, en la cama y fuera de ella, pero había aprendido a adaptarse. Si Jack ocupaba más de su mitad de la cama, a ella no le quedaba otro remedio que dormir encima de él, así que si últimamente Jack no dormía lo suficiente, era culpa suya.

Daisy se sentía casi incandescente de alegría. Hasta la fecha, su período llevaba cuatro días de retraso. Estaba estupefacta ante la posibilidad de que pudiera haberse quedado embarazada tan pronto, pero es que Jack se había esforzado mucho en cumplir con su deber. Ella continuaba esperando que le viniera el período, pero aquella mañana la esperanza había abrumado de pronto al sentido común y estaba casi segura. Cuando se fueron de casa de su madre, salieron con la intención de comprar una prueba de embarazo. Al día siguiente lo sabrían con seguridad.

Daisy no lograba decidir qué deseaba más, un niño o una niña. Se imaginó a Jack jugando a la pelota con un fuerte chavalín, y se le derritió el corazón. Luego se imaginó a una niña, toda hoyuelos y tirabuzones, acunada por los musculosos brazos de su padre, y se estremeció de placer. Pero con independencia de lo que viniera, había pedido a Todd que la ayudase a decorar la habitación del bebé, porque tenía un gusto excelente para la decoración de interiores. Y también deseaba pedirle que fuera el padrino del

niño, aunque aquello tendría que hablarlo con Jack, porque podía ser que éste tuviera otro amigo en mente.

Todd hizo un comentario sobre el mantel de encaje y le preguntó a la madre de Daisy si sabía qué antigüedad tenía. Daisy ladeó la cabeza y lo estudió. Iba tan pulcramente vestido como siempre, aquel día llevaba una camisa blanca de seda y unos pantalones de color verde oscuro con vuelta, junto con un estrecho cinturón negro ajustado a la cintura.

Bajo la mesa, la pierna de Jack le rozó la suya, como si no pudiera soportar estar más tiempo sin tocarla. Ella no le hizo caso, pues tenía la mirada fija en Todd.

Jack reparó en qué estaba mirando, y de repente cambió de postura, nervioso.

-Daisy... -empezó, pero ya era demasiado tarde. Su voz sonó alta y clara.

-Todd, ¿sabes qué color es el bermellón?

Pillado con la guardia baja, Todd se volvió hacia ella con un gesto de sorpresa.

-Te lo estás inventando, ¿no? -barbotó.

Glenn Sykes llevaba ya casi un mes fuera del hospital cuando fue en coche a la casa de Temple Nolan, aunque el ex alcalde ya no vivía allí. Se encontraba en libertad condicional y supuestamente vivía en Scottsboro hasta que se celebrara el juicio, pero Sykes no hizo ningún esfuerzo por averiguar dónde. De momento, se estaba concentrando en estar vivo y en recuperar sus fuerzas.

Desde que le dispararon estaba de un humor extraño, aunque tal vez no fuera tan extraño. El hecho de haber estado a punto de morir lo hacía a uno cambiar de perspectiva, al menos temporalmente. Continuaba creyendo que había manejado las cosas del modo mejor posible para él, aunque se hubieran torcido al final, al aparecer Phillips. Se permitió esbozar una fría sonrisa; todavía le gustaba pensar en el atinado disparo de Russo.

Había otra persona que probablemente disfrutaría tanto como él al pensar en aquel tiro, y aquélla era la razón por la que se encontraba allí.

Llamó al timbre y aguardó. Oyó unas pisadas; a continuación Jennifer Nolan abrió la puerta. Pero no lo conocía, de modo que no abrió el pestillo de la puerta de rejilla.

-¿Sí?

Era una mujer muy hermosa, pensó Sykes, más que simplemente guapa. Había oído decir que había dejado de beber; tal vez fuera así, tal vez no, pero aquel día tenía los ojos despejados, aunque llenos de sombras.

-Soy Glenn Sykes -dijo.

Ella lo miró fijamente desde el otro lado de la rejilla, y él supo lo que estaba pensando: que había estado al servicio de su marido y conocía todos sus secretos sucios; probablemente sabría que Temple la había entregado a Phillips.

-Vayase -dijo Jennifer, e hizo ademán de cerrar la puerta.

-No importa -repuso Sykes con suavidad. Ella se quedó petrificada, con la mano inmóvil sobre la puerta.

-¿Qué... qué es lo que no importa?

Su tono de voz era bajo y tenso.

-Lo que hiciera Phillips. No importa. No te tocó a ti, sólo tocó tu cuerpo.

Jennifer se revolvió con los ojos cargados de rabia.

-¡Sí, me tocó! Mató una parte de mí, así que no venga aquí a decirme lo que hizo o dejó de hacer.

Sykes se metió las manos en los bolsillos.

-¿Vas a dejarle ganar?

-No ha ganado. He ganado yo. Yo estoy aquí, y lo que queda de él irá a la cárcel, donde estoy segura de que se hará muy popular.

-¿Vas a dejarle ganar? -repitió Sykes con su mirada fría clavada en la de ella, y Jennifer titubeó.

Transcurrieron los segundos, como si careciera de fuerzas para cerrar la puerta y poner fin a aquello. Su respiración se volvió rápida y superficial.

-¿Para qué ha venido? -susurró.

-Porque me necesitas -repuso Skyes y Jennifer abrió la puerta.

FIN